

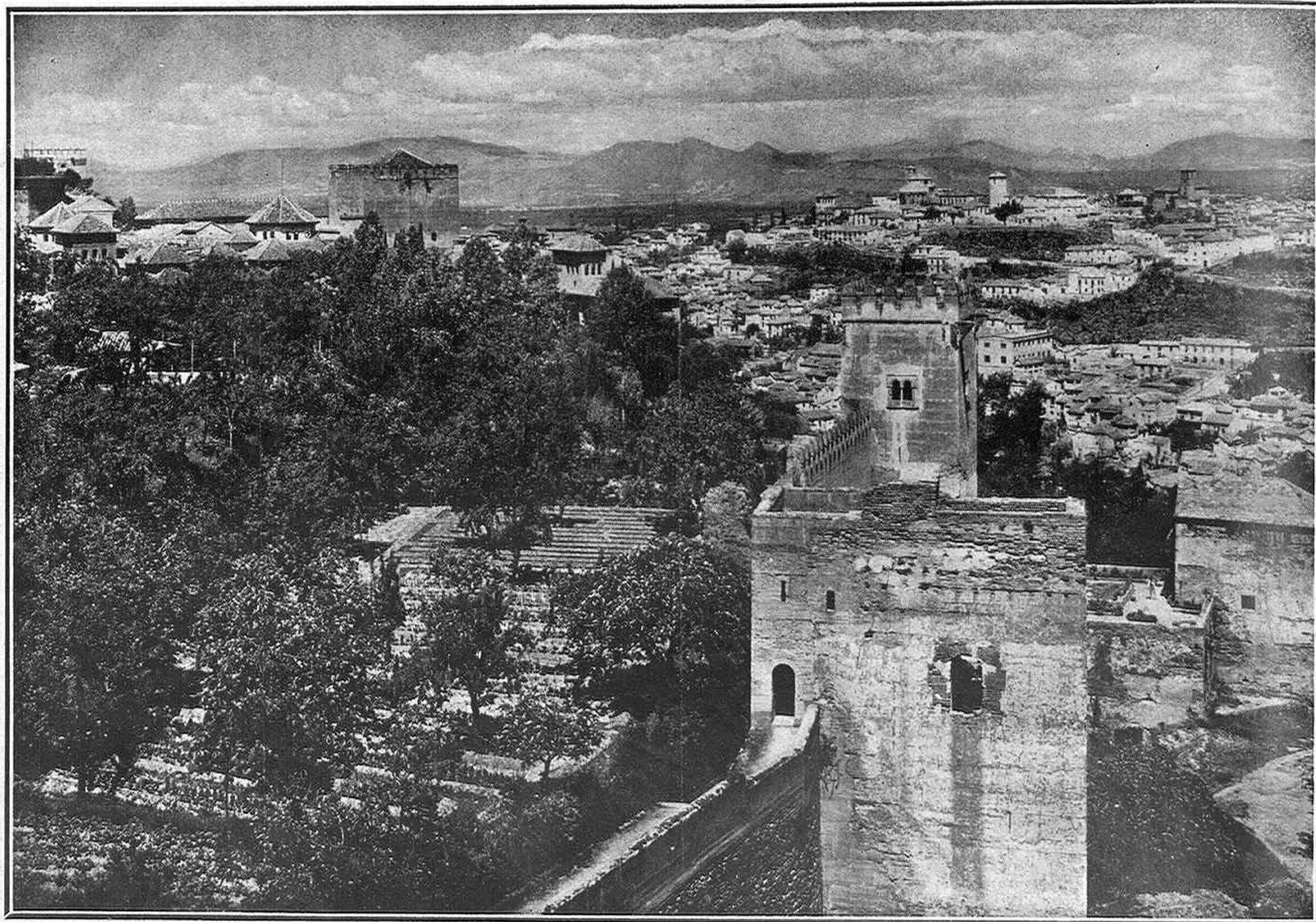
El Pendón de los Reyes
Católicos, que una vez
al año cobija á Granada

EL Pendón de los Reyes Católicos, que anualmente se iza en Granada conmemorativo y esplendoroso, es una de las joyas más preciadas de la ciudad, relicario de civilizaciones y joyel de preseas que, aun después de vistas, parecen soñadas.

Bandera que simboliza la unidad nacional, sagrada por su simbolismo, lo es aún más por la memoria de toda la gloria española en aquel instante trascendental que marcó en la historia del mundo el comienzo de una edad nueva.

Pendón que tremoló sobre aquel ejército pletórico de ideal en que los poetas eran capitanes y los capitanes poetas: parece ungido con amoroso beso por la Reina, para cuya fama no bastó la extensión de un mundo.

Granada le conserva y le lanza al viento una vez al año, como tregón glorioso de la pujanza de nuestra raza,



Panoramas de Granada.—Las torres de Cádiz y de la Cautiva, y al fondo el Albaicín

(Fot. Torres Molina)

I

Si el lector sube, en noche de luna, á la plataforma de la Vela, sentirá la emoción del panorama y se dilatarán sus pupilas, ávidas de impresionarse con el cuadro maravilloso que nos brinda la Naturaleza.

Mirando al Oriente, se descubren al pie de la muralla los álamos del bosque con perfiles plateados y chispas brillantes en las hojas que mueve el venticillo fresco de la Sierra. En el fondo, las luces de un hotel entre un nimbo de vaga claridad.

Los árboles se balancean y parece que suben y bajan con el flujo y reflujo del mar, y dos chochos negros se hierguen derechos y altivos por encima de las destrozadas torres de Algodor.

Más cerca titila el farolillo que hay en el altar de la Puerta Judiciaria, y de la Placeta de los Aljibes fluyen reverberaciones que parecen una evaporación de luz.

Más lejos, la silueta azulada, casi negra, de los Cerros del Sol envueltos en vapores transparentes como encajes, y detrás los nevados picachos que semejan alquiceles tendidos sobre la montaña.

Una perla, una estrella, parpadea encima de Mulacén...

Al sur, la niebla flota sobre los plateados olivares de la Zubia y las cañadas del Dílar. Más acá, en el llano, una ráfaga de bruma azul que sigue el curso del Genil; un penacho de humo blanquecino; entre la arboleda, el resplandor del Paseo y del Campo del Príncipe, con fosforescencias de luciérnaga; las calles de la Ciudad, como líneas de fuego que dividen la masa oscura de los edificios, y, en primer término, el perfil de Torres Bermejas, con un grupo de álamos y una luz que recorta duramente los árbo-

les y tiñe de rojo la muralla, contrastando con las refulgencias verdes y misteriosas que envuelven el Mauror y resbalan sobre la Plaza Nueva.

Este paisaje indescriptible, impregnado de melancólica belleza, tiene el acompañamiento de la gran sinfonía que entonan los cristalinos regatos que saltan en las cuestas del Bosque, el gemido de los álamos que mueve el viento, el dulce canto de un ruiseñor, el lejano ladrar de un perro, el eco de una guitarra, el golpe de la acequia al caer en la turbia del molino, el incoherente rumor de voces lejanas, conversaciones ininteligibles, paseantes, coches y tranvías que se eleva de la Ciudad, y, sobresaliendo sobre este acorde del vivir, la nota vibrante y triste que, con rítmica insistencia, lanza desde el ruinoso muro un solitario.

Al Poniente se domina el casco de la población semejante á una granada madura llena de luz por dentro; las calles son las estrías del fruto rajado, en las que se distinguen los faroles como granos encendidos; la masa de edificación es la corteza; pareciendo muy próxima la elegante silueta, con matiz de acero empavonado, de Sierra Elvira, y muy lejos, y como fundidas en el horizonte, las montañas de Loja.

Volviendo la vista al Albaicín, el panorama es asombroso. En noche oscura nos da la ilusión de un lago que copia las estrellas del firmamento y explica el por qué los granadinos le llaman *bajo cielo*. A media luz, el confuso leonado que forman las manchas negras de los jardines, con las blancas casitas, semeja piel de tigre que un genio salpicó de diamantes.

En nuestra noche de plenilunio los términos se dibujan más precisos, y el Albaicín surge ante nosotros sin los cálidos colores que le presta el sol y con la tibia y dulce palidez de un sueño.

Desde el pretil de la torre resbalan las som-

bras por el muro, condensándose al caer en el Bosque y convirtiéndose en profunda oscuridad cuando llegan al río. En el fondo negro chispea la corriente como una cinta de plata, y las vibraciones de las luces del molino hacen oscilar los contornos de la iglesia y del pintoresco puente de las Chirimías. Más lejos vislumbramos el bosque gris de las avellaneras, la línea tortuosa que describe el sendero de la fuente y, al final, disolviéndose en nieblas nacaradas, las azules montañas de Huétor.

Alzando los ojos descubrimos la colina del Sacro Monte cubierta de verdes nopales; el camino de la Abadía alumbrado por luces que hacen el efecto de un collar de brillantes y las cuevas que irradian resplandores de boca de horno, y una especialmente, con dos ventanicas á los lados de la puerta, que nos da la ilusión de aquel ídolo de fuego de que nos hablaron en la niñez y que nos mira con ojos flameantes.

Enfrente tenemos ya el Albaicín con sus casitas blanqueadas y sus huertos perfumados, y sus cipreses negros y puntiagudos, y las torres de sus iglesias que son minaretes de antiguas mezquitas, en las que creemos ver los mucines pregonando la *azala azohbi*, y sus cármenes moriscos llenos de macetas de claveles, tapizados con jazmines y madreselvas; y sus calles retorcidas y misteriosas, en cuyas revueltas surge á cada paso la Tradición vistiendo el alquicel moruno ó blandiendo la tizona del aventurero castellano; y el *tric-trac* de sus viejos telares, que ya no tejen los tisúes recamados de oro y pedrería que sirvieron para hacer túnicas á los emires de Granada, símbolo de opulencia fastuosa, sino blusas humildes para los siervos de la incultura y la miseria que sintetizan la triste actualidad del pueblo granadino; y el eco de los cantares y del hablar y del reír de las bellas mozuellas del ba-

rrio que, con sana alegría de juventud, borran el dolor que nos produce el contraste de las grandezas del tiempo viejo con la mezquindad de su presente vida.

Líneas de un fulgor anaranjado describen el curso tortuoso de las calles; líneas plateadas, los senderos que, entre chumberas, suben á San Miguel; líneas parduscas, las antiguas murallas que bajan del cerro y se pierden en el caserío.

Al lado del blanco minarete de San Nicolás, los negros torreones de la vieja Alcazaba; y salpicándolo todo, disolviendo las sombras, recordando las batientes, difundiendo vaga claridad en las umbrías de los cármenes y en los patios de los conventos, millares de puntos luminosos, con matices azules, blancos y roizos, nos ofrecen la visión más fantástica y pintoresca que podríamos soñar.

II

El paisaje que en las mañanas de sol se descubre desde los balcones de Comarex, nos subyuga con la nota divina de lo pintoresco.

Al contemplarlo se percibe que oleadas de luz y aire perfumado por campestres olores penetran en nuestro ser, saturándolo de principio vital y evocando anhelos indefinibles de juventud. Sentimos que la Naturaleza nos acaricia y sus voluptuosos abrazos aceleran la pulsación y despiertan el ansia de vivir.

Al Oriente, la Silla del Moro recorta el cielo azul con silueta parda de ruina, y los pabellones blanqueados y los cipreses oscuros del Generallife tienden sobre la ladera un tapiz de sombra y frescura con flecos de sol que adorna el Camino del Avellano.

Debajo se ven los haberes floridos del Carmen de la Fuente, que riza con suavidad el viento, y que al cabecear nos presentan irrisaciones aterciopeladas; y en lo más hondo, el río corre saltando en su lecho de piedras jabalunas, escondiéndose y volviendo á aparecer con reflejos argentinos entre las casitas blancas y azules y el bosque de las huertas, salpicadas de árboles color de rosa.

Desde Valparaíso suben los carros poblados de chumberas hasta la cintura y desnudos de vegetación hasta la cima. El camino es un reguero de luz y de polvo de cristal que ondula y centellea como si estuviese en movimiento.

El sol, reflejándose en los vidrios de un coche que viene, lanza chispas deslumbrantes. Las cuevas, encaladas unas, pintadas otras de añil y de rojo, semejan piedras de los collares de bisutería con que ciñen su cuello las bailadoras gitanas. Se percibe el rumor cadencioso de una zambra, confundiendo con los dulces cánticos que elevan al cielo los niños del Ave María.

De la cumbre del cerro donde está la ermita de San Miguel descenden las viejas murallas que se funden al este en los cercados de nopales y por el oeste llegan al Albaicín.

El barrio moruno, lleno de sol y alegría, nos revela el sentido de lo pintoresco, demostrándonos prácticamente que la variedad de matices, la ondulación de la línea y las siluetas irregulares pueden componer un conjunto de belleza superior

a que nos ofrecen las modernas *urbes*, con sus calles tiradas á cordel, sus edificios uniformados y la enojosa igualdad de sus nivelaciones.

Es un tapiz oriental tendido sobre el cerro. Cada casita tiene su jardín ó su huerta, en los que el cuadro de hortalizas alterna con el bosquecillo de rosales, las arboladas umbrosas y el obscuro ciprés. Las casas, huyendo siempre de esa alineación de tablero de ajedrez, madre del tedio y la monotonía, surgen entre los jardines con desorden encantador que nos sugiere ideas de independencia y libertad. Las torres de las iglesias, unas blanqueadas, otras de ladrillo dorado, otras con los destellos metálicos de su labor de aliceres, y las viejas murallas, con la pátina de su antigüedad, se yerguen orgullosas en medio del caserío, mientras que los conventos, humildes, femeninos y melancólicos, nos atraen con sus celosías pintadas de verde y desteñidas por la lluvia y el abandono de las cosas mundanales.

Mirando al río, aquellos árboles frondosos, con una fuente en medio, que se ven á la derecha, son del Paseo de los Tristes, lugar predilecto de Granada en los siglos XVI, XVII y XVIII. El puentecillo que está en el extremo de Levante es obra de moros, y la cuesta que del mismo puente arranca concluye en el centro del Albaicín, donde estuvo la Aljama, convertida hoy en iglesia, que vemos delante de nosotros dorada por los rayos del sol.

En lo hondo, bordeando el cauce del río, desde el Paseo de los Tristes á la Plaza Nueva, un viejo murallón sostiene la Carrera de Darro, la calle más pictórica de Granada, que nos seduce con sus verdinegros puentecillos, el arcaico sabor de las casas solariegas que vivieron los conquistadores, y entre las que sobresale la de Cas-

tril, cuya portada plateresca labró Diego de Siloé, y con el bellissimo patio árabe de las Monjas de Zafra, que la altura de nuestro observatorio nos permite curiosear y ver, entre rosales, jazmineros, cipreses y cinamomos, las esbeltas columnas, labores de yesería y el brillo de los alicatados que aún subsisten en el palacio moruno que el Secretario de los Reyes Católicos cedió á la comunidad de Santo Domingo, substituyendo las odaliscas del harén con las vírgenes del Señor; y, por último, nos embelesa con los artísticos campaniles y misteriosas celosías de los próximos conventos de San Bernardo, la Concepción y Santa Inés.

El barrio que, poblado de jardines y antiguas casas señoriales, cruzado de angostas y pendientes callejuelas, ocupa la ladera desde el río hasta el Albaicín, corresponde en la actualidad á los de San José y San Pedro, fué en tiempos de árabes la Cauracha, ceñido por murallones de la Alcazaba Nueva y habitado por los próceres del Reino, y alcanzó tal fama de higiéfica hermosura, que de Africa y Castilla vinieron, confiándose á los sentimientos de hospitalidad de los emires y del pueblo granadino, príncipes y nobles caballeros que en sus deleitosos cármenes recobraron la salud perdida.

Una cornisa de chumberas corona este barrio, separándolo del Albaicín; y aquel edificio lindero, grande y rectangular, es el colegio de religiosas de San Juan de los Reyes, cuya torre, antiguo minarete árabe, apenas se ve porque el moderno caserón la tapa.

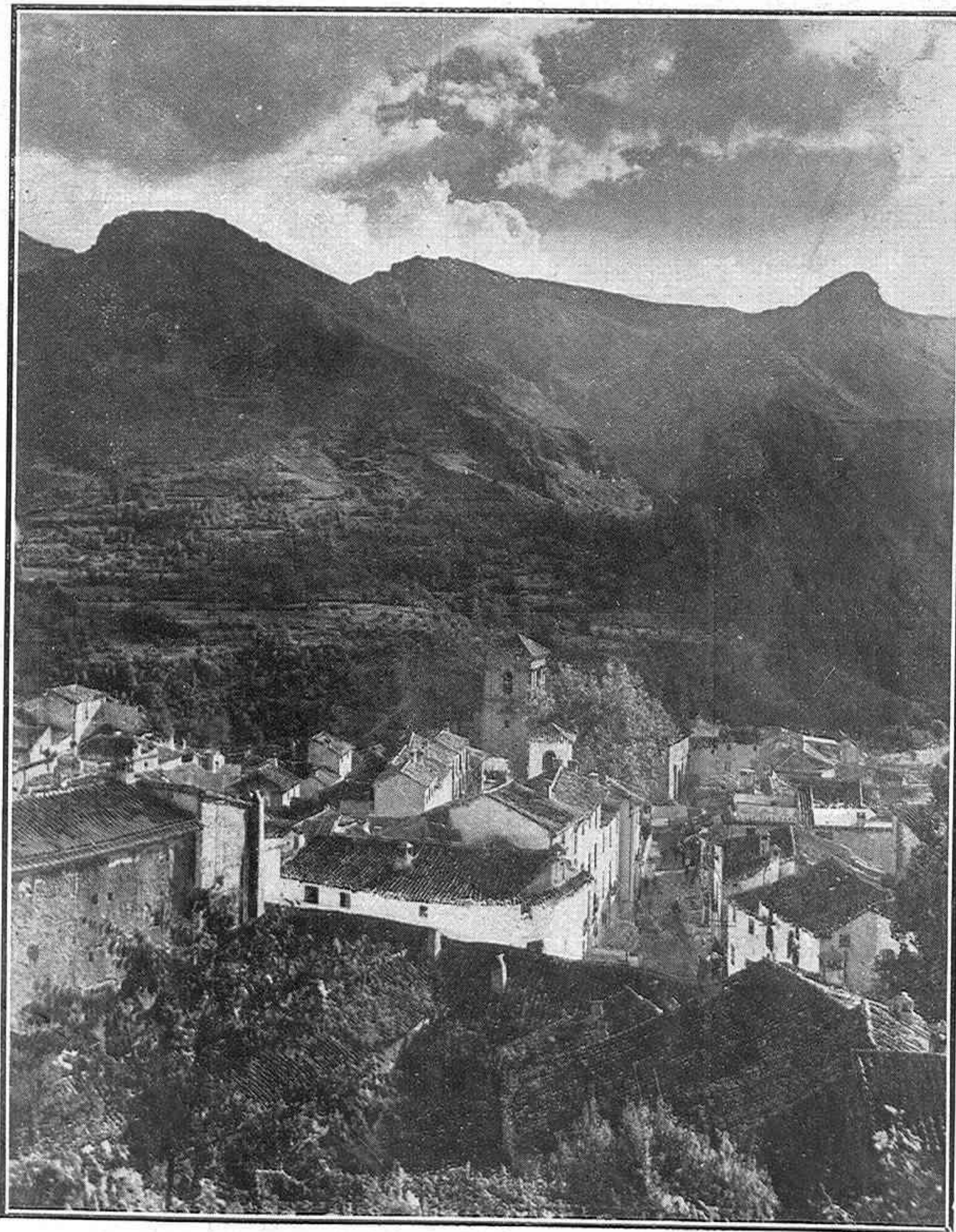
Cercano, el porche del convento de la Concepción se distingue por sus frondosas acacias; y bajo esta mancha verde, el huerto grande y cuadrado, en cuyo centro hay un estanque, es el solar del Maristán que fundó Yúsuf I. Un ciprés centenario y gigantesco, testigo quizá de los esplendores de la dinastía nasrita, y que hoy pertenece á humilde carmen de la calle de San Juan, cimbre melancólicamente su copa pardusca, sobresaliendo sobre todos los árboles del antiguo Haxaris.

Si miramos á Occidente, la Vega nos deslumbra como un rompimiento de gloria. La luz es tan clara, de tal transparencia, que nos permite percibir los detalles lejanos, ciñendonos con una precisión inconcebible que rompe las leyes de la perspectiva. El caserío, el olivar, las alamedas del Genil, los picachos y repliegues de Sierra Elvira, los pueblos de Atarfe y Pinos, la ciudad de Santafé, las fábricas de azúcar, las acequias y los rieles del tranvía, los haberes y las plantaciones de trigo, todo se distingue y se determina cual si en primer término estuviera y lo envolviese un aire purificado, eterizado, y lo iluminase una luz proyectada con poderosos reflectores.

Es la luz única en el mundo, desesperación de Fortuny y de todos los pintores que la han estudiado; que pule y contornea la forma, abriga el colorido y dibuja la línea con el buril y el pincel que Dios puso en manos de la Naturaleza espiritual y artística que envuelve á Granada.

LUIS SECO DE LUCENA

(Fot. Sol)



Panoramas de Granada.—Otro panorama bellissimo que tiene por fondo Sierra Nevada



FERNANDO EL CATOLICO



ISABEL LA CALOLICA

(Fots Torres Molina)

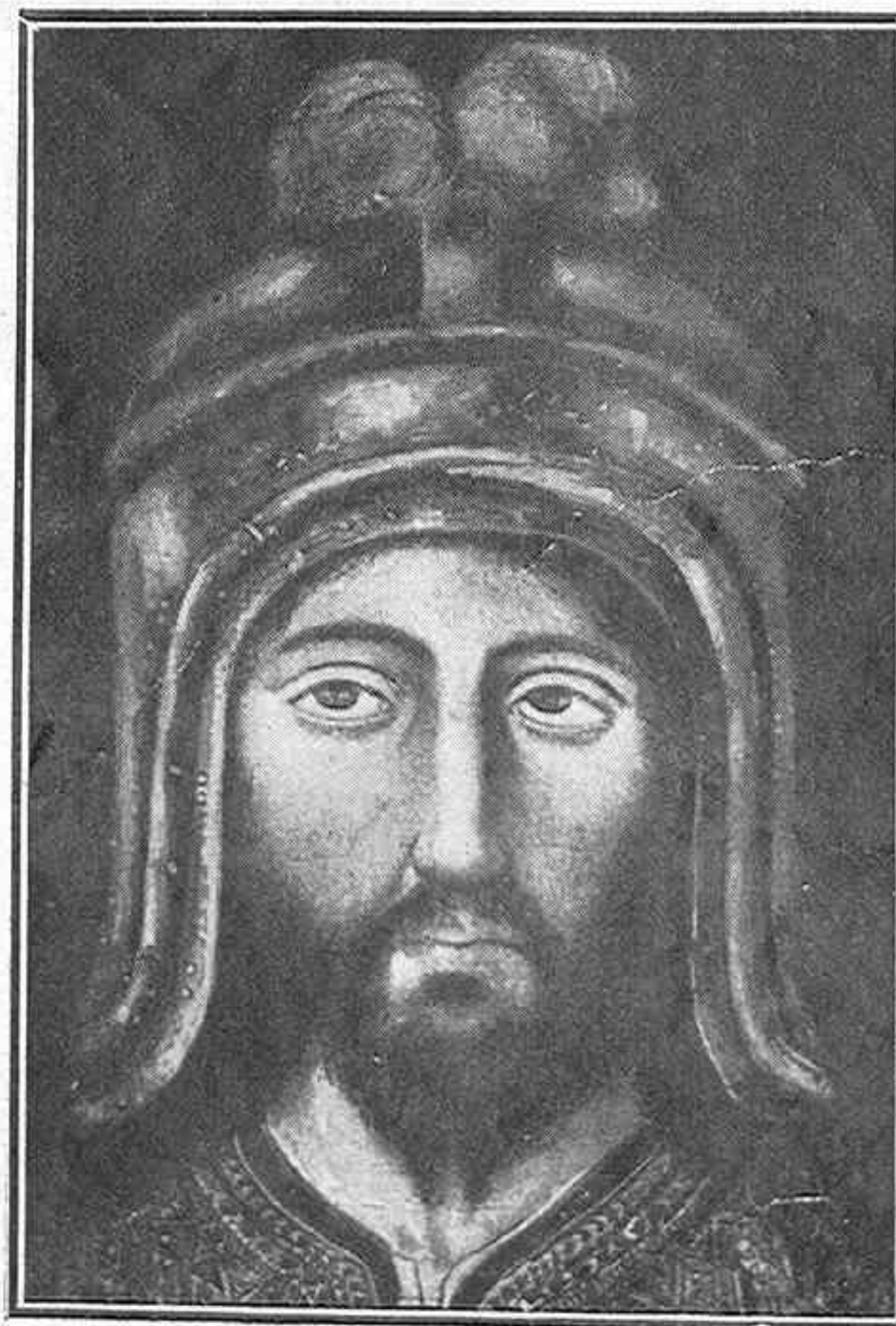
El último Rey moro y los primeros Reyes cristianos de Granada

CUANDO nació Boabdil, ya que así llaman los historiadores a Mahomet Andalla, su padre, el sultán Muley-Aben-Hacem, tenía dos favoritas: *Aixa* la casta, madre de Boabdil, y *Fátima*, cristiana renegada, madre de dos hijos, para los cuales ambicionaba el trono de Granada. A Fátima la llamaban los moros «Zoraya» ó luz del alba por su luminosa hermosura; pero en ella era más que la hermosura la ambición.

Para satisfacerla había logrado ya que su señor, de quien realmente era dueña, mandase degollar a los hijos habidos de otras favoritas y repudiase a Aixá. Faltábala sólo librarse de Boabdil, y para hacerlo recordó al Monarca el horóscopo de aquel príncipe, hecho, según costumbre mora, de la época cuando nació, y que había dicho: «¡Al a' Akbar!» Dios es grande; él es quien pone y quita los imperios; en el cielo está escrito que este príncipe ocupará el trono de Granada; pero que en su reinado se consumará la perdición del reino.»

No era necesario el recuerdo. Mahomet había odiado a su hijo desde el instante mismo en que conoció el horóscopo; pero el amor a su mujer, Aixá, le había hecho excluirle de la cruel muerte a que condenó a sus hermanos.

Pero el recuerdo fué oportuno. Aixá había sido ya repudiada. Sin los atractivos juveniles, la hermosura de Fátima había logrado que Mohamet olvidase a la Casta, y así el odio a Boabdil acrecentado, podía ser favorable a los desig-



BOABDIL, REY MORO

nios de Zoraya. El sultán, cuando Fátima le recordó el horóscopo, contestó: «La cuchilla del verdugo probará la falsedad de estos pronósticos y atajará la ambición de Boabdil, como ha castigado la osadía de sus hermanos.»

Pero el verdugo llegó tarde. Cuando fueron a la torre de Comares, donde estaba el Príncipe con su madre, en busca de Boabdil, Boabdil se había fugado. Aixá, advertida oportunamente, con la ayuda de sus damas, y utilizando los mantos de ellas y el suyo propio para formar una cuerda salvadora, había descolgado al príncipe, que, llegado a tierra, encontró un veloz caballo, prevenido por su prudente madre, montó rápidamente sobre él y huyó a las Alpujarras hasta refugiarse en Guadix.

El sol de Muley-Aben-Hacem había pasado ya de su *cenit*; estaba en decadencia. La tiranía de su reinado le había concitado en contra a casi todos los nobles musulmanes, y singularmente a los Abencerrajes. Pronto, todos ellos se pusieron al lado de Boabdil. La infructuosa y desgraciada salida del sultán para reconquistar Alhama, que el marqués de Cádiz había tomado para los cristianos, colmaron la medida, y una tarde, al volver de un recreo llamado los Alejares, Muley-Aben-Hacem encontró cerradas las puertas de su ciudad; dentro de ella, Mohamet ó Boabdil había sido proclamado Rey. Muley Aben se resignó, y viendo cumplida la primera parte del horóscopo, exclamó: «¡Alá quiera que no se confirme el resto!»



Uno de los Pendones de las fuerzas de Caballería, primeras que del ejército cristiano entraron en la ciudad y que se conserva en Granada

Otro de los Pendones que se conservan en Granada de las tropas de los Reyes Católicos, conquistadores de la ciudad

Se confirmó; y cuando aún el día 2 de Enero se alza sobre la torre de la Vela en la moruna Alhambra, el Pendón de Castilla, conmemora aquel día en que, salido Boabdil de su ciudad, mientras Aixa y su menguada (orte le aguardaban en una aldehuela alpujarreña y Fernando é Isabel aguardaban la señal de su posesión, se izó por primera vez en el mismo sitio. El horóscopo se había cumplido por completo, dando la razón á los moros, que desde el punto en que le conocieron habían llamado á Mahomet *el Zagoibi*; es decir, en lengua cristiana, «el desgraciado».

Sobre sus desventuras materiales tuvo ya desde entonces Boabdil la más terrible de las desventuras morales: el remordimiento. Al cabo tenía en sus venas sangre cristiana y menos fanáticamente supersticioso que sus súbditos y sus antepasados moros, creía menos en la fatalidad que en el castigo de los que pecaban.

Por eso, de sus desdichas no culpó en ningún instante á la mala estrella con que, según los

astrólogos, había nacido, sino á la rebeldía en que se alzó contra su padre.

De nada valió que el origen de aquella rebelión, en que al cabo Boabdil había venido á ser un instrumento de los moros á quienes Muley-Aben-Hacen había ofendido, fuera un acto defensivo sin el cual Mahomet-Andalla hubiera succumbido como sus hermanos; Boabdil se creyó culpable y castigado.

Tal vez sus lágrimas al entregar las llaves de la ciudad doblemente querida, aquellas lágrimas que movieron á piedad á Fernando é Isabel, fueron arrancadas por aquel dolor espiritual más que por la pérdida de un reino que tan caro le había costado. Los Reyes Católicos trataron vanamente de consolarle; partió rápido para reunirse con su madre y llorar de nuevo al contemplar por última vez lo que había perdido.

Allí, en el alto que en lo futuro, en memoria de aquel hecho había de llamarse «el suspiro del moro», no encontró la piedad que había despertado en los pechos cristianos. Aixa, la terrible

ex sultana, no tuvo para él consuelos maternos, sino una frase tremendamente cruel que la historia conservó...

Entretanto, de la llanura subían gritos de júbilo y clamores de victoria: ¡Santiago! ¡Santiago! repetían las huestes cristianas, mientras los Reyes Católicos, cumplida ya por sus capitanes la posesión de la ciudad, se adentraban en ella; era que sobre la Alhambra se había alzado por primera vez el Pendón de Castilla, y junto á él el del santo Matamoros: ¡Santiago! ¡Santiago! Todo el júbilo repercute aún en Granada cuando cada año, el dos de Enero, el mismo endón que ganó definitivamente España para la cristianidad, se alza de nuevo orgullosamente flamante sobre la ciudad mora, que fué última en rendirse.

Publicamos á continuación la última carta de las que forman el «Epistolario» de Angel Ganivet. En ella se refleja el pesimismo desolado y desolador que, dos años más tarde, llevó al suicidio al ilustre granadino. La carta induce á hondas reflexiones.

4 Enero 1895.

Entre plato y plato, durante el almuerzo, he leído tu última carta, en que me envías el tristísimo balance de año. Un poco que hay de verdad, sin duda, y un mucho que tú aumentas, forma la relación, que, por no faltar á la costumbre, adquiere de año en año mayor intensidad dentro del color negro, único de que está embadurnada tu paleta. Contra ese modo de ver no cabe consuelo alguno, como no cabe consuelo cuando se muere una persona amada y sentida de veras. Las reflexiones, consejos y demás zaramojos de razón resultan impertinentes y hasta enfadosas y ridículas; los motivos sentimentales son contraproducentes, porque si las ideas tienen la facultad de mezclarse y combinarse, los sentimientos íntimos no se combinan con otros sino para destruirlos y para adquirir mayor fuerza sin perder su carácter. Cuando sopla el mal viento, y nos sentimos dominados por la desesperación sin causa que es la más terrible de las desesperaciones, todas las gracias y todos los chistes y todo cuanto en el mundo se ha inventado para hacer reír no servirá más que para enfurecernos más contra nosotros mismos. Si hay medio de conseguir algo, es sólo la exageración de ese estado agudo, que al llegar á cierto extremo no puede sostenerse más, y da lugar á una reacción opuesta. En estos asuntos soy perito. Te diré, además, que cometes una gran torpeza suponiendo que esa situación sea producida por el vacío de tu vida, cuando la produce el vacío de la vida en general. Si tú tienes esa predisposición, no adelantaría nada cambiando de aires, ni de climas ni de ocupaciones; *omnia mecum porto*, que decía Simónides, y no llevaría más que una túnica y el resto del cuerpo.

Lo que sí es cierto es que el pesimismo ó, mejor, la tristeza natural y espontánea, se refina con el uso y por el contacto con los objetos exteriores (entre ellos las personas), siendo relativamente menos desagradable sentir esa tristeza en esferas elevadas que sentirla al ras de tierra y por el contacto con las cosas más bajas. Con el tiempo llega uno á convencerse de que está de más en el mundo; que no hay fines propios del hombre porque los únicos fines (que son la generación y la conservación) son fines específicos, no individuales, que no hace uno nada esencial ó si hace algo es engendrar otro ser análogo ó peor, y que todas las demás ocupaciones

son formales ó imitativas, y como eflorescencias que produce el roce orgánico. Somos ni más ni menos que motores; trabajamos para tirar de un peso, para producir movimiento, para dar este ó aquel resultado *útil*. Pero el motor, ¿qué es en sí? Parece algo, porque puede funcionar solo, porque echa chispas ó vapor ó humo; pero su razón de ser es la máquina. Así, nosotros, para que el engaño sea más agradable, echamos varias cosas hacia afuera, y creemos que son algo, siendo así que lo que hay positivo es la máquina de nuestra especie á la que vamos uncidos como esclavos.

No sé si estos pensamientos nacen de la melancolía ó si son ellos los que, al contrario, la

Asímismo hay que sacudirse el yugo del amor en el que no caben más que tres grados á cual peor: 1.º, el de burro padre; 2.º, el de *journaliseur* ó empresario de espectáculos; 3.º, el de *dupe*, ya en el género Werther, ya en el F***. Dígame lo que se quiera, todo requiere un fin en el mundo, y el gran desencanto llega cuando en el fin más alto se descubre el vacío. El amor sin objeto es muy bonito; pero muy poco consistente, un amor con objeto es más prosaico, más duradero y embrutecedor en demasía.

Como demostración de que fuera de esa realidad práctica de esta existencia no existe nada que pueda considerarse como un fin, no hay más

que fijarse, por ejemplo, en lo que significan la ciencia y el arte. Ambos amplían la vida real completándola aparentemente y modifican los «modos de vivir».

Una idea puede cambiar una sociedad, no se sabe si para daño ó para provecho, pues siempre hay apóstoles convencidos del progreso y entes refractarios á todo lo que sea apartarse de la monda y lironda naturaleza. (Y estos son los prudentes). Pero nótese que todos esos lujos que nos permitimos ó que se permiten los pueblos iluminados por la antorcha del genio, son tolerados por la cachazuda naturaleza, á condición de que no se falte á lo conve-nido; en cuanto el progreso daña demasiado á las funciones de reproducción, vienen los bárbaros, las reservas del orden y vuelve todo á su primitivo estado. No dejarás de notar que con poco trabajo podría sacar de aquí un sistema de filosofía de la historia, una fisiología de la historia, bastante superior á todo lo fabricado hasta el día; pero aquí cuelgo la péñola y me dejo de generalizaciones, puesto que mi idea ha sido solamente inculcarte el odio á ese último asidero del arte á que te agarras. Por vía de distracción venga todo en

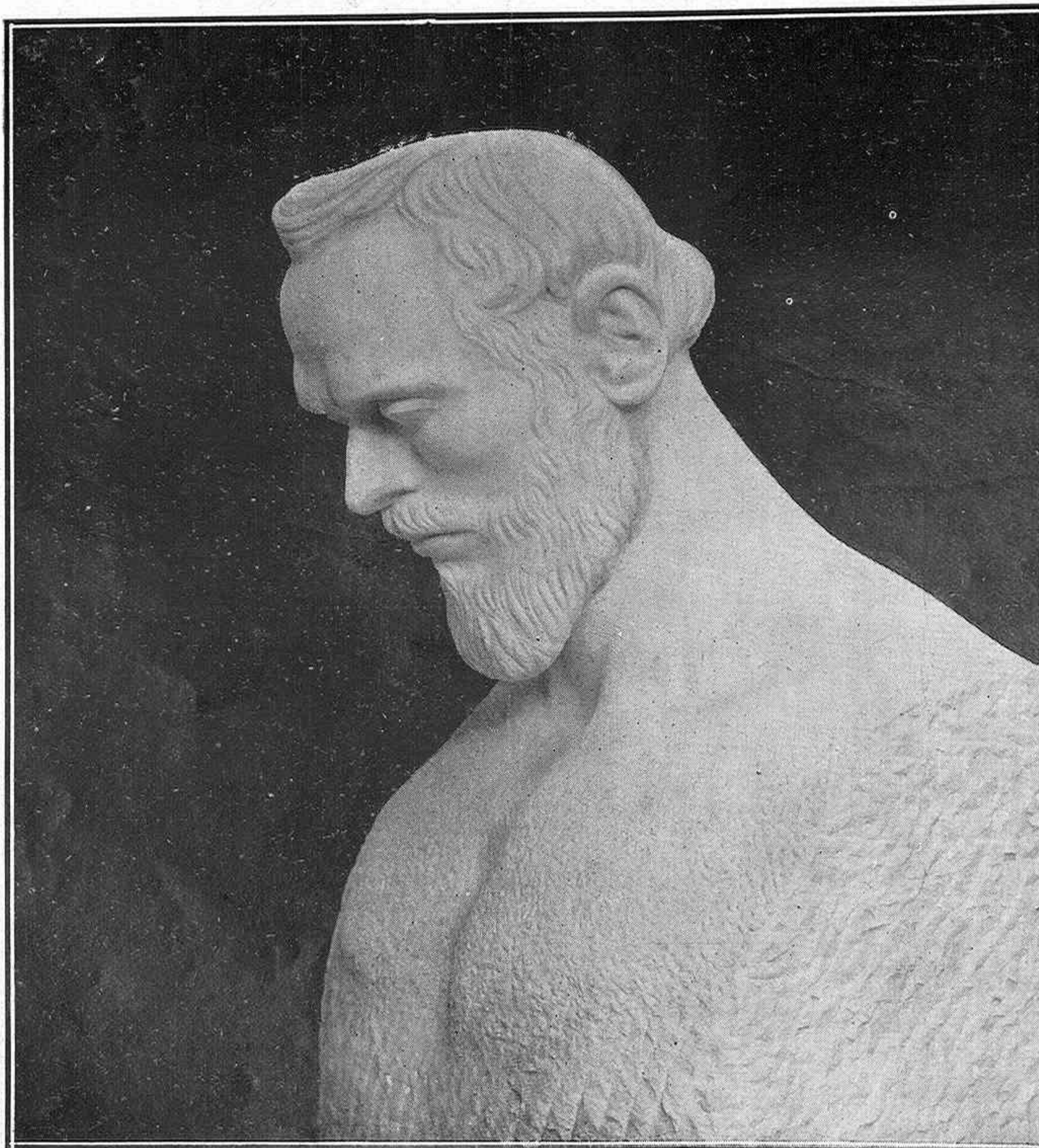
buen hora; pero nada vale la pena de molestar-se. Plántese este dilema. ¿Quiero ser útil ó inútil en este mundo á que he llegado en mal hora?

Sí. Pues me caso de este ó aquel modo con una ó varias.

No. Pues me dedico á tomar el sol y á pedir limosna si no me vienen á mano medios fáciles para ir rellenando el pellejo.

En ambos casos puedo permitirme la satisfacción de entretenerme con mis imaginaciones para disfrazar las miserias de la vida é impedir que se acerque la idea del suicidio, que no resuelve nada tampoco, si, como es de temer, tenemos varias ediciones, y cuanto antes nos inutilizamos antes nos echan tapas y medias sueltas en el laboratorio de las almas, para lanzarnos á funcionar de nuevo en este planeta ó en otro si hay varios que nos ayuden en estas faenas.

ANGEL GANIVET



Fragmento del monumento al poeta Ganivet en Granada, obra original del ilustre escultor granadino Juan Cristóbal

engendran; lo que sí sé es que cuando el hecho ocurre no tiene vuelta de hoja. Y es tal la fuerza atractiva de las ideas tristes, que una vez que se enseñorean de nuestro ánimo nos hallamos muy felices con ellas, y no las cambiaríamos por las más optimistas y regocijadas de los que viven bien avenidos con sus rutinas fisiológicas. Las consecuencias de esta manera de ver son las de la moral panteísta ó las de la moral estoica, sin meterse en dibujos. Son las mismas que te he repetido siempre cuando ha tocado hablar contra el amor y la propiedad. Un hombre es un motor de cinco cal allos; un hombre con diez corijos es un motor de diez; y como el objeto es no mover nada material (antes al contrario, moverse uno solo si es posible), hay que dar de lado á la propiedad, mueble, inmueble y semoviente, y convertirse al cristianismo puro, al de los mendigos de corazón, primeros discípulos del Mesías.

Manjón, burgalés, es, sin embargo, una figura granadina porque en Granada realizó lo más intenso y perdurable de su labor. Por ese título, honramos estas páginas con dos interesantes fragmentos de sus obras pedagógicas.

VI

LA EDUCACIÓN ES OBRA DE MUCHOS COEDUCADORES

LO QUE ES LA EDUCACIÓN.—La educación es la perfección.

Educación al hombre es perfeccionarle según todo su ser, físico é intelectual, moral y religioso, individual y social.

Educación (de *educere*) es desarrollar en el hombre todas las facultades que Dios le ha dado, y desenvolverlas en orden á los fines que El mismo le ha señalado, y conforme á las leyes por El establecidas.

Educación es cultivar hombres ó ejercitar sus fuerzas, desarrollar sus facultades, afirmar sus virtudes, rectificar sus errores y corregir sus faltas ó pecados; es imitar, es sanar almas y cuerpos, embellecer, adornar y pulimentar individuos y sociedades.

Educación es sacar al hombre ó llevarle, en cuanto sea posible, de la debilidad á la firmeza, de la endeblez á la salud, de la ignorancia al saber, de la bajeza á la dignidad, de la inercia á la actividad, de la acción irreflexiva á la acción bien orientada, pensada y consciente; de la impotencia al poder, del yugo y esclavitud de pasiones y pecados al dominio de sí mismo; de la vida cuasi embrionaria y animal á la vida racional y moral, humana y cristiana.

CONSIDERACIONES.—Consideremos si empresa tan difícil, si obra tan grande, compleja y continua, tan una y tan múltiple, se podrá realizar por un solo operario, ó si exigirá el concurso inteligente de varios obreros.

Y para que nuestra consideración se concrete y eleve á meditación, que la cosa bien lo merece, meditemos sobre este enunciado: El ideal de la educación es la perfección, y el ideal de la perfección es la vida del perfecto cristiano, según las palabras del Hijo de Dios, que es la Sabiduría encarnada para hacer á los hombres sabios en punto á moralidad y santidad: «Sed perfectos como lo es mi Padre celestial.»

Siendo todo lo humano cristiano, la perfección del ser humano no es ajena al hombre cristiano. Hacer hombres de sana estirpe y salud cabal, bien desarrollados, inteligentes, honrados, laboriosos y cultos, es cultivar el patrón en el cual el injerto de la fe hará producir óptimos frutos. El perfecto cristiano es un perfecto hijo, perfecto hermano, perfecto padre, perfecto ciudadano, y, en suma, un hombre digno de sí, de la sociedad á que pertenece y del fin para que ha

sido criado. Si, pues, tan unido y trabado está en el hombre lo divino con lo humano, según los planes de la Providencia y las relaciones de la vida y hechos de la historia, ¿obtraremos nosotros con acierto rompiendo la unión y enlace íntimo que hay entre la educación y la religión, entre el hombre y Dios? ¿O seremos unos dementados que nos empeñemos en hacer hombres al revés de como Dios los quiere, al contrario de como á la sociedad convienen?

DISYUNTIVAS.—Pensémoslo en serio, porque la cosa lo merece. Si educar en cristiano es perfeccionar, educar en anticristiano (y pase la blasfemia pedagógica) será imperfeccionar; si co-

bres cabales, dignos de sus destinos y de los de su raza y pueblo; yo quiero que todos cuantos se dediquen á esta obra sublime de hacer hombres cabales, respeten la naturaleza del hombre, que es naturalmente religioso y lógicamente cristiano.

CONCLUSIÓN.—Yo quiero que todos los educadores se entiendan y ayuden para que el gran edificio de la educación individual y social no se venga por sí mismo al suelo, pues sin cooperación no hay educación posible.

SOBRE EL «DIARIO».—Así se llama el cuaderno en el cual diariamente ha de escribir todo maestro y todo alumno algo adelantado de las es-

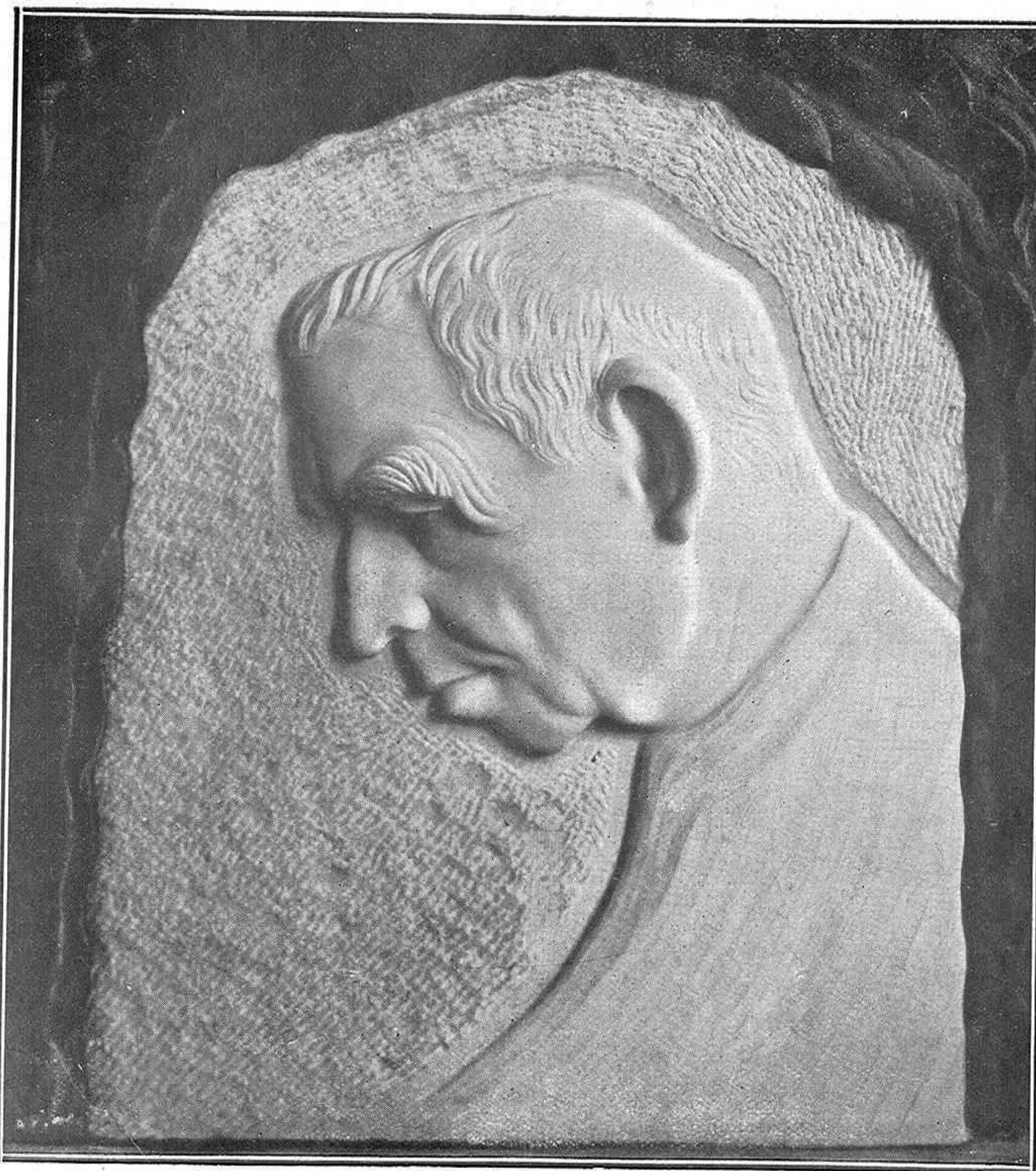
cuélas, de tres líneas en adelante, más ó menos, según lo que le ocurra en el día.

Pero es de advertir que en el «diario» debe ser todo original y propio del que lo escribe, el cual referirá en él su vida, sus amistades; los sucesos que él presencie ó que hasta él lleguen; sus apuros y penas, sus recuerdos y alegrías, sus pensamientos y reflexiones, con sus propósitos y proyectos; en suma, el «diario» será para él un breve y compendiado mundo, pues lo que del mundo exterior él conoce y sabe, todo lo consigna en él, y así viene á ser la historia de su vida y de las cosas y personas que con ella se relacionen.

El maestro cuidará de respetar mucho la personalidad de cada alumno en cuanto sea digna de respeto, esto es, en todo lo que tenga de original y bueno. Dejará, por consiguiente, á todos sus alumnos una muy amplia libertad en la elección de punto y en el modo de desarrollarlo; lo cual no quita para que, en esto como en todo, sea maestro, llevando un «diario» que sea modelo, evitando que los niños propendan en los suyos á lo que sea juguetero, bajo y chocarrero, y sirviéndose de la lectura de ellos para corregir faltas, alabar y estimular

dotes y virtudes, afinar en la verdad y exactitud de los juicios, en la corrección del lenguaje, en la hermosura de la expresión y en los ápices de la gramática.

SU UTILIDAD.—Siendo la atención del alumno lo más necesario para aprender, y también lo más difícil de conseguir, el «diario» y su lectura y corrección nos la dan hecha. Aquello que se lee, no lo escribió un desconocido, sino yo ó el compañero; aquello que se analiza, no es un asunto extraño ó ajeno, sino mío; aquel pensamiento que allí se expresa, es mi alma y la de mis discípulos; aquellos defectos y faltas que se corrigen, no han sido celadas del maestro, sino caídas de mi propia ignorancia y mal gusto; y al escribirme, me retrato; y al leerme, me reconozco; y al analizarme, me estudio y aprendo, y me hago más mío, puesto que voy sabiendo lo que soy.—PEDRO MANJÓN



Fragment el monumento al P. Manjón obra del gran escultor granadino Juan Cristóbal

educar con Cristo es salvar, deseducar á cristianos será condenar; si aproximando los educandos á Dios, su Padre los eleva y dignifica, apartándolos de ese divino modelo se los relaja é indignifica; y, en suma, si el hombre ha nacido para ser algo más que un animal industrioso, y la educación se concreta á eso, á hacer de él un animal meramente terrestre, dicho está que esa mal llamada educación no es humana, ni racional, ni moral, ni digna, ni honrada, ni bienhechora, y mucho menos española y cristiana.

El hombre es tanto menos hombre cuanto es más ateo y menos cristiano. Yo quiero ser hombre religioso, como lo es el mundo entero de todos los climas y de todos los tiempos; yo quiero ser hombre cristiano, como lo son los hombres más virtuosos y cultos de los pueblos más civilizados; yo quiero ser educador cristiano, porque aspiro á que mis educandos sean hombres y hom-



Canto primero

I

En el nombre de Dios Omnipotente y Misericordioso: ésta es la historia del alcázar sin par, entre la gente Moslemí de tristísima memoria, y recuerdo ya casi indiferente para el Rumí, aunque cifra de su gloria: su pasado valor la había rendido, y su ignorancia posterior la ha hundido.

II

Gloria á Dios que es de todo el Soberano, que todo lo germina, lo sostiene, lo equilibra ó lo deja de su mano, á su infalible ley según conviene; mas ¿por qué ciego derribó el cristiano la Alhambra, de la cual lo que hoy se tiene da testimonio tal de su fe y gloria, pero con tal borrón mancha su historia?

III

Lo feroz del derecho de conquista y del brutal guerrero la fiereza, á quien la vanidad quita la vista del ojo y la razón de la cabeza, por probar que nada hay que les resista quitan á sus victorias su grandeza; y cuando en ellas Dios les da un tesoro, gozan polvo en hacer las parvas de oro.

IV

¡Oh, humanidad desatentada y loca que tu divino origen envileces, el discurrir creyendo que te apoca y que feroz luchando te engrandeces; que piensas que es la tierra una bicoca siendo mina que ciegan tus sandeces, tejiéndote de errores los más burdos un estúpido código de absurdos!

V

¡Germen de la verdad amarga y dura, espíritu gentil de la mentira, antorcha de la historia viva y pura, luz del genio del bardo que delira, alumbrad mi poética locura vuestro fuego juntando en una pira, y de acíbar y miel colmadme un vaso que dé á España á beber mi ingenio escaso.

VI

Un buen día de Arjona en el camino, un príncipe de estirpe Nazarita encontró el pueblo moro granadino; llevóle á orar á Dios en la mezquita y puso allí en sus manos su destino. Aceptó el piadoso moslemita, empuñó el cetro, se sentó en el trono, y ahogó de los partidos el encono.

VII

Amigo de la paz, cortó las guerras y treguas asentó con el cristiano, mirando por sus pueblos y sus tierras,

sin oro aquéllas ya y éstas sin grano; tornó el moro á labrar llanos y sierras, tornó el oro á correr de mano en mano, y tornó á ser feliz y respetada bajo el dominio de Alhamar, Granada.

VIII

Del saber al impulso y la prudencia de rey tan perspicaz y expeditivo, se tornó la escasez en opulencia y el espíritu muerto en genio vivo. Cobró el pueblo muslim nueva existencia de acción vital y de comercio activo, y para el mo o comenzó una era de paz estable por la vez primera.

IX

Tranquilo en su interior, lleno su erario y de agresión externa bien seguro, pensó el rey Alhamar en lo precario del favor popular; y lo futuro preveyendo en un pueblo tan voltario, pensó entre el Rey y el pueblo alzar un muro, é imaginó de espléndida grandeza levantar un palacio-fortaleza.

X

Entre Torres-Bermejas y un recodo que hacía el lecho aurífero del Darro, había un cerro de montaña á modo tupido en zarzas y encinar chaparro; las vasijas que usaba el pueblo todo estaban hechas de su rojo barro; y á aquellas torres por estar anejo y por su tinte se llamó bermejo.

XI

Por el alto lugar en que campaba que el paso á la ciudad por allí cierra, por frontero á la kádima alcazaba que en caso de civil ó extraña guerra podría resistir á la más brava, dominador del aire y de la tierra, por cálculo sagaz, no por antojo, se enseñoreó Alhamar del monte rojo.

XII

Adelantó la torre de la Vela y la asentó detrás la de Comares; una como almenara y centinela de la vega y de todos sus lugares; otra como robusta ciudadela cimentada en peñascos seculares; y del monte á los pies tendió por vallas un cinturón de torres y murallas.

XIII

Asegurada ya su fortaleza, abrió en el monte resguardados silos, y cuevas en sus rocas de una pieza, y almacenes, depósitos y asilos; y derramó con pródiga largueza, por una red de innumerables hilos, las aguas de la sierra en un aljibe que á través de mil fuentes las recibe.

XIV

Entonces comenzó la maravilla de la Alhambra á crear, que de la tierra fué brotando cual lirio sin mancha del virginal capullo que le encierra; surgió entre los vergeles de la orilla del Darro y los pinares de la sierra, como sesteando entre la hierba asoma su cabeza gentil una paloma.

XV

Su plan, obra del genio, cuya norma tal vez por algún ángel le fué dada, sin corrección, reparo ni reforma, fué concluída como fué empezada. Rica en su construcción, bella en su forma, salió como en un molde modelada; salió como una novia bien prendida á entregarse á su amor y á nueva vida.

XVI

Era un noble y artístico edificio, fortaleza y alcázar, fabricado todo desde el cimientito al frontispicio bajo un plan á propósito trazado; por el lado del río un precipicio le guarda, á pico su peñón tajado; y por los otros tres, foseado el cerro, le guarda un cinto de agua, piedra y hierro.

XVII

Arriba, al Mediodía, y de Comares centro haciendo á la torre, en los confines y al borde de las peñas seculares, labró el Rey Alhamar los camarines y salas á los usos familiares del harén y á los íntimos festines de la vida de invierno destinadas, para tal estación aparejadas.

XVIII

Los alarifes árabes que hicieron aquella estancia por los planos reales, para su noble fábrica eligieron tal plan y tan selectos materiales, tal atención en su labor pusieron, trabazón y armonía tan cabales, que quedó al parecer hecha con blondas, más bien en firme y sobre bases hondas.

XIX

Ante la misma torre de Comares, Alhamar y ante aquellos camarines, una mezquita alzó con alminares; y ensolado con losas y adoquines abrió un patio central, cuyos pilares y arcos que entoldan mirtos y jazmines, formaban fresca, verde y doble cerca á las dormidas aguas de una alberca.

XX

Dios cortó de Alhamar el Nazarita la vida aquí; mas al partir del mundo su alma, Dios amparó su obra bendita. Tomóla á pechos Muhammad segundo, y Abul-Aghiah, tras él, con exquisita

atención á aquel plano tan fecundo
en prodigios, y abrieron los salones
del patio y surtidor de los leones.

XXI

Y resultó la Alhambra de Granada
un alcázar de nácar, cedro y oro,
mansión cual para Emires destinada,
muestra incopiable del saber del moro;
mansión que, para reyes fabricada
por reyes, costó cara al real tesoro;
pero el alcázar fué más soberano
que habitó nunca rey, moro ó cristiano.

XXII

Quando brotó la Alhambra, concluida
toda su labor kúfica que cuaja
de oro y nácar su fábrica, y bruñida
á buril y á cincel como una alhaja
de valor impagable, contenida
de marfil ó de sándalo en su caja,
por un jirón del aire hecho en el velo
para mirarla Dios se asomó al cielo.

XXIII

Los ángeles tras él con los profetas
y las hurís á verla se asomaron;
y al admirar sus cámaras completas
ya de ajuar, habitarlas desearon;
pero mantuvo Dios sus alas quietas
y su anhelo á acotar se resignaron:
Dios permitió no más que las huríes
bajaran á estrenar sus alhamíes.

XXIV

Desde entonces, la sílfide, la ondina,
la náyade, la ninfa, el silfo, el hada,
toda la población semidivina
en los cuatro elementos encerrada,
pidió á Dios en la Alhambra Granadina
que la otorgase habitación ó entrada;
mas dijo Dios que de cuanto es dispone:
«Entraréis cuando el hombre la abandone.»

Canto quinto

VI

Un confuso murmullo de ruidos vagos
comienza ya á sentirse bajo la tierra;
mas no del terremoto son los amagos,
no es un son que amenaza ruinas y estragos,
es un son que sorprende, pero no aterra.
Son los gnomos que alegres surgen del suelo
de la luna á los rayos á ver el cielo;
es que en la Alhambra
celebran los espíritus
nocturna zambra.

¡Helos allí! ¡Qué enanos..., qué contrahechos!...;
mas de sus buenas obras ¡cuán satisfechos!



Ya están aquí los gnomos, ¡qué inmensa ronda!
á juntarse en el atrio van de la Barca;
de la alberca se apiñan á la redonda;
ya se apresta á arengarlos su patriarca;
ya le prestan á él todos atención honda.
¡Cuántos, Dios mío!..., ¡y cómo se contonean!
mas... ¡pronto, arrinconémonos, que no nos vean!

¿Quién se adelanta?
Es el rey de los gnomos,
¡vaya una planta!

VII

LA RONDA DE LOS GNOMOS

EL REY

«La luz del plenilunio
»va espléndida á brillar;
»á media noche Junio
»sus días va á empezar;
»la luna va en su lleno
»su disco á redondear;
»el cielo está sereno,
»las doce van á dar.



«Dejad los silos, gnomos,
»do sin el sol moramos;
»de flores y de ramos
»ornad esta mansión;
»hoy, al tornar á la India,
»nuestra montaña rasan
»y por la Alhambra pasan
»Titania y Oberón.

«Hacedles los honores
»de reyes nuestros, gnomos;
»de noche dueños somos
»de la alcazaba real;
»los genios vagarosos
»nocturnos convoquemos,
»y en su recinto demos
»un regio festival.

«La Alhambra es nuestra; unámonos,
»cantemos y alegrémosla,
»bullamos y encantémosla
»con fiesta señorial;
»la Alhambra es nuestra, gnomos;
»probémosla esta noche
»que redivivos somos
»del rey Abú-Abdil.

«La Alhambra es nuestra; encanten
»sus regios camarines,
»sus patios y jardines



«los ecos del placer;
»que de placer se llene,
»aunque soñado sea,
»y que á su gloria crea
»que torna á renacer.

«¡Sús, de la tierra vieja
»progenie elemental!
»Puesto que el hombre os deja
»en libertad total
»y con desdén se aleja
»de nuestra Alhambra real...,
»¡gloria á la Alhambra!, alcemos
»nuestra canción coral,
»y en su desdén dejemos
»al hombre desleal.

VIII

EL POETA

Aunque mi ingenio se vivifique
con estro nuevo, que rompa el dique
de un mar de ideas que centuplique
el poder mágico de lo ideal;
aunque mi espíritu se identifique
con el de un genio, y á unir me aplique
de ambos las fuerzas y el ser vital,
y á hilvanar frases mi afán dedique
para el buen logro de empeño tal,
es imposible que yo os explique,
pinte, describa ni clasifique,
pormenore ni especifique
cuál de los gnomos es el sér real.

Yo los contemplo de mí delante
cual seres vivos bullir y andar,
sin (aun mirándolos) razón bastante
de su existencia poderme dar.
Yo no concibo cuál es su esencia,
materia ó germen elemental,
si les reviste sólo apariencia
ó positivo ser corporal.

Lo que en las obras demonológicas
y cabalísticas de ellos leí,
son conjeturas vanas é ilógicas
de ciencia estéril y baladí.
Dicen que gozan de una existencia
larga, de siglos, inmemorial...,
de genios casi sin diferencia,
mejor que nuestra vida humana;
dicen que tienen de ángeles algo,
que de hombre y ángel hechos están,
que para un ángel lo que yo valgo
vale para ellos el padre Adán;
y (aunque garante de ello no salgo)
diz que lo dicen Biblia y Corán.

Diz que conocen cuanto la tierra
guarda en su centro no visto aún;
de cuanto oculto misterio encierra,
todo el manejo les es común.
De sus cavernas, pozos y ruinas
los moradores y guardas son;
de sus tesoros y de sus minas

á quien protegen dan posesión.
Diz que pigmeos son y titanes
en la estatura y en el poder;
que larga vida pasan de afanes
la tierra incólume por mantener;
mas el bien que hacen es para otros,
y en pro del hombre todo su afán;
y, en fin, un alma como á nosotros
unos les niegan y otros les dan.

¿Quién sabe? Acaso se sepa un día
ver todó acaso nos haga Dios
de esta existencia tras la agonía,
cuando nuestra alma de El vaya en pos.

Los que yo tengo de mí delante
forman un pueblo de gente rara,
mas no antipático ni repugnante,
de tipo extraño y extraña cara,
de toda raza desemejante;
cual si enterrado siglos pasara,
y al haz del globo por importante
razón oculta Dios le evocara,
y andar de noche por él errante
de cuando en cuando Dios le dejara

Es una gente no vista nunca,
que ser parece deforme aborto
de las tinieblas de honda espelunca
de que les saca por plazo corto
quehacer nocturno que el alba trunca.

Es de este pueblo la muchedumbre
de tipo enano, de piel cobriza,
como embarrada de parda herrumbre
mezcla de moho, tierra y ceniza.

Es una gente llena de nudos,
de curvaturas y de corcovas;
de miembros recios, de gestos rudos,
cubierta apenas de estrechas lomas
con mangas anchas y anchas capuchas,
mal ajustadas con cintos anchos,
muy mal calzada de anchas babuchas,
y armada de hachas, barras y ganchos.

Mas instrumentos no son de guerra
que minan, tumban, hundén y rajan,
sino utensilios con que la tierra
soldan, acuñan, fijan y encajan,
cuando las fuerzas que dentro encierra
la zarandean y la trabajan,
su costra térrea por valle y sierra
hinchan ó arrugan, hienden y tajan.

Es una gente mansa y ajena
de mal instinto, que marcha á prisa
como á precisa y útil faena,

con paso firme, con voz serena
y con benévola dulce sonrisa.

Habla una lengua que yo comprendo
pero que ignoro; y bulle y hierve
cual las abejas su miel haciendo,
cual las hormigas su troje hinchendo,
sin quien la turbe ni quien la observe.

¿Cómo les oigo? ¿Cómo les veo
mientras bullendo vienen y van?
No sé; yo verles y oírles creo,
verles y oírles tenaz deseo;
mas, ¿cómo viven y ante mí están?
Ni lo escudriño ni lo concibo;
ni sé si viven ni si yo vivo;
mas imagino que les percibo
y con su vista placer me dan.

Sus voces cóncavas y guturales
y nunca oídos sus ritmos son;
mas son tan nuevos y originales,
tan halagüeños y musicales,
que me embelesan con ideales
goces ignotos el corazón.

Si es un delirio do caí inerte,
¡que nunca tenga fin su ilusión!
y si es un sueño..., ¡que sea más fuerte
que mis sentidos, que no despierte
hasta que me harte su fruición!
Mas, ¡chist!, su muda quietud me advierte
que á dar al viento van su canción.

José ZORRILLA

(Dibujos de Bartolozzi)





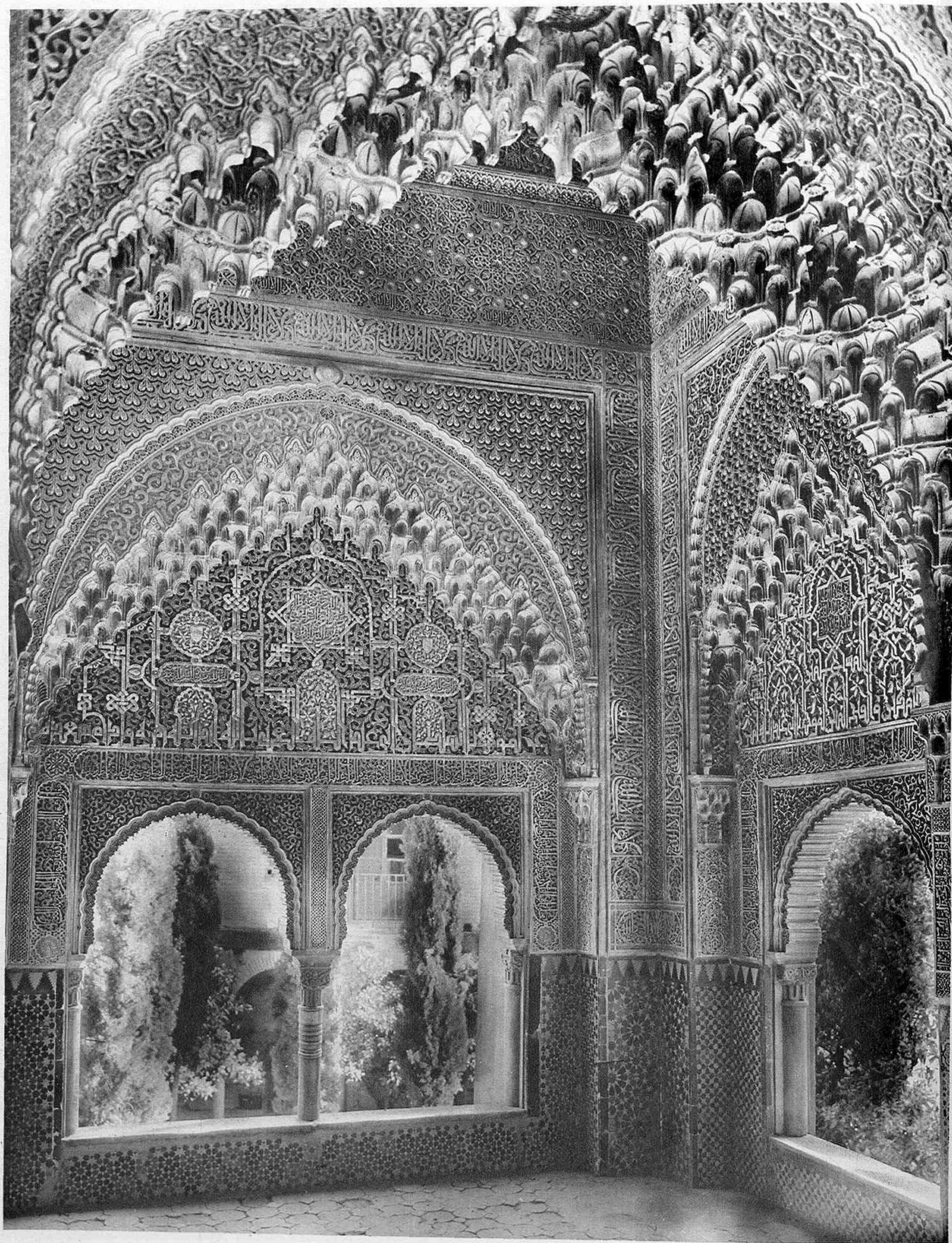
**LA PUERTA DEL VINO
EN LA ALHAMBRA**

Los árabes llaman á esta puerta «Bib-Alhamrá» ó sea «Puerta de la Alhambra». El nombre actual debe ser un error al traducir el nombre árabe. Porque «Alhamrá» quiere decir «la roja» y «aljamrá», palabra muy parecida, quiere decir «el vino»...
(Fot. Lladó)



LA FUENTE DEL JARDIN DE LOS ADARVES

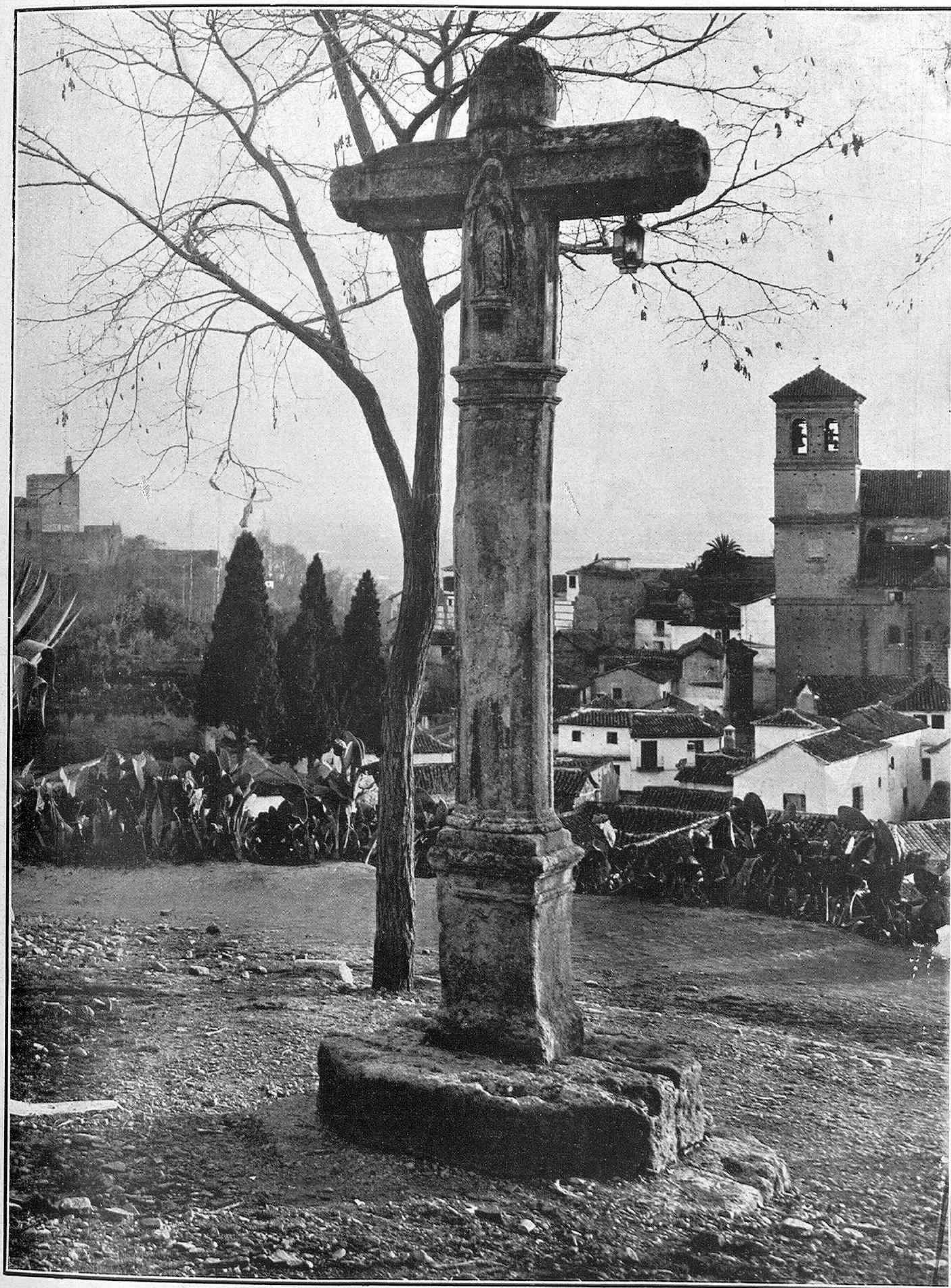
¿Quién no recuerda las viejas estrofas en que Villaespesa cantó las fuentes granadinas?... «Las fuentes de Granada...—¿Habéis oído—ne la noche de estrellas perfumada—algo más doloroso que su lento gemido?...» Ganivet escribió sobre el agua en Granada, y este ritmo musical de las fuentes es, en la maravillosa ciudad, como sus jardines, un «leith-motif» continuo...



EL MIRADOR DE LINDARAJA

Tiene este incomparable Mirador de Lindaraja, la doble belleza de lo que es, por su magnificencia arquitectónica y decorativa, y de lo que recuerda, por el cortejo de escenas deslumbrantes y antiguas leyendas que evoca

(Fot. Lladó)



Admirable emoción, belleza sencilla y profunda la de estas cruces que se ofrecen, de pronto, en un camino, como jalones de una senda de luz. Así, por ejemplo, esta Cruz de la Randa, en el Albaicín granadino...

(Fot. Alfonso)





Jardín de Lindaraja

TROVA DE LINDARAJA

Reina Lindaraja,
por tus ojos fué
que perdí los míos
cuando te miré...

—
Era por la aurora
y en la Alhambra fría;
eras, reina mora,
la que se reía
cuando entre la umbría

yo te divisé.
Reina Lindaraja,
por tus ojos fué.

—
Era entre rosales
donde paseabas;
eran dos puñales
los que me clavabas
cuando me mirabas
y cuando temblé.

Reina Lindaraja,
por tus ojos fué.

—
Sin ningún motivo
dióme el rey quebranto;
«Lleven al cautivo
que la mira tanto.»
Yo miré tu manto
de reina y canté:
«Reina Lindaraja,
por tus ojos fué.»

Tras de mí trujeron
unos hierros rojos
y me los pusieron
á cegar mis ojos.
De mi piel despojós,
ya ciego, palpé.
Reina Lindaraja,
por tus ojos fué.

—
Dijo tu rey luego:
«No has de verla, ¡no!»

El sí que está ciego.
¡Mucho más que yo!
El tu amor perdió.
Yo tu amor gané.
Reina Lindaraja,
¡por tus ojos fué,
que perdí los míos
cuando te miré!

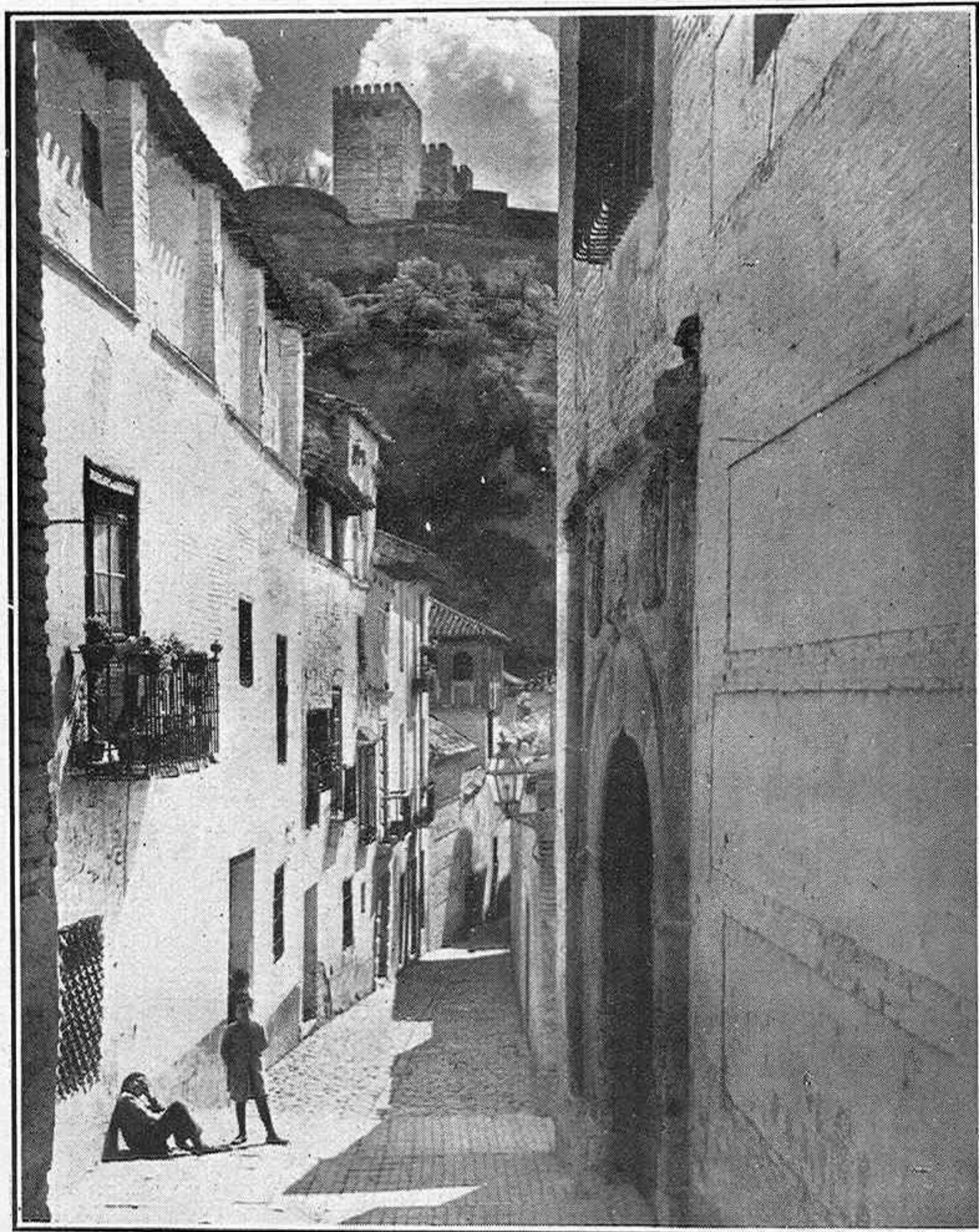
CRISTÓBAL DE CASTRO
(Fot. Torres Molina)



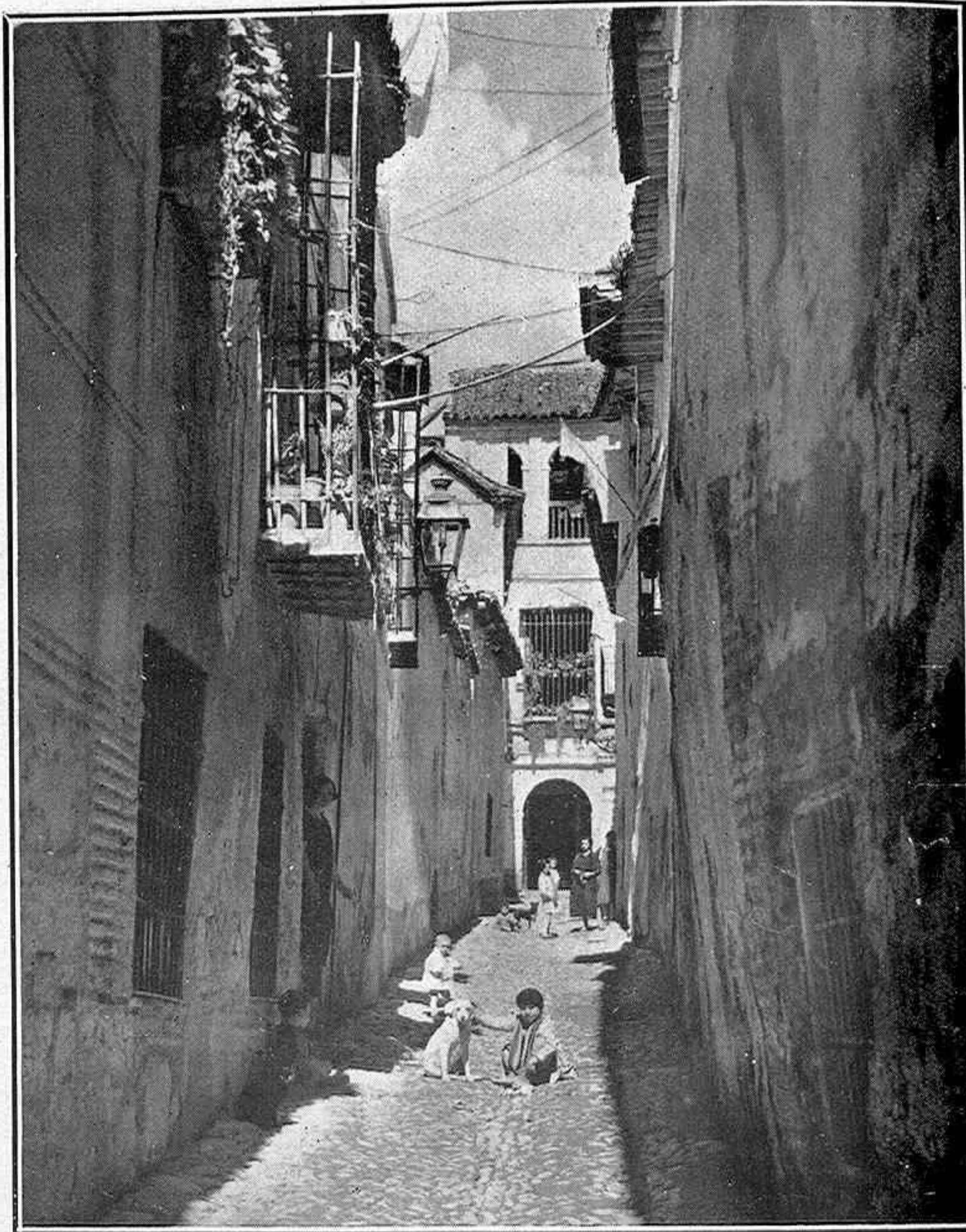
GRANADA PINTORESCA

«El famoso "Balcón de los pintores" en el Albaicín», dibujo de E. Marín

UNA CALLE Y UN PATIO



Calle Zafra, en el Albaicín



Calle de Horno de Vidrio

(Fots. Torres Molina)

UNA CALLE

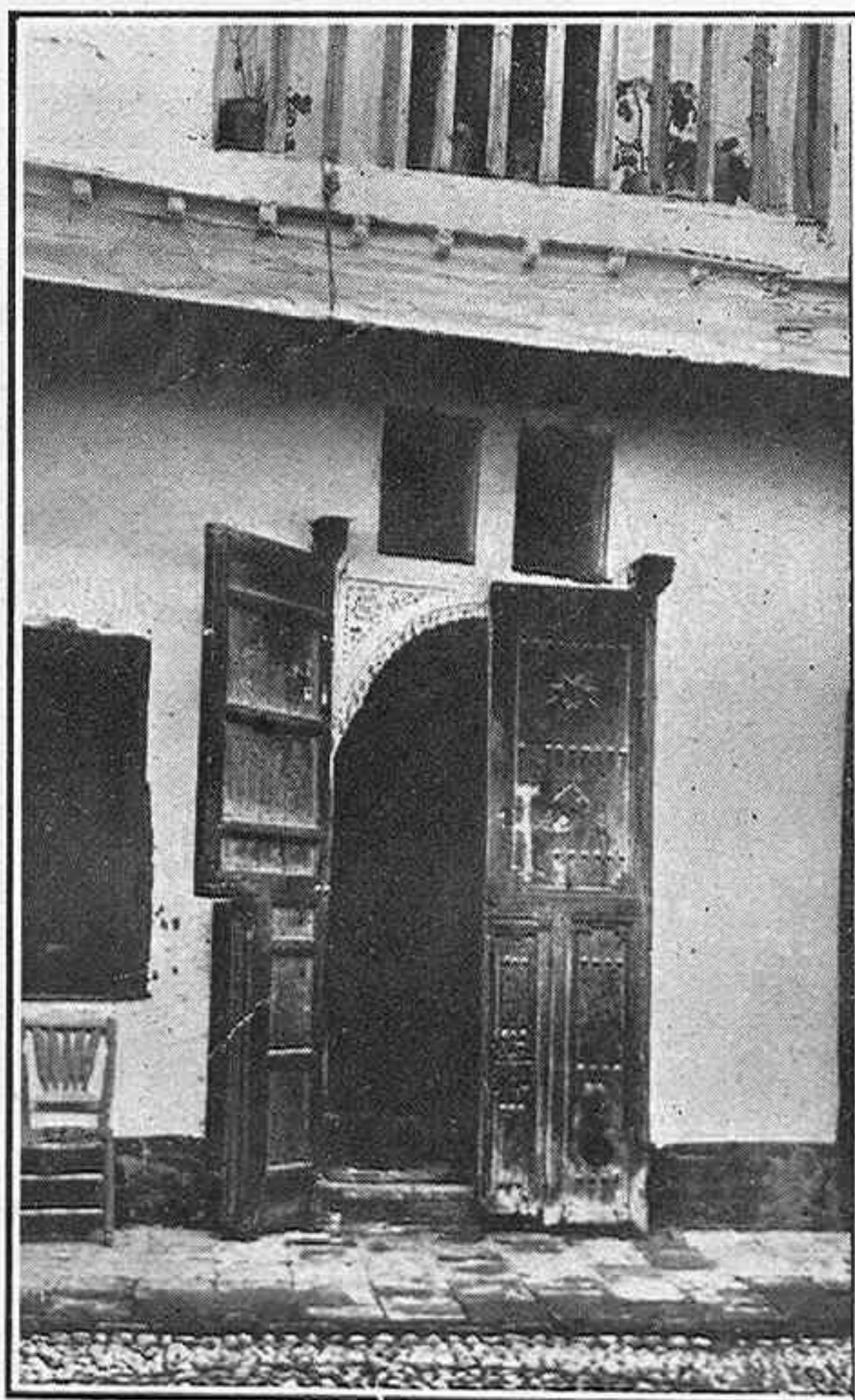
VIEJA calle granadina!... Vieja calle, tortuosa y estrecha, tendida como un reptil cerca de las claras márgenes del Darro, el legendario Dauro, de cuyas arenas de oro se hizo la corona que dió gloria á la frente de Zorri-lla...

Calle de casucas arcaicas, en cuyos balcones florecidos la pompa esmeralda de las enredaderas teje doseles sobre la gaya policromía de los rosales encendidos y los claveles lujuriantes y frescos como labios de mujer...

Cerca se eleva la más graciosa maravilla de Granada: el Albaicín, con sus risueños cármenes guarnecidos de arriates en flor; las casitas blancas, pequeñas como nidos; el jardín fragante y los terrados lúcentes, bajo la clemencia deslumbradora del cielo añil, palpitante de armonía, y el sol de oro, el sol dramático de Andalucía que caldea la sangre, fecunda la tierra é infunde en el alma la alegría de vivir...

Estas viejas calles de estirpe mora tienen un dulce encanto misterioso y arcaico. Polvo de tradición, aromas de conseja, palpitan en su ambiente. Las rejas floridas, las celosías espesas de las ventanas enguarnaldadas, las piedras patinadas por el discurrir de los siglos, son indicios evocadores, magos jirones de leyenda prendidos en las fachadas, trémulos, como golondrinas, bajo el alero de los grises tejados...

En estas viejas calles de las ciudades andaluzas—relicarios que guardan todas las joyas de la tradición—el alma se siente invadida de nostalgia... El murmullo del río cercano es una mú-



Patio de una casita árabe de Granada

sica grave y lenta, que acompasa el fluir de todas las fantasías de la imaginación...

En las noches lunadas, toda el alma meridional—trágica, misteriosa y lírica—se concentra en estas viejas calles morunas...

En ellas, á través de las rejas en flor, se desea que brillen en la penumbra las pupilas de azabache de una cautiva de amor... El sollozar melancólico de una guitarra evoca á la guzla, soñadora y grave, que ritmó la ardiente cadencia de las *kasidas* sensuales en el misterio de los patios, donde el surtidor eleva su claro cristal y los pebeteros aromaron de exóticas fragancias el sueño dulce de las hembras de aquellos guerreros poetas, de blanco alquicel, y aquellos alarifes artistas que elevaron la maravilla de la Alhambra...

Pero el ensueño dura poco... Un farol municipal, cuya llama de gas luce en una esquina, nos trae á la moderna realidad... Ya en la ciudad de arte y de industria la vida moderna lo ha uniformado todo...

Y estas viejas calles tortuosas, evocadoras y pintorescas, ya no son más que un motivo de admiración para los turistas; añejos relicarios de una raza que un día desaparecerán bajo el golpe de la piqueta—símbolo de la vida moderna, igualadora, iconoclasta y sin espiritualidad...

EL PATIO ÁRABE

Es como un cofre cincelado por el primor paciente de un mago artífice, este patio andaluz: pequeño, rectangular, con sus paredes de artesonados con filigranas multicolor, semeja una

arqueta repujada por el buril de un prodigioso miniaturista.

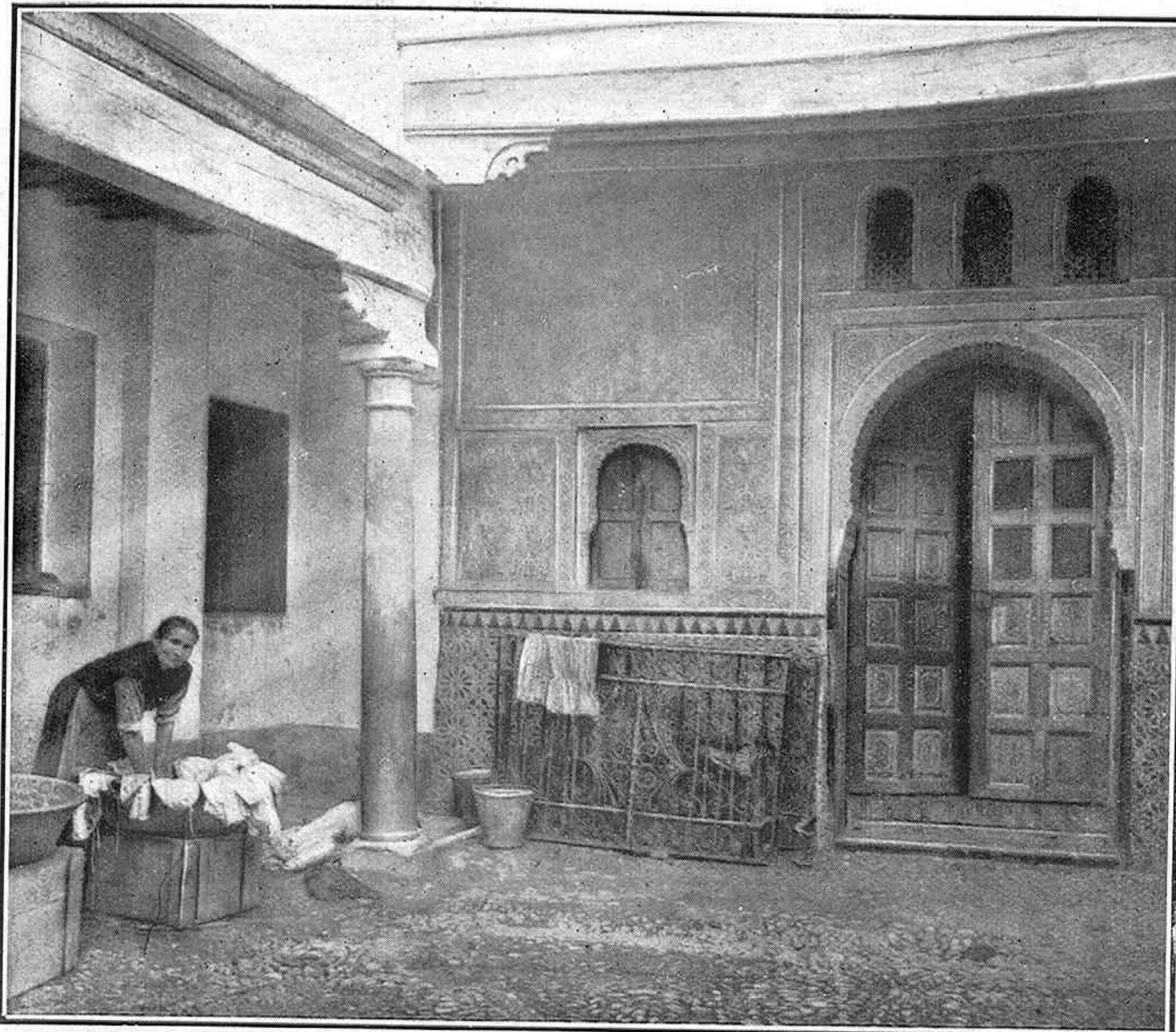
Sus arcadas son encajes de complicada labor, talladas en mármol, en jaspe, en piedra, alzándose sobre columnas finas, graciosas y torneadas, como brazos de danzarinas de piel dorada por el sol...

Las franjas de azulejos, al reflejo de la caliente lumbre de la tarde estival, despiden fulgores metálicos... En las galerías, las puertas de recia madera tallada se cierran ante el misterio de los camarines silenciosos, durmientes en la fresca penumbra de la siesta... Un farol de forja sevillana, con hojas de acanto estriadas en hierro, pende del techo del corredor, ante una imagen de la Virgen, pintada en loza de la Cartuja con vivos colores cálidos...

Es lo único que contrasta con el patio, restándole su hechizo de joya árabe, sensual y magnífica...

El símbolo cristiano es como un reproche á la inefable voluptuosidad que impregna el alma ante la maga armonía de este patio andaluz, sobre cuyo suelo las losetas de fino mármol aun parecen conservar la huella ligera como una caricia de los pies desnudos de las odaliscas...

Patio de sultana, patio de harén perfumado



Casa morisca de la Cuesta de la Victoria, que ha sido restaurada

por la fragancia sensual de los jazmineros; corazón de la casa... Los arcos, las columnas y el encaje de mármol rememoran al alarife gran señor y artista que lo construyera, para que en él las horas del ocio y del amor fluyeran, recatadas y misteriosas, tras las urdimbres de las celo-

sías, al dulce suspiro de la guzla, que tejía en el aire su aljófár musical, mientras en el triple tazón de la fuente saltaba la vena del surtidor para deshacerse en el aire á la luz del sol, en una armoniosa catarata de fulgente pedrería...

Las enojadas manos ociosas de la favorita destrenzarían los cabellos de ébano de su esclava predilecta, tendida, con la voluptuosa pereza de un felino, sobre los cojines de seda; los pebeteros embriagarían el aire con sus espirales azuladas; entre los mirtos de los arriates, las adelfas abrirían sus broches de carmín; la carnación sensual de los naridos palidecería ante las blancas desnudeces de una cautiva cristiana, y en el silencio, pesado de perfumes, de fragancias femeninas, de rosas y de jazmines, una voz lánguida desgranaría las armónicas cadencias de una *kasida* oriental...

Del sueño de amor, de ocio, de arte; de la divina quimera tallada en piedra por el genio de una raza de artistas; de la molicie y el encanto

del viejo patio de harén, ya sólo queda la arquitectura inimitable, fastuosa y evocadora...

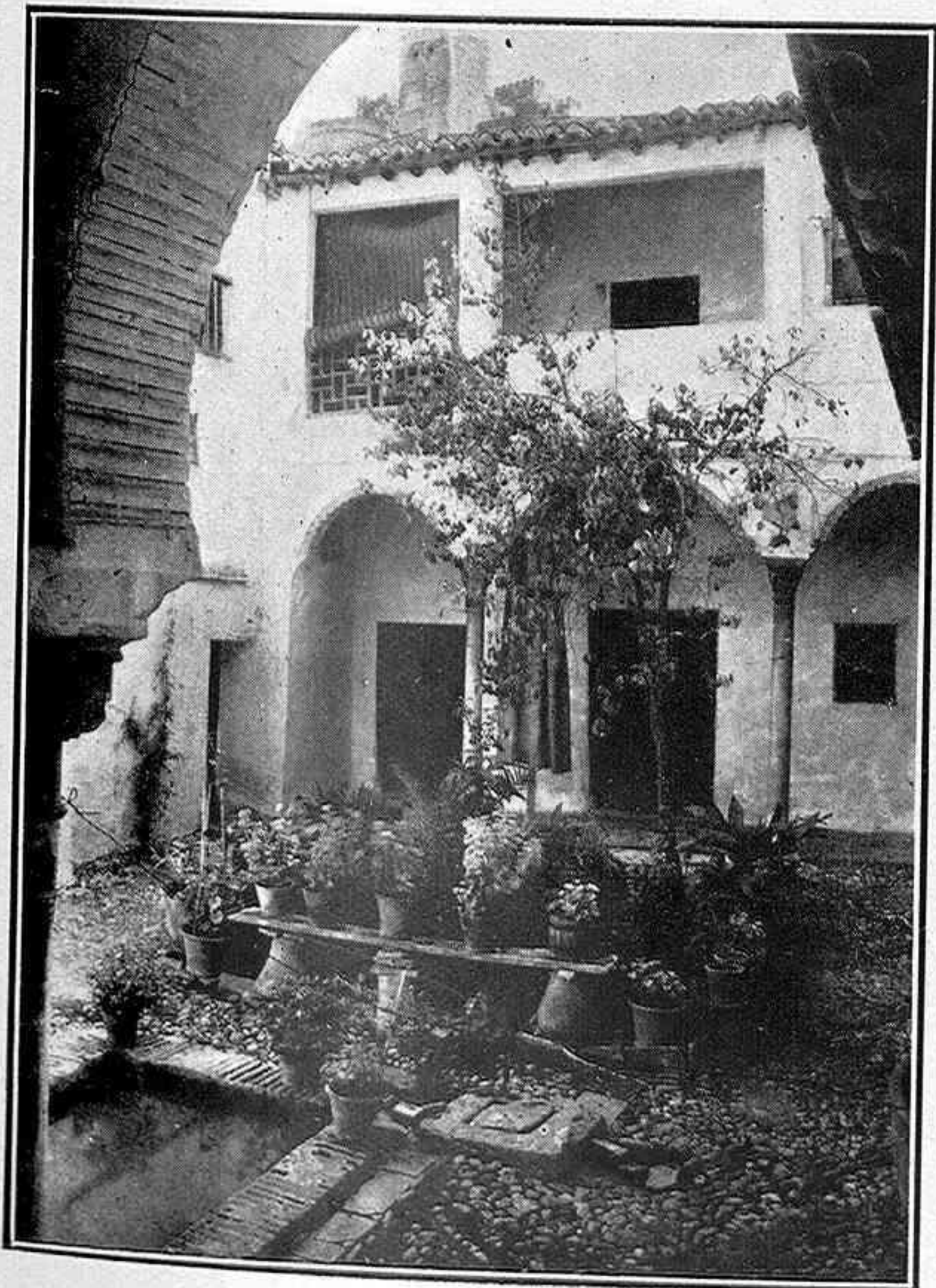
El espíritu ha huído; el farol de forja, ardiendo ante la imagen cristiana, esparció el recuerdo de las odaliscas y las *kasidas*; el signo de la cruz luce en la cancela de primoroso calado férreo...

En el viejo patio andaluz, la vida moderna ha matado á la tradición... En las galerías, las bujías eléctricas han substituído á las lámparas que ardían en óleos perfumados, y en los rincones donde los pebeteros quemaban la mirra, giran ahora, en las noches de verano, las aspas de acero de un ventilador...

Todo lo que era amor, ensueño y voluptuosidad ha desaparecido del viejo patio árabe... Tan sólo en las noches lunadas revive el pasado en la canción menorrítica que canta el surtidor al barbotar, deshaciéndose sobre el triple tazón de la fuente...

Sólo el agua canta aún la misma canción legendaria, como si á través de los siglos en ella hubiese quedado encantado, latiendo eternamente, el corazón de la raza mora que dió vida á la maravilla sensual del viejo patio...

JUAN FERRAGUT



Patio árabe del convento de Zafra



Convento de Zafra, patio principal



«Mocita andaluza», cuadro original de Joaquín Sorolla

LEYENDA DE LAS TRES HERMOSAS PRINCESAS

EN tiempos antiguos reinaba en Granada un príncipe moro llamado Mohamed, al cual sus vasallos le daban el sobrenombre de *El Haygari*, esto es, *El Zurdo*. Se dice que le apellidaron de este modo por ser realmente más ágil en el uso de la mano izquierda que de la derecha; otros afirman que se lo aplicaron porque solía hacer «al revés» todo aquello en que ponía mano; ó más claro: porque solía echar á perder todos los asuntos en que se entrometía. Lo cierto es que, ya por desgracia ó por falta de tacto, estaba continuamente sufriendo mil contrariedades: tres veces lo destronaron, y en una de ellas pudo escapar milagrosamente al Africa, salvándose de una muerte segura, disfrazado de pescador. Sin embargo, era tan valiente como desatinado, y, aunque zurdo, esgrimía su cimitarra con maravillosa destreza, por lo que consiguió recuperar su trono á fuerza de pelear. Pero en vez de aprender á ser prudente en la adversidad, se hizo obstinado y endureció su brazo izquierdo en sus continuas terquedades. Las calamidades públicas que atrajo sobre sí y sobre su reino pueden conocerse leyendo los anales arábigos de Granada, pues la presente leyenda no trata más que de su vida privada.

Paseando á caballo cierto día Mohamed, con gran séquito de sus cortesanos, por la falda de Sierra Elvira, tropezó con un piquete de caballería que regresaba de hacer una escaramuza en el país de los cristianos. Conducían una larga fila de mulas cargadas de botín y multitud de cautivos de ambos sexos. Entre las cautivas venía una cuya presencia causó honda sensación en el ánimo del Sultán: era ésta una hermosa joven, ricamente vestida, que iba llorando sobre un pequeño palafrén, sin que bastaran á consolarla las frases que le dirigía una dueña que la acompañaba.

Prendóse el monarca de su hermosura, é interrogado acerca de ella el jefe de la fuerza, supo el rey que era la hija del Alcaide de una fortaleza fronteriza que habían sorprendido y saqueado durante la excursión. Mohamed pidió la bella cautiva como la parte que le correspondía de aquel botín, y la llevó á su harén de la Alham-

bra. Se inventaron en vano mil diversiones para distraerla y aliviarla de su melancolía; por último, el monarca, cada vez más enamorado de ella, resolvió hacerla su sultana. La joven española rechazó en un principio sus proposiciones, pensando en que al fin era moro, enemigo

ta de su historia!—. Apenas el rey moro se puso al habla con ella, cuando vió su habilidad para persuadir, y le confió el emprender la conquista de su joven señora. Kadiga comenzó su tarea de este modo:

—¡Idos allá!...—decía á su señora—. ¿A qué viene ese llanto y esa tristeza? ¿No es mejor ser sultana de este hermoso Palacio, adornado de jardines y fuentes, que vivir encerrada en la vieja torre fronteriza de vuestro padre? ¿Qué importa que Mohamed sea infiel? Os casáis con él, no con su religión; y si es un poquito viejo, más pronto os quedaréis viuda y dueña de vuestro albedrío; y, puesto que de todas maneras tenéis que estar en su poder, más vale ser princesa que no esclava. Cuando uno cae en manos de un ladrón, mejor es venderle las mercancías á buen precio que no dar lugar á que las arrebatase por fuerza.

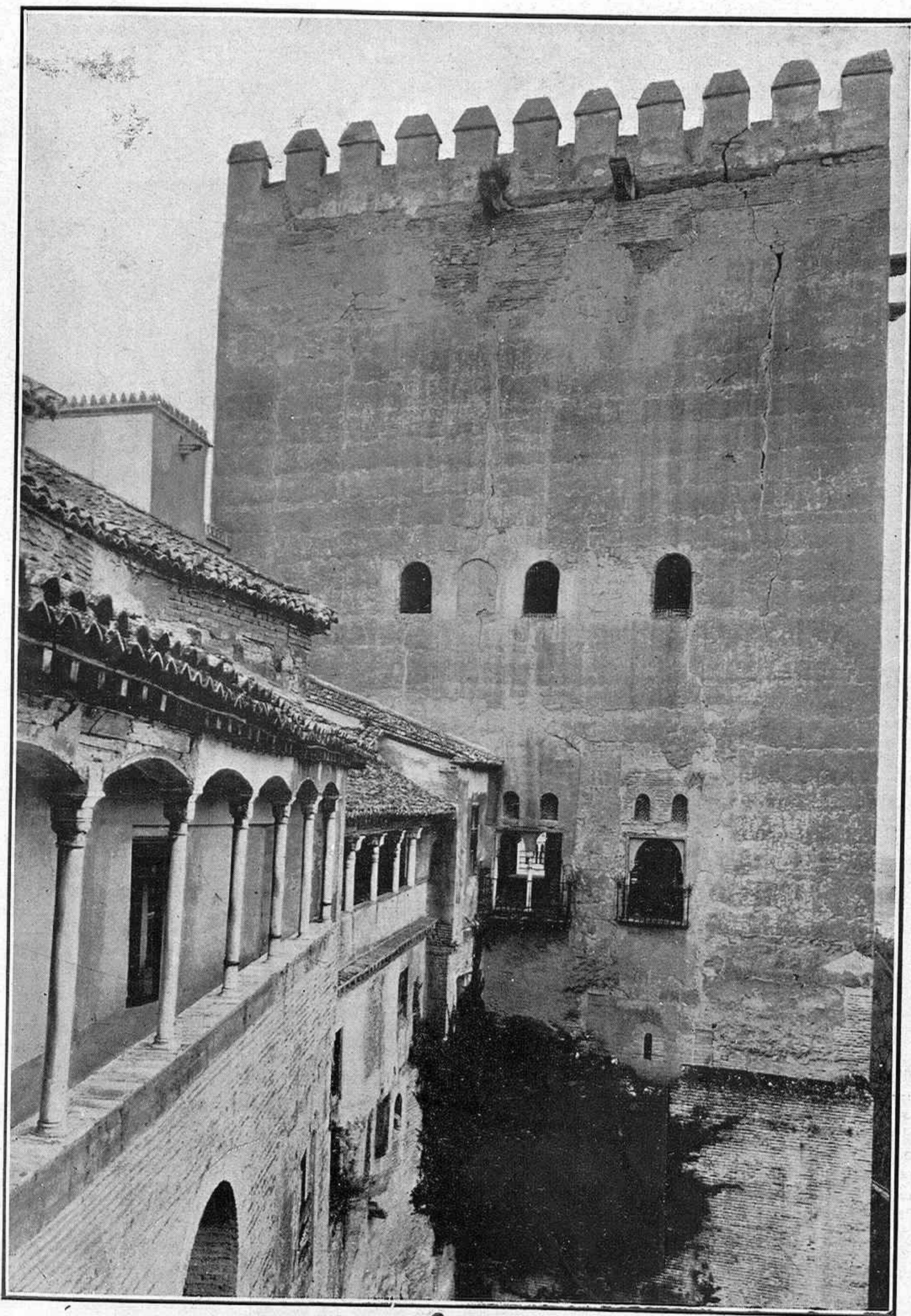
Los argumentos de la discreta Kadiga hicieron su efecto. La joven española enjugó sus lágrimas y accedió al fin á ser esposa de Mohamed el Zurdo, adoptando, al parecer, la religión de su real esposo, así como la astuta dueña afectó haberse hecho fervorosa partidaria de la religión mahometana; entonces precisamente fué cuando tomó el nombre arábigo de Kadiga y se le permitió permanecer como persona de confianza al lado de su señora.

Andando el tiempo, el rey moro fué padre de tres hermosísimas princesas, habidas en un mismo parto; y, aunque él hubiera preferido que nacieran varones, se consoló con la idea de que sus tres preciosas niñas eran bastante hermosas para un hombre de su edad, y por añadidura zurdo.

Siguiendo la costumbre de los califas musulmanes, convocó á sus astrólogos para consultarles sobre tan fausto suceso.

Hecho por los sabios el horóscopo de las tres princesas, dijeron al rey, moviendo la cabeza: «Las hijas, ¡oh rey!, fueron siempre propiedad poco segura; pero éstas necesitarán mucho más de tu vigilancia cuando estén en edad de casarse. Al llegar ese tiempo, recógelas bajo tus alas y no las confíes á persona alguna.»

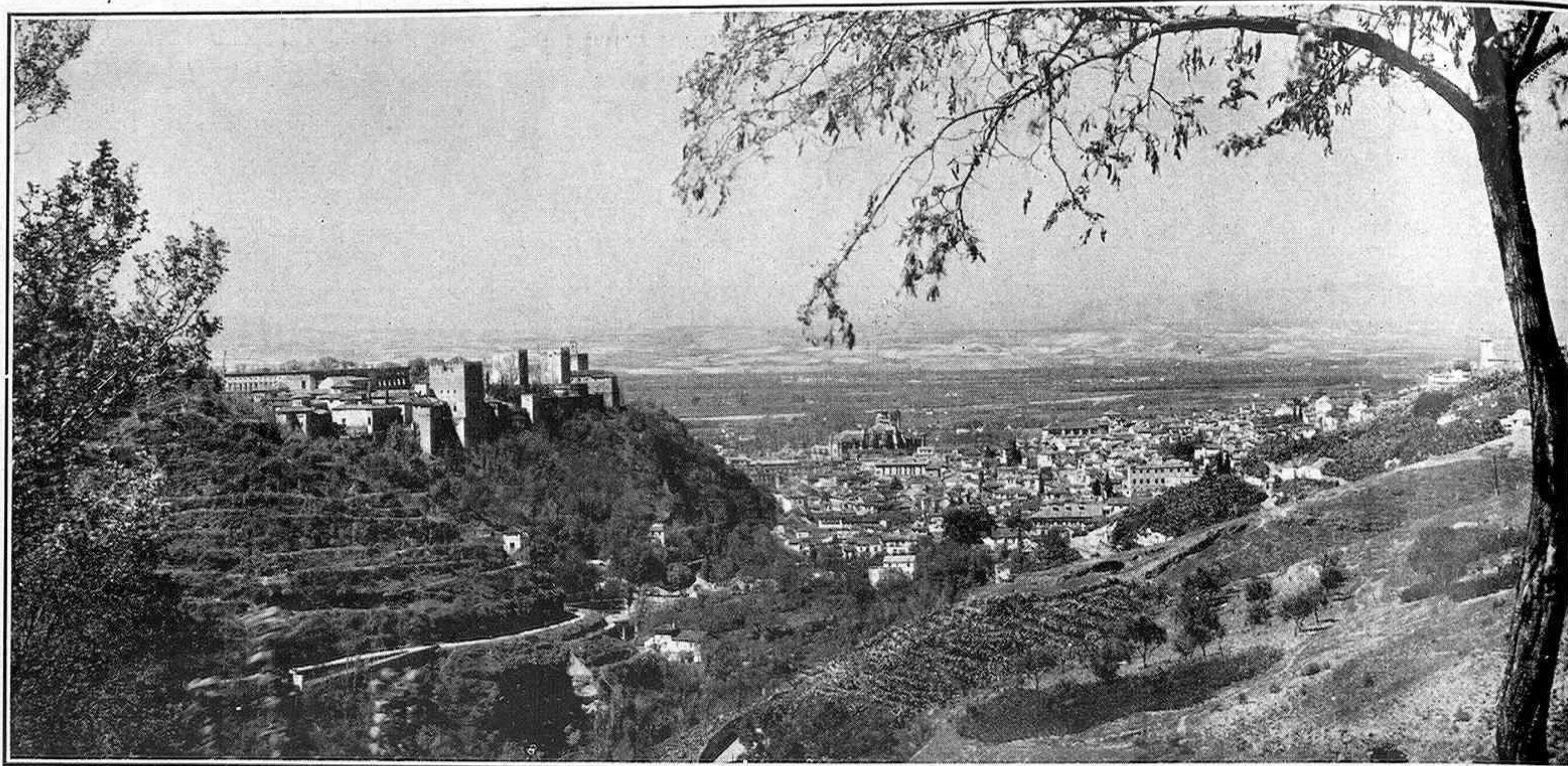
Mohamed el Zurdo era tenido entre los cortesanos por un rey sabio, y, á decir verdad, tal



Las torres de la Alhambra.—Costado de Levante de la Torre de Comares

de su país, y, lo que era peor, ¡que estaba bastante entrado en años!

Viendo Mohamed que su constancia no le servía gran cosa, determinó atraerse á la dueña que venía prisionera con la joven cristiana. Era aquélla andaluza de nacimiento, y no se conoce su nombre cristiano: sólo se sabe que en las leyendas moriscas se la denomina *La discreta Kadiga*—¡y en verdad que era discreta, según resul-



Vista general de la Alhambra y la ciudad de Granada

(Fot. Torres Mol'na)

se consideraba él mismo. La predicción de los astrólogos no le causó más que una ligera inquietud, y confió en su ingenio para guardar sus hijas y contrariar la fuerza de los hados.

El triple nacimiento fué el último trofeo conyugal del monarca, pues la reina no dió á luz más hijos, y murió pocos años después, dejando confiadas sus tiernas niñas al amor y fidelidad de la discreta Kadiga.

Muchos años tenían que pasar para que las princesas llegasen á la edad del peligro: á la edad de casarse. «Es bueno, con todo, precaverse con tiempo», dijo el astuto monarca; y, en su virtud, resolvió encerrarlas en el castillo real de Salobreña. Era éste un suntuoso palacio incrustado en una inexpugnable fortaleza morisca situada en la cima de una montaña, desde la que se dominaba el mar Mediterráneo, sirviendo de regio retiro, donde los monarcas musulmanes encerraban á los parientes que les estorbaban, permitiéndoles, fuera de la libertad, todo género de comodidades y diversiones, en medio de las cuales pasaban sus días en voluptuosa indolencia.

Allí permanecieron las princesas separadas del mundo, pero rodeadas de comodidades y servidas por esclavas que les adivinaban todos sus deseos. Tenían para su recreo deliciosos jardines llenos de las frutas y flores más raras, con arboledas aromáticas y perfumados baños. Por tres lados daba vistas el castillo á un delicioso valle, hermoso y alegre por su rica y variada vegetación, y limitado por las altas montañas de la Alpujarra; y por el otro lado dominaba el ancho y resplandeciente mar.

En esta deliciosa morada, gozando de un clima plácido y bajo un cielo despejado, las tres princesas crecieron con maravillosa hermosura; y aunque todas se educaron del mismo modo, daban ya señales prematuras de su diversidad de carácter. Se llamaban Zayda, Zorayda y Zorahayda, y este era su orden por edades, pues habían tenido tres minutos de intervalo al nacer.

Zayda, la mayor, era de espíritu intrépido, y siempre se ponía al frente de sus hermanas para todo: lo mismo que hizo al nacer. Era curiosa y preguntona, y amiga de profundizar el por qué de todas las cosas.

Zorayda era apasionada de la belleza, por cuya razón, sin duda, se deleitaba mirando su propia imagen en un espejo ó en las cristalinas aguas de una fuente, y tenía delirio por las flores, por las joyas, por todos aquellos adornos que realzan la hermosura.

En cuanto á Zorahayda, la menor, era dulce, tímida y extremadamente sensible, derramando siempre ternura, como se podía apreciar á primera vista, por las innumerables flores, pájaros y otros animalillos domésticos que cuidaba con el más entrañable cariño. Sus diversiones eran sencillas, mezcladas con meditaciones y ensueños; se sentaba horas enteras en un ajimez, fija la mirada en las brillantes estrellas de una noche de verano ó en el mar rielado por la luna; y entonces, la canción de un pescador, débilmente oída desde la playa, ó los acordes de una flauta morisca desde alguna barca que cruzaba, eran suficientes para extasiar su ánimo. Sin embargo, bastaba para acobardarla el que se conjurasen los elementos, haciéndola caer desmayada el estampido del trueno.

Así pasaron los años tranquila y dulcemente. La discreta Kadiga, á quien las princesas esta-

ban confiadas, cumplía lealmente su custodia y las servía con perseverante cuidado.

El castillo de Salobreña, como ya se ha dicho, estaba construido en la cúspide de una colina á orillas del Mediterráneo. Una de las murallas exteriores se extendía por la base de una colina hasta llegar á una roca saliente que dominaba al mar, y con una estrecha playa arenosa al pie, bañada por las rizadas olas. La pequeña atalaya que se levantaba sobre esta roca se había convertido en una especie de pabellón, desde cuyos ajimeces, cubiertos con celosías, se podía aspirar la brisa del mar. En aquel sitio pasaban las princesas las calurosas horas del mediodía.

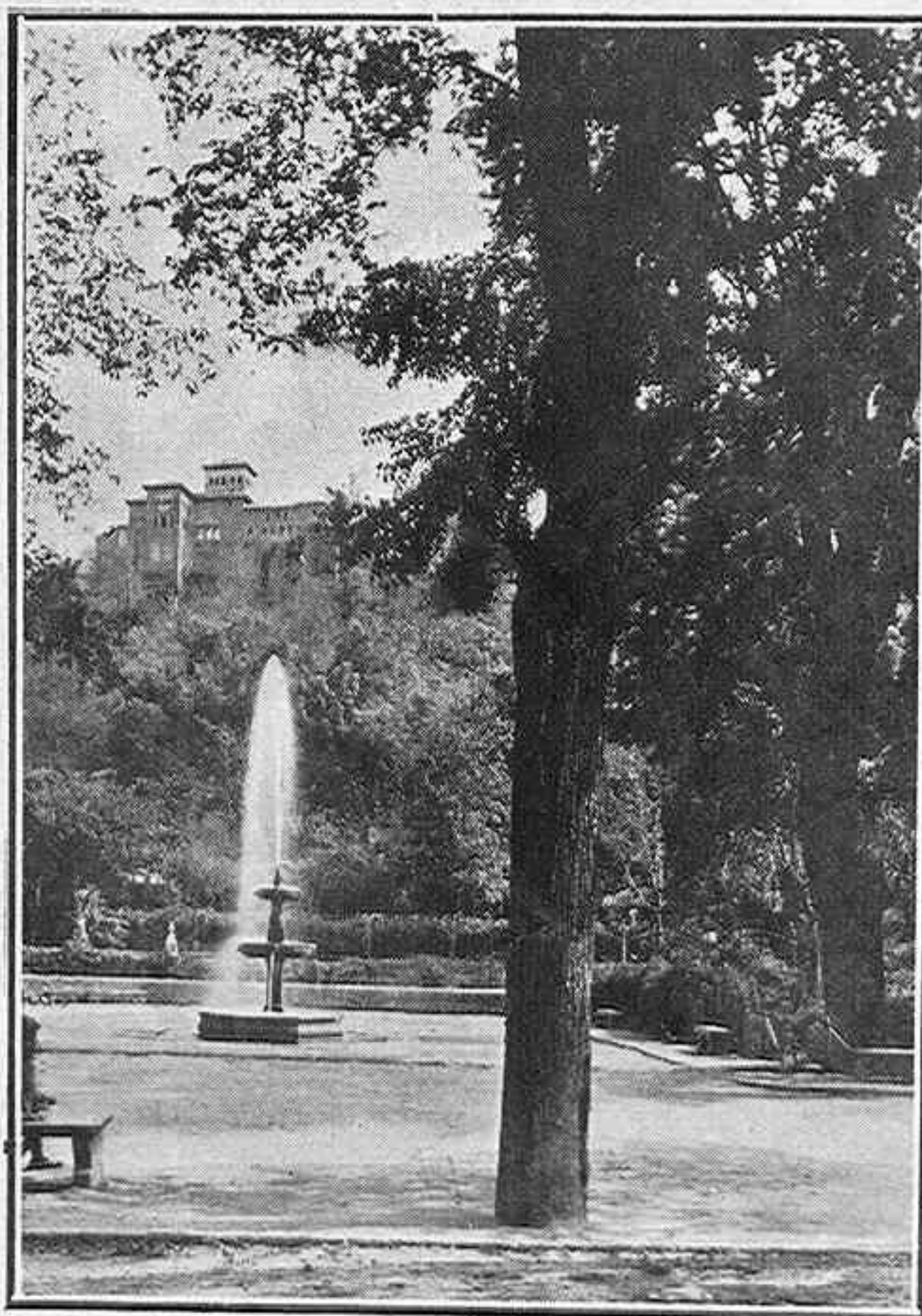
Hallándose en cierta ocasión sentada la curiosa Zayda en una de las ventanas del pabellón, mientras que sus hermanas dormían la siesta recostadas en otomanas, se fijó en una galera que venía costeando á mesurados golpes de remo. Cuando se fué acercando, observó que venía llena de hombres armados. La galera ancló al pie de la torre, y un pelotón de soldados moriscos desembarcó en la estrecha playa conduciendo varios prisioneros cristianos. La curiosa Zayda despertó inmediatamente á sus hermanas, y las tres se pusieron á observar cautelosamente por la espesa celosía de la ventana, que las libertaba de ser vistas. Entre los prisioneros venían tres caballeros españoles ricamente vestidos; estaban en la flor de su juventud y eran de noble presencia; además, la arrogante altivez con que caminaban, aunque cargados de cadenas y rodeados de enemigos, manifestaba la grandeza de sus almas. Las princesas miraban con profundo y anhelante interés; y si se tiene en cuenta que vivían encerradas en aquel castillo, rodeadas de sierras, y no viendo más hombres que los esclavos negros y los rudos pescadores, ¿cómo ha de extrañarnos que produjera una gran emoción en sus corazones la presencia de aquellos tres apuestos caballeros radiantes de juventud y de varonil belleza?

—¿Habría en la tierra ser más noble que aquel caballero vestido de carmesí?—dijo Zayda, la mayor de las tres hermanas—. ¡Mirad qué arrogante va, como si todos los que le rodean fuesen sus esclavos!

—¡Fijaos en aquel otro, vestido de azul!—exclamó Zorayda—. ¡Qué hermosura! ¡Qué elegancia! ¡Qué porte!

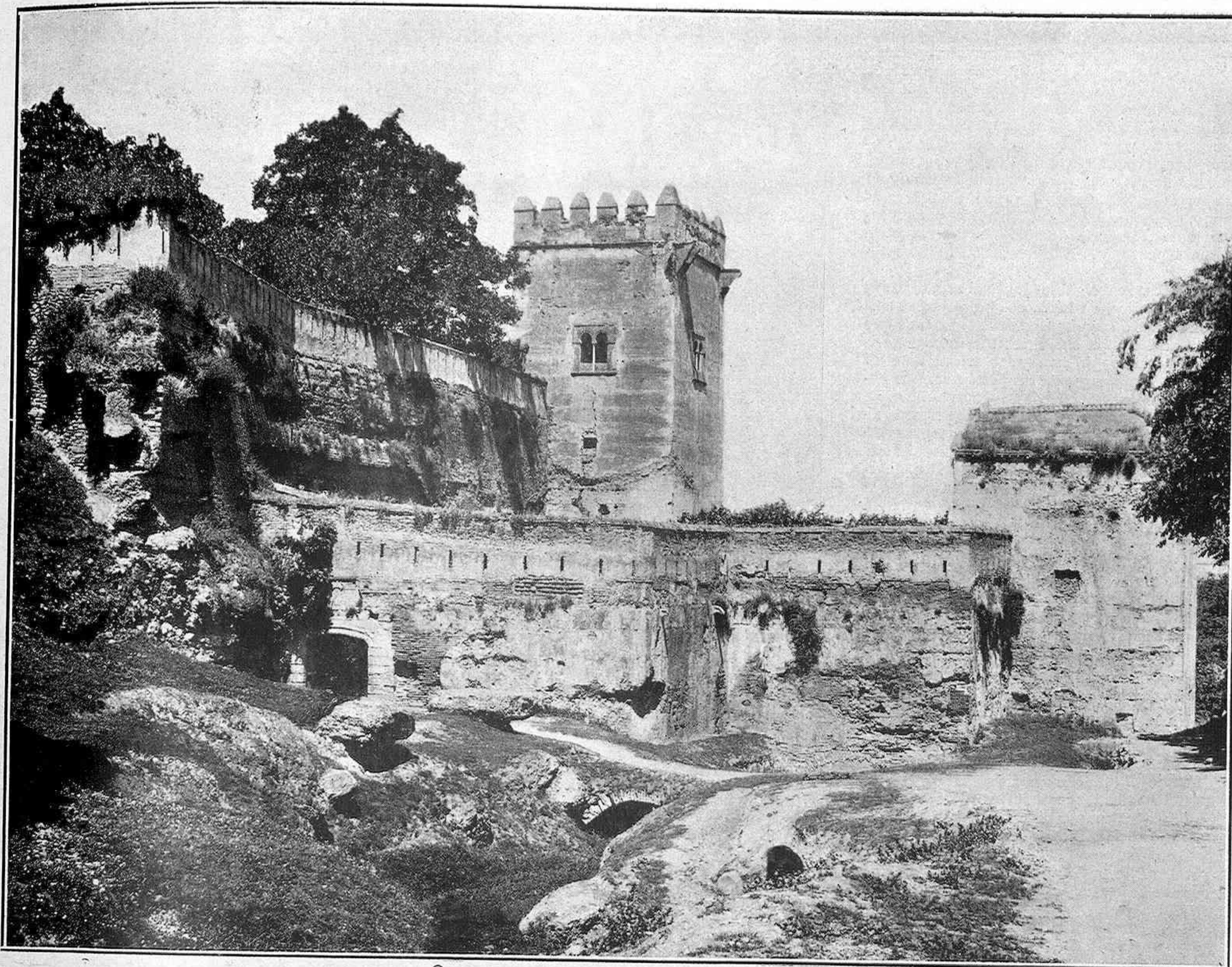
La gentil Zorayda nada dijo; pero prefirió en su interior al caballero vestido de verde.

Las princesas siguieron observando hasta que perdieron de vista á los prisioneros; entonces,



Vista parcial de la Alhambra

(Fot. Lladó)



Las torres de la Alhambra.—Torre de los Picos

(Fot. Torres Molina)

suspirando tristemente, se volvieron mirándose un momento unas á otras, sentándose, meditabundas y pensativas, en sus otomanas.

La discreta Kadiga las encontró en tal actitud. Contáronle ellas lo que habían visto, y aun el apagado corazón de la dueña se sintió también conmovido.

—¡Pobres jóvenes!—exclamó—. ¡Apostaría que su cautiverio deja presa del más profundo dolor el corazón de algunas damas principales de su país! ¡Ah, hijas mías! No tenéis una idea de la vida que hacen estos caballeros en su patria. ¡Qué justas y torneos! ¡Qué respeto á sus damas! ¡Qué modo de enamorar y de dar serenatas!

La curiosidad de Zayda se acrecentó en extremo, y no se cansaba de preguntar ni de oír de los labios de la dueña la animada pintura de los episodios de sus días juveniles allá en su país. La hermosa Zorayda se reprimía, y se miraba disimuladamente en un espejo cuando la conversación recayó sobre los encantos de las damas españolas; en tanto que Zorahayda ahogaba sus suspiros cuando oía contar lo de las serenatas á la luz de la luna.

Todos los días renovaba sus preguntas la curiosa Zayda, y todos los días repetía sus historias la madura dueña, siendo escuchada por su bello auditorio con profundo interés y entrecortados suspiros.

Al fin la astuta vieja cayó en la cuenta del daño que acaso estaba ocasionando: ella se había acostumbrado á tratar á las princesas como niñas, sin considerar que insensiblemente habían ido creciendo, y que tenía ya delante de

sí tres hermosísimas jóvenes casaderas. «Ya es tiempo—pensó la dueña—de avisar al rey.»

Hallábase sentado cierta mañana Mohamed el Zurdo sobre un amplio diván en uno de los frescos salones de la Alhambra, cuando llegó un esclavo de la fortaleza de Salobreña con un mensaje de la prudente Kadiga felicitándole en el cumpleaños del natalicio de sus hijas. Al mismo tiempo le presentó el esclavo una delicada cestita adornada de flores, y en la cual, sobre pámpanos y hojas de higuera, venían un melocotón, un albaricoque y un prisco, cuya frescura, color y madurez tentaban el apetito. El monarca, versado en el lenguaje oriental de las flores y las frutas, adivinó al punto el significado de esta emblemática ofrenda.

—Ya ha llegado—dijo—el período crítico señalado por los astrólogos: mis hijas están en edad de casarse. ¿Qué haré? Están ocultas á las miradas de los hombres y bajo la custodia de la discreta Kadiga; todo marcha bien; pero no están bajo mi vigilancia, como me previnieron los astrólogos; debo, pues, recogerlas bajo mis alas y no confiarlas á nadie.

Así diciendo, ordenó que prepararan una de las torres de la Alhambra para que les sirviese de vivienda, y partió á la cabeza de sus guardias hacia la fortaleza de Salobreña, para traerlas él mismo en persona.

Habían transcurrido tres años desde que Mohamed había visto por última vez á sus hijas, y no daba crédito á sus ojos contemplando el maravilloso cambio que se había verificado en ellas en tan breve espacio de tiempo; como que en

este intervalo habían traspasado las infantas esa asombrosa línea divisoria de la vida de la mujer, que separa á la imperfecta, informe y desimpresionada niña, de la exuberante, ruborosa y pensativa adolescente—que es lo mismo que pasar de los áridos y desiertos *Llanos de la Mancha* á los voluptuosos valles y florecientes montañas de Andalucía.

Zayda era alta y bien formada, de arrogante presencia y ojo perspicaz. Entró majestuosamente é hizo una profunda reverencia á Mohamed, tratándolo más bien como soberano que como padre. Zorayda era de regular estatura, mirada interesante, carácter agradable y sorprendente hermosura, realzada con la perfección de su tocado. Se acercó á su padre sonriendo, besándole la mano, y le saludó con varias estancias de cierto poeta árabe popular, de lo cual quedó contentísimo el monarca. Zorahayda era reservada y tímida, menos esbelta, en verdad, que sus hermanas; pero poseía esa hermosura tierna y suplicante que busca cariño y protección. No tenía condiciones de mando como su hermana la mayor, ni deslumbraba como la segunda, sino que había nacido para alimentar en su pecho el cariño de un amante, para dejarlo anidar en él, y vivir con ello feliz. Se acercó á su padre con paso tímido y casi vacilante, en ademán de tomar su mano para besarla; pero al mirar el rostro de Mohamed, resplandeciendo con la sonrisa paternal, dió rienda suelta á su natural ternura y se arrojó á su cuello amorosamente.

Mohamed el Zurdo contempló á sus hijas con cierta mezcla de orgullo y perplejidad, y mien-

tras se complacía en sus encantos, recordaba la predicción de los astrólogos.

—¡Tres hijas! ¡Tres hijas—murmuró repetidas veces—, y las tres casaderas! ¡He aquí una fruta tentadora del jardín de las Hespérides, que necesitan un dragón para guardarlas!

Preparó su regreso á Granada, enviando á la descubierta heraldos y ordenando que nadie transitase por el camino por donde tenían que pasar, y que todas las puertas y ventanas estuvie en cerradas al aproximarse las princesas. Prevenido todo, se puso en marcha, escoltado por un escuadrón de caballería de soldados negros y de horrible aspecto, vestido con una brillante armadura.

Las princesas cabalgaban junto al rey, tapadas con tupidos velos, en hermosos palafrenes blancos, con arreos de terciopelo bordados en oro que arrastraban hasta el suelo; los bocados y estribos eran asimismo de oro, y las bridas de seda recamadas de perlas y piedras preciosas. Los palafrenes estaban cubiertos de campanillas de plata, que producían una música muy agradable cuando iban andando. Pero, ¡ay del desgraciado mortal que estuviese en el camino cuando se oyese el sonido de estas campanillas! Los guardias tenían orden de darle muerte sin piedad.

Ya se aproximaba la cabalgata á Granada cuando se vió en uno de los bancos de la ribera del Genil un pequeño cuerpo de soldados, que conducían un convoy de prisioneros. Ya era demasiado tarde para que se apartaran aquellos hombres del camino; por lo cual se echaron los soldados al suelo con los rostros mirando á la tierra, y ordenaron á los cautivos que hicieran lo mismo.

Entre los prisioneros se hallaban aquellos tres apuestos caballeros que las princesas habían visto desde el pabellón. Ya porque no hubieran comprendido la orden ó porque fueran demasiado altivos para obedecerla, lo cierto es que permanecieron en pie, contemplando la cabalgata que se aproximaba.

Encendióse el monarca de ira viendo que no se cumplían sus mandatos, y desenvainando su cimitarra y adelantándose hacia ellos, iba á esgrimir la con su brazo zurdo, golpe que hubiera sido fatal por lo menos para uno de los caballeros, cuando las princesas le rodearon é imploraron piedad para los prisioneros; y hasta la tímida Zorahayda olvidó su reserva y tornóse elocuente en su favor. Mohamed se detuvo con la cimitarra levantada, cuando el capitán de la guardia le dijo arrojándose á sus pies:

—No ejecute vuestra majestad una acción que escandalizaría á todo el reino. Estos son tres bravos y nobles caballeros españoles, que han caído prisioneros en el campo de batalla, batién-



Sala donde Washington Irving escribió el admirable cuento que publicamos en estas páginas] (Fot. Lladó)

dose como leones; son de alto linaje y pueden ser rescatados á buen precio.

—¡Basta!—le dijo el rey—. Les perdonaré la vida, pero castigaré su audacia; que los lleven á las Torres Bermejas, y que los entreguen á los trabajos más duros y penosos.

Mohamed estaba cometiendo uno de sus acostumbrados desatinos *zurdos*, pues con el tumulto y agitación de esta borrascosa escena dió lugar á que se levantaran los velos las tres princesas, dejando á la vista su radiante hermosura; y con prolongar el rey la conferencia, proporcionó ocasión para que la belleza produjera sus estragos. En aquellos tiempos la gente se enamoraba más repentinamente que ahora, como demuestran las antiguas historias; por consiguiente, no debe chocarnos que los corazones de los tres caballeros quedasen completamente cautivados, sobre todo cuando la gratitud se unía á la admiración. Es, sin embargo, bastante singular, aunque no menos cierto, que cada uno de ellos se enamoró precisamente de la joven que respectivamente le correspondía. En cuanto á las princesas, se admiraron más que nunca del noble

porte de los cautivos, regocijándose interiormente de cuanto habían oído acerca de su valor y noble linaje.

La regia cabalgata prosiguió su marcha; las tres princesas caminaban pensativas en sus soberbios palafrenes, y de vez en cuando dirigían una mirada furtiva hacia atrás, para ver á los cristianos cautivos, mientras éstos eran conducidos á la prisión que se les había destinado en las Torres Bermejas.

La residencia preparada para las infantas era de lo más escrupuloso y delicado que podía imaginar la fantasía: una torre algo apartada del palacio principal de la Alhambra, aunque comunicaba con él por la muralla que rodeaba la cumbre de la colina. Por un lado daba vistas al interior de la fortaleza, y al pie tenía un pequeño jardín poblado de las flores más peregrinas. Por otro lado dominaba á una honda y abovedada cañada que separaba los terrenos de la Alhambra de los del Generalife. El interior de esta torre estaba dividido en pequeños y lindos departamentos, lujosamente decorados en elegante estilo árabe, y rodeando á un vasto salón cuyo techo se elevaba casi hasta lo alto de la torre. Las paredes y artonados hallábanse adornados con calados y arabescos que deslumbraban con sus dorados y brillantes pinturas. En el centro del pavimento de mármol había una fuente de alabastro rodeada de flores y hierbas aromáticas, y de la cual brotaba un surtidor de agua que refrescaba todo el edificio, produciendo un sonido arrullador. Alrededor del salón se veían suspendidas algunas jaulas formadas con alambres de oro y plata, y encerrados en ellas pajarillos de preciosísimo plumaje, que despedían gorjeos y trinos armoniosos.

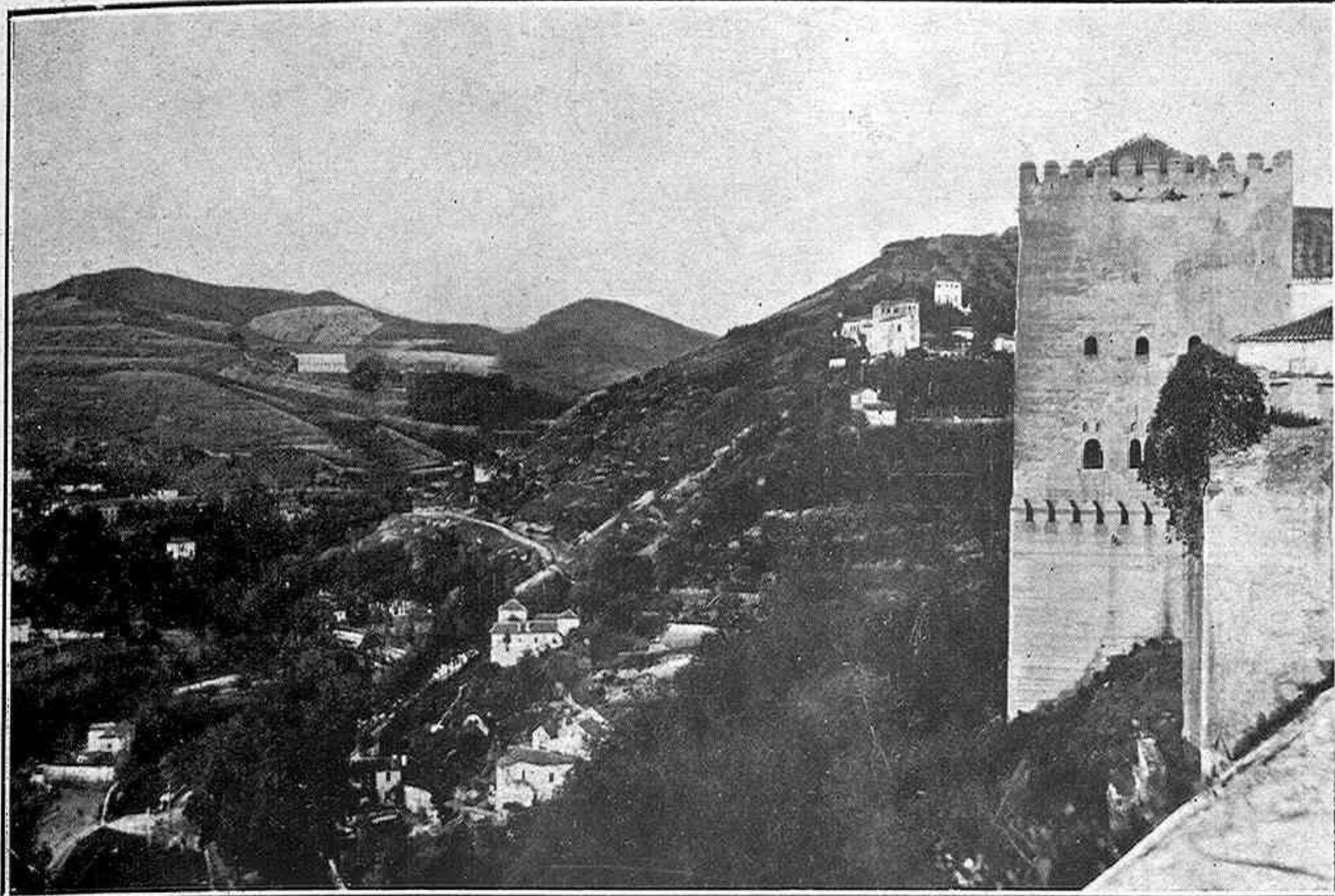
Las princesas se habían mostrado de genio alegre en el castillo de Salobreña, por lo cual el rey esperaba verlas entusiasmadas en la Alhambra. Pero con gran sorpresa suya, empezaron á languidecer y á tornarse melancólicas, no manifestándose nunca satisfechas con nada. No les delectaba la fragancia de las flores; el canto de los ruiseñores les turbaba el sueño por la noche; y, por último, no podían soportar con paciencia el continuo murmullo de la fuente de alabastro desde por la mañana hasta la noche, y desde la noche hasta la mañana.

El rey, que era de carácter vidrioso y tiránico por temperamento, se irritaba por esto los primeros días; pero reflexionó después que sus hijas habían entrado ya en la edad en que el alma de la mujer se ensancha y se aumentan sus deseos. «Ya no son niñas—se dijo—; ya son mujeres formadas, y necesitan objetos que les llamen la atención.» Llamó, por lo tanto, á las modistas,



Vista general de la Alhambra desde la «Silla del Moro»

(Fot. Torres Molina)



La vega de Granada, la torre de la Infanta y el Generalife

(Fot. J. Vives)

los joyeros y los artistas en oro y plata del Zacatín de Granada, y abrumó á las princesas con vestidos de seda, de tisú y brocados, chales de Cachemira, collares de perlas y diamantes, anillos, brazaletes y con toda clase de objetos preciosos.

A pesar de todo esto, nada dió resultado; las princesas siguieron pálidas y tristes en medio de tanto lujo y suntuosidad, y parecían tres capullos marchitos agostándose en un mismo tallo. El rey no sabía qué hacerse, y como tenía gran confianza en su propia manera de pensar, jamás pedía á nadie consejo. «Los antojos y caprichos de tres doncellas casaderas son, en verdad, cosa harto suficiente—se decía á sí mismo—para poner en un aprieto al hombre más avisado.» Así, pues, por primera vez en su vida, pidió que le iluminaran con un consejo. La persona á quien se dirigió demandándosele fué la experimentada dueña.

—Kadiga—dijo el rey—: creo que eres una de las mujeres más discretas del mundo entero, y también que me eres fiel; por lo cual te he tenido siempre al lado de mis hijas. Los padres no deben ser reservados con aquellos en quienes depositan su confianza; deseo, por lo tanto, que averigües la secreta enfermedad que se ha apoderado de las princesas, y que descubras los medios de devolverles la salud y la alegría.

Kadiga, en términos explícitos, le prometió obediencia. Ella conocía mejor que las infantas mismas la enfermedad de que adolecían; y encerrándose con ellas, procuró ganar su confianza.

—Mis queridas niñas: ¿qué razón hay para que os mostréis tristes y apesadumbradas en un sitio tan delicioso como éste, y donde tenéis todo cuanto el alma puede desear?

Las princesas miraron melancólicamente en torno del salón, y lanzaron un suspiro.

—¿Qué más queréis? ¿Por ventura quisierais que os trajera el admirable loro que habla todas las lenguas y que hace las delicias de Granada?

—¡No!, ¡no!—exclamó la princesa Zayda—. Ese es un pájaro horrible y vocinglero, que charla sin tener idea de lo que dice; es menester no tener sentido común para soportar tal tabardillo.

—¿Os hago traer un mono del Peñón de Gibraltar para que os divierta con sus gestos?

—¡Un mono!, ¡ah!...—exclamó Zorayda—. ¡La detestable imitación del hombre! Aborrezco á ese asqueroso animal.

—Entonces haré venir al famoso cantor negro Casem, del harén real de Marruecos. Dicen que tiene una voz tan de icada como la de una mujer.

—Me aterroriza el mirar los esclavos negros—

dijo la dulce Zorahayda—; además, he perdido la afición á la música.

—¡Ay, hija mía! No dirías eso—dijo la anciana maliciosamente—si hubieras oído la música que yo oía anoche á los tres caballeros españoles que tropezamos en nuestro viaje. Pero, ¡noramala de mí! ¿Por qué os ponéis, niñas, tan ruborizadas y en tal estado de turbación?

—¡No es nada, no es nada, buena madre! Seguid, os lo rogamos.

—Pues bien; cuando pasé ayer noche por las Torres Bermejas, vi á los tres caballeros descansando del rudo trabajo del día. ¡Uno de ellos estaba tocando la guitarra tan gallardamente!... mientras los otros cantaban alternando con tal estilo que los mismos guardias parecían estatuas ú hombres encantados. ¡Allah me perdone; pero al oír las canciones de mi país natal, me sentí conmovida! ¡Y luego, ver tres jóvenes tan nobles y gentiles cargados de cadenas y en la esclavitud!

Al llegar aquí no pudo contener la buena anciana las lágrimas que le venían á los ojos.

—¿Y no pudierais, madre, procurarnos el que viésemos á esos nobles caballeros?—preguntó Zayda.

—Yo creo—añadió Zorayda—que un poco de música nos reanimaría extraordinariamente.

La tímida Zorahayda no dijo nada, pero echó los brazos al cuello de Kadiga.

—¡Infeliz de mí!—exclamó la discreta anciana—. ¿Qué estáis diciendo, hijas mías? Vuestro padre nos quitaría la vida

á todas si luego lo supiese. Además, aunque estos caballeros son bien educados y nobles, ¿qué importa? Al fin son enemigos de nuestra fe, y no debéis pensar en ellos más que para aborrecerlos.

Hay una admirable intrepidez en los deseos de la mujer, especialmente cuando está en la edad de casarse, que la hace no acobardarse ante los peligros ni las negativas. Las princesas rodearon á la dueña rogándole y suplicándole, y asegurándole por último que su obstinada negativa les desgarraría el corazón.

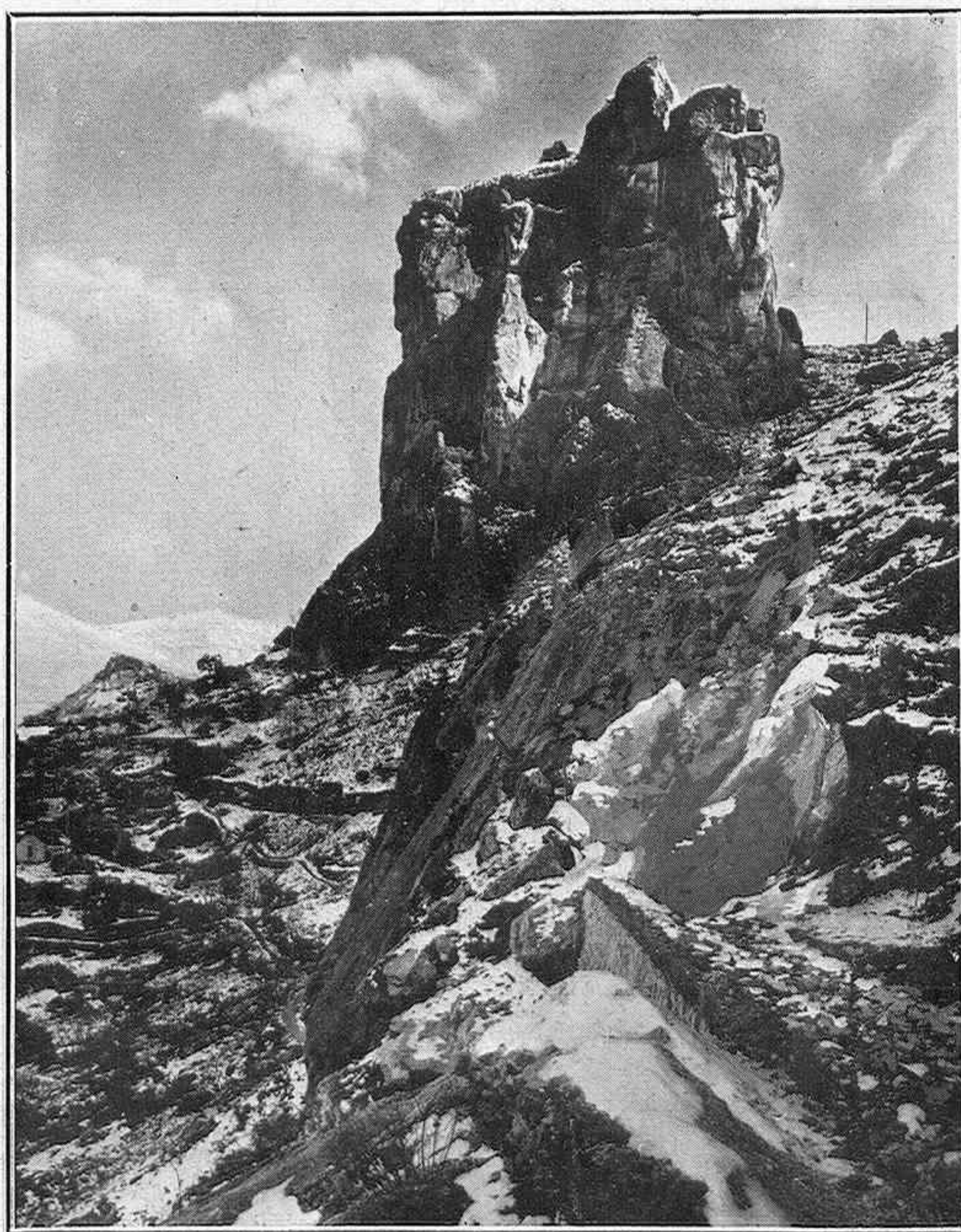
¿Qué hacer ella? Aunque era, en verdad, la mujer más discreta del mundo entero y la servidora más fiel del rey, con todo, ¿tendría valor para destrozarse el corazón de aquellas tres hermosas criaturas por el simple toque de una guitarra? Además, aunque estaba tanto tiempo entre moros y había cambiado de religión, haciendo lo propio que su antigua señora, como fiel servidora suya, al fin era española de nacimiento y tenía el cristianismo en el fondo de su corazón; por lo cual se propuso buscar el modo de dar gusto á las princesas.

Los cautivos cristianos, presos en las Torres Bermejas, estaban á cargo de un barbudo renegado de anchas espaldas, llamado Hussein Baba, que tenía fama de ser algo aficionado á que le «untasen el bolsillo». Fué á verlo privadamente, y deslizándole en la mano una moneda de oro de bastante peso, le dijo:

—Hussein Baba: mis señoritas, las tres princesas que están encerradas en la torre, aburridas y faltas de distracción, quieren oír los primores musicales de los tres caballeros españoles y tener una prueba de su rara habilidad. Estoy segura de que sois bondadoso y no me negaréis un capricho tan inocente.

—¿Cómo! ¿Para que luego pongan mi cabeza á hacer muecas sobre la puerta de mi torre? ¡Ah! No lo dudéis: esa sería la recompensa que me daría el rey si llegara después á enterarse.

—No debéis temer que ocurra tal cosa, pues podemos arreglar el asunto del modo que com-



Camino de Sierra Nevada.—Peñón de Canales

(Fot. Torres Molina)

plazcamos á las princesas sin que su padre se entere de nada. Bien conocéis la honda cañada que pasa precisamente por el pie de la torre; poned á los tres cristianos para que trabajen allí, y en los intermedios del trabajo dejadlos cantar y tocar como si fuera para su propio recreo. De esta manera podrán oírlos las princesas desde los ajimeces de la torre, y estad seguro de que se os pagará bien vstra condescendencia.

La buena anciana concluyó su conferencia apretando la ruda mano del renegado y dejándole en ella otra moneda de oro.

Su elocuencia fué irresistible: al día siguiente los tres cautivos caballeros fueron llevados á trabajar en el valle, junto á la misma Torre de las Infantas; y durante las horas calurosas del mediodía, mientras que sus compañeros de trabajo dormían la siesta á la sombra, y los centinelas, amodorrados, daban cabezadas en sus puestos, se sentaron nuestros caballeros sobre la hierba al pie del baluarte y comenzaron á cantar trovas españolas al melodioso son de sus guitarras.

Aunque el valle era profundo y alta la torre, sus voces se elevaban claras y dulcísimas en medio del silencio de aquellas somnolientas horas del estío. Las princesas escuchaban desde el ajimez, y como su aya les hab'ía enseñado la lengua castellana, se deleitaban en extremo oyendo las tiernas endechas de sus gallardos trovadores. La juiciosa Kadiga, por el contrario, afectaba estar dada á los mismos diablos.

—¡Allah nos saque con bien!—exclamó—. ¡Ya están esos señores cantando trovas amorosas dirigidas á vosotras! ¿Habrás visto andacia tal? ¡Voy á ver ahora mismo al capataz de los esclavos para que los ap leen sin compasión!

—¡Cómo! ¿Apalea á tan galantes caballeros porque cantan con tan singular habilidad y dulzura?

Las hermosas princesas se horrorizaban ante semejante cruel idea. La honesta indignación de la buena dueña, al cabo mujer y de condición y genio apacible, se calmó fácilmente. Por otro lado, parecía que la música había producido un efecto benéfico en sus señoritas, pues sus mejillas se iban sonrosando poco á poco y sus lindos ojos volvían á despedir fúlgida luz radiante. No hizo, por lo tanto, más observaciones sobre las amorosas estrofas de los caballeros.

Cuando concluyeron éstos de cantar, las princesas quedaron silenciosas por un breve momento; pero á seguida Zorayda cogió su laúd, y con voz débil y emocionada, entonó un ligero aire africano, cuya letra decía así:



Otra vista parcial de la Alhambra



Jardín de los Adarves, junto á la torre de la Vela, donde pintó Fortuny su cuadro «El jardín de los poetas» (Fot. Lladó)

«En su lecho de verdor
crece la rosa escondida,
escuchando complacida
los trinos del ruiseñor.»

Desde entonces los caballeros eran traídos casi todos los días á los trabajos de la cañada. El considerado Hussein Baba se fué haciendo cada vez más indulgente, y cada un día manifestaba mayor propensión á quedarse dormido en su puesto. Así, pues, se estableció una misteriosa correspondencia entre los caballeros y las enamoradas princesas por medio de romanzas y canciones, ajustadas á los sentimientos de unos y otros en cuanto era posible.

Aunque tímidamente, las princesas llegaron á asomarse al ajimez, burlando la vigilancia de los guardias, y á conversar con sus enamorados caballeros por medio de flores, cuyo simbólico lenguaje era conocido de entrambas partes, aumentando las mismas dificultades de sus correspondencias el deleite inefable de sus amores, el fuego encendido en sus corazones; pues sabido es que el amor se complace en luchar con las resistencias, y que crece con más vigor en el terreno que parece más árido y estéril.

El cambio operado en los rostros, en las miradas y en el carácter de las princesas con esta secreta correspondencia sorprendió y satisfizo al *zurdo* monarca; pero nadie se mostraba de ello tan ufana como la discreta Kadiga, pues lo consideraba todo debido á su exquisito tacto.

Mas he aquí que esta telegráfica correspondencia se interrumpió durante unos días, pues no volvieron á aparecer los caballeros cristianos en el valle. En vano las tres hermosas prisioneras

miraban desde lo alto de la torre; en vano asomaban sus gargantas de nieve por el ajimez; en vano cantaban como ruiseñores presos en sus jaulas: sus galantes caballeros no se veían ni contestaban á sus cantos desde la alameda. La discreta Kadiga salió para enterarse de lo que sucedía, y volvió muy en breve con el rostro descompuesto por la turbación.

—¡Ay, niñas mías!—gritó—. ¡Ya preveía yo en lo que vendría á parar todo esto; pero así lo quis'teis vosotras! Ya podéis colgar vuestros laúdes en los sauces, pues los caballeros españoles han sido rescatados por sus familias, y estarán á estas horas en Granada disponiéndose para regresar á su patria.

Las enamoradas infantas se desconsolaron con tan contraria noticia. La bella Zayda se indignó por la descortesía que habían usado con ellas marchándose sin dirigirles siquiera una palabra de despedida. Zorayda se oprimía las manos de desesperación y lloraba, mirándose al espejo, y no bien enjugaba sus lágrimas, cuando se deshacía en nuevo amargo llanto. La gentil Zorahayda se apoyaba en el ajimez gimiendo silenciosamente y regando gota á gota con sus lágrimas las flores de la ladera en donde habían estado sentados tantas y tantas veces los desleales caballeros.

La buena Kadiga hizo cuanto pudo por mitigarles su dolor.

—Consolaos, mis queridas niñas—les decía—; esto os parecerá nada cuando tengáis mi experiencia de las cosas del mundo. Cuando lleguéis á mi edad, ya sabréis perfectamente lo que son los hombres. Juraría que esos caballeros tienen amores con algunas de las beldades españolas de Córdoba ó Sevilla, y pronto les estarán dando serenatas bajo sus ventanas y se olvidarán, ¡ay!, para siempre de sus bellas amantes moriscas de la Alhambra. Sosegaos, por lo tanto, niñas mías, y desechadlos de vuestros corazones.

Empero estas juiciosas reflexiones de la discreta Kadiga sólo servían para acrecentar la desesperación de las hermosas princesas, las cuales permanecieron inconsolables durante los dos primeros días. En la mañana del tercero, la buena aya entró en sus departamentos mostrándose trémula de indignación.

—¡Quién hubiera creído capaz de tamaña insolencia á ningún ser humano!—exclamó tan pronto como pudo hallar palabras para expresarse—. Pero me lo tengo muy bien merecido, por haber contribuído á hacer traición á vuestro bondadoso padre. ¡No me habléis jamás, en la vida, de los tales caballeros cristianos!

—Pero, ¿qué ha sucedido, mi buena Kadi-

ga?—¿Dijam con las tres princesas con anhelo ante a la vida—. ¿Qué ha sucedido?

—¿Pues que han hecho traición, ó lo que es lo mismo, que me han propuesto hacer una traición!... ¡A mí, á la más fiel de todos los vasallos! ¡A mí, la más digna de confianza de cuantas ayas hay en el mundo! Sí, hijas mías; los caballeros españoles se han atrevido á proponerme que os persuada para que huyáis con ellos á Córdoba, donde os harán sus esposas.

Al llegar aquí, la taimada vieja se cubrió el rostro con sus manos y afectó dar rienda suelta á un violento acceso de pena y de indignación. Las tres hermosas princesas tan pronto se ponían rojas como pálidas, temblaban dirigiendo sus ojos al suelo y se miraban de reojo unas á otras sin pronunciar palabra, en tanto que la dueña se sentaba agitándose con un movimiento violento, y prorrumpiendo de cuando en cuando en estas exclamaciones:

—¿Que haya yo vivido para ser de tal modo ultrajada!, ¡yo!..., ¡la más fiel servidora de mi señor!

Al fin, la mayor de las princesas, que era la que poseía más valor y la que siempre se colocaba á la cabeza de sus hermanas, se aproximó á su querida aya y le dijo poniéndole la mano sobre el hombro:

—Y bien, madre; y si nosotras quisiéramos huir con los caballeros cristianos, ¿sería eso posible?

La buena de la dueña se contuvo por un momento; pero después, mirando á la princesa, le respondió:

—¿Posible!... ¡Ya lo creo que es posible! ¿Pues no han sobornado ya los caballeros al renegado capitán de la guardia, Hussein Baba, y concertado con él el plan de evasión? Pero, ¿pensar en engañar á vuestro padre, que ha depositado en mí toda su confianza!

Y aquí la buena mujer volvía de nuevo á sus aspavientos, á agitarse trémula, á retorcerse las manos...

—Pero nuestro padre nunca ha puesto su confianza en nosotras—replicó la mayor de las princesas—; por el contrario, se ha fiado más bien de llaves y cerrojos, tratándonos como unas miserables cautivas.

—Eso sí es verdad—dijo á su vez la dueña, haciendo otro paréntesis en sus lamentaciones—; ciertamente que os ha tratado de un modo indigno, encerrándoos aquí para que se marchite vuestra hermosura en esta vieja torre, como rosas que se deshojan en un búcaro. Sin embargo, hijas, ¡abandonar vuestro país natal!...

—¿Pues acaso la tierra adonde huiríamos no es la patria de nuestra madre, y donde viviríamos en libertad? ¿Y no sería preferible tener cada una un marido joven y cariñoso, en vez de un padre viejo y severo?

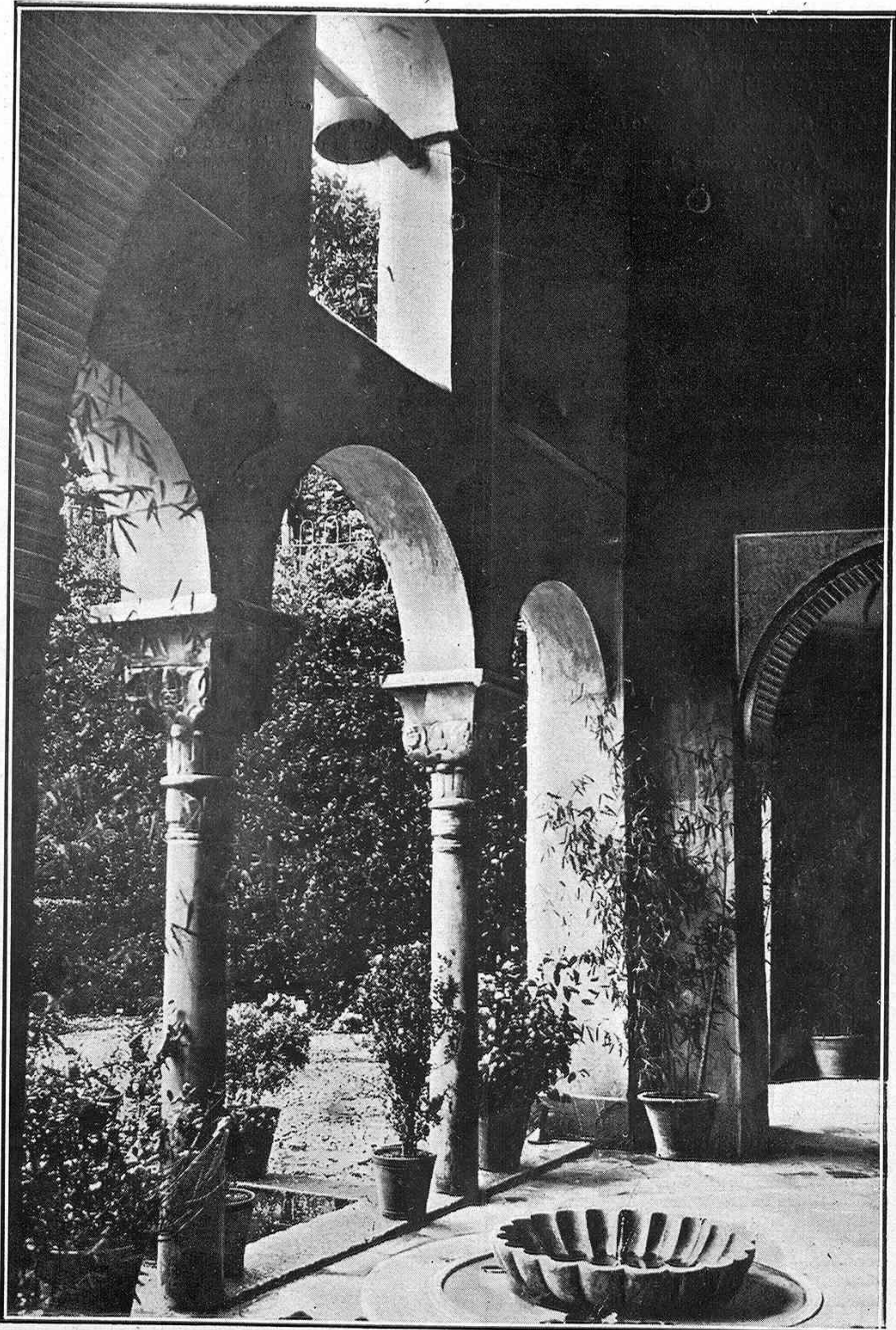
—¡Calla, pues es verdad también todo eso! Y hay que confesar que vuestro padre es bastante tirano; pero entonces—volviendo á sus remilgos—, ¿me vais á dejar aquí abandonada para que sea yo la víctima de su venganza?

—No, por cierto, mi buena Kadiga; ¿pues no podéis huir también con nosotras?

—Ciertamente que sí, niña mía; y para decir toda la verdad, cuando conversó sobre esto conmigo Hussein Baba, me prometió cuidar de mí si quería acompañaros en vuestra fuga; pero de todos modos, ¡pensadlo muy bien, hijas mías! ¿Habéis de tener valor para renunciar á la religión de vuestro padre?

—La religión de Cristo fué la primera profesada por nuestra madre—dijo la princesa mayor—; yo estoy dispuesta á convertirme y segura de que mis hermanas imitarán mi ejemplo.

—¡Tienes razón, hija mía!—exclamó la amorosa dueña rebotando alegría—. Esa fué la religión primitiva de vuestra madre, y se lamentó amargamente en su lecho de muerte de haber abjurado de ella. Yo le prometí entonces cuidar de vuestras almas, y ahora me lleno de júbilo viéndolos en camino de salvación. Sí, hijas del alma; yo también nací cristiana, y he seguido siéndolo dentro de mi corazón, y estoy resuelta á volver á mi antigua fe. He hablado sobre todo esto con Hussein Baba, español de nacimiento y originario de un pueblo no muy distante del mío natal, y se halla el pobre también ansioso de



Generalife.—Entrada en el patio

(Fot. Hielscher)

volver á su patria y de reconciliarse con la Iglesia; habiéndole prometido los caballeros que si él y yo estamos dispuestos á ser marido y mujer cuando volvamos al país que nos vió nacer, ellos cuidarán de protegernos.

En una palabra: resultó que la discretísima y astuta dueña había celebrado una entrevista con los caballeros y el renegado, y que habían dejado concertado todo el plan de la huida. La princesa mayor consintió inmediatamente en ello, y su ejemplo, como de ordinario, trazó la línea de conducta de sus hermanas; sin embargo, la menor se mostraba vacilante, pues era de alma tan bella como tímida, y su tierno corazón luchaba entre el cariño filial y su pasión juvenil. La hermana mayor ganó la victoria, como siempre, y entre lágrimas y ahogados suspiros se comenzó á preparar al punto la evasión.

La escabrosa colina sobre la cual está edificada la Alhambra se halla desde tiempos antiguos minada con pasadizos subterráneos cortados en

la roca y que conducen desde la fortaleza á varios sitios de la ciudad y á distantes portillos en las riberas del Dauro y del Genil, construídos en épocas diferentes por los reyes moros, como medios de escapar en las repentinas insurrecciones, ó para salir secretamente á particulares aventuras. Muchos de estos subterráneos se encuentran hoy completamente ignorados, y otros en parte cegados con escombros y en parte tapiados, sirviéndonos de monumentos de las celosas precauciones y estratagemas guerreras del gobierno musulmán. Por uno de estos pasadizos concertó Hussein Baba sacar á las infantas hasta una salida más allá de las murallas de la ciudad, donde los caballeros se hallarían preparados con ligeros corceles para huir rápidamente con ellas hasta la frontera.

Llegó la noche designada; la Torre donde moraban las princesas fué cerrada como de costumbre, y la Alhambra yacía en el más profundo silencio. A eso de la media noche, la discreta Ka-

diga escuchó desde el ajimez al renegado Hussein Baba, que ya estaba debajo y daba la señal. La dueña amarró el cabo de una escala al ajimez y dejó caer ésta al jardín, bajándose luego por ella. Las dos infantas mayores la siguieron con el corazón palpitante; pero cuando llegó su turno a la princesa menor, Zorahayda, titubeó y tembló. Aventuró varias veces el apoyar su delicado y menudo pie en la escala y otras tantas lo retiró, agitándose tanto más su pobre corazón cuanto más vacilaba. Lanzó luego una mirada aflictiva á la habitación tapiada de seda; en ella vivía, es verdad, como el pájaro aprisionado en su jaula, pero al fin allí se encontraba segura; ¿quién podría adivinar los peligros que la rodearían cuando se viera lanzada en el piélagos del mundo? Pues luego se le presentó la imagen de su galán amante cristiano, y puso de nuevo su piecico sobre la escalera; por último, se acordó otra vez de su padre y lo volvió á retirar. Es imposible describir la lucha que se daba en el turbado corazón de aquella pobre niña, tan enamorada y tierna como tímida é ignorante de las cosas de esta vida.

En vano le rogaban sus hermanas, regañaba la dueña y blasfemaba el renegado debajo del ajimez; la gentil princesa mora continuaba dudosa y titubeaba en el momento crítico de la fuga, tentada por las dulzuras de la falta, pero aterrada por los peligros.

A cada momento era mayor el riesgo de ser descubiertos. Se oyeron pasos lejanos.

—¡Las patrullas vienen haciendo la ronda!—gritó el renegado—. Si nos detenemos un momento más, estamos perdidos. ¡Princesa: descendad inmediatamente, ó si no, os abandonamos!

La infeliz Zorahayda se sintió presa de una agitación febril, y desatando la escala de cuerda con desesperada resolución, la dejó caer desde el ajimez.

—¡Todo se ha concluido!—exclamó—. ¡No me es posible ya la fuga! ¡Allí he os guíe y os bendiga, amadas hermanas mías!

Las dos infantas mayores se horrorizaron al pensar que la iban á dejar sola, y ya hubieran preferido quedarse; pero la patrulla se acercaba, el renegado estaba furioso, y se vieron llevadas atropelladamente hasta el pasadizo subterráneo. Anduvieron á tientas por un horrible laberinto cortado en el seno de la montaña, logrando llegar sin ser descubiertos á una puerta de hierro que daba fuera del recinto. Los caballeros españoles estaban aguardándolas disfrazados de soldados moriscos de la guardia que mandaba el renegado.

El amante de Zorahayda se desesperó cuando supo que aquélla había rehusado abandonar la torre; pero no se podía perder tiempo en inútiles lamentos. Las dos princesas fueron colocadas á la grupa con sus amantes, y la discreta Kadiga montó detrás del renegado, partiendo todos aprisa en dirección del Paso de Lope, que conduce por entre montañas á Córdoba.

No se hallaban aún muy lejos, cuando oyeron el ruido de tambores y trompetas en los adarves de la Alhambra.

—¡Nuestra fuga se ha descubierto!—dijo el renegado.

—Tenemos ligeros corceles, la noche es oscura y podemos burlar la persecución—replicaron los caballeros.

Espolearon sus caballos y escaparon á través de la Vega, llegando al pie de Sierra Elvira, que se levanta como un promontorio en medio de la llanura. El renegado se detuvo y escuchó.

—Hasta ahora—dijo—nadie viene en nuestro seguimiento; creo que podremos escapar á las montañas.

Al decir esto brilló una luz intensa en la torre que servía para señales en la Alhambra.

—¡Madición!—gritó el renegado—. Esa es la señal de ¡alerta! á todos los guardias de los pasos. ¡Adelante! ¡adelante! ¡Espoleemos con furor, pues no hay tiempo que perder!

Corrían y corrían vertiginosamente, y el choque de las herraduras de sus caballos se repetía de roca en roca, conforme iban atravesando el camino que costeaba la pedregosa Sierra Elvira; pero al propio tiempo que galopaban vieron que la luz de la Alhambra era contestada en todas direcciones desde las atalayas de las montañas. —¡Adelante! ¡adelante!—gritaba el renegado



Granada.—Carmen de los Mártires

en medio de sus increpaciones y juramentos—. ¡Al puente, al puente, antes que la alarma haya cundido hasta allí!

Doblaron el promontorio de la montaña y llegaron á la vista del famoso Puente de Pinos, que atraviesa una impetuosa corriente, teñida en mil combates famosos con sangre de moros y cristianos. Para mayor tribulación, en la torre del puente se veían numerosas luces y brillar en ella las armaduras de los soldados. El renegado se alzó sobre los estribos y miró á su alrededor por

un momento; después, haciendo una señal á los caballeros, se salió del camino, costeano el río hasta cierta distancia, y se metió dentro de sus aguas. Los caballeros previnieron á las atribuladas princesas que se sujetaran bien á ellos. Sentíanse, en verdad, arrastrados á alguna distancia por la rápida corriente, cuyas rugientes olas bramaban á su alrededor; pero las hermosas

princesas se afianzaron bien á los caballeros cristianos, é iban sin exhalar una queja. Por último, llegaron salvos á la orilla opuesta, y fueron guiados por el renegado á través de escabrosos y desusados pasos y ásperos barrancos por el interior de las montañas, evitando el pasar por los caminos de costumbre. En una palabra: lograron llegar á la antigua ciudad de Córdoba, donde fué celebrada la vuelta de ellos á su país y al seno de sus amigos con grandes fiestas, pues nuestros caballeros pertenecían á las familias más distinguidas. Las hermosas princesas fueron recibidas en el seno de la Iglesia, y después de haber abrazado la santa fe cristiana se hicieron esposas y vivieron felicísimas.

En nuestra prisa por ayudar á las princesas á atravesar el río y cruzar las montañas, nos hemos olvidado decir qué fué de la discreta Kadiga. Pues se agarró lo mismo que un gato á Hussein Baba durante la carrera á través de la Vega, chillando á cada salto y haciendo vomitar sapos y culebras al barbudo renegado; pero cuando éste se dispuso á meter su corcel en el río, su terror no conoció límites.

—No me aprietes con tanta fuerza—le decía Hussein Baba—; agárrate á mi cinturón y nada temas.

Ella se había asido, en efecto, con ambas manos al cinturón de cuero del robusto renegado... pero cuando se detuvieron los caballeros á tomar alientos en lo alto de las montañas, notaron que había desaparecido la dueña.

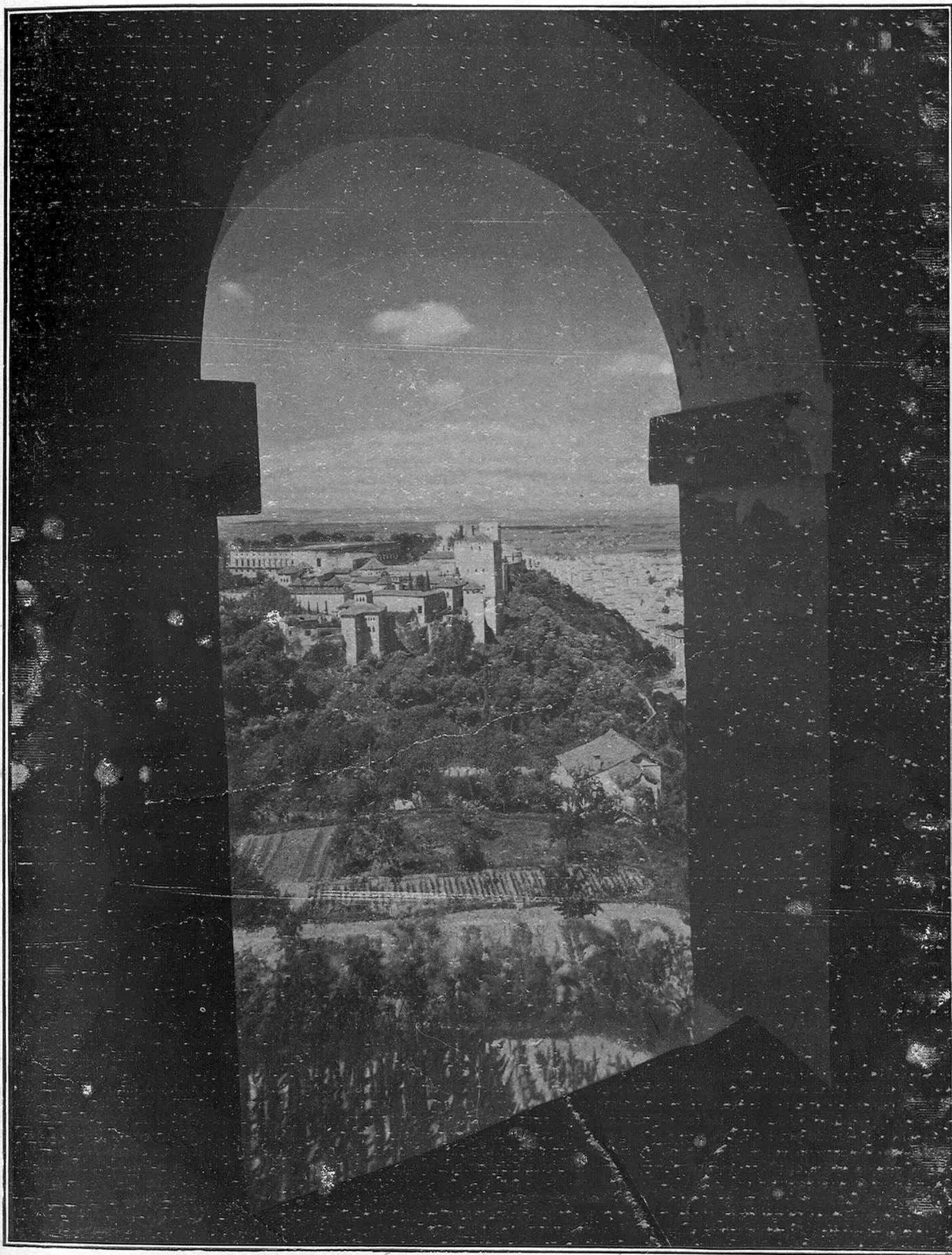
—¿Qué ha sido de Kadiga?—gritaron las princesas alarmadas.

—¡Sólo Allah lo sabe!—contestó el renegado—. Mi cinturón se desató en medio del río, y Kadiga fué arrastrada con él por la corriente. ¡Cúmplase la voluntad de Allah! Y en verdad que lo siento, porque era un cinturón bordado, de gran precio.

No había tiempo que perder para dolerse de aquella desgracia; con todo, lloraron amargamente las princesas la pérdida de su discreta consejera. Aquella excelente anciana, sin embargo, no perdió en la corriente más que la mitad de sus siete vidas, pues un pescador que se hallaba sacando casualmente sus redes á alguna distancia río abajo, la sacó á tierra, quedando asombrado de su milagrosa pesca. Lo que fué después de la discreta Kadiga, no lo cuenta la tradición, pero sí se sabe que ella acreditó su discreción no poniéndose jamás al alcance de Mahomed el Zurdo.

Tampoco se sabe casi nada acerca de la conducta de aquel sagaz monarca cuando de cubrió la evasión de sus hijas, y la mala pasada que le juzgó *la más fiel de sus servidoras*. Había sido la única vez en que había pedido consejo; no se sabe que jamás volviera á caer en semejante debilidad. Sin embargo, tuvo buen cuidado de guardar á la hija que le quedaba, á la infeliz que no había tenido ánimos para escaparse. Se cree también como cosa muy cierta, que la princesa se arrepintió interiormente de haberse quedado

dentro de la torre, y cuentan que de vez en cuando se la veía apoyada en el adarve, mirando tristemente las montañas en dirección á Córdoba, y que otras veces se oían los acordes de su laúd acompañándose sentidas canciones, en las cuales se lamentaba de la pérdida de sus hermanas y de su amante, condoliéndose al mismo tiempo de su solitaria existencia. Murió joven, y según el rumor popular, fué sepultada en una bóveda debajo de la torre, dando lugar su fin prematuro á más de una leyenda tradicional.

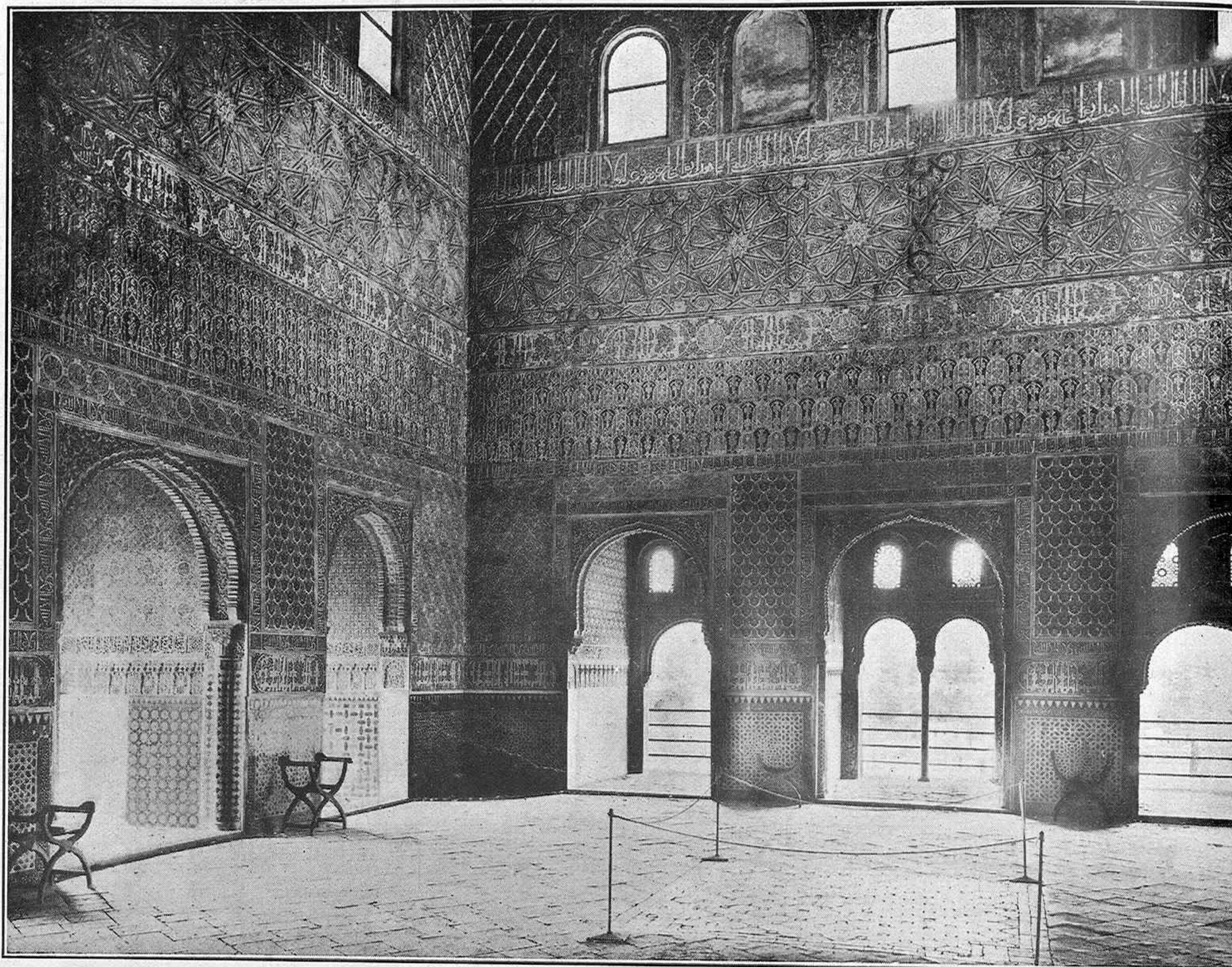


Desde las torres de las Damas, se ve la Alhambra, el palacio de ensueño que eleva sus muros, entre la esmeralda sin par de sus jardines, durmiendo un sueño de arte, de poesía y de leyenda... El paisaje tiene un hechizo de sensualidad que rima con el espíritu de la raza, que aun ida para siempre, dejó su alma en el recinto del Alcázar fastuoso...

(Fot. Torres Molina)

LA ALHAMBRA EN LA IMAGINACION DE UN POETA

(Fragmento de la novela «Los cármenes de Granada»)



Alhambra. Salón de Comares

Este magnífico salón de la Alhambra sería para los actos oficiales de la Corte nazarita. Es cuadrado, espacioso, de una elevada techumbre. Tiene zócalos alicatados. Según el historiador Hurtado de Mendoza, el nombre de este salón se debe a que fué construido por artífices de Comares, pueblo de la actual provincia de Málaga, que entonces pertenecía al reino granadino. En este salón fué asesinado Mohamed III al-Makub, en 1314. Y en él, también, se celebró el famoso consejo en que se acordó entregar Granada a los cristianos, y se pactaron, más tarde, las condiciones en que Castilla encomendaba a Colón su viaje glorioso

ALFONSO abrió uno de estos balcones y, sacando la petaca de cigarrillos que delante de su padre aún no osaba descubrir, se puso a fumar apoyado en la barandilla de hierro. Miraba el paisaje como si no lo hubiera visto nunca, al igual de los viejos marinos que siempre hallan algo nuevo en el mar. No se hartaba jamás de aquel panorama que acaloraba su fantasía y removía el fondo romántico de su espíritu. Por aquel tajo, tapado por los árboles que formaban una espesa masa de verdura, bajaban los reyes de Granada hasta el río, lo atravesaban por el famoso puente llamado del *Alcalde*, cuyos restos aún se ven, y se comunicaban con su otro palacio de la Alcazaba Gidida, en el mismo barrio donde él se hallaba. Por aquel tajo bajaron despeñados los soldados del almoravide Ben Amusco, á quienes había sorprendido la caballería de los Almohades. En aquel tajo, apostados los caballeros Abencerrajes bajo la enramada del bosque cerca de la torre de Comarech, aprovechando el silencio y la obscuridad de la noche, recibieron en sus brazos al príncipe Boabdil, que su madre, la sultana Aixa, descolgó para salvarle del odio de su padre, Muley Hacem, engreído con los amores de la hermosa cristiana

D.^a Isabel de Solís; y cabalgando en corceles prevenidos, lo trasladaron á Guadix. ¡Cuántos recuerdos trágicos y poéticos guardaba aquella misteriosa cortina de verdura que frente á él tenía!

Y allá en lo alto del cerro se columbraban las torres del palacio de la Alhambra, con su exterior austero y enigmático, como todos los palacios árabes, guardando misterios de amor y deleite, estancias maravillosas labradas con mármoles y maderas de alerce, alcobas con techos de oro, aguas cristalinas corriendo por artísticas tazas de mármol, suspiros y risas, músicas y perfumes. Y él se la representaba, no como ahora, solitaria y deslucida, techada con groseras tejas de barro en vez de las brillantes esmaltadas que tenía, sino como era en tiempo de la dinastía nazarita, «recreación de los ojos y satisfacción de las almas», como la llamaba el historiador árabe Aben-Aljathit. En aquellos tiempos la Alhambra no era solamente un palacio, sino una pequeña ciudad amurallada. «Domina la ciudad de Granada—dice aquel historiador contemporáneo—por su parte meridional la población de la Alhambra, corte del reino, coronándola con sus brillantes almenas, sus eminentes torres, sus

fortísimos baluartes, sus magníficos alcázares y otros edificios suntuosos, que con su brillantísimo aspecto arrebatan los ojos y el ánimo. Hay allí tal abundancia de agua que, desbordándose á torrentes de los estanques y albercas, forma en la pendiente arroyos y cascadas cuyo murmullo se escucha á larga distancia. Rodean el muro de aquella población dilatados jardines, propiedad del Sultán, y arboledas frondosísimas, brillando como astros al través de su verde espesura las blancas almenas. No hay, en fin, en torno de aquel recinto espacio alguno que no esté poblado de jardines, cármenes y huertos.» Dentro de sus muros alzábanse también muchos y fastuosos palacios, donde vivían los magnates de la corte, entre ellos el que habitaban los Abencerrajes, familia que tanto influyó en los destinos del Imperio granadino.

Todo lo veía el joven poeta, y todo lo hacía vivir su ardiente fantasía. Se había acalorado ésta desde la infancia con los cuentos disparatados de su niñera, Angustias, y con las palabras más sabias y concertadas de su tío Perico, amante exclusivo y ardoroso de la antigüedad árabe. Pero en la adolescencia la lectura de historias y novelas contribuyeron más aún á exal-

tarla. Las romancescas descripciones de las fiestas, torneos, desafíos y amorosas empresas de Zegríes, Abencerrajes y Gomeles, que tan prolijamente y con brillante estilo narra Pérez de Hita, se le antojaban tan verídicas como los sucesos más recientes de Granada. Fué su manía en aquella época de la vida el ir todos los días á la Alhambra y vagar por sus patios y salones largo rato, evocando las escenas y personajes que allí vivieron. Saltando sobre los siglos, quería alternar con ellos. Iban sus pasos de una estancia á otra de aquel maravilloso palacio, que su fantasía vestía y adornaba como debiera estarlo. Por el corredor que hay delante de la *Sala de las Dos Hermanas* subía la escalera que conduce al piso llamado de la *Daz-Axa* ó *Casa de la Señora*, se acercaba á los aljimeces y miraba el *Patio de los Leones*, después se asomaba al balconcillo del *menacor*, y desde allí contemplaba el mágico espectáculo de la *Sala de las Dos Hermanas*, y al través de ésta y del *Mirador de Lindaraja* los jardines del palacio, el bosque, las márgenes del río y los huertos del Haxaris. Recorría los hoy abandonados aposentos altos del *Me-xuan* y *Cuarto Dorado*, que en la época del Imperio granadino estaban cerrados por artísticas vidrieras de colores; sus pisos, ahora desnudos, vestidos con espesas alfombras; sus paredes con ricos tapices; por doquiera blandos divanes; los incensarios de oro y los pebeteros exhalando sin cesar los perfumes más delicados del Oriente. ¡Oh, quién hubiera vivido en aquel siglo y en aquel palacio encantado; quién hubiera alternado en aquella corte de amor; quién hubiera dormido las tardes de estío en aquellas atarteas pobladas de flores y fuentes oreadas por la fresca brisa de la montaña, respirando los aromas campestres que al través de las sombrías arboledas les enviaba el río de las arenas de oro, escuchando los sonos de la guzla tañida por las hermosas manos de alguna Fátima ó Zoraya!

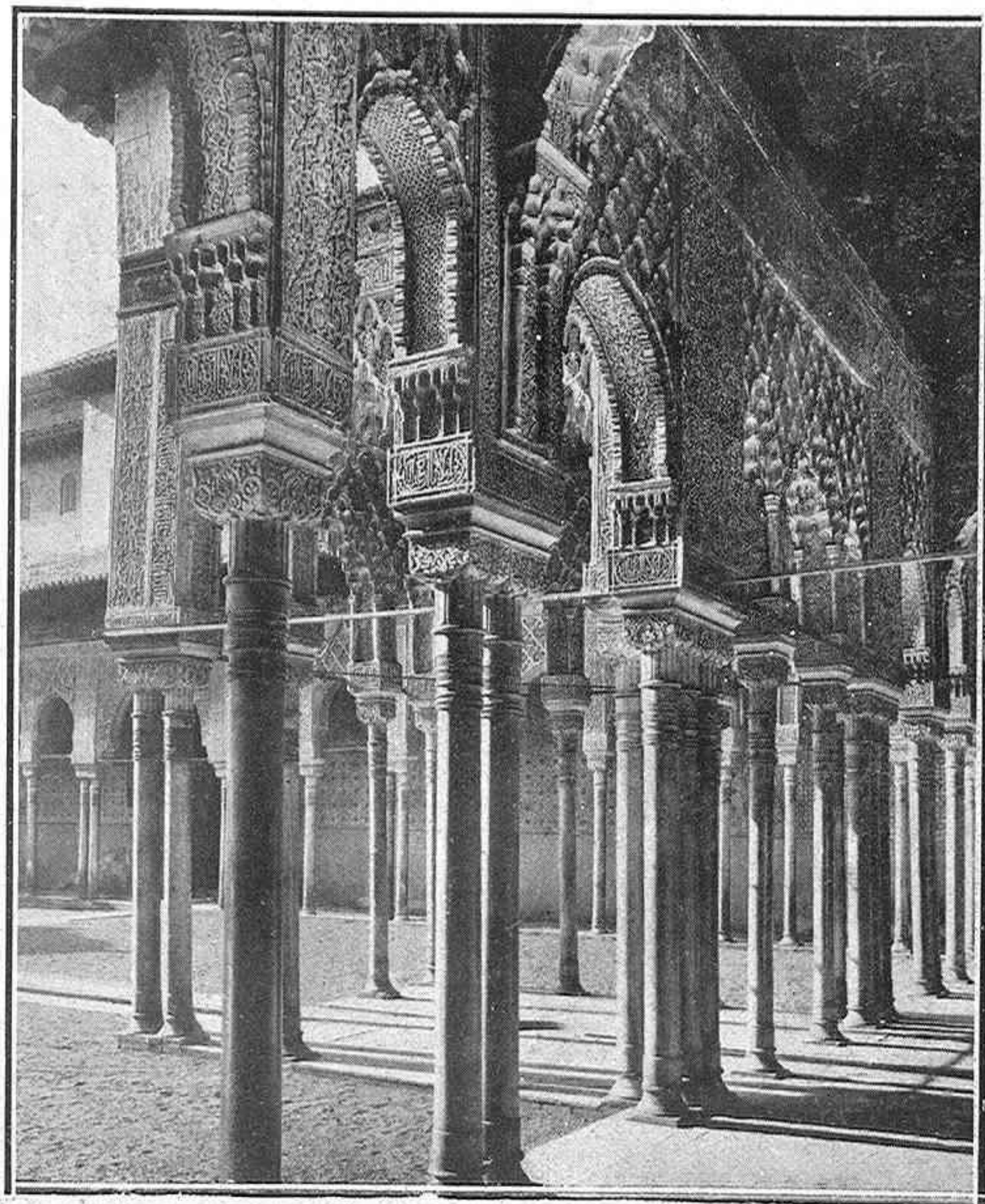
Su tío Perico le había descifrado las inscripciones de que están llenas las paredes y fuentes del palacio, y él las leía y releía siempre con emoción respetuosa. «Bendito sea aquel que concedió al Imán Mohamed mansiones embellecidas con espléndidos adornos. ¿Por ventura este jardín no nos ofrece una obra hermosa que no quiso Dios que tuviera igual?» «La salud de Dios sea contigo; por siempre prolonguense tus festines y dispense tus enemigos.» «Sólo Dios es vencedor.»

Pero sobre todo, las que se leen en la *Sala de las Dos Hermanas* le producían entusiasmo indecible. «Yo soy el jardín que se ostenta cada día con un nuevo adorno; contempla mi hermosura y observarás esta mudanza patente.» Sí; también él, como lo insinuaba el poeta, hallaba cada día en el recinto de la Alhambra nuevos motivos de admiración y contento. «¡Cuántas bellezas encuentran aquí los ojos!» «Nunca hemos visto un palacio de más elevada techumbre, de más claro horizonte, de más espaciosas estancias.» «El Alcázar se ostenta más hermoso que la espléndida bóveda de los cielos.»

Los aposentos y jardines de aquel alcázar, que parece creado de una vez



Guadix Granada).—Iglesia de Santiago



Granada.—Patio de los Leones

por la varita de un mago más que fabricado por las manos de los hombres, despertaban en su corazón de adolescente diversas y contrarias emociones, unas veces placer dulce y apacible, otras terrores fantásticos, otras anhelos de místicas voluptuosidades, deseos vehementes de algo inefable, ansias de vivir y de morir al mismo tiempo. Las leyendas á él unidas bullían en su imaginación como añoranzas de su misma vida en una existencia anterior: se representaba con terror la historia del *Caballo Descabezado*, que en las noches oscuras galopa, sin que se le sienta, por los adarves de la fortaleza; veía los tesoros que se ocultan en la *Torre de los Siete Suelos*; creía firmemente que las manchas rojas que se observan en la *Sala de los Abencerrajes* procedían de la sangre de éstos, la noche en que fueron sacrificados por los celos del Sultán.

Placiale igualmente mucho en aquellos años de adolescencia recorrer los jardines del Generalife en las tardes estivales. Era el carmen que para su placer y descanso tenían los reyes de Granada. Aún conserva, después de infames restauraciones, su sello característico. Los setos de arrayán, los naranjos, los cipreses y laureles le prestan sabor y encanto completamente árabe. El rumor de sus acequias cristalinas infundía en el alma del poeta languidez invencible y en su cuerpo apetito de reposo. ¡Cuántas intrigas de amor anudadas y deshechas en aquellos deleitosos jardines donde se recreaban las damas y caballeros de la corte nasirita! Aquellos jardines habían sido el escenario del drama sentimental que había terminado con el suplicio de los caballeros Abencerrajes. Sostenían éstos con los Zegríes enconada lucha en los últimos tiempos del reino granadino. Los Zegríes acusaron á uno de aquéllos de haber manchado el trono del monarca, sosteniendo adúlteras relaciones con la Sultana. Un zegrí denunció á Aben-Hamet, abencerraje. Se apoyaba en el testimonio de dos caballeros de su linaje y de cuatro Gomeles. «El día del desafío del Maestre con Muza, cuando después se efectuaba una zambra en el Generalife—afirmaron—, paseándonos yo y este caballero gomel por la huerta vimos en una calle de arrayanes, debajo de un rosal, en deshonestos deleites á la Reina y al adúltero Aben-Hamet, y estaban tan embebidos que no nos sintieron, con estar tan cerca. Yo se los mostré á Mahandin Gomel y admirados del atrevimiento nos apartamos un poco para ver el atrevido fin; y á poco espacio salió la Reina y se fué hacia la *Fuente de los Laureles*, y de allí donde estaban sus damas. Pasado gran rato vimos salir al alevoso Aben-Hamet cogiendo rosas blancas y rojas y con ellas tejió una guirnalda y se la puso en la cabeza. Nosotros nos llegamos con disimulación hacia él y le preguntamos en qué se entretenía, á lo cual nos respondió: «En ver esta deleitosa huerta que tiene mucho en que se recrea la vista.» Y diónos dos rosas á cada uno y nos vinimos todos paseando hasta donde estaba Vuestra Majestad con los caballeros. Quisimos avisar entonces y no osamos por no alborotar la corte con caso tan inaudito. Mirad, Señor, por vuestra persona. Muera el adúltero y aleve y con sus deudos la deshonesto Reina...» Ciego de furor el Rey, volvió á su palacio de la Alhambra, y de acuerdo con los Zegríes, dispuso que los Abencerrajes fuesen degollados.

A. PALACIO VALDES





LOS JARDINES DE LA TORRE DE LAS DAMAS

GRANADA tiene seguramente uno de sus más bellos aires en la magnificencia de sus jardines. Tradicionalmente, los jardines andaluces son la mejor expresión de ese prodigio de color, de luz y de perfume que es la tierra española. Y dentro de Andalucía, Granada encarna con insuperables gracias ese esplendor de nuestros jardines.

¿Cuántos versos, cuántos lienzos han inspirado los jardines de la Alhambra y del Generalife? Dos nombres son inevitables: Zorrilla, Villaespesa... Nombres, en cierto modo, que se corresponden, porque los dos poetas vieron en Gra-



Balcón de jardín de la Torre de las Damas

Fot. Torres Molina)

nada una misma pompa sensual, una misma emoción legendaria, una emoción que era, á la vez, nostalgia y voluptuosidad...

Los jardines de Granada—sus fuentes, sus rosas, sus pájaros—dejaron un latido en esos versos de una gracia antigua y musical. Las estrofas de uno y otro poeta son, como su motivo inspirador, brillantes, amplias, sensuales, luminosas. Y tienen, junto á esta armazón sonora y deslumbradora, un poseo tenue, recóndito, de nostalgia y de recuerdo: esa gran nostalgia, ese recuerdo continuo que tiemblan—eco de ayer—en las piedras y en las rosas de Granada.



Para esta Fuente de las Adelfas, del Generalife, diríanse escritos los versos musicales, luminosos, en que Francisco Villaespesa cantó la tristeza y la belleza de las fuentes de Granada

(Fot. Torres Molina)



Relieve de óvalo de la chimenea reconstruída

(Fot. Gascón)

CRUZADO el zaguán que da hoy entrada á la Casa Real de la Alhambra, llégase, por la puerta frontera, á unos aposentos en los que se ven decoraciones y obras árabes entre otras posteriores á la Reconquista. Allí estuvo el Mexuar, donde, según refiere el historiador Luis del Mármol, el Rey juntaba á consejo y daba audiencia, y el Cadí ó Justicia mayor oía á los que-rellantes. Tal fué su destino en época musulmana; en el siglo XVI pensóse utilizarle para capilla, llevándose á término el proyecto en 1629, alterando bastante su disposición primitiva. Entonces asentóse un altar en el testero de la entrada, á la izquierda de la puerta.

Su retablo, de traza extraña y poco grata, alzábase sobre una mesa con frontal de mármol blanco de Macael, elevada á su vez dos gradas respecto al suelo de la capilla. Unas pilastras avanzadas, y tras ellas estípites, cuya parte superior figura sátiros, abrumados bajo el peso de un entablamento que ostentaba en su friso finos relieves de salamandras entre llamas. Encima, un frontón trapezoidal de piedra negra—como la cornisa y el arquitrabe—, tenía en su centro un óvalo rodeado de frutas y flores en relieve, y á los lados dos parejas de pináculos de madera. En el rectángulo, entre las pilastras y el entablamento, veíase la Adoración de los Reyes Magos, mediocre pintura en lienzo bastante deteriorada, hecha por mandato del marqués de Mondéjar, reinando Felipe IV, por Jerónimo Carminato (1), y arriba, en el óvalo, en un cielo de estrellas también pintadas, aparecía,

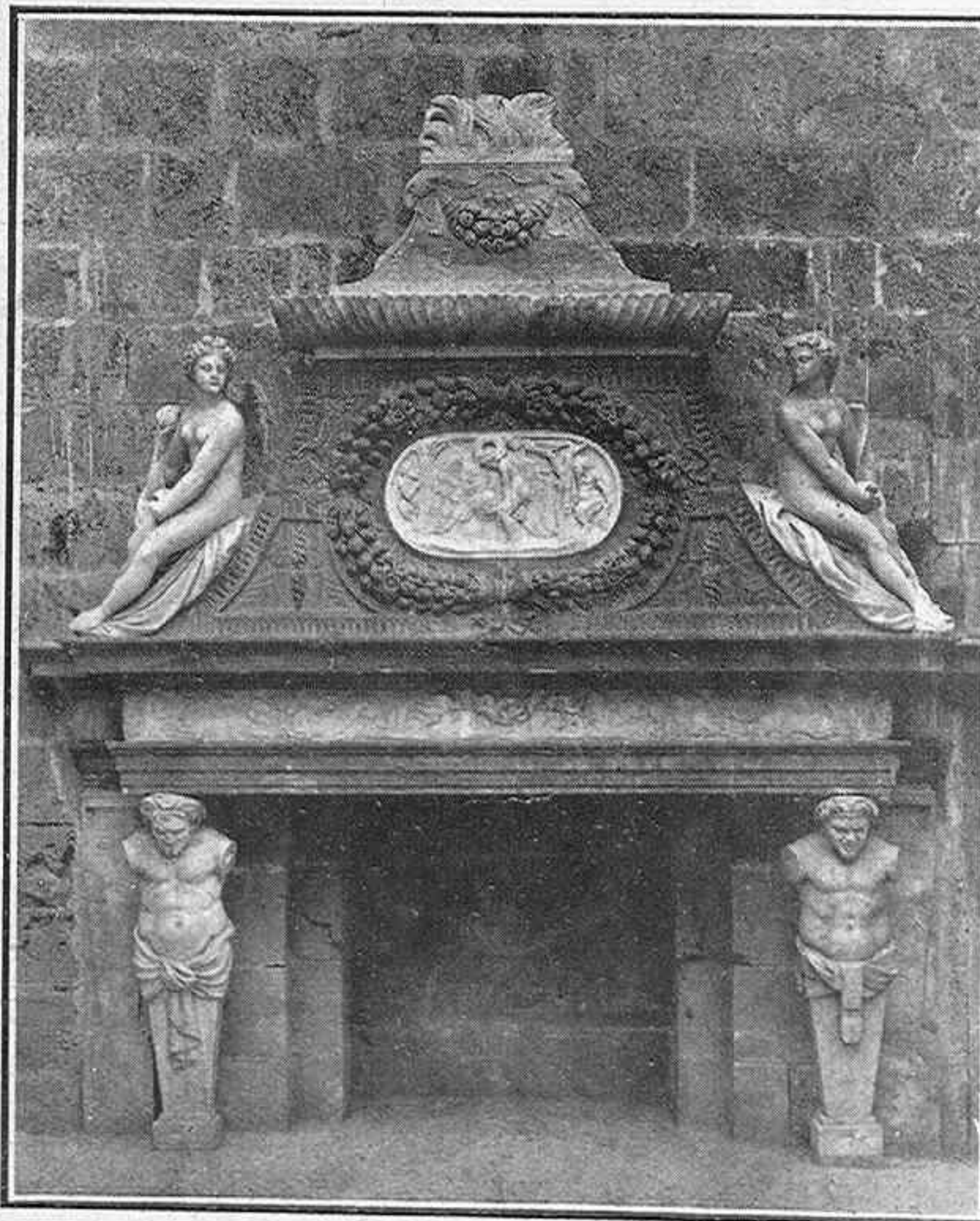
(1) Expresado así en un letrero que termina: «Hieronymus Carminatus branbilla vetustissimus mediolanensis patritius invenit et pinxit. 1630.»

de mayor magnitud, la que fué guía de los monarcas orientales.

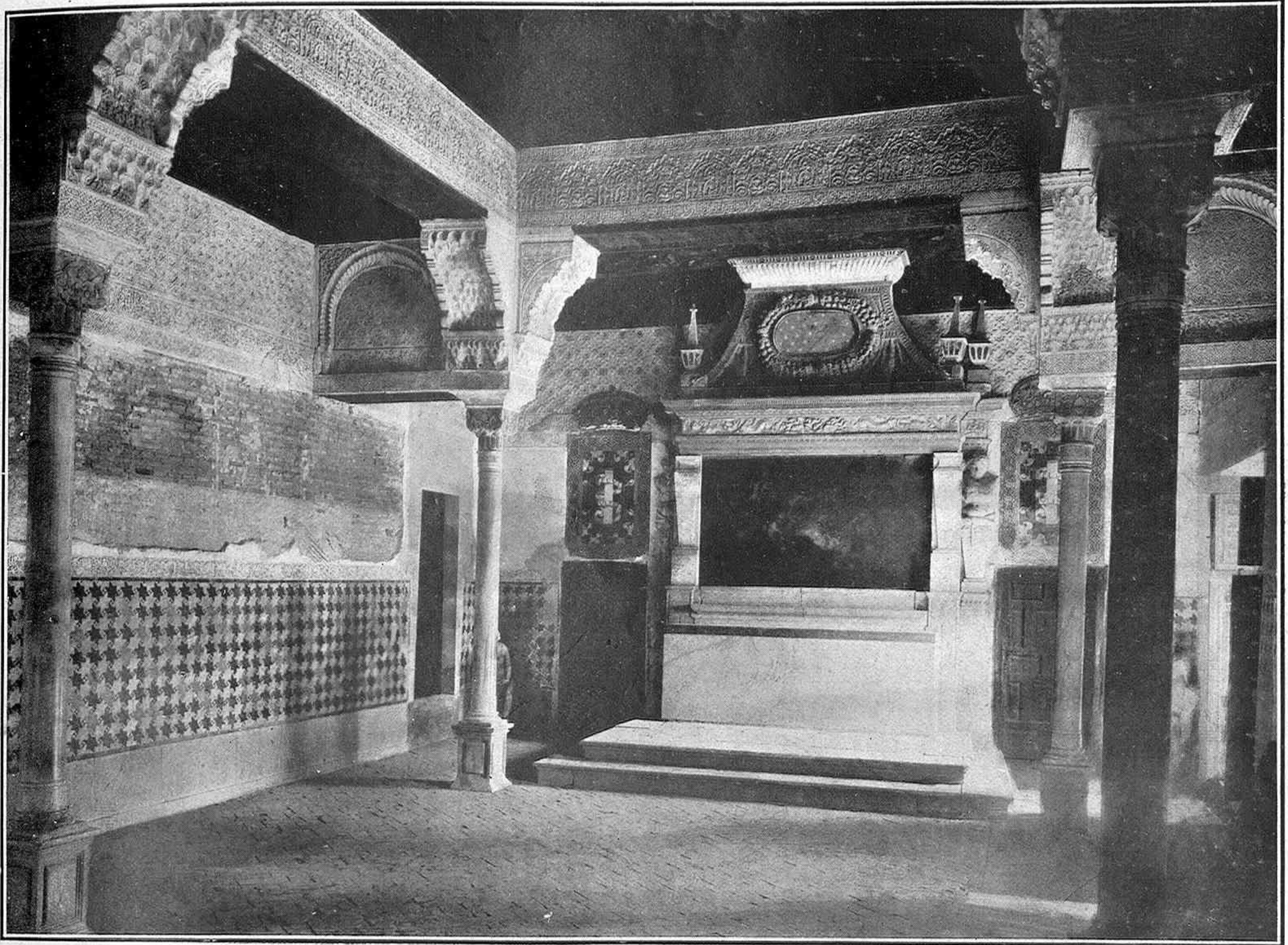
La historia del altar y retablo dióla á conocer

el arqueólogo y artista granadino, ya fallecido, D. Manuel Gómez Moreno, quien la aprendió en los documentos del Archivo de la Alhambra.

Desde el siglo XVI pensóse en transformar el Mexuar en capilla, haciéndose entonces importantes obras para ello. Hasta 1629, como queda dicho, no se asentaron altar y retablo, conforme á las condiciones dadas por Diego de Oliva, maestro de obras reales de la Alhambra. Aprovecháronse para aquél losas de mármol, probablemente de una antigua solería; dos gradas para encima de la mesa labráronse en otras tantas estelas sepulcrales árabes del mismo material, tal vez procedentes de la Rauda ó cementerio real; el retablo se armó con las piezas de una «chimenea de mármol y piedra negra, de figuras y talla de follaje de Génova», que, en 1546, se había comprado á Doña María Manuel, abuela del marqués de Santa Cruz, en cien mil maravedises, posiblemente con destino al palacio de Carlos V, en construcción por entonces. Para completar la traza de esta nueva obra hubo que añadir, á más de las piezas referidas de la mesa de altar, de mármol de Macael, unas pilastras á los lados, labradas en piedra de Sierra Elvira, y algunas otras, como los pináculos y una moldura de madera pintada imitando piedra con la que se une al techo de la sala. Pero la bella chimenea del Renacimiento italiano, cuyo mármol blanco es de Carrara, prestábase mal para ser utilizada como obra destinada al culto. Hubo que prescindir de un par de ninfas desnudas, simbolizando verosímilmente la abundancia, que en una mano sostenían una antorcha en forma de cuerno y con la otra recogían el caído ropaje, destinadas á decorar los



Chimenea de mármol blanco que ha sido reconstruída y colocada en un salón del Palacio de Carlos V (Fot. Lladó)



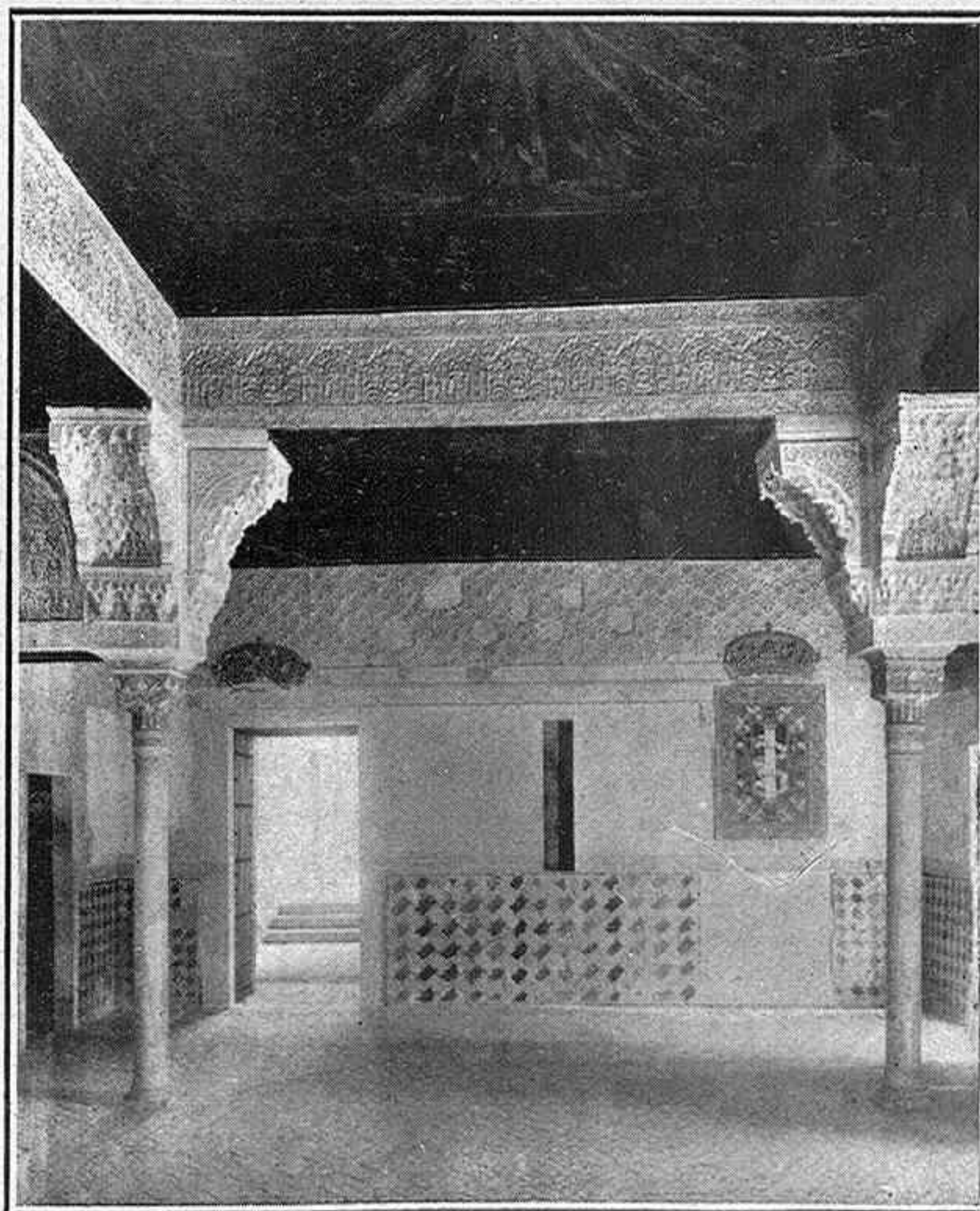
El mexuar, habitación donde el Rey reunía justicia y el Cadí hacía justicia, convertido en capilla

costados del frontón trapecial y el relieve del óvalo, en el que un hábil escultor representó, en forma asaz realista, el mito de Leda, cuando, desfallecida por la caricia del cisne divino,

Suspira la bella desnuda y vencida,

según la describió el gran Rubén. Un fauno oculto tras una palmera y otro tras un árbol en el que Leda ha tendido los paños que la cubrían, contemplan la amorosa escena. Vino á ocupar su sitio en el retablo el cielo de estrellas ya referido. Suprimióse también un ara con penacho de llamas y una guirnalda entre dos cabezas de carnero, ya que la capilla no daba altura para su colocación. Y, finalmente, no pudiendo tal vez prescindir de las estípites por su oficio de sustentación, pudorosamente cambiáronlas de sitio con las pilastras, llevando éstas el primer plano; desde allí, las almas paganas de los sátiros que decoran aquéllas, habrán asistido no pocas veces, sino con fervor con extrañeza, al Santo Sacrificio de la misa.

Estas piezas sobrantes desterradas de la capilla fueron á ostentar, tal vez en penitencia, sus formas profanas en lugares más escondidos de la Casa Real. Hasta hace algunos años estuvieron á la entrada de un aposento obscuro y abovedado, llamado aún hoy de las Ninfas, inmediato á los subterráneos de Comares, bajo la sala de la Barca. El ara y el óvalo colocáronse sobre los dinteles de dos puer-



El mexuar reformado, sin el alta
(Fots. Torres Molina)

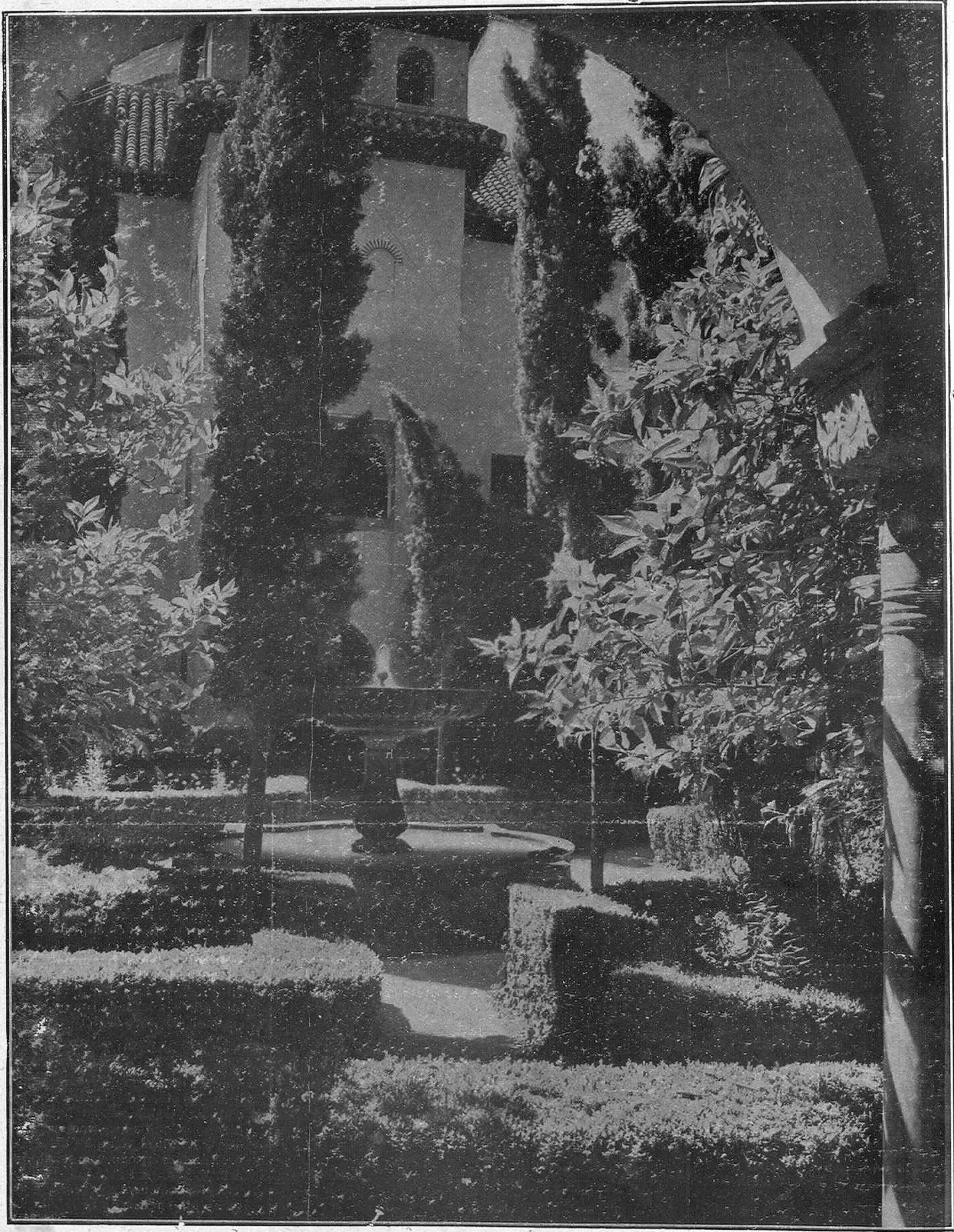
tas y las estatuas femeninas dentro de unas hornacinas abiertas en las jambas. Desde allí parecían dirigir sus miradas á un mismo sitio, en el que, bajo su discreta vigilancia, cuenta el Padre Echevarría en sus *Paseos por Granada*, ocultábase un magnífico tesoro encerrado en dos jarras grandes llenas de oro que en el siglo XVIII estaban en el jardín de los Adarves, y una de las cuales—la otra desapareció hace largo tiempo—es el famoso jarrón de la Alhambra. Washington Irving recogió también esta leyenda, publicándola, adornada con nuevos detalles, en sus *Cuentos de la Alhambra*.

•••••

En 1874 afirmaba D. Manuel Gómez Moreno que sería una gran mejora reunir todas las piezas de la chimenea, colocando cada una de ellas en su lugar correspondiente: «Confiamos—son sus palabras—que andando el tiempo se llevará á cabo, prestándose entonces un señalado servicio á la historia del arte.»

A los cincuenta y cuatro años vese cumplido su deseo, instalada la chimenea—fáltale una pieza, sin duda perdida—en uno de los salones del piso alto del palacio de Carlos V. En esta Alhambra, poblada de espectros de tan varias civilizaciones, Júpiter y Leda, ninfas, sátiros y faunos, representan dignamente un aspecto, dionisiaco y eterno, de la historia humana.

LEOPOLDO TORRES BALBAS



Jardín de Lindaraxa... Síntesis, corazón y arca de todo el alma encantada de la Alhambra... Rincón de maravilla, recreo de favoritas, donde aún las pupilas cristianas se enturbian por la emoción evocadora de toda la gracia y toda la poesía árabe...

(Fot. Torres Molina)



Vista desde la Torre de la Vela. A la izquierda, la Torre Bermeja

GRANADA, «DOMUS AUREA»

¿Quién dice, ¡oh, Granada!,
la del áureo río,
que no queda nada
de tu poderío,
si aun tienes tu Alhambra,
tu vega sin fin,
tu Sierra Nevada,
tu claro Albaicín
y tu alma encantada?
¡Flor de maravilla!
¡Cantos de Zorrilla,
tu gran paladín...!

Para cantarte, ¡oh, Granada!
la del mágico Pensil,
son pocas noches las Mil
y una de Scheherazada.

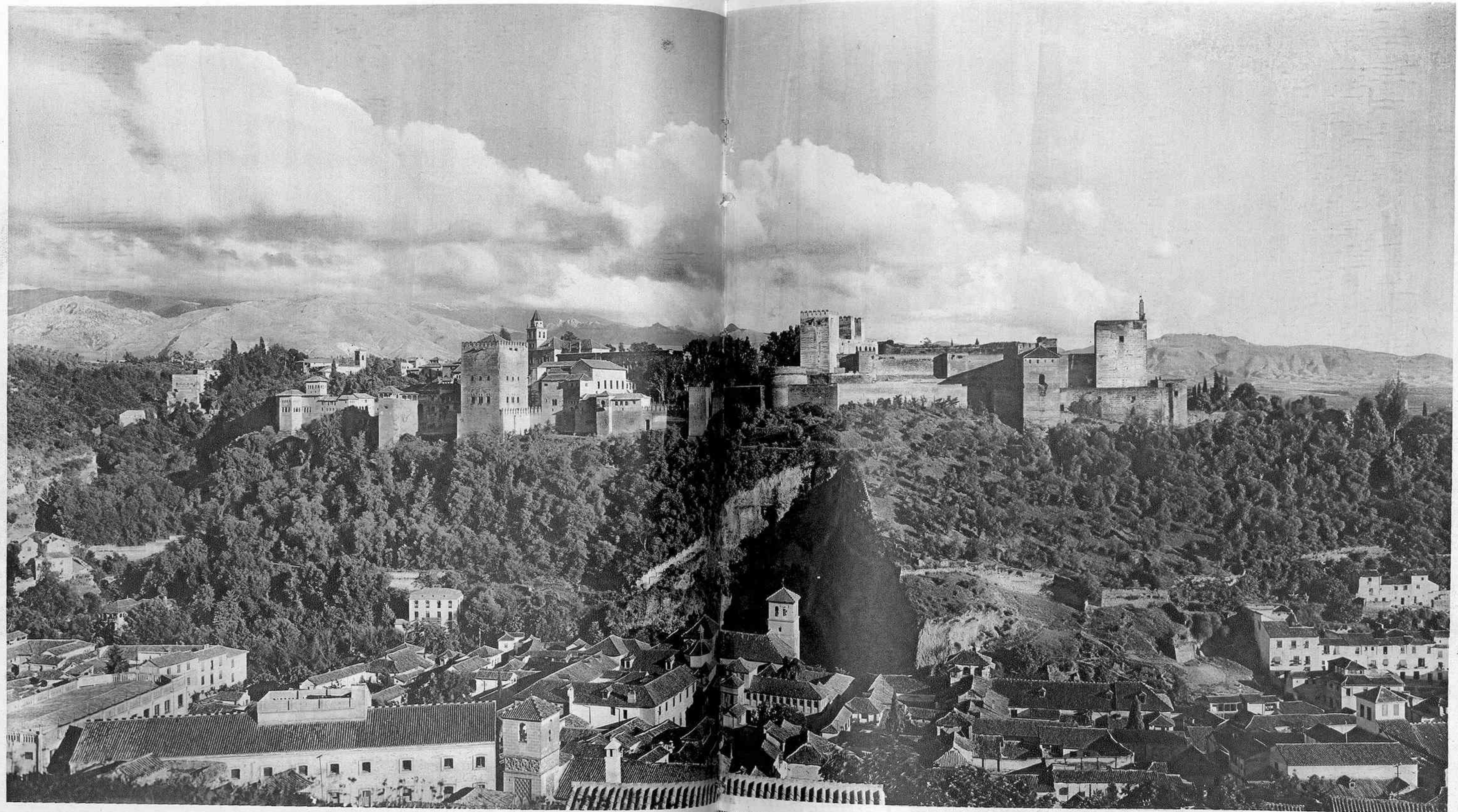
Tu Alhambra maravillosa,
con su Alcázar sin segundo,
es la joya más preciosa
de la corona del mundo,

¿Qué milagroso Alarife,
para encanto de un Sultán,

construyó el Generalife?
¡Si no fué Dios, fué Satán...!

¡Oh, sin par Granada!
Tienes el Alcázar de la Poesía,
en donde las hadas de la fantasía
tejen tu leyenda dorada.
Antigua Sultana,
¿cómo al convertirte de mora en cristiana
no te han puesto un nombre de la letanía:
¡el de «Domus Aurea» te correspondía!

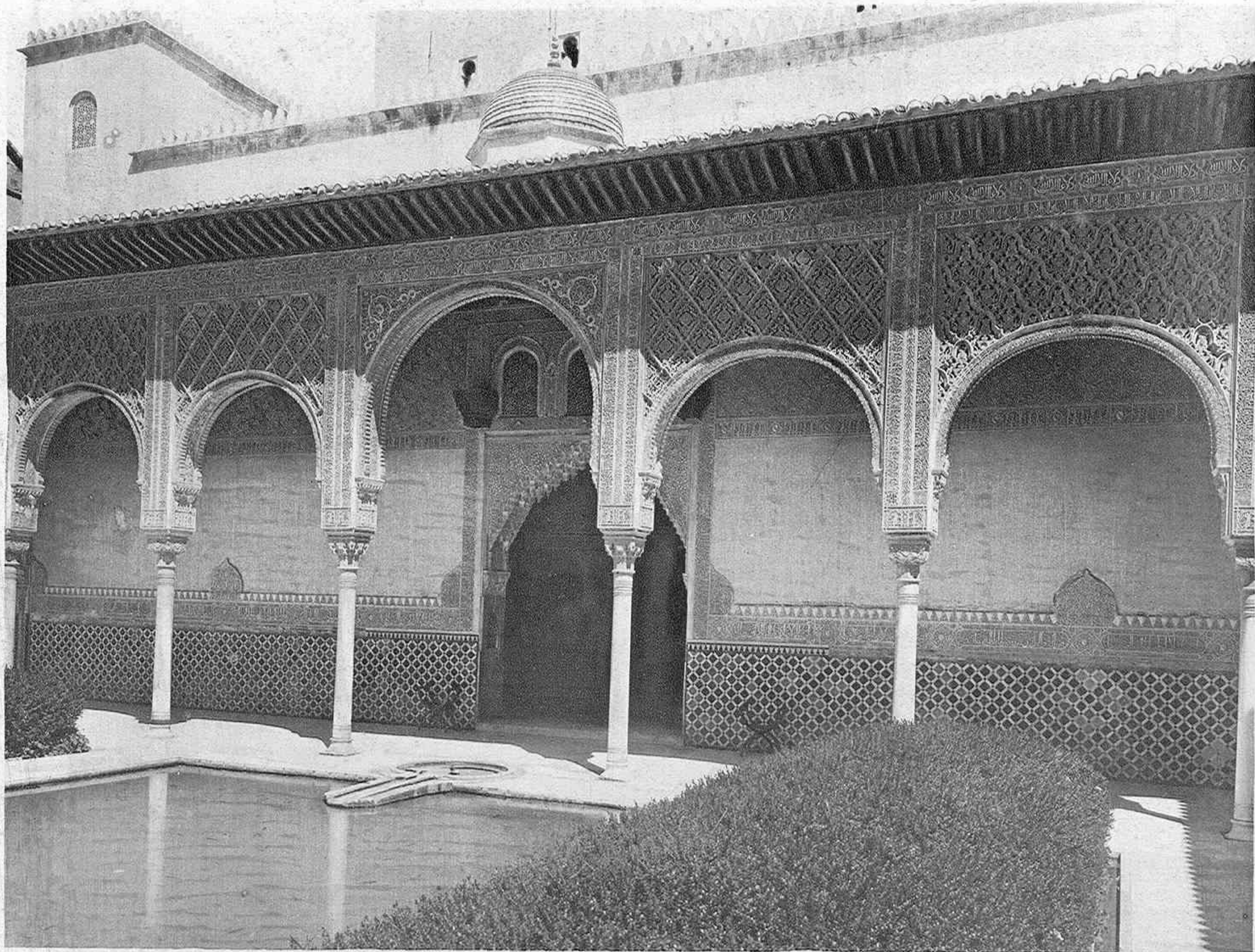
GOY DE SILVA



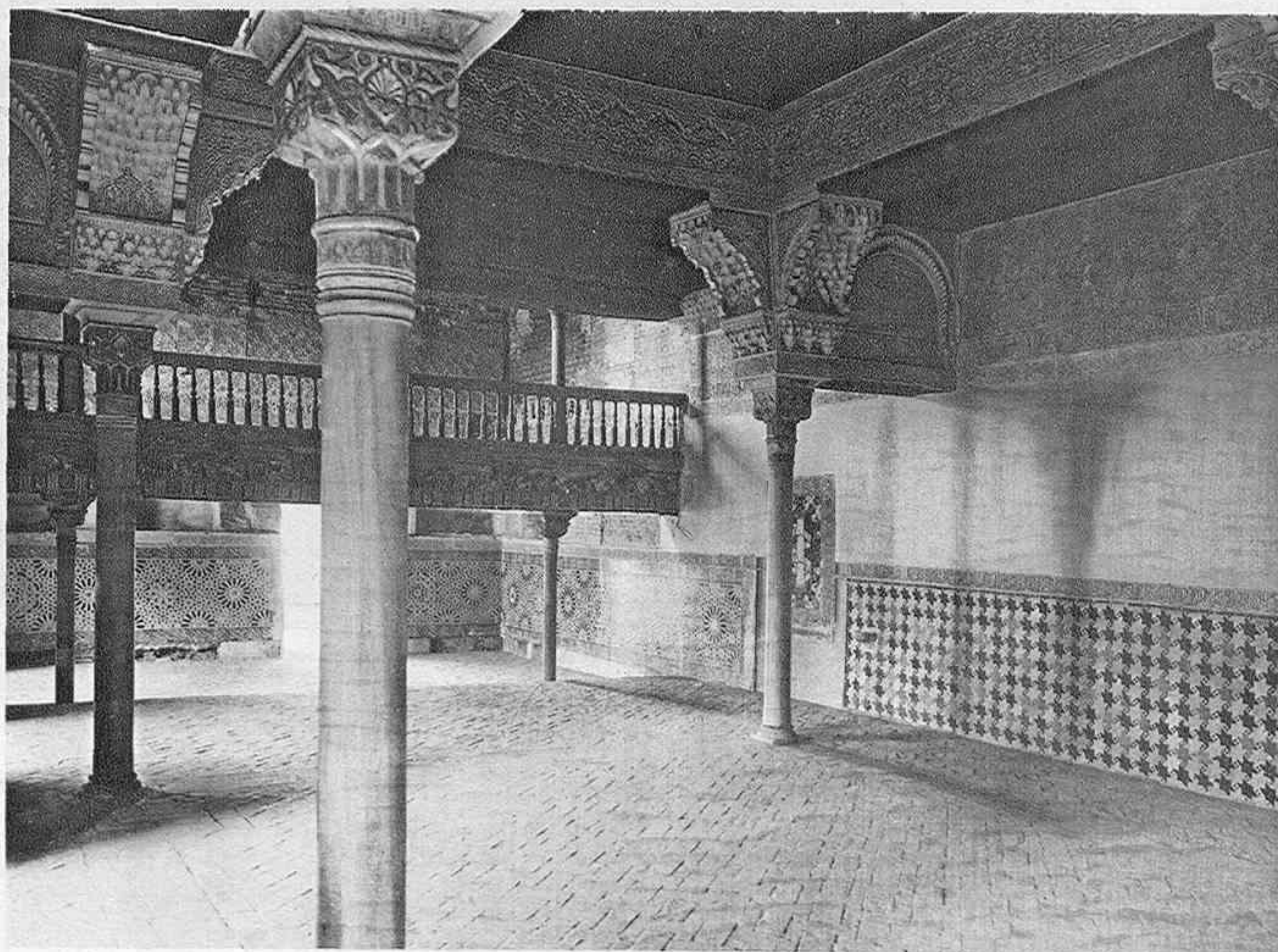
UNA PERSPECTIVA GENERAL DE LA ALHAMBRA

Todo, en Granada, gira alrededor de la Alhambra, cerebro y corazón de la ciudad, principal centro nervioso de su magnífica emoción de arte y de historia. Tras todas las perspectivas granadinas, tras todas sus sugerencias literarias ó pictóricas, la Alhambra asoma, victoriosa y eterna, *leit-motif* inextinguible en el ritmo de la ciudad. Os perdéis en una calleja. Aquel rincón os pa-

rece tan escondido, que os sentís lejos del mundo, distantes de esa gran sugestión continua de la Alhambra. Mas al volver de un recodo, en seguida contempláis de nuevo sus jardines ó sus torres. Y ya, la visión de oro y de luz, de ensueño y de recuerdo, os acompañará siempre, cuando dejéis la ciudad y sintáis en la retina espiritual esa visión admirable de la Alhambra... (Fot. Lladó)

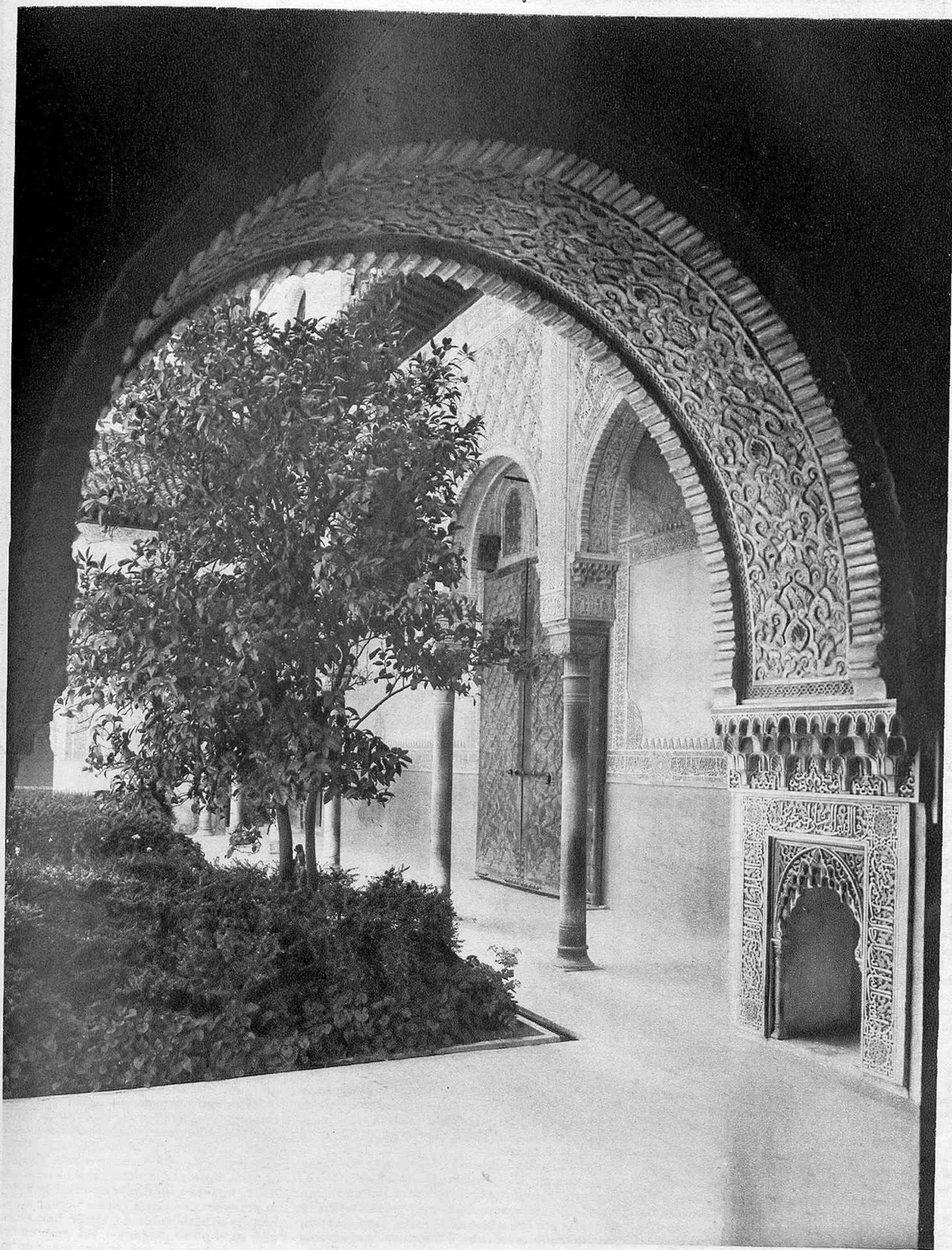


El «Sahar-al-birka» es uno de los más deliciosos lugares de la Alhambra; allí donde los dos esmaltes del cielo azul y de la alberca verde se contemplan, mientras el sol dora ó la luna platea las maravillosas armonías de la arquitectura. Sitio este del Patio de los Arrayanes que preludia el gran poema de la línea, la forma y el color del palacio nazarita



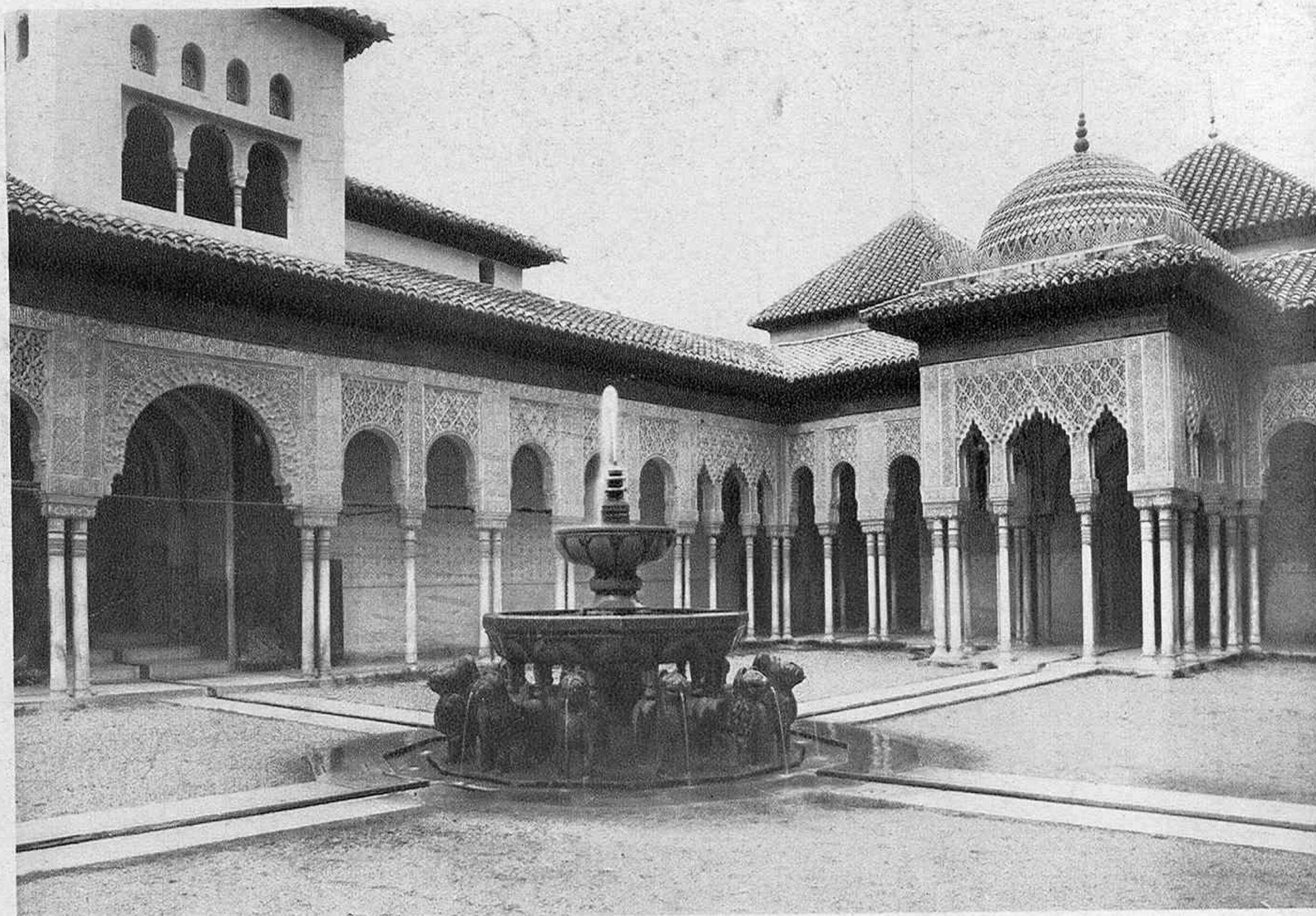
El Mexuan ó habitación principal donde el alto empleado palatino desempeñaba las importantes funciones peculiares de su cargo. El Mexuan constaba de cuatro naves ó edificios en medio de un gran patio con pórticos y galerías. La inteligente labor de reparación y conservación que se viene realizando en la Alhambra, muestra aquí uno de sus mejores resultados de armónica y bella simplicidad

(Fots. Lladó)



**UN BELLO PATIO
DE LA ALHAMBRA**

He aquí un detalle del admirable patio llamado de la Alberca, en la Alhambra. Su gracia arquitectónica y decorativa tiene esa elegancia esbelta y señorial que caracteriza siempre estos patios granadinos, en que tantas veces pasearon sus nostalgias ó sus deseos los reyes nazaritas. (Fot. Lladó)



Perspectiva de un ángulo del Patio de los Leones. A la derecha, uno de los templetos, y á la izquierda la puerta que da á la sala de las Dos Hermanas
(Fot. Lladó)

SEGÚN algunos investigadores del arte granadino, el cuarto de la Alhambra llamado «de los Leones ó Harén» era aposento de los reyes. En él, según Marmol, era «donde los reyes moraban en invierno».

Estas afirmaciones hacen más sólida la opinión de que ese grupo de edificaciones fuera harén. Y, sin embargo, como observó otro historiador, en ninguna construcción mural de ese aposento puede encontrarse «la más remota alusión ni pensamiento ofensivo á las buenas costumbres», en contra de esa pompa sensual que se quiere ver siempre en el arte musulmán.

El cuarto de los Leones debe haber sufrido grandes injurias del tiempo, á juzgar por las distintas reparaciones de que ha sido objeto. Según documentos del archivo, en el año 1537 trabajaban ya para este departamento maestros de moldear, y en 1552 el conde de Tendilla disponía que esas reparaciones se hicieran «conforme á la obra morisca», para que no difirieran de «lo viejo que á par de ello hay». El incendio que hubo á finales del siglo XVI «hizo mucho daño en este dicho «cuarto de los Leones».

Centro de este cuarto es el patio famosísimo, al que se penetraba por el enlace del «cuarto de Comares» con aquel otro cuarto, por donde debió estar el núcleo del «Palacio de Invierno», tan discutido: por el ángulo que une las construcciones que enlazan los patios de los Leones y de Comares, destruído para construir el palacio de Carlos V. Por ese sitio, en unas habitaciones que hoy son difíciles de explicar, enlazadas con la «Sala de los Mozárabes», sin el fantástico portigo, ó puerta excusada para el palacio, que un arqueólogo supuso haber existido allí; en ese laberinto que, para mayor confusión, se une con la parte que se conserva de ese «Palacio de Invierno» tan discutido, y aun quizá con los des-

EL PATIO DE LOS LEONES

cubrimientos de construcciones hechos hace poco, en el paseo de la Iglesia cristiana, estaba la entrada al patio, entrada misteriosa y recatada de todos, porque ese cuarto era el harén de los reyes nazarithas.

Mide el patio bellissimo 28,50 por 15,70. Tiene 124 columnas. Estudiando las líneas arquitectónicas y el germen de la idea decorativa, se ve una indudable influencia indo-sirio-persa, traída á Granada por los sabios de Oriente. Esta cuestión ha sido muy estudiada y discutida, habiéndose citado los sabios extranjeros que en el siglo XIV existían en Granada, y que indudablemente determinaron aquella influencia en la arquitectura y la decoración del patio. Los arcos de éste son primorosamente decorativos; en el capitel de cada columna gravita un machón de ladrillo que,

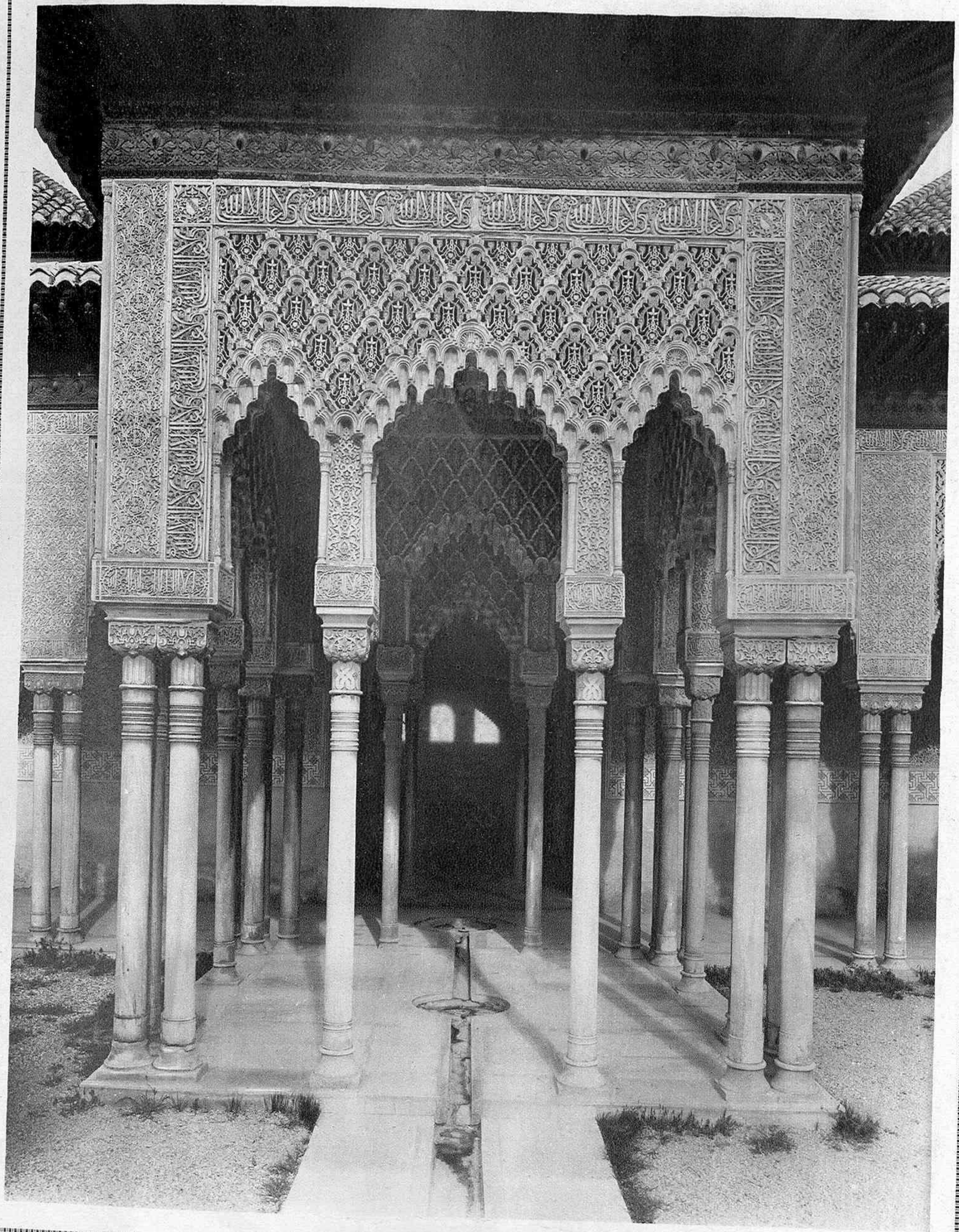
con la columna, forma los apoyos sobre que descansan los tallados aleros. Los templetos son también de una finísima elegancia.

Se ha dicho que el patio y los claustros estaban solados de mármol blanco, que el rey hacía traer de Africa. Después, al finalizar el siglo XVI, estuvo solado con mostagueras, y en el siglo siguiente se formaron los jardines. En 1502 tenía «seis naranjos, que preservaban á la gente del calor del sol, debajo de los cuales siempre hace fresco»...

Hace aproximadamente cuarenta años se discutíó vivamente si la fuente de los Leones no tuvo más que una taza, originándose con este motivo unas investigaciones que confirmaron aquel aserto de que la fuente no tuvo sino una taza.

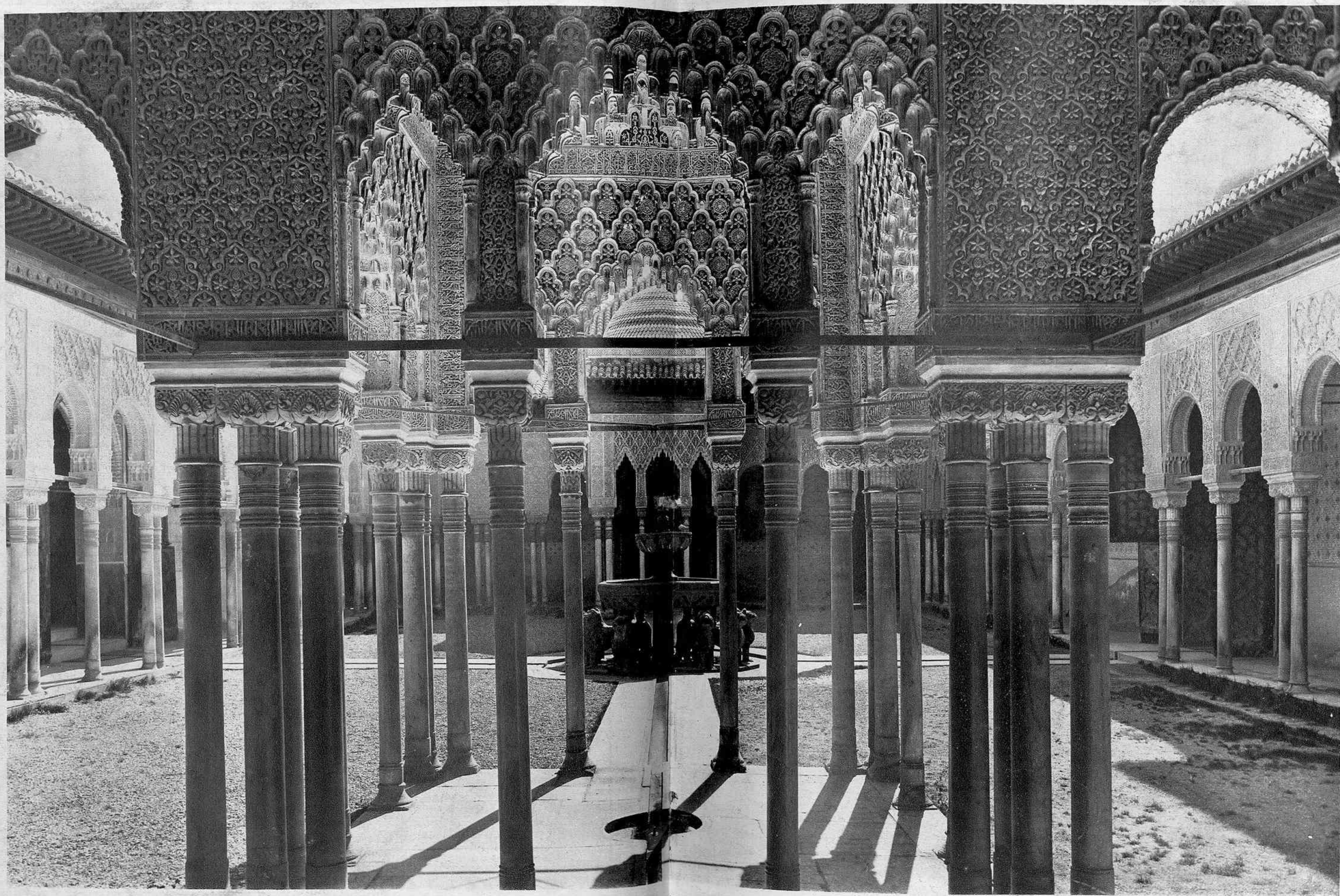
Otro aspecto interesante del patio es la rigidez arquitectural y el extraño simbolismo de los «leones de la guerra», que dan nombre al patio. Según dice la poesía trazada alrededor de la taza, sobre esos leones «la mano del Califa, desde que amanece, derrama también sus dádivas.»

Estos son los aspectos principales y los más interesantes detalles de este patio famosísimo que es uno de los más legítimos orgullos de Granada. La caravana de muchos años ha ido pasando ante aquellas columnas esbeltísimas, ante aquella fuente admirable, y á lo largo de todo ese tiempo la admiración de propios y de extraños ha sido siempre la misma, fervorosa y continua. ¿Cuántos miles de almas habrán sentido allí, en el patio magnífico, esa gran emoción de arte y de historia que da este lugar de maravilla? Día á día acrece el caudal de visitantes de Granada, que rinden ante esa gran sinfonía de belleza—sinfonía de la que es uno de los más hermosos fragmentos este patio de los Leones—el tributo de su fervor.



UN TEMPLETE DEL PATIO DE LOS LEONES

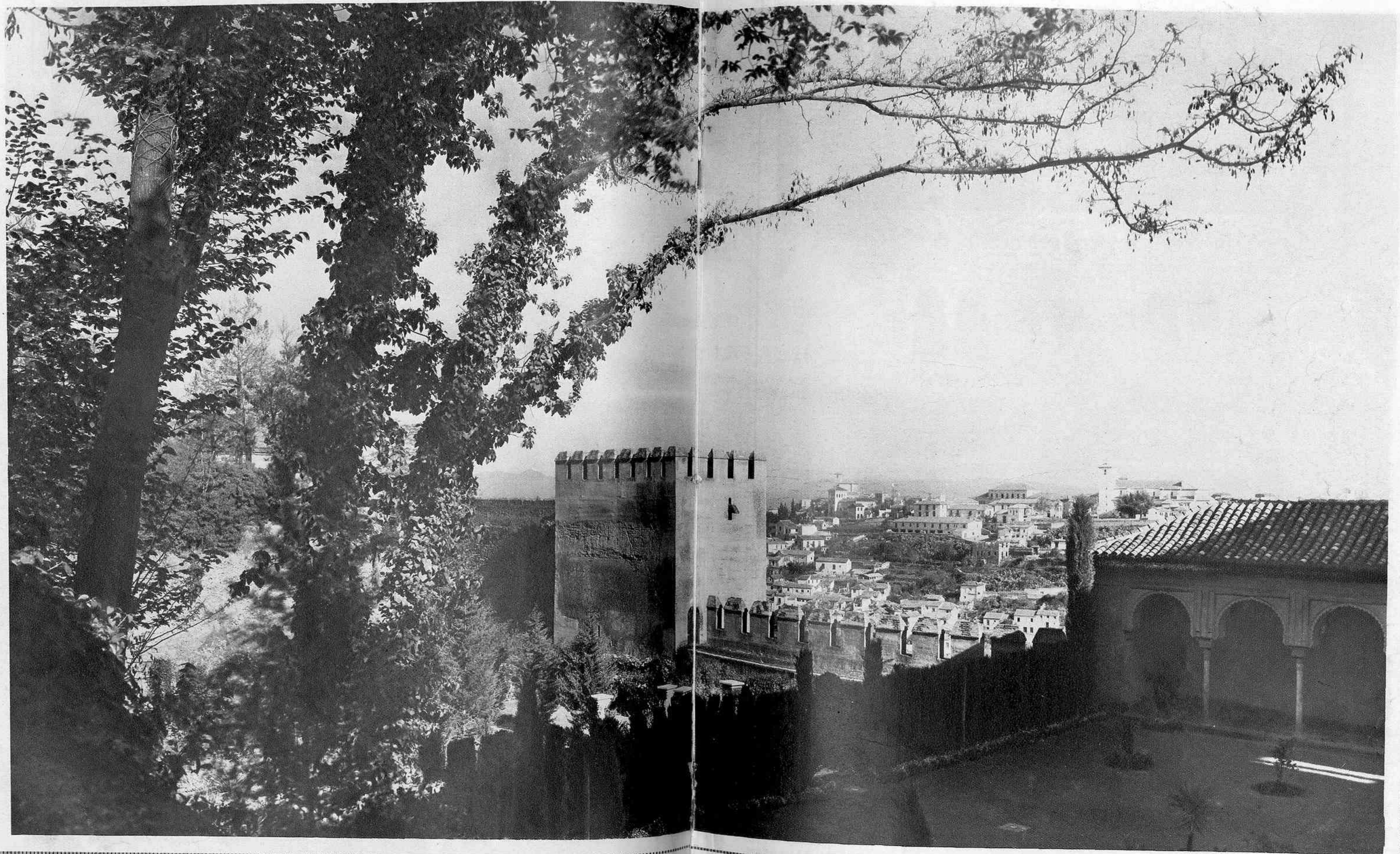
Paciente, minuciosa labor ornamental la de estos artífices que fueron labrando las maravillas decorativas de la Alhambra. Ved aquí uno de los dos admirables templetos que avanzan sobre el Patio de los Leones... (Fot. Liadó)



AYENEO DE
BIBLIOTECA
MADRID

El patio más famoso de la Alhambra

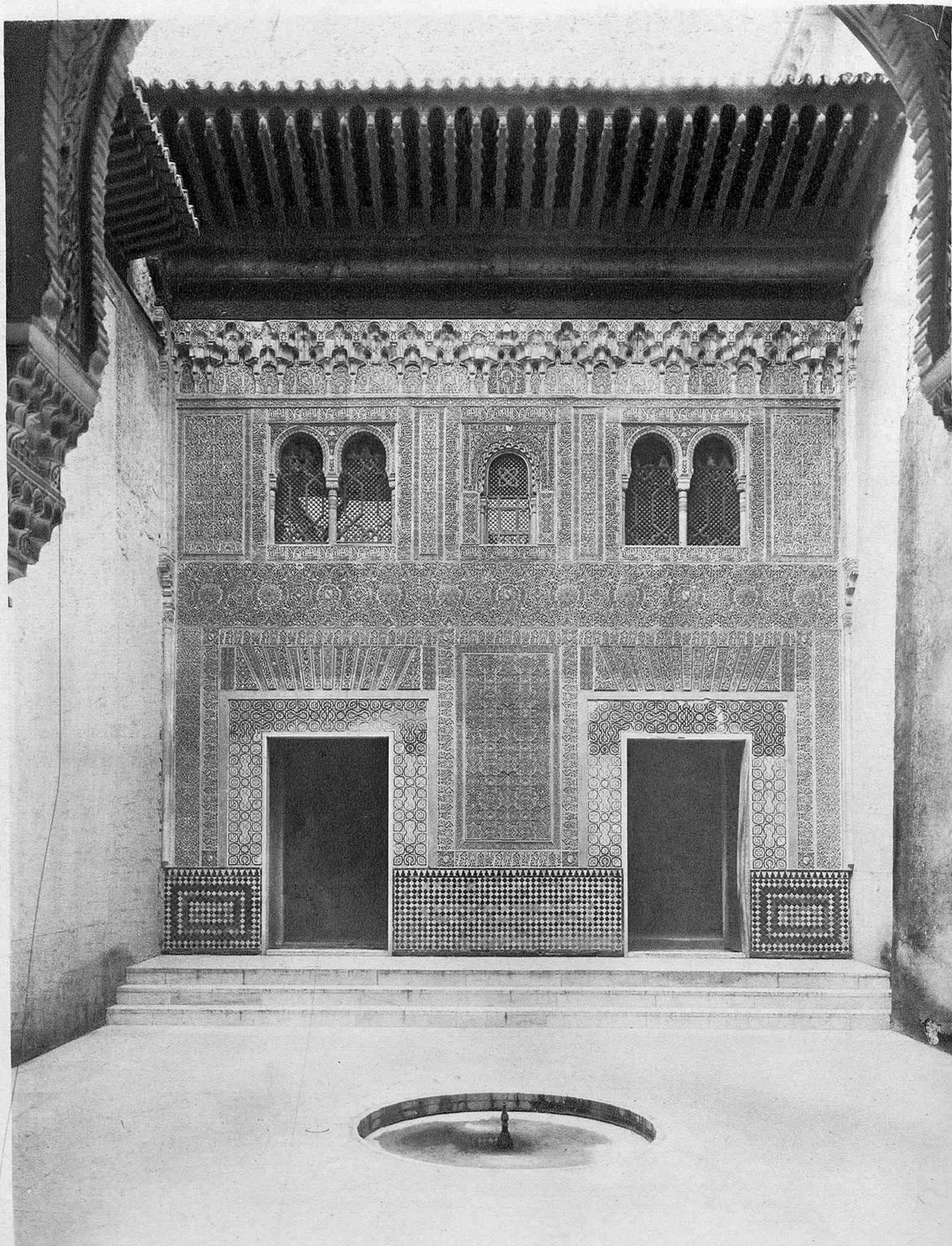
He aquí la estampa granadina más popularizada: el bellissimo patio de los Leones, en cuya prodigiosa labor arquitectónica se han posado, asombradamente, los ojos de muchas generaciones, desde los lejanos días de la supremacía musulmana. El patio es de forma rectangular, rodeado de galerías con arcadas primorosas, sostenidas por ciento veinticuatro columnas de mármol. En los lados Este y Oeste, dos templete avanzan sobre el patio. (Fot. Liadó)



Una perspectiva granadina desde la Alhambra

En primer término, a la derecha, el patio «Mexuar». En el centro de la fotografía, la Torre Machuca. Al fondo, una perspectiva parcial de Granada... El «Mexuar» era la sala en que se reunían los consejeros del Rey y en que se celebraban las audiencias públicas. ¿Cuántas horas de alegría ó de angustia, de temor ó de esperanza para la vida granadina se habrán decidido aquí, ante este patio sobre el que tantas veces se habrá posado la mirada de los consejeros del Rey?... (Fot. Liadó)

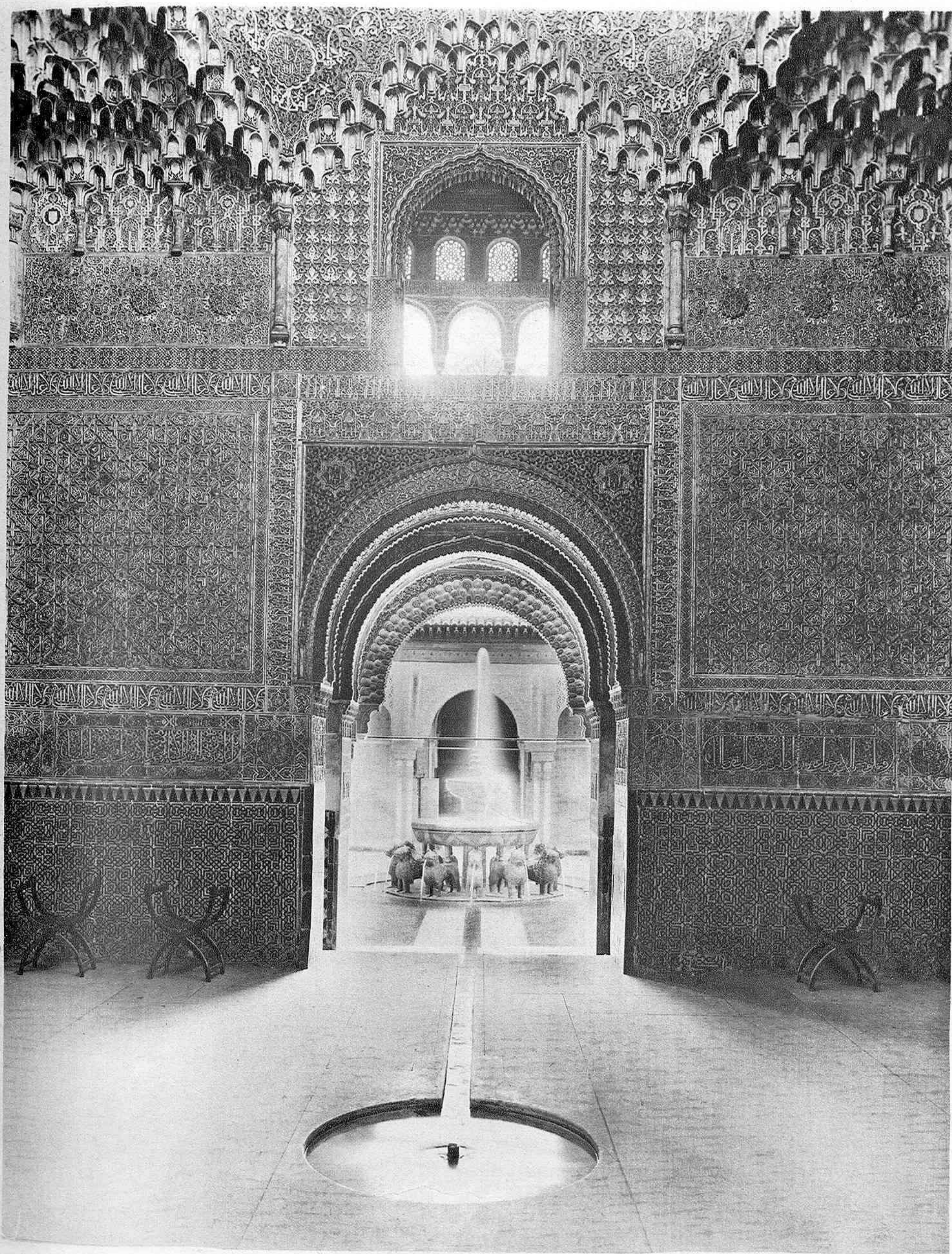
ATENE
BIBLIO
MADR



UN APOSENTO DE LA ALHAMBRA

Uno de los bellísimos aposentos de la Alhambra: el Cuarto de las Camas, en el Baño Real. En los testeros, se ven dos «alhanías». Este es el nombre árabe del lugar para el reposo después del baño. Todo, en estas estancias granadinas, da esa misma admirable sensación de calma voluptuosa...

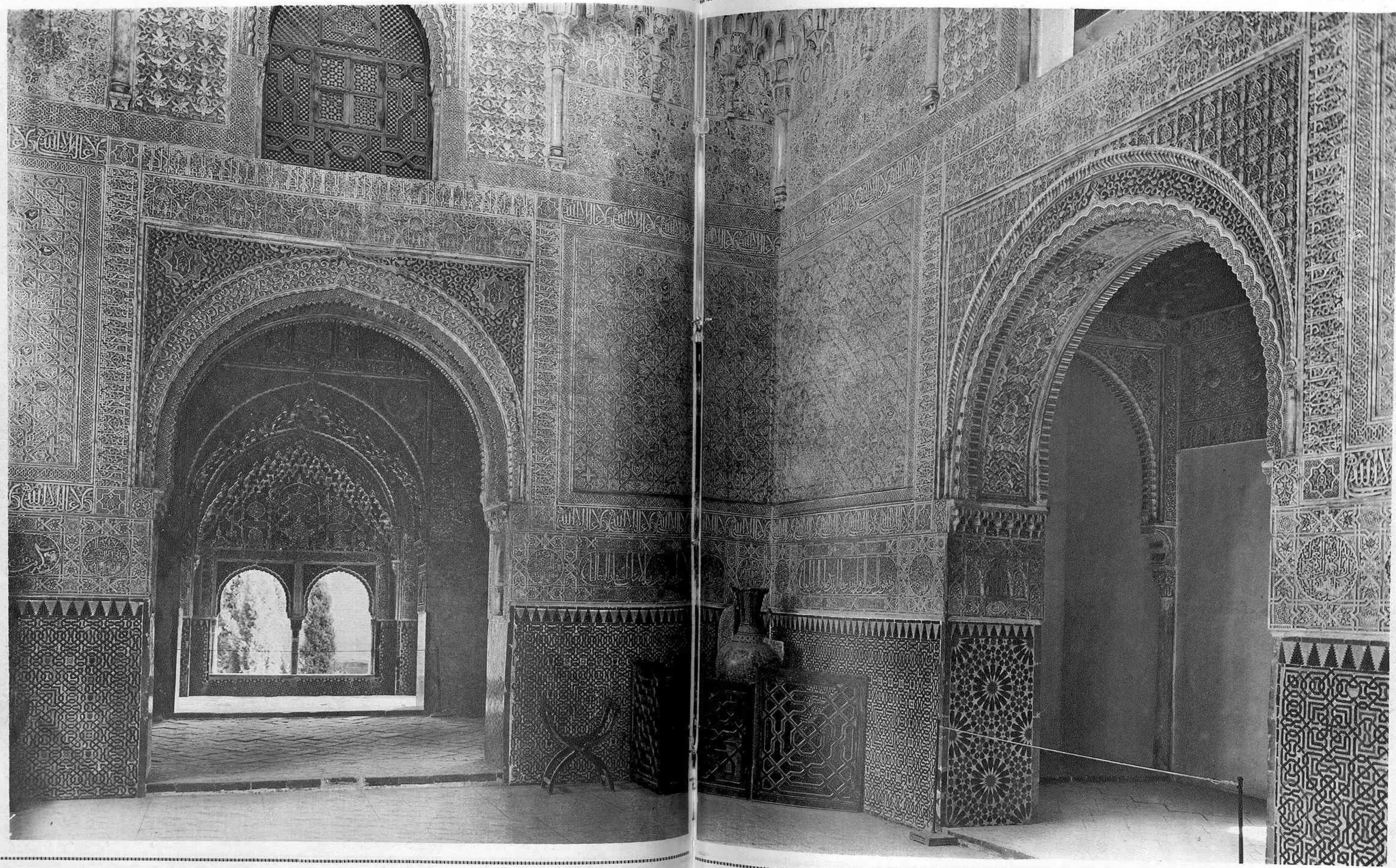
(Fot. Lladó)



AYENEC
BIBLIOTECA
MADRID

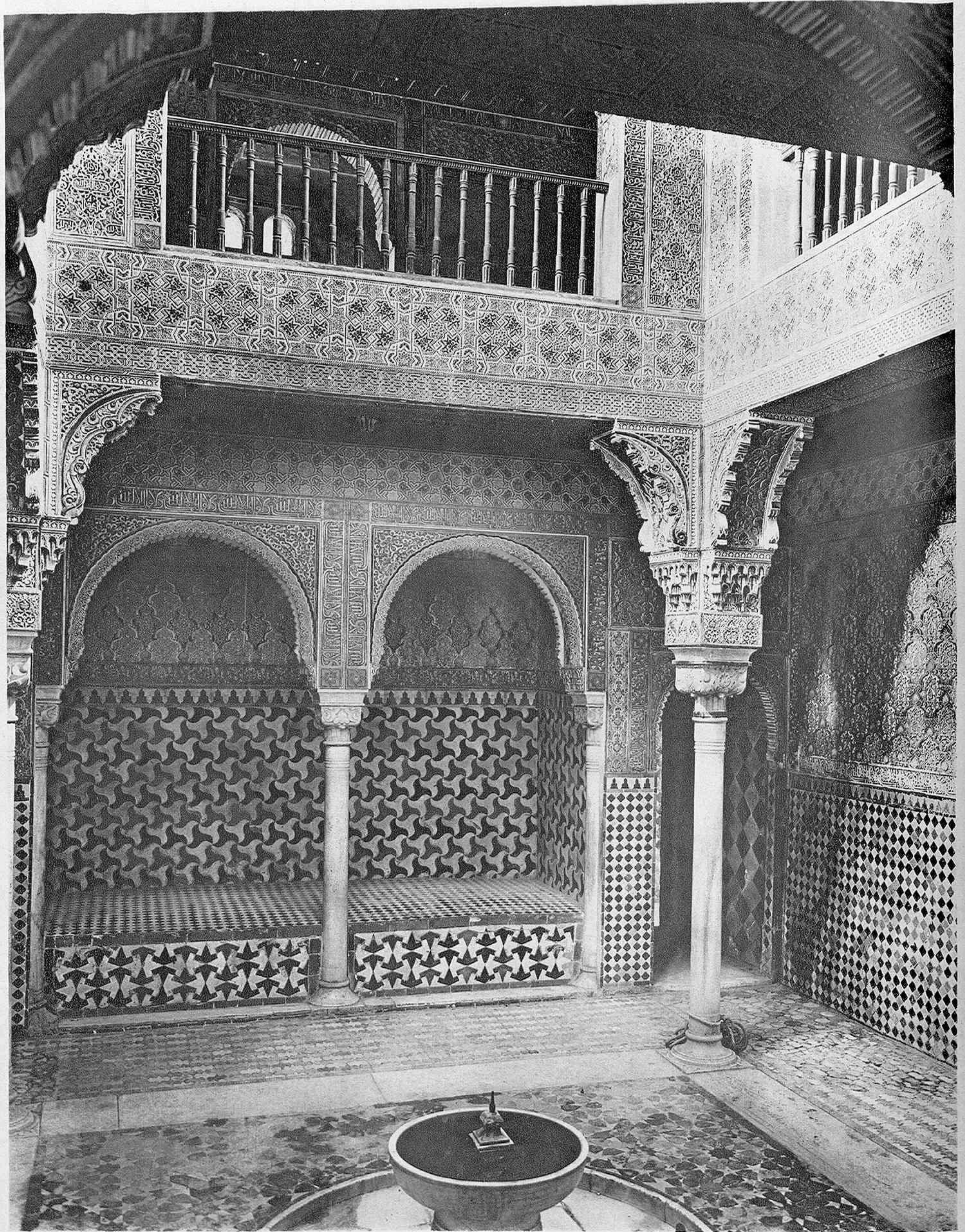
LA SALA DE LAS DOS HERMANAS

Como un vivo y auténtico escenario de cuento oriental, es esta maravillosa Sala de las Dos Hermanas, que deja ver al fondo, tras el arco primoroso de una puerta, otra de las joyas de la Alhambra: el Patio famosísimo de los Leones (Fot. Lladó)



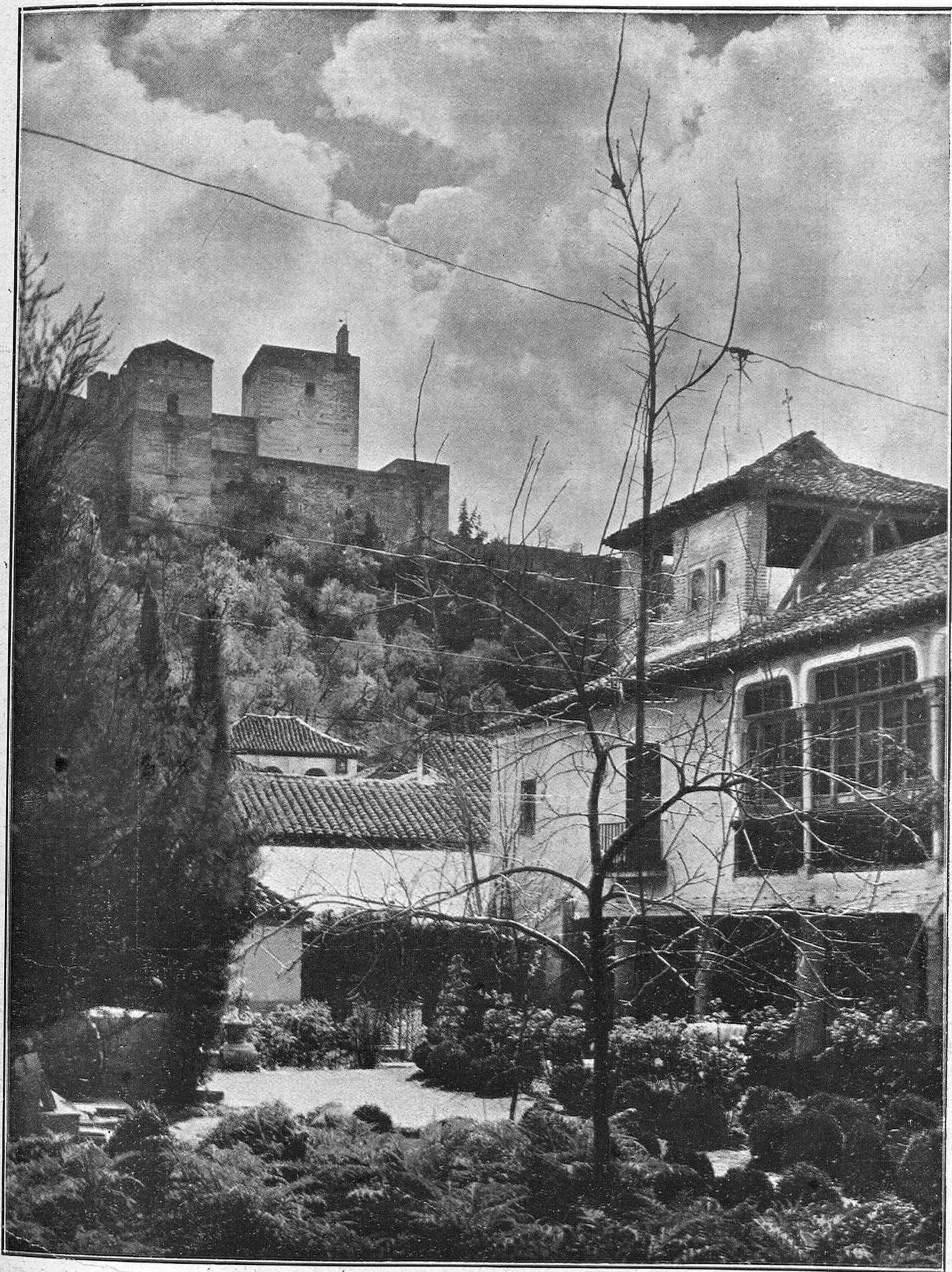
LA SALA DE LAS DOS HERMANAS

Acaso es esta sala de las Dos Hermanas la más bella entre las estancias de la Alhambra granadina. Tal es su magnificencia artística, el primor de color y de luz allí encerrado. En esta fotografía se ve al fondo, á la izquierda, el famoso Mirador de Lindaraja. En el ángulo, el soberbio jarrón de arcilla vidriada, verdadera joya de la cerámica granadina. Mide 1,32 de alto; está roto por su mitad y le falta una de sus asas (Fot. Liadó)



EL PATIO DEL CUARTO DORADO

El arte incomparable de la decoración granadina ha dejado una de sus huellas mejores en esta espléndida fachada y en este admirable alero, que embellecen el Patio del Cuarto Dorado (Fot. Lladó)



ATENE
BIBLIOTEC
MADRID

«Carmen de San Cayetano», arquetipo de esos cármenes granadinos llenos de fragancias, milagros de luz y de gracia, donde la vida parece detenerse como en un remanso ilusionado propicio al amor...

(Fot. Torres Molina)

«LA ORACION DE LA TARDE»

(Fragmento de la novela de Salvador González Anaya)

DAMOS en este número, consagrado á la ciudad maravillosa, las primicias de una novela nueva de González Anaya. Es el primer capítulo, cuya acción se desenvuelve en un típico y pintoresco rincón de la sociedad granadina. Como Palacio Valdés en su última y reciente novela, pintó la Granada de 1880, esta nueva novela de González Anaya traza la actualidad viva y palpitante de la ciudad. Sabedores de que el autor de *Nido de cigüeñas* trabajaba con fervor de enamorado del espíritu de Andalucía, que con tanto cariño estudia, en una novela de ambiente de Granada, solicitamos de él un capítulo, que obsequiosamente nos envía.

I

EL MARQUÉS DE FAJALAUZA

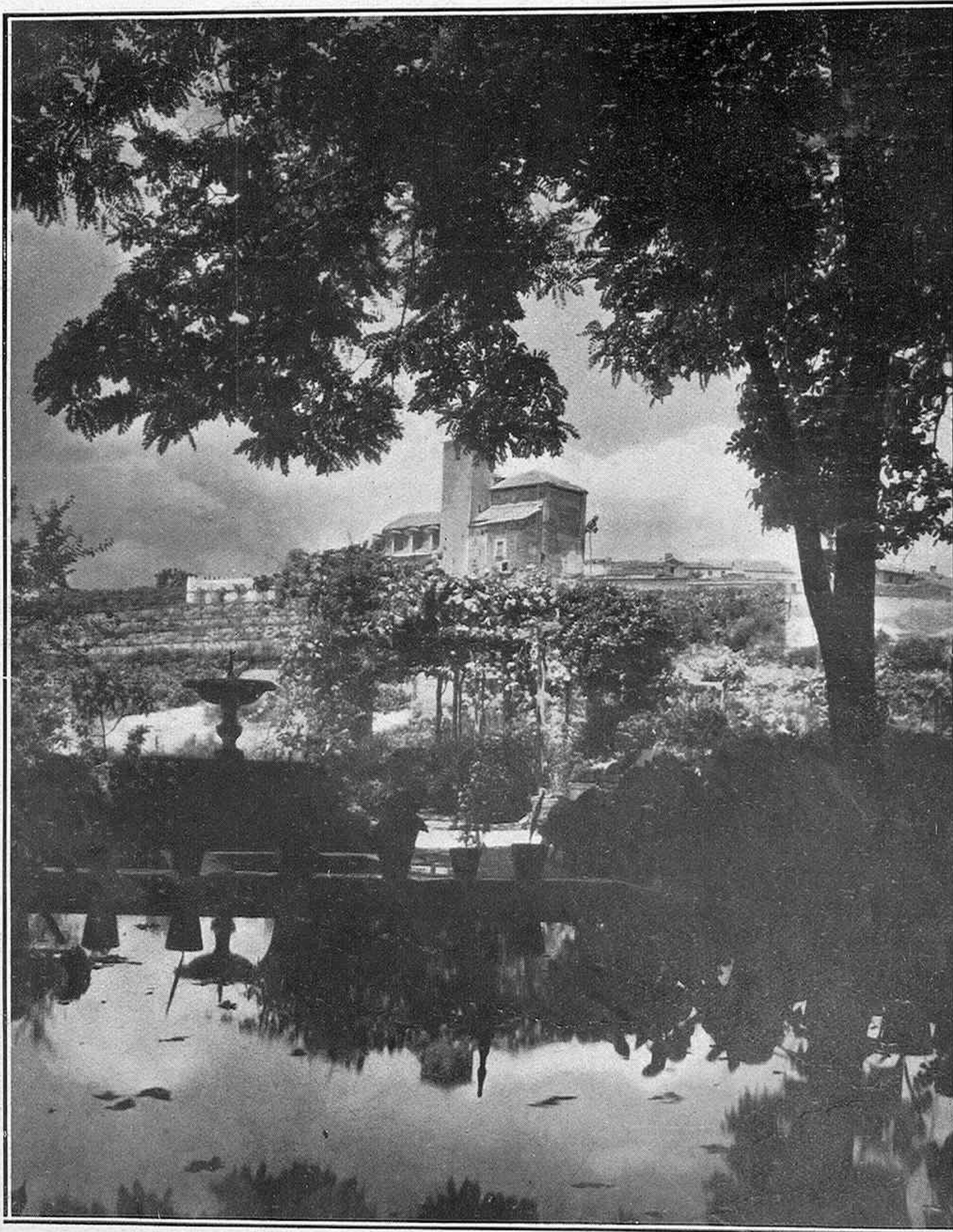
FERNANDO Gómez de la Zubia, quintomarqués de Fajalauza, acariciaba entre los dedos un hermoso disco de oro, y de vez en cuando mirábalo con meditada atención. Creeríase al pronto que la pieza, por sus figuras al relieve, como batidas á martillo; por lo gastado de sus bordes, por la forma de los exergos, era un valioso áureo romano, y que la inscripción ó leyenda iba á decir á la persona que lo pusiese ante su vista: *Imperator Caesar Hadrianus*, ú otro epigrafe en latín. Mas no rezaba en la moneda el materno idioma del Lacio, sino la lengua de Castilla. Las dos cabezas—no digamos que del anverso y el envés, pues siendo dos cabezas eran dos caras de idéntica designación—sí parecían testas de emperadores, ambas de rostros rasurados, las sienas libres de laureles y cogiendo con sus perfiles casi todo el campo del módulo; una, de rasgos recios, duros, como de algún César guerrero de los esplendores de Roma, cuando sus águilas volaban por todas las tierras sabidas; y la otra, cual producto de la decadencia imperial.

Evidentemente, y no obstante este ensimismamiento de don Fernando, tal fijeza era extraña á los deleites numismáticos ó al señuelo de la codicia; que así apreciaba el aristócrata aquella pieza reluciente del tamaño de media onza y fabricada en oro puro, como de cobre pordiosero,

y hasta la miraba sin ver. Otro era entonces el origen de su abstracción contemplativa.

Siendo imposible, sin más datos que el de mirar la moneda, colegir los pensares de Fajalauza, hagamos deducciones de su proceso estudiando los signos del exterior. Describámosle sin demora por si el retrato tiene psicología y es rastro que nos lleva á penetrar en su cerebro como duendecillo sutil. Hablemos, pues, de la persona, del gesto taciturno, de la distinción de modales, y hasta del sitio y la postura en que le descubre el lector.

Era el marqués de Fajalauza de rancia stirpe granadina, lo que su título pregona; hombre de simpático aspecto, sin engoladuras hidalgas, y á pesar de los once lustros, de reciedumbre juvenil. Alto y enjuto sin extremos. De larga cabellera, toda plateada y amarilla, peinada á su amor hacia atrás. El rostro fresco, sin arrugas, de encendido plexo sanguíneo, y afeitado con pulcritud. Las pupilas, crisópeas, con resplandores en los iris, y la mirada, honda y leal. Finas las cejas y aun doradas. La nariz, recta. Ancha



Carmen de las Maravillas en el Albaicín, de Granada

(Fots. Lladó)

«LA ORACION DE LA TARDE»

¿Entonces? Entonces... ¿el sitio? No encontraba don Fernando dentro del propio domicilio, en el que apenas si moraba, salvo las horas claudicantes de la bucólica y el sueño, sino en la calle de Lepanto, y en cierto saloncito de extraño aspecto, tres de cuyas paredes se decoraban con chillonas litografías, óleos de Carazo, Morcillo y el cordobés Julio Romero, apuntes de lances taurómacos, retratos de Natalio Rivas, Mariano Benlliure, Belmonte y otros españoles de fama, y grandes platos en cerámica de Fajalauza y de Manises. Había además en la estancia una mesa de centro, varios siales entallados al gusto renacentista, y hasta media docena de butacones de esos que les llaman de médula. Mas ni lienzos, ni muebles, ni trebejos decorativos, ni las puentes oscuras que simulaban tener la encalada techumbre, ni las béticas olambillas, ni los tres antepechos por cuyos vanos colábanse los rayos del sol de Octubre en aquel claro mediodía, eran indicios suficientes á la más simple conjetura.

Menos el exornado del cuarto muro—diremos

la boca, pero de labios muy sutiles, con cierta sonrisa burlona, ahora apagada en la tristeza. La dentadura, blanca y firme. Y en la mejilla izquierda, rayando el pómulo, cierta delgada cicatriz.

Así era Gómez de la Zubia: lo que se llama un viejo guapo. Y así garbeaba todavía en los hogares linajudos y los círculos de Granada, y al aire de la calle, desde la plaza Nueva hasta el Solarillo de Gracia, y desde los Neveros á la Cartuja. Popular por su estampa, por su abolengo, por el donaire de sus modos, por la llaneza de su trato. Respetable por la fortuna acrecida con el trabajo. Y admirado y querido de todo el mundo.

Pero ni el rostro ni el talante autorizaban las hipótesis á propósito de su murria. Tampoco la postura en que aplacábase muellemente sobre la butaca mimbreña, ni la elegancia de la ropa, ni los impecables botines, ni la sortija con blasones. Nada, en efecto, aparecía á los ojos observadores como un ostugo delator.

testero de honor—. Semejaba éste una cocina montada al uso de cortijo, con alta y honda chimenea minuciosamente servida. Rústicos pozos laterales, ferrada tapa y ancho alero. Sobre el vasar, jarricas, platos, profusión de peroles y de calderas y otros cobrizos adminículos. Sartenes de hierro tiznado. Como abandonada en un ángulo, la vieja escoba de raíces. Y sobre un cucharero que sustentaba las turbias cucharas de peltre, una cencerilla campera. Pudiera decirse, admirando los domésticos chirimbolos y su nada afectada disposición, que el espectador encontraba en cierto hogar alpujarreño, y no en el salón de sesiones de una sociedad granadina.

Esta sociedad, que ya fuera objeto de alardes poéticos y teatro de festines que por lo opíparos eclipsan los recuerdos de Pantagruel, ostenta enigmático nombre. Se llama *La oración de la tarde*. Tal oración no es la del *Angelus*, que los cristianos rezan devotamente siempre que avisa la campana que hay que elevar el alma al cielo; ni la *azala almágrib* que el almuédano lanza á los cardinales del horizonte á tiempo de ponerse el sol; sino una oración bien distinta, de naturaleza pagana, por ser del reino dionisiaco. Plegaria puramente simbólica que consiste en dar gracias al Creador por habernos creado la manzanilla y consumirla á trago largo á la hora clásica del véspero, ora sin otro regodeo que el de su báquica virtud, ora al regusto de unas tapas de sabrosísimo Trevelez.

En suma, que el hombre y el sitio eran herméticos, al punto de no denunciar cosa alguna. Por los estatutos del Círculo en que el marqués de Fajalauza holgaba melancólico y perezoso, podemos saber que los socios de esta comunión epicúrea son en número reducido, que para entrar en ella se exigen pruebas y no precisamente ordalías, que hay que demostrar sin reparos que se aman las fiestas de toros, las mujeres mozas y bellas, y los cuentos picantes, pero con gracia, y se detestan las bebidas en cuanto se componen en alambique, ó son fermentos de cebada, ó vienen de otros sitios que las llanuras de la Rioja, los pagos de Montilla, las viñas jerezanas y de Sanlúcar ó las uvas dulces de Málaga.

UNA MEDALLA DE BENLLIURE

La oración de la tarde, por ser distinta á los demás casinos de la ciudad, rige á sus veinte socios con cuatro cargos que ostentan nombres desusados en las modernas sociedades; nombres de estirpe merovingia, cortesano ó de la Iglesia: el Gardingo, que asume la autoridad; el Prior, sucedáneo de la persona que lo ejerce; el Camarlengo, que vigila todos los cuidados caseros, y el Canciller ó secretario. La comunidad tiene al uso un distintivo original que sólo los cofrades poseen: cierta medalla con la firma del maravilloso Benlliure, fundida en oro únicamente para sus cuatro regidores, y en plata para los demás. Esta medalla es, sin disputa, lo mejor de la cofradía, incluyendo el local y los socios.

Ya, por tales circunstancias, vamos sabiendo algunas cosas del señor Gómez de la Zubia. Su inclinación á las mujeres. Su carácter abierto y aficionado á los cuentos de cerecilla. Su amor á los toros y al vino. Y algo de mayor importancia: su calidad de directivo en el seno de la *Oración*, á juzgar por el disco de oro.

Cierto. El marqués de Fajalauza era el Gardingo de la comunidad, ó séase el primero de todos. Ahora, ya esto sabido, fijemos en los rostros de la medalla nuestra viva curiosidad. Uno es de expresión hosca, de no desbastadas facciones, de pelo grifo y abundante. Cabeza de ídolo de Iberia, que asomó todas las semanas á las páginas de *La Lidia*. Cabeza, cúspide ó remate de un tronco de recias raíces que fué retratado mil veces alzando el estoque y la flámula en actitudes victoriosas, y que asombró con sus hazañas y ensangrentó con sus heridas el reinado de Alfonso XII. Como á Cánovas

del Castillo llamaban el *Monstruo* sus partidarios, á éste los suyos conocíanle con el remoquete del *Negro*, por alusión á lo atezado de su pellejo gloriosísimo. En el módulo resaltaba íntegramente de perfil, y en torno suyo el alias de su grandeza y el nombre de la cofradía: *Frascuelo. Oración de la Tarde*.

Si el del rival de *Lagartijo* pudiera confundirse con el de un César de los épicos, el otro perfil numismático se modelaba cual despojo de una decadencia racial. Sin embargo, aquel bello de morcilludas proporciones, aquella quijada prognática, aquel aire cansino, tan lastimoso, pertenecían á un hombre síntesis, á una figura erguida cual una torre en el territorio español, á un hito plantado en la Historia para dividirla en dos épocas de esta manera categórica: antes y después de Belmonte. En efecto, otros genios, otros gigantes dieron nombre á centurias determinadas: el Cid, Isabel la Católica, Cervantes, Goya, don Benito... Pero Belmonte se levanta sobre todos los obeliscos como el fastigio de la patria, abarcando el pasado, dominando el presente, asomándose al porvenir.

¡Belmonte! ¿Acaso...? Los periódicos habían publicado horas antes telegramas de su cogida. En no sé qué plaza del Norte, un bicho de Alamares le introdujera en una nalga cinco centímetros de cuerno. Desde el Monarca al más astroso de los golfillos madrileños, toda la patria conmoviase ante la cornada del ídolo, y telegramos y teléfonos vibraban llenos de pavor. Diecinueve lenguas de orantes solicitaron del Gardingo noticias urgentes del héroe, y un pájaro azul de anchas alas posóse, mensajero de gratas nuevas, sobre el cuadro de anuncios de la *Oración*. Cuarenta ojos—á menos que algún cofrade fuera tuerto—leyeron esta frase concisa y elocuente en su concisión: «Belmonte, fuera de peligro.» ¡Oh, felicísima ventura! Por aclamación acordóse fijar el telegrama en una pared del *Cortijo*, encerrado en marco de oro y bajo la custodia del Camarlengo.

LOS AMORES DE DON FERNANDO

¡No! No era la cogida de *Terremoto* lo que agrazaba el ánimo del marqués. Tal vez hubiera que buscarle otros orígenes más íntimos. ¿Por qué no historias de familia? Antes de seguir deduciendo, advirtamos que Fajalauza vivía célibe y á solas, libre de engorros familiares, en un cuarto lujoso de la calle de San Antón. Cierta ama de llaves, ya vieja; una chica al cuidado de la manduca y otra tirando de la escoba, componían la trínca de la femenil servidumbre. Además, Fajalauza utilizaba los oficios de *Colorín*, mozo despierto, entre ayuda de cámara y confidente, que hallábase encantado de la existencia sin trabajar en cosa alguna, ora atracándose á la mesa en la cocina de su amo, ora siguiéndole sùmisó y al cuidado de sus baúles cuando aquél se largaba por esos mundos en la adorable compañía de Elvirita *la Almuñequera*; ya, de regreso, canturreando á la sombra de los laureles del carmen de Puerta Monaita, donde entre floridos

verdones se hurtaba á los ojos humanos aquella granadina beldad, ó filosofando á su modo, ante una «macetica con tapaera», en la tasca de *Tres y Medio*.

Toda la familia del prócer reducíase á un hermano dos ó tres años menor que él—don Matías Gómez de la Zubia—y su hijo y heredero Pepe Luis, de no cumplidos cinco lustros, flamante ingeniero industrial y flaqueza del aristócrata. Pepe Luis, en efecto, le había cogido al tío Fernando las riendas de la voluntad y le dominaba á su antojo. Así, entre aquel muchacho y Elvirita *la Almuñequera*, deleite de los cinco sentidos, vivía Fajalauza como apresado en las urdimbres del Amor.

Aclaremos esto. Al sobrino quería con ternuras y arrobamientos de papá, pues su despejo, garbo, grata figura, viva y graciosa inteligencia, eran señuelos amorosos. Además, la conducta de don Matías, que derrochaba dos fortunas, dejando á su hijo despojado de la legítima materna, agudizando ásperamente las disensiones fraternales, trajeron al muchacho como el solivio de generosa protección. El tío Fernando acostumbróse á pagar los gastos menudos y hasta los lujos y dispendios del sobrino Pepe Luis. Desde las facturas del sastre á los recibos casinistas, todo papel que encabezárase: «José Luis Gómez de la Zubia, á Fulanito de Tal, debe», ni por distracción acudía á la casa de la Carrera donde moraba José Luis, sino que iba derecho como una bala á la calle de San Antón.

También con Elvirita *la Almuñequera* era el marqués de Fajalauza rumbosamente liberal; pero se duda que á esta dama la cobrase tanto cariño como al travieso Pepe Luis. Teníala albergada á lo reina en aquel carmen legendario que dicen de Puerta Monaita, plantado en la corona del Albaicín, que el marqués heredara de sus mayores, y la colmaba de atenciones con los más gentiles extremos. Siendo ella hermosa y aparente y don Fernando luengo en dádivas, ocioso es decir que Elvirita triunfaba en calles y espectáculos—las pocas veces que exhibíase—sobre todas las damiselas consagradas al galanteo, aunque estos éxitos mundanos lisonjearan dulcemente, más que el amor de los sentidos, el amor propio del marqués. Con tal eufemismo se asienta que el corazón de Fajalauza no estaba preso entre las redes de la deidad de Almuñécar sino por hilos de oro de vanidad.

TARANTAS Y SOLEARES

De súbito, á los ojos de don Fernando, que miraba su medalla con atenta curiosidad, borróse el rostro de *Frascuelo*, y en lugar del hosco semblante, surgió en el módulo luciente cierta graciosa cabecita de encaracolada melena, de facciones estatuarias y maravillosa hermosura. Era el diseño con que el arte, diré mejor la fantasía, copiaba el divino pináculo de Elvirita *la Almuñequera*. Absorto, y por librarse de aquel engaño de su óptica, reversó la medalla con vivo enojo sobre la palma de la mano; pero alucinóse de nuevo. No apareció del áureo disco en la labrada superficie la faz heroica de Belmonte, sino el perfil de otra cabeza de bellos rasgos varoniles, plena de airosa juventud.

—¡Pepe Luis!—barbotó el prócer, ceñudo y vibrante de cólera. Y cerró el puño de improvisó.

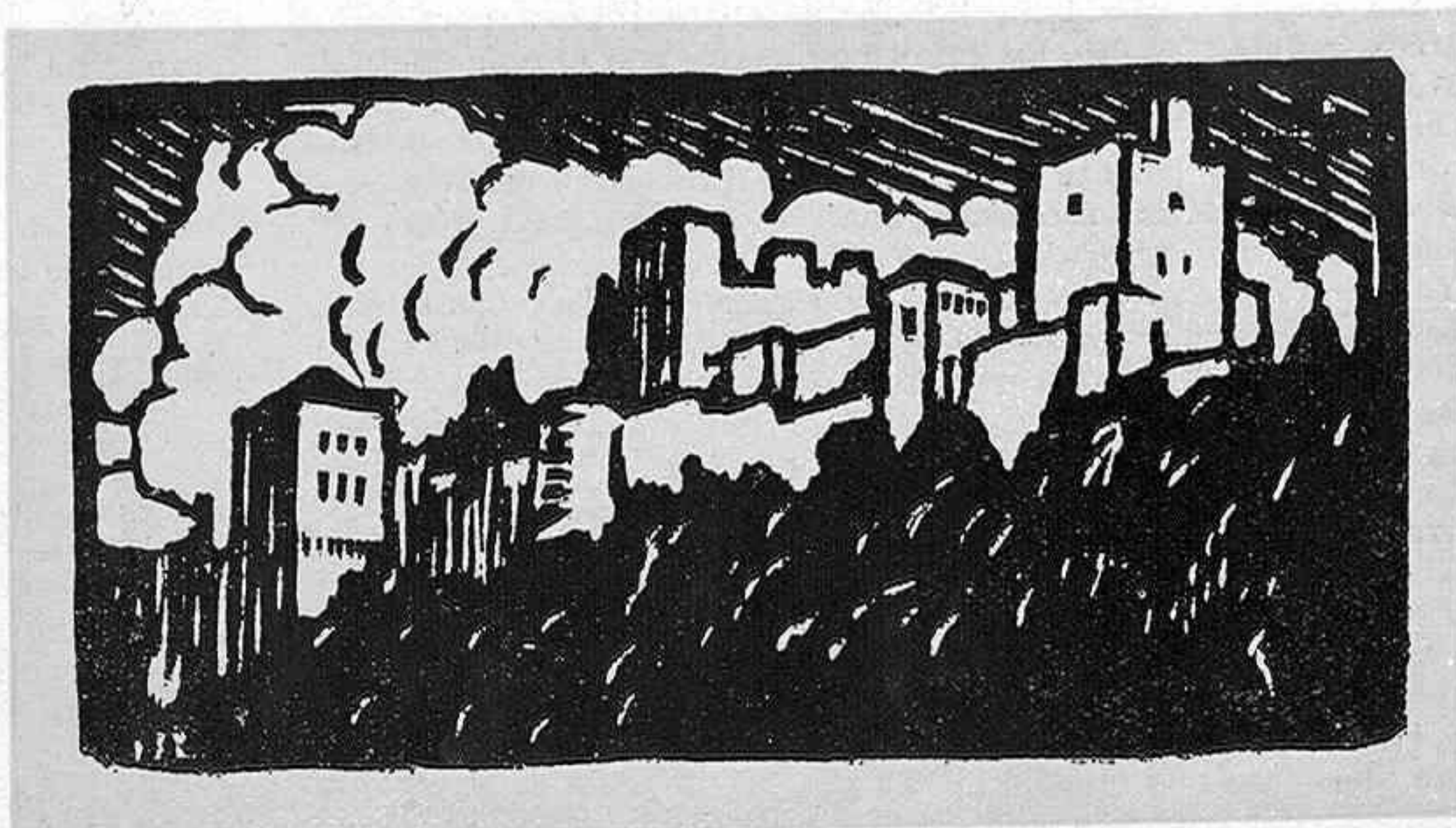
Pepe Luis... Elvirita *la Almuñequera*... Sin duda alguna que estos jóvenes embargaban su pensamiento. Por eso la vista, turbada á la ofuscación cerebral, los evocó en los sitios donde Benlliure modelara los dos relieves toreriles. En vano quiso Fajalauza alejarles de la memoria, que una y otro, burlando sus intenciones, hurtáronse del campo de la medalla para adquirir formas visibles y apariencias de humanidad. Como antes crispaba la diestra, cerró don Fernando los párpados, no queriendo ver ni un segundo á la parejita gentil.

S. GONZALEZ ANAYA



Curiosa fotografía de una fiesta celebrada en «La oración de la tarde». En el centro está don Natalio Rivas y á derecha é izquierda, respectivamente, «Joselito» y Juan Belmonte, los dioses mayores del toreo contemporáneo

L A S
E S T A M P A S
G R A N A D I N A S



ALHAMBRA

D E
H E R M E N E G I L D O
L A N Z

TORNA de nuevo el buen arte de la xilografía. En virtud de una curiosa añoranza, es precisamente ahora cuando los procedimientos fotomecánicos consienten más que nunca la difusión del grabado y magnifican las publicaciones editoriales, cuando la humilde y manual pureza de las incisiones en boj recobra su antiguo esplendor.

Y son precisamente los jóvenes, y quienes les secundan en su afán de modernidad, los que ponen frente al ímpetu industrial, frente al alud cada día más temible del maquinismo, el buen arte, olvidado por viejo.

No es solamente la xilografía. Es también el grabado en metal y en piedra los que resurgen y restituyen al artista creador los medios de expresar su fantasía, que habían caído en las manos subalternas del obrero.

Acaso le sugiere también la idea de ser él mismo un obrero con fantasía y sensibilidad estéticas, con derecho a prescindir de elementos intermedios entre su inspiración y su técnica y el resultado definitivo de la obra.

El grabador, como el pintor, como el escultor de la talla directa, cumple así el fin primordial de su arte; no trunca el contacto íntimo de la mano y el espíritu con la materia que animan de belleza.

El xilógrafo actual, por ejemplo, surca la madera con huellas que luego entintará él propio, y que él propio estampará. Cada prueba, aun siendo hermana de varias, tendrá siempre un acento personal, una condición filial que la multiplicidad mecánica destruye en los millares de reproducciones.

Italia y Francia son los países que mejor

han comprendido esta noble misión de la xilografía. Se la solicita como embellecedora del arte editorial; se la concede la categoría de las tiradas restringidas, de los ejemplares numerados y tarificados a precios altos. El grabado en madera recobra, junto al aguafuerte y la litografía, un prestigio creciente.

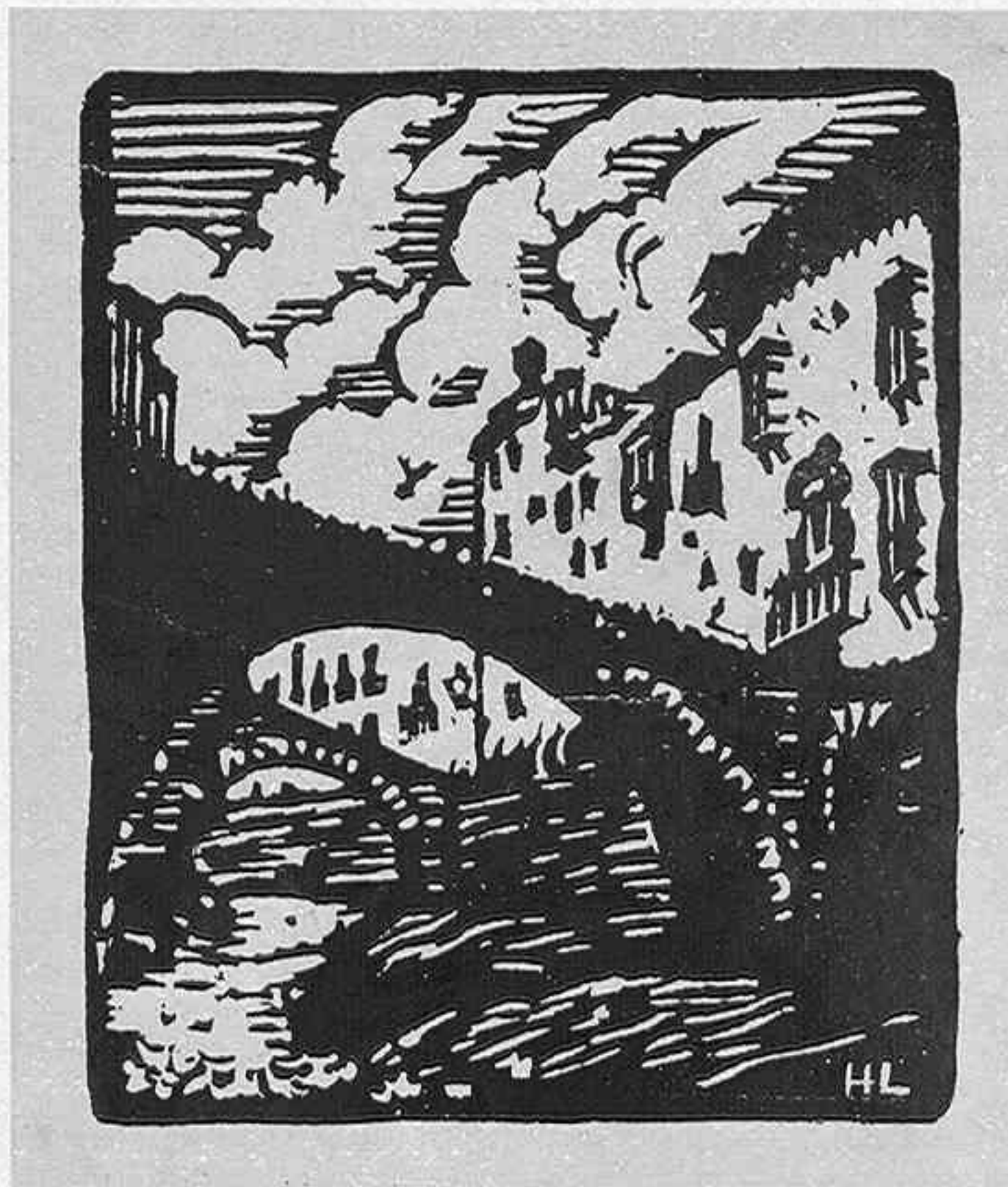
España, aunque algo rezagada, procura tam-

bién mostrarse en este aspecto artístico digna de su época. Recientemente hubo ocasión de ver en el Círculo de Bellas Artes una Exposición de grabado donde la xilografía no faltaba con excelentes muestras. Los dibujantes e ilustradores se ejercitan gustosamente en ella, descubriendo insospechados efectos y atractivas facilidades. Buscando también una cierta austeridad factual que quizá sea muy oportuna frente a la impertinencia amistosa ó el decadentismo preciosista.

Esta es acaso la condición primordial que tienen las xilografías de Hermenegildo Lanz, exégeta austero de Granada.

Ya en otra ocasión hablé del peligro pictórico de Granada. Pero tal vez sea oportuno repetir algo de lo dicho frente a estos grabados de Hermenegildo Lanz, tan expresivos y tan sencillos en su función evocadora.

Granada está en aquel punto melancólico de las grandes ciudades henchidas de emoción natural y de tradición estética en que, á fuerza de interpretarla tanto, se la desconozca y desvirtúe. Por lo que á pintura se refiere, desde los maestros españoles y extranjeros hasta los modestos copiadetalleros para la venta á bajo precio y los turistas que alternan el kodak con la caja de acuarela, millares de gentes van cubriendo lienzos, tablitas, papel, cartones con vistas de Granada. Desde el cuadro de grandes dimensiones á la tarjeta postal. Del jardín inspirado en Rusiñol ó Bacaristas, al apunte de una cabeza de gitana hecha por una yanqui que no sabe español ni dibujo. Y una serie infinita, inacabable, de interiores de la Alhambra, del Generalife, de rincones del Albaicín, de alusiones á la carrera del Darro y á los trogloditas buliciosos



LOS PUENTES DEL DARRO



TORRE DE LAS DAMAS



SAN CRISTOBAL



UNA CRUZ DEL SACROMONTE



ARCO DE LAS PESAS



PUERTA DE LA JUSTICIA*

del Sacro Monte. Y, sin embargo, retando á las excelencias y desdennando los abortados errores, sin caer en el topicismo acumulativo de artificios mercantilistas para uso y abuso de viajeros en rebaño ó sueltos, el artista puede ejercitar su arte y saciar su fantasía copiando por enésima vez los lugares de perenne belleza.

La atmósfera, las formas, los colores, serán los mismos que vieron otros antes que él, y seguirán admirando otros muchos después que él se haya reintegrado á la tierra en la entrega definitiva.

No importa. Lo que hace falta es ver con los ojos propios y con el alma limpia ó ingenua lo que parece condenado á no ser ya nunca inédito. Hay que olvidar que cuanto Granada



PATIO DE LA ALBERCA

quitecturas, hasta los celajes mismos adquieren bajo la mano apasionada de este artista un aspecto insospechado y dramático. El claroscuro hábilmente logrado basta para sugerir la fantasmagoría de aquella luz y aquella gloria cromática que es Granada. Negro y blanco son suficientes en este caso de sobriedad emotiva propuesto por el grabador.

Pero ya se dice cómo hace falta tener ese mismo sereno equilibrio visual y sentimental del artista para comprender el entrañable virtualismo de las pequeñas glosas gráficas, de los laúdes cristianos de hoy á perdurable voluptuosidad oriental de antaño, viviente, odorante y fulgurante en la ciudad incomparable.

José FRANCES



GENERALIFE

ofrece en su privilegiada magnificencia de los grandes espectáculos, de la Naturaleza y del Arte, se reconoce por haberlo antes amado en una bella obra ajena.

Este es el secreto de la emoción inmortal de Granada. Renacer cada mañana al amor de los que la solicitan legítimamente. Si no todos la comprenden, nunca falta el amante trémulo de ilusión fervorosa á quien ella se digne recompensar.

Uno de esos amantes, Hermenegildo Lanz, que ha transmitido á la blandura del boj los contrastes de claridad y sombra granadinos. Sus xilografías son laúdes de una cristiana austeridad, no kásidas de ancestral lujuria. Los sitios, las ar-



CUEVAS DE GITANOS



Fragmento del cuadro «La rendición de Granada», de Pradilla, existente en el Palacio del Senado

HISTORIA DE... UN CUADRO DE HISTORIA

Fué allá por el año 80—la exactitud de la fecha tiene en este caso una importancia relativa solamente—. En el cielo del arte había aparecido meses antes, brillando con luz intensísima, personalísima y propia, un pintor de ceño un tanto duro, aragonés de nacimiento, que en la Exposición Nacional de 1878 había logrado atraer sobre su obra *Doña Juana la Loca* la atención general. La crítica se le rindió por entero á su devoción, y aquel cuadro, premiado en aquel certamen con la máxima distinción, recorrió en el mismo año y con igual acatamiento de la crítica europea la Exposición de París y las de Viena y Berlín. En todas partes, el nombre de Pradilla estaba en los labios de los amantes de las bellas artes, y esto determinó el que adelantándose su fama en el Senado español, éste acordara encargarle, para ornato de su Salón de Conferencias, un cuadro, que había de tener como asunto el hecho histórico de *La rendición de Granada*. Recibido el encargo, por el que el Senado se comprometió con el artista á pagar 25.000 pesetas, y empezada la obra por Pradilla con el entusiasmo artístico que es de suponer, pero con inflexible rectitud de conciencia que aplicaba nuestro pintor á todas sus obras, que le convertían en el más exigente en cuanto á la fidelidad en los menores detalles, resultó, al cabo, que cuando el cuadro estuvo concluído y entregado, se enteró el Senado de que el encarguito que hiciera á Pradilla estaba muy lejos de constituir para éste lo que se dice un mediano negocio. Más de treinta modelos de caballos árabes hizo buscar Pradilla hasta dar con uno cuya cabeza le satisficiera para hacer el boceto del hermoso ejemplar del caballo de la reina Isabel la Católica, encanto de los ojos de cuantos admiran el interesante lienzo.

Quien esto escribe, y que se plació muchas veces visitando el estudio que Pradilla tenía en su hotel de la calle de Quintana, pudo contemplar en una ocasión más de veinte bocetos de preciosas cabezas de otros tantos caballos, y que no obstante ser muy bellas, no eran la que Pradilla entrevió en su imaginación que pudo tener del caballo que montara la soberana en el acto intensamente emocionante de la entrega de las llaves de la hermosa ciudad. Y así con los modelos de pajes y reyes de armas y demás figuras admirables que aparecen en el interesante cuadro. Hubo el Senado, en consecuencia, de doblar la cantidad ofrecida, y todavía satisfechísimo de la obra, colmaron la Cámara y Gobierno al pintor de honores y distinciones.

«Me atuve para el asunto del lienzo—referían Pradilla en cierta ocasión—al contenido de las crónicas de la época escrupulosamente, pues puse especial empeño en que mi cuadro, históricamente fuera, dentro de lo humanamente posible, una exacta verdad histórica, embellecida en cuanto de mí dependiera por las galas de un arte sincero. Y, lo que pasa muchas veces cuando honradamente se quiere ir á la realización de un empeño de esta clase, la índole misma del encargo recibido del Senado, y que me hizo revolver tantos papelotes, me proporcionó más de un tema que en el gusto predominante en la época hubieranme llevado á la ejecución de otras obras que acaso no habrían resultado—aparte su interés histórico—de menos emoción que la que emana de la Rendición de Granada. Dos, sobre todo, me subyugaron de manera especial. Uno, antecedente del acto de la rendición, cuando el cura de Los Palacios, Andrés Bermúdez, cuenta en su crónica de aquellos memorables hechos, que Aixa, la madre de Boabdil, que era contraria á

que Granada se rindiera, coge á su hijo el rey moro y, llevándosele á la Torre de Comares, desde donde el panorama de Granada es magnífico, le dice:

—¡Hijo! Mira qué entregas, y acuérdate que todos tus antepasados murieron reyes de Granada y que el reino acaba en ti.

Otro, subsiguiente del hecho de rendirse la ciudad. Cuando Boabdil, con su madre y un reducido número de sus parciales, se retiraba al valle de Purchena (Almería), y mirando desde lo alto de la sierra, y por última vez, á su Granada, se echó á llorar, oyendo de labios de la ex sultana aquellas palabras crueles históricas:

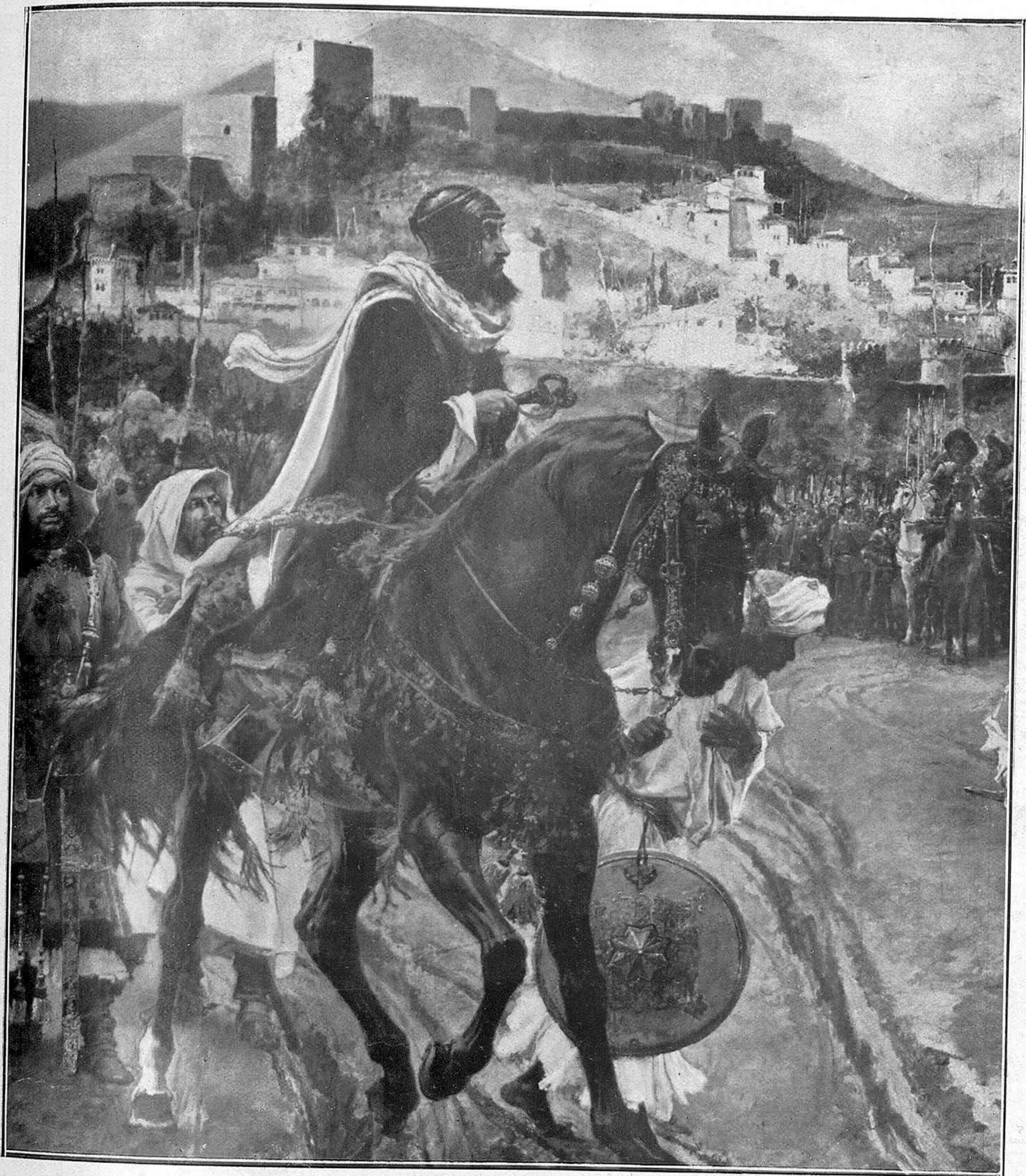
—¡Llora, llora como mujer lo que no supiste defender como hombre!

Son dos motivos pictóricos que entonces vi con atracción y que ya no pintaré jamás.»

•••••

Eran tiempos de renovación para la pintura estos en que contados admiradores de Pradilla gustábamos del privilegio de ver su estudio y su producción constante. Alemania guarda paisajes admirables del *Monasterio de Piedra*, y que revelan que el pintor de historia merece una referencia gloriosa de pintor. Fué aquel país, no el suyo, el último sincero admirador del maestro, que le *contrató en firme* cuanto pudiera producir hasta su muerte. Y cumplió como bueno.

Su patria... ¿Tenía razón Pradilla para esa amargura en que viviera los últimos años? Para ser sinceros, debemos decir que aquel estado espiritual de nuestro artista se produjo, en parte, por agentes externos, por aquellos juicios de desconsideración de la crítica en boga, que se resistía á reconocer la transformación, la *manera nueva* de nuestro artista insigne, y para la que



Otro fragmento del cuadro «La rendición de Granada», de Pradilla

Fots. Lladó

Pradilla seguía siendo únicamente el pintor de *La rendición* y de *Doña Juana la Loca*. En vano los que sabíamos de su no estancamiento nos esforzábamos en pregonar, por admirables testimonios vistos, que nuestro pintor no era, ni mucho menos, un rezagado, sino que sus nuevas producciones, que aquí no eran conocidas, es verdad, sino de unos pocos, podían ponerse al lado de las de los artistas que entonces pretendían llamarse de vanguardia, y no ya resistir la comparación, sino resultar superiores á muchas de ellas; porque Pradilla, por aquella conciencia de su técnica de que más arriba hablamos, pero también por su certero golpe de vista de la rea-

lidad palpitante, fué en los paisajes y en los cuadros de costumbres regionales que desde su estudio salían para Alemania, un artista de excepcional y admirable estilo. Así, por la brillantez del colorido de tales obras, que la industria alemana reproducía, vendía y cobraba á muy buen precio, como por su temperamento artístico.

Pero... no todo es imputable á los críticos á la moda de nuestro país, más exigente que otros críticos europeos, y, desde luego, más duros con Pradilla. Fué, en parte, su propio carácter consecuencia de tales criterios y resultado de otras desventuras del artista, lo que le llevaron á ese

estado de ánimo, y lo que sarcásticamente le hizo expresar de él el más atrabiliario de los juicios, en aquel cuadrillo que expuso en una tienda de cuadros de la calle de Alcalá. Era una cabeza de burrito joven, como de su mano, obra pictórica, y que tenía debajo este rótulo: *Autoretratos*.

Pero... fuera, únicamente, Pradilla, el autor de *La rendición de Granada* y de *Doña Juana la Loca*. Ahí están los dos cuadros admirando á las gentes y conquistando para su autor la aureola de una muy merecida fama.

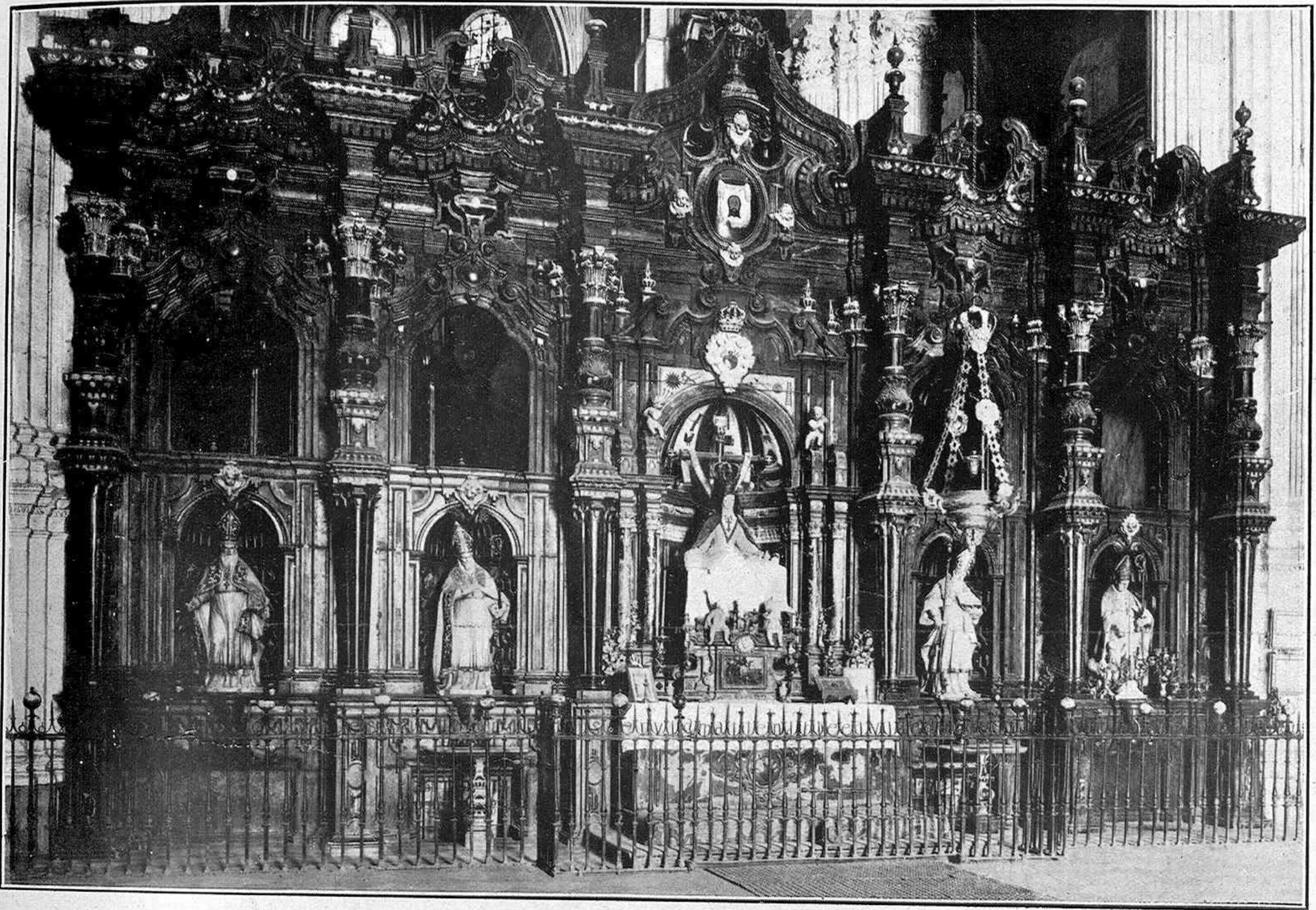
FÉLIX DE MONTEMAR



La Torre de las Damas... Con su bello nombre poético evoca todas las maravillas de una época galante y artista, de misterio y de arrogancia... Tras sus miradores parecen fosforescer todavía ojos fulgurantes de sultanas contemplando el paso de las cabalgatas de guerreros artistas

(Fot. Torres Molina)

LA CATEDRAL DE GRANADA



Trascoro de la Catedral de Granada

(Fot. Torres Molina)

Es la Catedral de Granada uno de los ejemplares más interesantes del Renacimiento español. En ella aparece como en clarísima *síntesis* la historia toda de aquel trascendental período del arte patrio, cuyas gloriosas páginas pueden leerse, *por separado*, en los grandiosos monumentos que constituyen el orgullo de otras ciudades españolas y aun de la misma Granada.

Pero lo que considero singular en el excelso templo metropolitano granadino es que el espiritualismo cristiano que en él se respira no resulta como que en él se respira algo violento, extraño y postizo á la estética de sus líneas arquitectónicas, cual sucede en otras obras de este género, nacionales y extranjeras, sino que se siente como algo natural, íntimo, vital...; es la savia que fluye de su misma raíz, de la *planta gótica*, sobre la cual el genio de Siloe supo desarrollar su gran concepción del Renacimiento, la obra maestra de aquel portentoso artista. Ante ninguna otra he experimentado la complacencia de la armonía psicofísica de la vida, feliz inspiradora del arte nuevo.

LUIS LÓPEZ-DÓRIGA Y MESEGUER

La Catedral fué la primera conquista hecha dentro de Granada por los cristianos. Las crónicas y los roman-



Estatua del Rey Don Fernando, existente en la Capilla Real

ces populares han conservado memoria de la hazaña con que Hernán Pérez del Pulgar consagró á Nuestra Señora la mezquita principal, cuando aun Granada era de Boabdil, y de la hazaña de Garcilaso de la Vega, el desafío singular en que mató al moro Tarfe, que fué consecuencia de la de Pulgar.

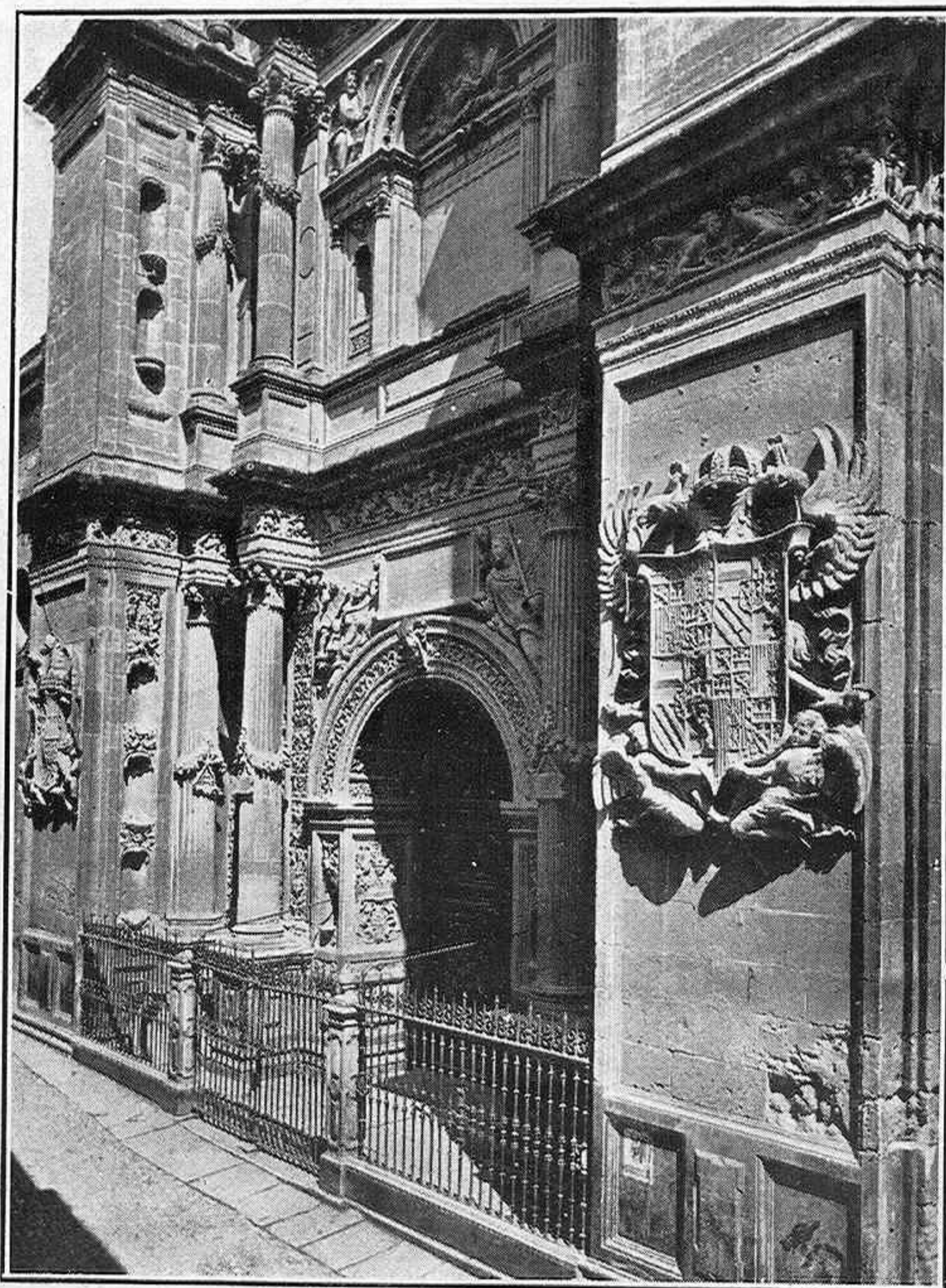
Wáshington Irving, en su *Crónica de la conquista de Granada*, ha relatado así los dos hechos culminantes de la conquista:

CAPITULO XXXIV

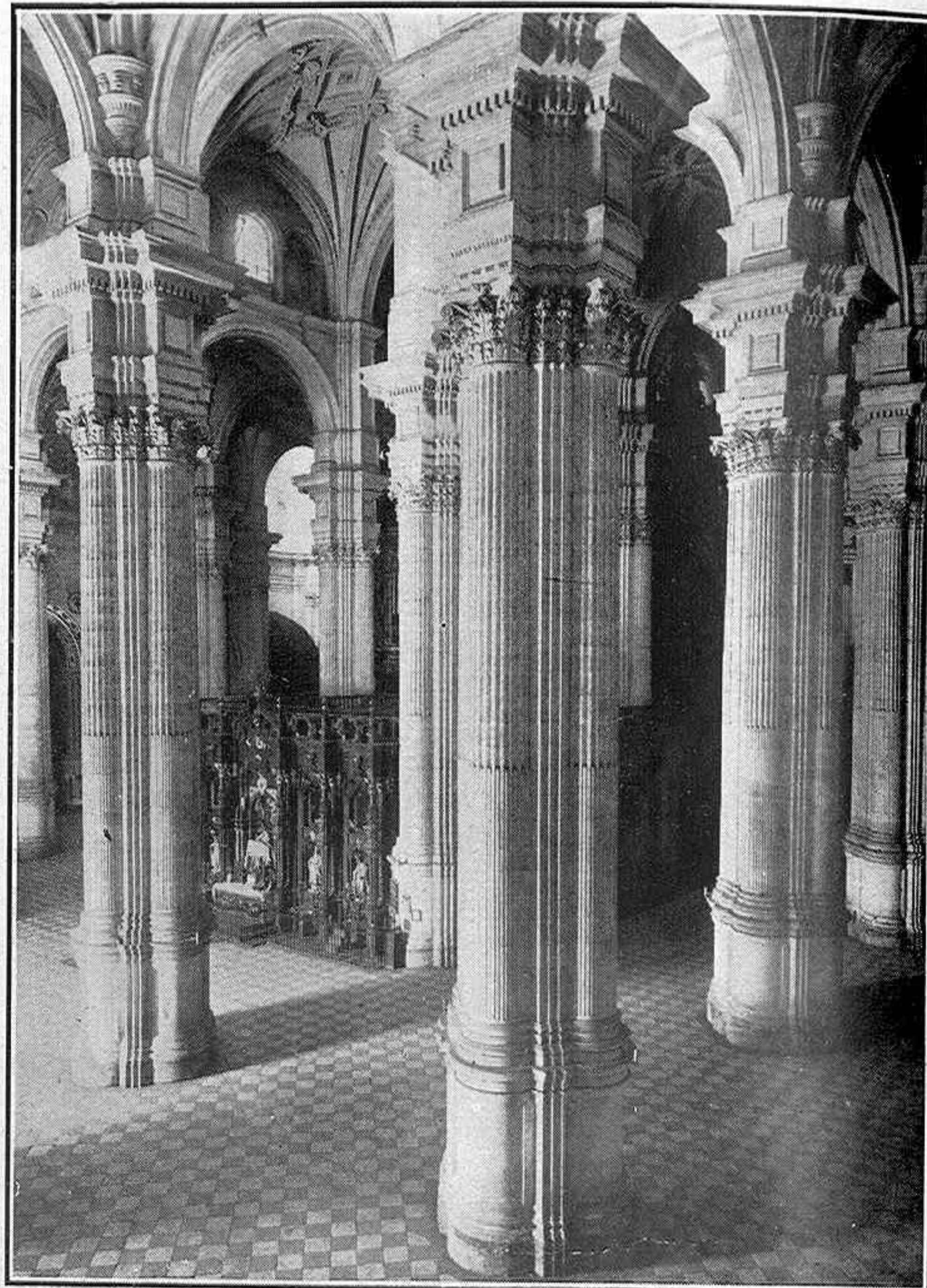
LLEGA LA REINA ISABEL AL CAMPO CRISTIANO; DESAFÍO DEL MORO TARFE, Y NOTABLE HAZAÑA DE HERNÁN PÉREZ DEL PULGAR

Aunque despojada de sus glorias y sin esperanza de ser socorrida, todavía la ciudad de Granada, por la extensión y fuerza de sus baluartes y castillos, parecía desafiar todas las tentativas que se hiciesen para tomarla por asalto: había una guarnición numerosa, había valor y patriotismo, y el pueblo, aletargado hasta ahora por las blanduras de la paz, había tomado en este peligroso trance una actitud imponente.

Conoció Fernando que no se podía



Puerta del Perdón, de la Catedral



Intercolumnio y trascoro de la Catedral

(Fots. Torres Molina)

tomar á viva fuerza esta ciudad sin mucho trabajo y sangre, y, por tanto, determinó rendirla con el hambre. Al efecto, envió sus tropas á correr los valles y pueblos de las Alpujarras, y fueron saqueados y destruidos muchos de los lugares que proveían de mantenimientos á la capital, en cuyos alrededores discurrían también partidas sueltas, que sorprendían casi todos los convoyes que se dirigían al enemigo. La osadía de los moros crecía á par de su desesperación; sus salidas eran frecuentes y vigorosas, y los rebatos que daba Muza con su caballería introducían á veces el terror y la muerte hasta en el centro mismo del Real cristiano. Para proteger el campo contra esos asaltos lo mandó el Rey fortificar con fosos y parapetos, le dió una forma cuadrangular y puso las tiendas y barracas de los soldados por hileras, figurando las calles de una ciudad.

Acabado de fortificar el campo, vino á él la Reina con el príncipe D. Juan y las Infantas. Al día siguiente de su venida salió con mucho acompañamiento para ver el real y sus alrededores, y dondequiera llegaba era recibida con aplausos y aclamaciones. Pero la fogosidad de la juventud granadina de ningún modo se disminuyó con la llegada de la Reina; y Muza, viendo que el Rey cristiano se abstenía de dar un asalto, procuraba empeñar escaramuzas y promover combates singulares entre sus



Los Reyes Católicos en un relieve del retablo del Altar mayor de la Capilla Real

(Fot. Torres Molina)

caballeros y los del ejército enemigo. Así es que apenas pasaba día en que no hubiese algún encuentro de ese género; los combatientes rivalizaban entre sí en el lujo de sus armas y arreos, así como en las proezas, y sus contiendas más parecían ejercicios caballerescos ó justas, que combates verdaderos. Pero Fernando, viendo que esos desafíos, al paso que costaban la vida á muchos de sus caballeros más valientes, alimentaban el valor y ardoroso celo de los moros, los prohibió absolutamente, y por entonces cesaron, con sentimiento de ambas partes; mas no por eso dejaron los moros de hacer los mayores esfuerzos para renovarlos. A veces, una cuadrilla de ellos, bien montados, llegaban jineteando hasta las mismas barreras del real, y arrojaban dentro sus lanzas lo más que podían, dejando en ellas un relato con sus nombres para provocar á los cristianos; pero éstos, contenidos por las terminantes órdenes del Rey, disimulaban su irritación.

Había entre los caballeros moros uno que se llamaba Tarfe, á quien todos respetaban por su temerario valor y grandes fuerzas. Este arrogante moro, en una salida contra el real cristiano, se separó de sus compañeros, saltó con su caballo las barreras del real y, corriendo hacia el alojamiento de los reyes, tiró su lanza tan adentro, que la dejó clavada en el suelo junto á la puerta del pabellón real.

Los guardias salieron en su persecución; pero ya Tarfe se había reunido con los suyos, y envueltos en una nube de polvo corrían todos, rienda suelta, hacia Granada. Al sacar del suelo la lanza se halló en ella un rótulo manifestando que iba dirigida contra la Reina.

Grande fué la indignación de los caballeros cristianos cuando supieron el temerario arrojamiento de Tarfe y el insulto que se había ofrecido á su Reina. Hallóse presente Hernán Pérez del Pulgar, el de las hazañas, y resuelto á no ser excedido en valor por un bárbaro, propuso á sus camaradas una hazaña de no menos dificultad y peligro. Muchos se ofrecieron á seguirle; pero él escogió sólo quince que todos eran de gran corazón y de muchas fuerzas. En el silencio de la noche los sacó fuera del campo y se acercó cautelosamente á la ciudad, hasta llegar á un postigo que daba sobre el Darro y estaba guardado por algunos soldados de Infantería, los cuales, no esperando un ataque semejante, estaban casi todos durmiendo. Acometieron los cristianos, forzaron la puerta, y siguióse una pelea confusa entre ellos y la guardia. Pulgar, sin detenerse á tomar parte en la refriega, hincó las espuelas á su caballo y se entró por la calle adelante, corriendo furiosamente y sacando centellas á las piedras, hasta que llegó enfrente de la mezquita principal. Apeándose entonces de su caballo, se arrodilla delante de la puerta, tomando posesión del edificio como templo cristiano y lo consagra á Nuestra Señora. En testimonio de esta ceremonia saca una tablilla que traía, en que estaban escritas en letras grandes las palabras Ave María, y con el pomo del puñal las clava en la puerta. Hecho esto, monta su caballo, y á carrera tendida vuelve sobre sus pasos. Entretanto se había alborotado la ciudad, y los soldados iban acudiendo de todas partes; pero Pulgar, atropellando á unos, derribando á otros y asombrando á todos, volvió á ganar el postigo, y reuniéndose con sus compañeros, que aun estaban peleando en la puerta, se retiró con ellos y llegaron todos felizmente al real. Los moros, que no sabían el objeto de un atentado, al parecer, tan infructuoso, hacían mil discursos para comprenderlo; pero, ¿cuál sería su sorpresa cuando á la mañana siguiente se ofreció á su vista aquel trofeo de valor, aquel Ave María que el intrépido Pulgar había clavado en el centro de la ciudad!

La mezquita que con tan nuevo modo santificó este héroe, se transformó después de la conquista en catedral.

COMBATE QUE SE DIÓ Á CONSECUENCIA DE HABER SALIDO LA REINA Á MIRAR LA CIUDAD DE GRANADA Y HAZAÑA DE GARCILASO DE LA VEGA

Habiendo manifestado la Reina su deseo de ver de más cerca la ciudad de Granada, tan célebre en todo el mundo por su hermosura, pre-

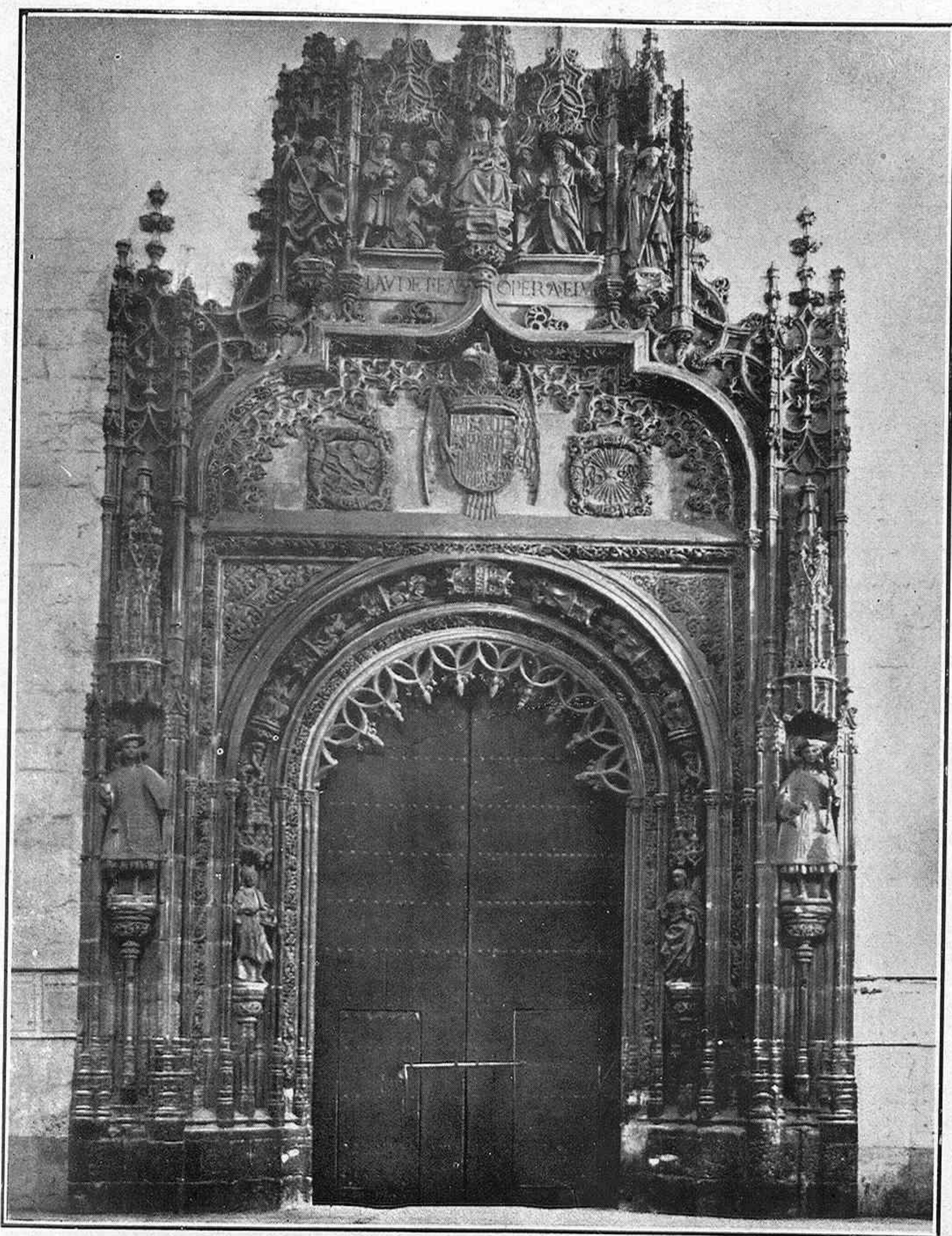
frutar cumplidamente la vista de la ciudad desde la azotea de una casa que le estaba prevenida en el lugar. Igual satisfacción tuvieron las damas de su comitiva, las cuales, contemplando las rojas torres de la Alhambra, que descollaba sobre frondosas alamedas, anticipaban la gloria de ver entronizados en aquel recinto á los Soberanos Católicos, y brillando en aquellos salones la caballería de Castilla.

Los moros, cuando vieron á los cristianos ordenados en la llanura, creyeron que se les quería presentar batalla, y se apresuraron á admitirla. Salió de la ciudad un escuadrón de caballería muy lucida, cuyos jinetes regían con maravillosa destreza sus briosos y ligeros caballos. Iban los moros primorosamente armados; sus vestidos eran de diversos colores y muy vistosos, y en los jaeces de los caballos resplandecían el oro y los bordados. Este era el escuadrón favorito de Muza, que se componía de la flor de la juventud granadina; siguieron otros escuadrones, unos armados de todas piezas, otros á la jineta con sólo lanza y adarga, y, últimamente, salieron los batallones de infantería con sus arcabuces, ballestas, lanzas y cimitarras.

Al ver las tropas que salían de la ciudad, envió la Reina al marqués de Cádiz, prohibiéndole que atacase al enemigo ni admitiese desafíos ó escaramuzas, porque no quería que su curiosidad costase la vida á ningún viviente. Prometió el marqués obedecer, aunque con poco gusto suyo y muy corta voluntad de sus caballeros. Los moros, no sabiendo á qué atribuir la inacción del enemigo, que, al parecer, los había llamado á la pelea, se salían de sus filas, retaban á los cristianos y llegaban bastante cerca para tirar sus lanzas dentro de las batallas enemigas.

Mas no por eso se descompuso la formación de los cristianos, que no osaban contravenir las terminantes órdenes de la Reina.

Mientras prevalecía esta tranquilidad violenta en toda la línea cristiana, salió de la ciudad un caballero moro de gran cuerpo y estatura y armado de todas piezas: rodela espaciosa, enorme lanza, alfanje damasquino y una daga primorosamente guarnecida. Venía con la visera calada; pero en su divisa se echó de ver que era Tarfe, el más insolente, pero también el más intrépido, de los guerreros de Granada, y el mismo que había arrojado su lanza contra el pabellón de la Reina. Sugetando un brioso caballo que parecía participar de la fiereza de su dueño, se acercó el moro, y pasó sosegadamente por delante de la línea cristiana. Pero, ¿cuál sería

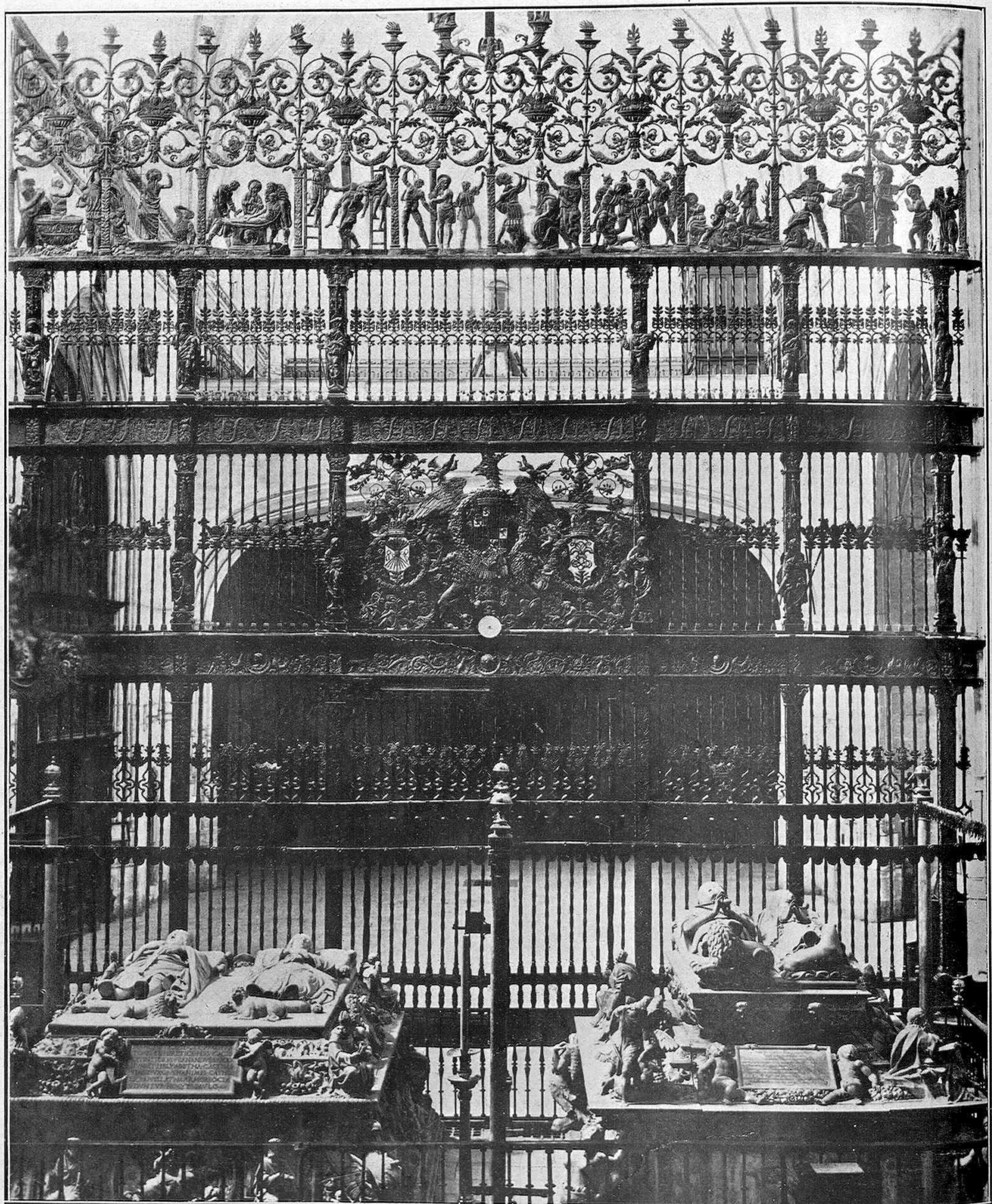


Puerta de entrada á la Capilla Real, por la Catedral

(Fot. Torres Molina)

vino el marqués de Cádiz una escolta poderosa para protegerla y á las damas de su corte mientras disfrutase esta peligrosa satisfacción. Todo lo mejor y más lucido del real salió para acompañar á la Reina; la pompa de la corte se pintó en esa expedición con el aparato de la guerra y veíase relucir las armas del guerrero por entre las plumas, sedas y brocados de las damas.

Llegando la escolta á una aldea llamada Zúbia, que está en un cerro, á la izquierda de Granada, donde se descubre la Alhambra y lo mejor de la ciudad, se colocaron el marqués de Villena, el conde de Ureña y D. Alonso de Aguilar, con sus batallones en la ladera del cerro; y el marqués de Cádiz, con otros caballeros, se puso en orden de batalla en el llano, al rostro de la ciudad. Con estas precauciones pudo la Reina dis-



Sepulcros de los Reyes Católicos y de la Reina Doña Juana y el Archiduque don Felipe, en la Capilla Real, y primorosa verja de ésta, obra del maestro Bartolomé, de Jaén, según modelos de Juan Zagala y Juan de Cuvillana. El primer cuerpo de la verja lo forman pilastros corintios con friso plateresco; el segundo tiene el escudo de los Reyes, y el tercero escenas de la vida de Jesús

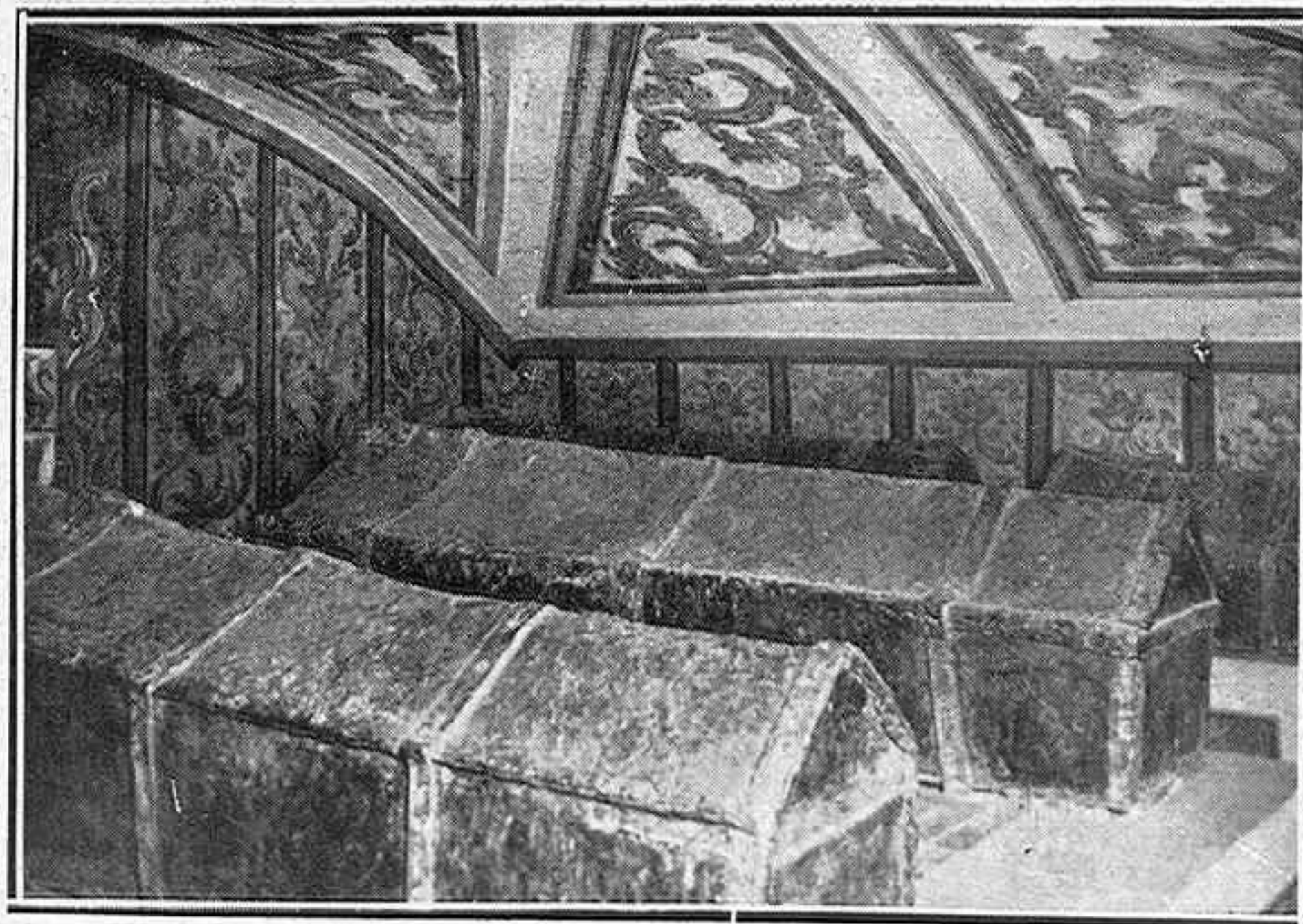
(Fot. Lladó)

sorpresa de los caballeros españoles cuando vieron atada á la cola del caballo y arrastrada en el polvo la misma tabiella con el Ave María que Pulgar había fijado en la puerta de la mezquita! El horror y la indignación se difundieron por todo el ejército. Pulgar no se hallaba presente; pero Garcilaso de la Vega determinó sustituirle, y, partiendo á toda prisa á Zubia, se echó á los pies de la Reina é impetró su permiso para vengar este insulto. Volviendo entonces á cabalgar, embrazó su broquel flamenco empuñó su fuerte lanza, y, calada la visera, salió al encuentro del moro y lo desafió al combate. Trabóse la pelea á la vista de ambos ejércitos, y en presencia de la Reina y de su comitiva. El choque fué terrible; las lanzas, hechas astillas, saltaron en el aire, y Garcilaso, derribado sobre el arzón de la silla, se vió en el mayor peligro; pero felizmente pudo cobrar las riendas, y poniéndose bien en su caballo, se volvió contra su enemigo. Acometiéronse entonces con las espadas. Las grandes fuerzas del moro y la ligereza de su caballo, que le obedecía con maravillosa prontitud, le daban la superioridad sobre Garcilaso; pero éste le aventajaba en la destreza y en la facilidad con que paraba los golpes del alfanje, que relumbraban en derredor de su cabeza. Empezaba á correr la sangre y á desfallecer el esfuerzo de uno y otro combatiente, cuando el moro, confiando en su mucha fuerza, se arrojó sobre su contrario y se asió con él á brazos para arrancarle de la silla.

En esta lucha vinieron los dos al suelo; cayendo el moro encima, puso una rodilla en el pecho de su víctima y levantó en alto un puñal en ademán de clavárselo por la garganta. Los guerreros cristianos prorrumpieron en un grito de desesperación; pero en el mismo instante vieron al moro caer exánime en la arena. Garcilaso había aprovechado la ocasión en que su adversario levantó el brazo para herirle, y acortando su espada, se la clavó hasta el corazón. Así terminó este combate, en que se observaron cumplidamente las leyes del duelo, pues nadie intervino en favor del uno ni del otro. Garcilaso despojó á su contrario, cobró la tabiella, y, poniéndola en la punta de su espada, volvió en



Fachada de la Capilla Real, de Granada



Cripta de la Capilla Real, con los féretros de los Reyes Católicos

triunfo al ejército, que le recibió con gritos de alegría.

En esto había llegado el sol al meridiano; y los capitanes moros, irritados por el vencimiento de su campeón, determinaron atacar al enemigo. Empezaron á hacerles fuego con dos tiros de artillería, que muy pronto produjeron alguna confusión en las filas cristianas. Notándolo Muza mandó avanzar á la carga, y dieron sus tropas con tal furia en los cuerpos avanzados de los cristianos, que les hicieron retroceder hasta las batallas del marqués de Cádiz. No pudiendo ya evitar la batalla, se adelantó el marqués con mil y doscientas lanzas que mandaba, y dióse principio á un combate general. La suerte se declaró muy brevemente contra los moros, que, batidos y atemorizados, se entregaron á la fuga, huyendo unos á la ciudad, otros á los montes. Los cristianos siguieron el alcance hasta las mismas puertas de Granada, causando al enemigo una pérdida de más de dos mil hombres; ganaron asimismo los dos tiros de artillería, y no hubo en aquella jornada lanza cristiana que no se bañase en sangre mora.

Tal fué esta corta, pero sangrienta acción, denominada por los vencedores la escaramuza de la Reina. En conmemoración de esta victoria fundó Doña Isabel en la aldea de Zubia un Monasterio de Franciscanos, en que se ve un

laurel que dicen fué plantado por ella misma.»

Tal fué, según la *Crónica de la Conquista de Granada*, de Irving, el origen de la famosa Catedral granadina, y aquellas hazañas memorables de Hernán Pérez del Pulgar y de Garcilaso de la Vega, que parecen una de tantas en aquella campaña de Granada, en que el nombre de Hernán Pérez del Pulgar, sobre todo, fué repetido constantemente fueron, sin embargo, el principio del fin de la epopeya que durante ocho siglos ensangrentó nuestro suelo: la «escaramuza de la Reina» tuvo la eficacia de inclinar el ánimo de los moros á la rendición y de vencer á Boabdil, más que todos los episodios bélicos anteriores, de que había llegado el fin de su reinado y el momento en que el horóscopo funesto que le había señalado como último rey de Granada había de cumplirse.

UN FRAGMENTO DE «LA ALPUJARRA»



Pedro Antonio de Alarcón, para escribir «El suspiro del moro» que damos en este número, visitó el lugar á que la leyenda denomina del mismo modo. He aquí cómo le describe en «La Alpujarra»:

CUANDO pasamos por la *Venta del Suspiro del Moro* eran las diez menos algunos minutos. Estábamos á dos leguas y media de *Granada*.

Desde allí se distinguía como desde un mirador no sólo la ciudad, sino toda su comarca, toda su campiña, todo su cielo esplendoroso: panorama inmenso, deslumbrador, matizado de mil colores é inundado de una luz de paraíso, siquier velado en algunos puntos por tenues jirones de transparente niebla, entre cuyas rotas gasas relucían las acequias y los ríos como cintas de cristal, ó salían del seno de pardos olivares y de los pliegues de graciosas colinas modestos campanarios y azuladas columnas de humo, marcando la situación de innumerables hogares, aldeas y caseríos...

Granada se veía blanquear á lo lejos, tendida en los cerros umbrosos de la Alhambra y del Albaicín, como una odalisca, envuelta en cándido alquicel, echada sobre oscuros almohadones... Ya no se percibían sus pormenores y detalles... Sólo se divisaba una elegante ráfaga de blancura, intensamente alumbrada por el sol, bajo el risueño azul del purísimo firmamento.

Un paso más, y todo aquel cuadro de población, de vida, de riqueza, de hermosura, de actividad humana desaparecería súbitamente. Delante de nosotros se prolongaba, girando hacia la izquierda, un angosto pasaje, árido y feo, pedregoso y sombrío, que contrastaba de un modo horrible con la maravillosa vista que estábamos contemplando...

¡Aquel crítico punto era, por consiguiente, el lugar en que Boabdil dió el supremo adiós á la ciudad en que había nacido, que había sido suya y que no debía volver á ver en toda su vida!

Boabdil no llegaba del mismo *Granada*, sino del que había sido campamento de los cristianos del Real de *Santafé*, situado en medio de la Vega.

Allí había permanecido desde la memorable mañana del 2 de Enero, en que entregó humildemente á los Reyes Católicos, á las puertas de aquella capital, que abandonaba para que la ocupasen ellos, las llaves de la codiciada Alhambra y el anillo Real de los Alhamares...

Desde los diez ó doce días transcurridos desde entonces, el infortunado descendiente de cien monarcas, tolerado huésped en las ya desiertas

tiendas de sus triunfantes enemigos, había ido enviando de noche á la *Alpujarra* (á aquel irrisorio Señorío, que le dejaban como limosna) todas sus riquezas y equipajes, con muchos súbditos fieles resueltos á seguir su destino... ¡Entretanto, D. Fernando y D.^a Isabel, príncipes venturosos, habitaban el palacio árabe de la Alhambra, donde el Gran Capitán y otros veteranos de la Conquista traducían á las damas de la Corte las inscripciones poéticas de sus afligranados patios y camarines!

Era, pues, una mañana de mediados de Enero. La hora debía ser entre las siete y las ocho, puesto que Boabdil, según todos los historiadores, había salido de *Santafé* mucho antes de apuntar el alba, á fin de substraer su ignominiosa partida á la humillante curiosidad de los pueblos de la vega...

Iban con él su adusta madre, su dulce y bella esposa Moraima, su tierno hijo (que había estado como rehén en el Campo castellano, y á quien Isabel la Católica llamaba el *Infantico* y quería mucho), una hermana, cuya figura no determinan las historias, y algunos visires, palaciegos y criados. Zoraya, la otra viuda de Muley Hacem, no pensó ni por un momento en acompañar á los proscritos, sino que ya se proporcionaba, para ella y para sus hijos Cad y Nazar, un porvenir mucho más cómodo en la Corte de los cristianos, cuya Religión fué la primera y había de ser la última de aquella aprovechada beldad, tan conocida luego con el nombre de D.^a Isabel de Solís.

«Al llegar á aquella elevación (dice la Historia), Boabdil refrenó su caballo y se detuvo embebecido, mirando con emoción tristísima la ciudad de las hermosas torres, y centro en otro tiempo de su grandeza. El Monarca infeliz alivió la amargura que rebotaba en su pecho, derramando algunas lágrimas y exclamando: *Allah Akbar!* (¡Oh, gran Dios!), picó los ijares de su caballo y dió con hondos suspiros los últimos adioses á *Granada*.

«Se dice que Aixa, su magnánima madre, advirtió la debilidad del hijo, y le reñendó diciendo: *Haces bien en llorar como mujer, ya que no has tenido valor para defenderte como hombre...*

.....
Y mirando colérica á Granada, huyó vencida, pero no domada.

Cuenta Fr. Prudencio de Sandoval, en su *Historia del emperador Carlos V*, que cuando éste fué á Granada, en Junio de 1526, y vió la Alhambra por vez primera, exclamó generosamente: ¡*Desdichado el que tal perdió!*

Y refiere Fr. Antonio de Guevara en sus *Epístolas familiares*, que, como él entonces le narra-se «cuánto gimió Boabdil en aquella loma á que sus suspiros dieron nombre, y el duro apóstrofe de la implacable Aixa, el César replicó: *Muy gran razón tuvo la madre del Rey en decir lo que dijo, y ninguna tuvo el Rey su hijo en hacer lo que hizo, porque si yo fuera él, ó él fuera yo, antes tomara esta Alhambra por sepultura, que no vivir sin reino en el Alpujarra.*»

¡Admirablemente hablado! ¡Es muy verdad! Boabdil no supo caer, lo cual es tanto más imperdonable cuanto que al cabo demostró que sabía morir... Pero, pésele á Carlos V, á las Artes y á las Letras, Aixa no tuvo razón para acusar á su hijo de no haber sabido defender su reino... Ello había defendido espada en mano en cien combates, hasta que las discordias intestinas de su familia y de sus súbditos, atizadas precisamente por la misma rencorosa Aixa, así como el alternado auxilio que cada bando moro prestaba al Ejército cristiano, le hicieron desear de la victoria y sacrificarse para terminar la guerra. *Suum cuique!*

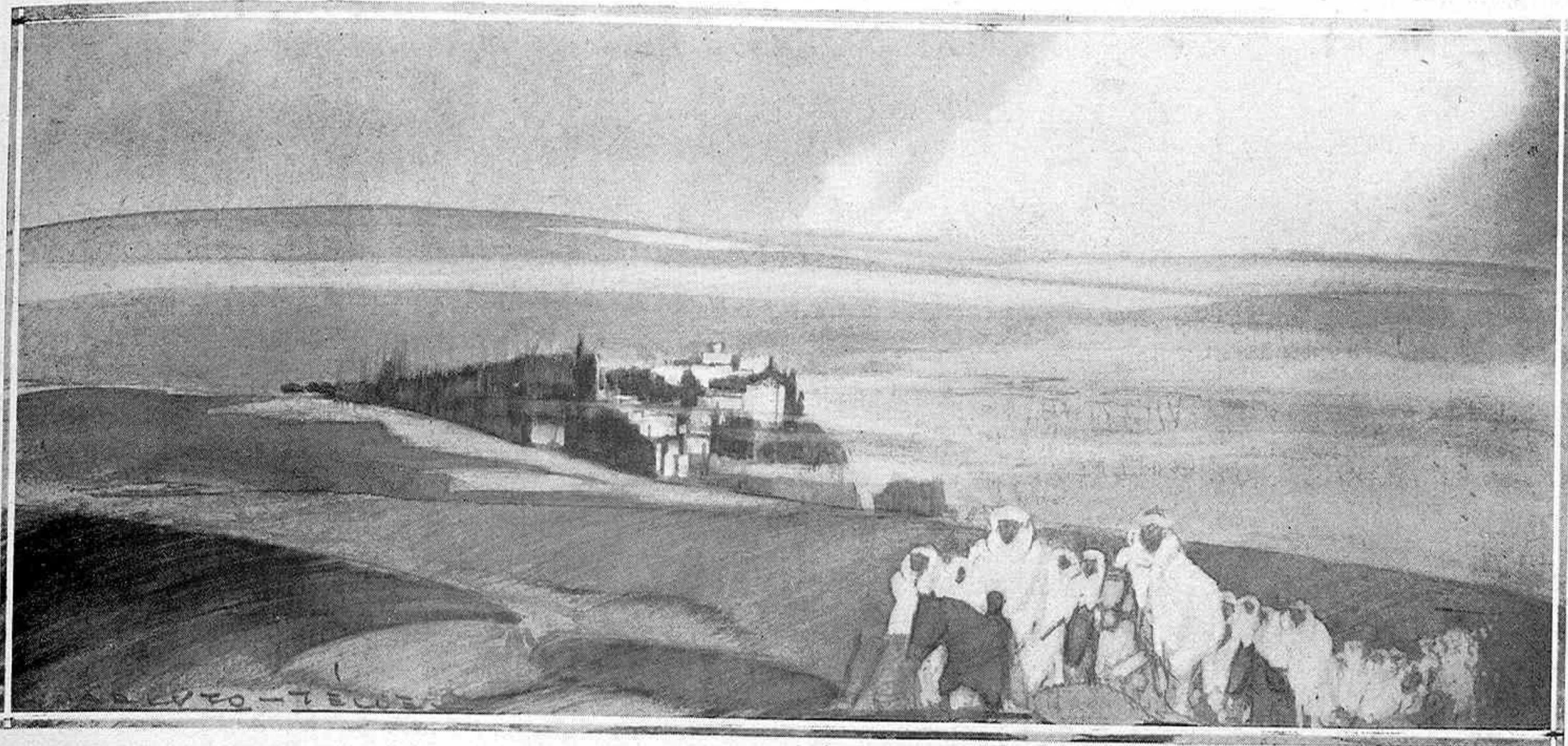
De todos modos, al perder nosotros de vista aquella mañana el cielo granadino y considerar la infinita angustia con que el infeliz agareno le daría el postrer adiós, prescindimos por un instante del derecho histórico, del interés patrio y de la conveniencia particular que asistían á sus vencedores..., y sólo tuvimos entrañas para compadecer tamaña desventura...

Porque en aquel trance fatal, el destronado y proscrito Rey se nos presentaba como el condenado á muerte que, lleno de vida y juventud, hace un alto en las gradas del patíbulo y se despide para siempre de la luz del día y de todas las esperanzas que acarició en el mundo...

Boabdil tenía entonces treinta años.

PEDRO A. DE ALARCÓN

(Dibujo de Aristo-Téllez)



EL SUSPIRO DEL MORO

Y el Santo de Israel abrió su mano,
y los dejó, y cayó en despeñadero
el carro, y el caballo y caballero.
(HERRERA.)

No la grandeza del empeño santo,
no la hazaña inmortal, no la memoria
de la egregia ISABEL: el duelo canto
del Rey sin trono, sin hogar ni gloria,
que, en vez de sangre, vergonzoso llanto
vertió á la postre de su infanda historia:
¡llanto sin fin que los anales cierra
de siete siglos de implacable guerra!

Madre afligida del Amor cristiano:
sé Tú la Musa que piedad me inspire
para que, enfrente del procaz pagano,
ni los de Dios ni tus agravios mire.
Está vencido, llora, y es mi hermano...
¡Haz que á su vez mi cítara suspire
cuando él dirija la postrer mirada
de eterno adiós á la gentil Granada!

Y tú, que, errante, la infinita arena
de los desiertos cruzas, los tesoros
sin olvidar de esta región amena,
¡triste progenie de los reyes moros!,
deja que tu apenada cantilena
salve del mar los ámbitos sonoros
y preste al canto que mi voz te envía
su dulce son y vaga melodía...

•••••

Principiaba una fúlgida mañana,
de esas que alegran el adusto invierno,
cual bellas hijas que en edad temprana
la hiel endulzan del dolor paterno:
del monte excelso la cabeza cana
reflejaba del sol el rayo eterno,
y en la atmósfera azul, diáfana y pura,
destacaba la nieve su blancura.

Por los barrancos de la ingente Sierra
mil arroyuelos nítidos corrían,
buscando el llano, en cuya arada tierra
su caudal fecundante repartían:
tranquillos ya, tras la finada guerra,
los labradores á su afán volvían,
y en medio de los densos olivares
humeaban los rústicos hogares.

También las aves á sus dulces nidos
y á la paz que perdieron retornaban;
los rebaños, ayer despavoridos,
otra vez por las cumbres asomaban;
y cantos, y rumores, y balidos
el aire placidísimo poblaban,
cual si el pasado sanguinoso empeño
hubiera sido imaginario sueño.

Esa mañana refulgente y grata,
mientras el sol del aterido Enero
rizados hilos de escarchada plata
trocaba en perlas con su ardor primero,
de Moros numerosa cabalgata,
que el blanco lino y el bruñido acero
igualaban á un bando de palomas,
subía del Padul las mansas lomas.

Aquel cortejo, triste y misterioso,
de noche á Santa Fe dejado había,
y cruzado la vega silencioso
antes que el alba despertase al día;
pero, al salvar el punto montuoso
á que llegaban cuando el sol salía,
los Moros sus corceles refrenaron,
y atrás la vista con afán tornaron.

Iba al frente de aquella comitiva
un joven de extremada gentileza,
cuyo boato y majestad esquiva
señales daban de imperial grandeza.
Su noble palidez y frente altiva,
los negros ojos de oriental belleza,
su cándido alborno y barba obscura
completaban tan clásica figura.

Siempre á su lado, como fiel esposa,
fijos en él los hechiceros ojos,
cabalgaba una joven tan hermosa,
que al lucero del alba diera enojos.
Mas de su rostro angelical la rosa
y de sus labios los claveles rojos
trocado había pertinaz la pena
en lirio mustio y pálida azucena.

Tras ella, blanco cual nevado armiño;
enhiesto, aunque raquítico y doliente;
único bien del paternal cariño;
temible ya, como león naciente,
sobre negro corcel marchaba un niño,
no llegado á la edad adolescente;
pero que ya maldijo su hado insano,
cautivo y solo en el Real cristiano.

Torvo el aspecto de la faz sombría,
parda la tez y la cabeza cana,
junto al niño impertérrita venía
una lujosa, gigantesca anciana:
su viril ademán y la energía
de su mirada fiera y soberana
descubrían en ella á la matrona
digna del cetro y la imperial corona.

Y, en fin, no lejos, en tropel brillante,
sólo por miramiento rezagados,
iban, con muerte y rabia en el semblante,
palaciegos, visires y criados.

Del sin ventura que subió delante
lamentaban empero los cuidados,
cual si humilde callara ante la ajena,
por temor ó lealtad, la propia pena.

Desde el lugar en que parado habían,
á la vez abarcaba la mirada
los rudos montes en que entrar debían
y la extendida vega matizada.
¡Un paso más..., y nunca ya verían
el mágico horizonte de Granada!
¡Un paso más..., y de su vista ansiosa
desparecía la ciudad hermosa!

El Moro aquel altivo y prepotente
se apartó de familia y servidumbre,
y silencioso, tétrico, doliente,
quedó como clavado en la alta cumbre.
La contracción horrible de su frente
retrataba su negra pesadumbre;
pero, en cárcel de orgullo preso el llanto,
negaba alivio á su mortal quebranto.

Fijos los ojos, cual queriendo en ellos
dejar grabados y por siempre vivos
de aquel paisaje los matices bellos;
mudo, inmóvil, alzado en los estribos,
el infeliz, del sol á los destellos,
vió pasar los instantes fugitivos,
sin poder separar la vista un punto
de aquel sublime, sin igual conjunto.

¿Quién era? ¿Iba á morir? ¿Por qué tal duelo?
¿Por qué á su alrededor no resonaba
ni una voz de esperanza ó de consuelo?
¿Por qué su esposa con rubor echaba
sobre la casta faz el blanco velo?
¿Quién era el triste que tan solo estaba?
¿Qué maldición cayó sobre aquel hombre?
¿Cuál era su infortunio? ¿Cuál su nombre?

¡Era Boabdil!... ¡Boabdil, el fruto airado
de Muley desdeñoso y de Aixa fiera;
el hijo por la madre aleccionado
contra su padre y rey á alzar bandera;
el ambicioso audaz y desalmado,
ladrón del solio á cuyo pie naciera,
que, al eco santo del paterno grito,
fué por su raza y por su Dios maldito!

¡Era Boabdil, cuya ominosa estrella
costó á sus padres sempiterno lloro,
rompió el encanto de la Alhambra bella
y el fin atrajo del Imperio moro!...
¡Miseró rey, tras cuya infausta huella
se hundió la tierra siempre, y llanto y oro
y sangre y honras devoró el abismo,
hasta que al cabo sumergiése él mismo!



¡Era Boabdil, que con indigna mano
 dado las llaves de la Alhambra había
 y su trono y su pueblo al Rey cristiano!...
 ¡Era Boabdil, que desde allí veía
 plantar sobre la Vela al castellano
 la odiada Cruz del Hijo de María!
 ¡Era Boabdil, que la postrer mirada
 dirigía por siempre á su Granada!

•••••

¡Granada, la ciudad cuyas ruinas,
 festoneadas de perpetuas rosas,
 aún alegran las aguas cristalinas
 que en sus cármenes entran bulliciosas!
 ¡La Ciudad que las fieles golondrinas,
 como en tiempo mejor, buscan ansiosas,
 pidiendo á los palacios derruïdos
 sombra y quietud para sus caros nidos!

Era, sí, esta Ciudad, que despoblada
 hoy parece tal vez al que la mira
 de hierba y rotos mármoles sembrada,
 como Paesthum, Itálica ó Palmira:
 La Ciudad que, entre flores sepultada,
 pasmo y asombro al universo inspira,
 mientras sus muros de labrada piedra
 disputa el tiempo á la viciosa hiedra.

¡Era Granada..., rica y esplendente,
 tal como fué... cuando Granada era!
 Llamábanla *Damasco de Occidente*,
 de la grey de Ismael *Roma* altanera,
 de sus sabios *Atenas* floreciente,
 de las artes lujosa primavera,
 hija del Cielo, patria de las flores,
 jardín de la hermosura y los amores.

Boabdil la contemplaba adormecida
 en los cárdenos montes del Oriente,
 de un alquicel blanquísimo vestida,
 y de bermejas torres la alta frente,
 cual de corona señorial, ceñida...
 ¡Allá quedaba lánguida, indolente,
 adúltera sultana, infiel esposa,
 mostrando al vencedor su risa hermosa!...

Y allá quedaban los amantes ríos
 que plata y oro le tributan fieles;
 el Dauro con sus cármenes umbríos,
 y el Genil con sus cálidos vergeles;
 del Albaicín los blancos caseríos,
 la Antequeruela oculta entre laureles,
 de la Alcazaba el recio baluarte,
 y la Alhambra gentil, ¡sueño del arte!

¡La Alhambra! ¡Regio edén, huerto florido,
 mágico alcázar, que su planta moja
 del hondo Dauro en el raudal temido,
 y cuyas torres de argamasa roja,
 de las copas del bosque entretejido
 salir se ven entre la verde hoja
 y luego alzarse á la región del viento
 como ideal, aéreo monumento!...

¡Con vergüenza y amor y envidia y pena
 Boabdil de aquel edén se despedía,
 donde su infancia transcurrió serena
 y entró aclamado, victorioso, un día!
 Entonces, ¡ay!, desde su fuerte almena
 reinaba en la mitad de Andalucía...
 Ya... sólo le ofrecía al hado cierto
 un caballo... y la arena del desierto!

Luego miró la anchísima llanura...;
 tapiz que bordan con vistosas tintas,
 ora las huertas de eternal verdura,
 ora las blancas y graciosas quintas,
 ya de extenso olivar la mancha oscura,
 ya de las aguas las fulgente cintas,
 aquí las torres de apiñada aldea,
 allí el camino que tenaz serpea...

¡Cuadro grandioso, que mostraba unidos
 de tierra y cielo todos los favores...;
 —nieves perpetuas, árboles floridos,
 verdes campiñas, nubes de colores,
 un aire que arrobaba los sentidos,
 un firmamento azul y un sol de amores!...—
 ¡Cuadro cuya magnífica hermosura
 de Boabdil puso el colmo á la amargura!

Campo y Ciudad, cuanto á sus pies veía,
 fué suyo, fué su vida, fué su encanto...
 ¡Y nunca más á verlo tornaría!...
 ¡Nunca más!—Al pensarlo, creció tanto
 su dolor, y fué tanta su agonía,
 que de sus ojos desbordóse el llanto,
 y, con acento fúnebre y rugiente,
 lanzó un suspiro que aterró á su gente...

¡SUSPIRO amargo, lúgubre, espantoso,
 que aún en Granada sin cesar resuena,
 turbando de los siglos el reposo
 y de la muerte la región serena!
 ¡Y repítelo el viento caluroso
 que raudo agita la africana arena!...
 ¡Y sonará implacable, tremebundo,
 mientras se acuerde de la Alhambra el mundo!

Aixa, entretanto, la sublime altura
 de *Mulhacen* miraba con recelo...
 —¡Allí..., al amparo de la nieve pura,
 en la sagrada vecindad del cielo,
 yacía en misteriosa sepultura
 Muley, su esposo, presenciando el duelo
 de la airada consorte y del mal hijo
 á quienes fiero al expirar maldijo!...

Pero, al ver la Sultana el triste llanto
 del Rey, que entre suspiros repetía:
 «¡*Allak-Akbar!*...», tan íntimo quebranto,
 lejos de conmovier su faz sombría,

inflamóla de un fuego que dió espanto,
 y, mujer insensible, madre impía,
 cuanto patricia indómita y severa,
 dijo al débil Boabdil de esta manera:

«¡Llora como mujer, desventurado,
 la pérdida del reino que has debido
 cual hombre defender!... ¡Llora, menguado!»
 Y, con desdén más fiero que el olvido
 (¡tal vez con hondo amor desesperado!),
 apartóse del príncipe afligido,
 y, mirando colérica á Granada,
 huyó vencida, pero no domada.

Como reo de muerte que á la vida
 y al sol y al cielo como afán profundo
 dirige la suprema despedida...,
 así Boabdil, lanzado de aquel mundo
 en que dejaba su ilusión querida,
 «¡Adiós!...», dijo con aye moribundo,
 é inclinando la frente sobre el pecho,
 huyó también, en lágrimas deshecho...

Y, tras él, en confuso torbellino,
 partieron todos; y del sol la lumbre
 vió, de polvo entre denso remolino,
 desbocada correr de cumbre en cumbre,
 huyendo de su lóbrego destino,
 á aquella fastuosa muchedumbre,
 á quien la desventura daba en arras
 un rincón en las agrias Alpujarras.

Pronto, como blanquísima paloma,
 mirábase, á lo lejos, de la Sierra
 á un jinete salvar la última loma...
 Era el fantasma horrible de la gue ra.
 Era el poder inicuo de Mahoma
 que abandonaba la española tierra...—
 ¡Era Boabdil, herido por el rayo
 que allá en Asturias fulminó Pelayo!

•••••

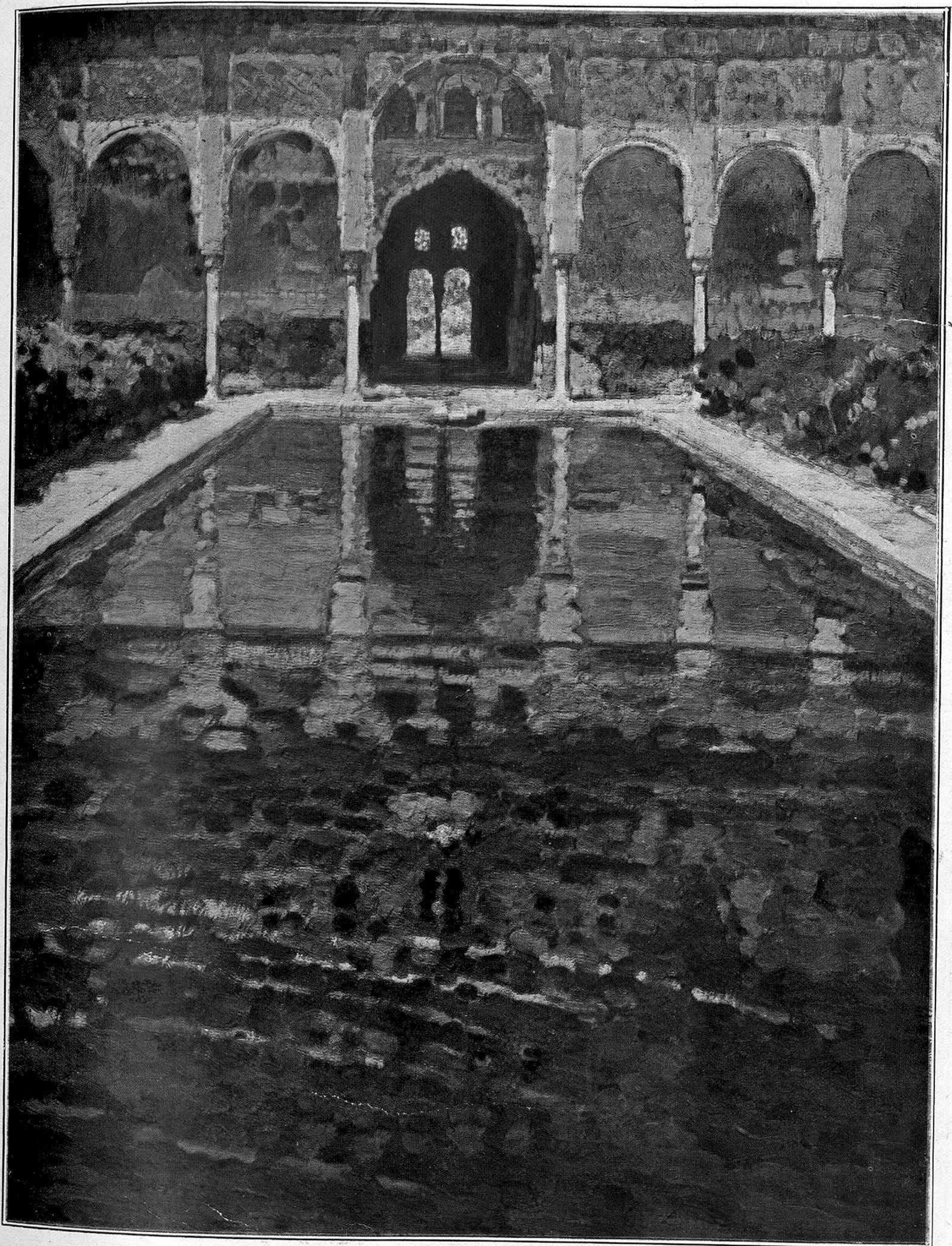
Otro día..., del mar sobre la espuma,
 sola cruzó desde Adra hasta Melilla
 rápida nave cual ligera pluma.
 Ganada, al cabo, la africana orilla,
 vióse á mísero Moro entre la bruma,
 doblar, al pisar tierra, la rodilla...—
 ¡Era Boabdil, á quien su negro sino
 negó una tumba en suelo granadino!

•••••

Un día, en fin, que el déspota africano
 luchaba por salvar su poderío
 contra los dos Jarifes, un anciano
 lidió por él con temerario brío,
 hasta que, herido y sin aliento humano,
 se hundió en las olas de opulento río...—
 ¡Era Boabdil, á quien su suerte dura
 le negaba en la tierra sepultura!

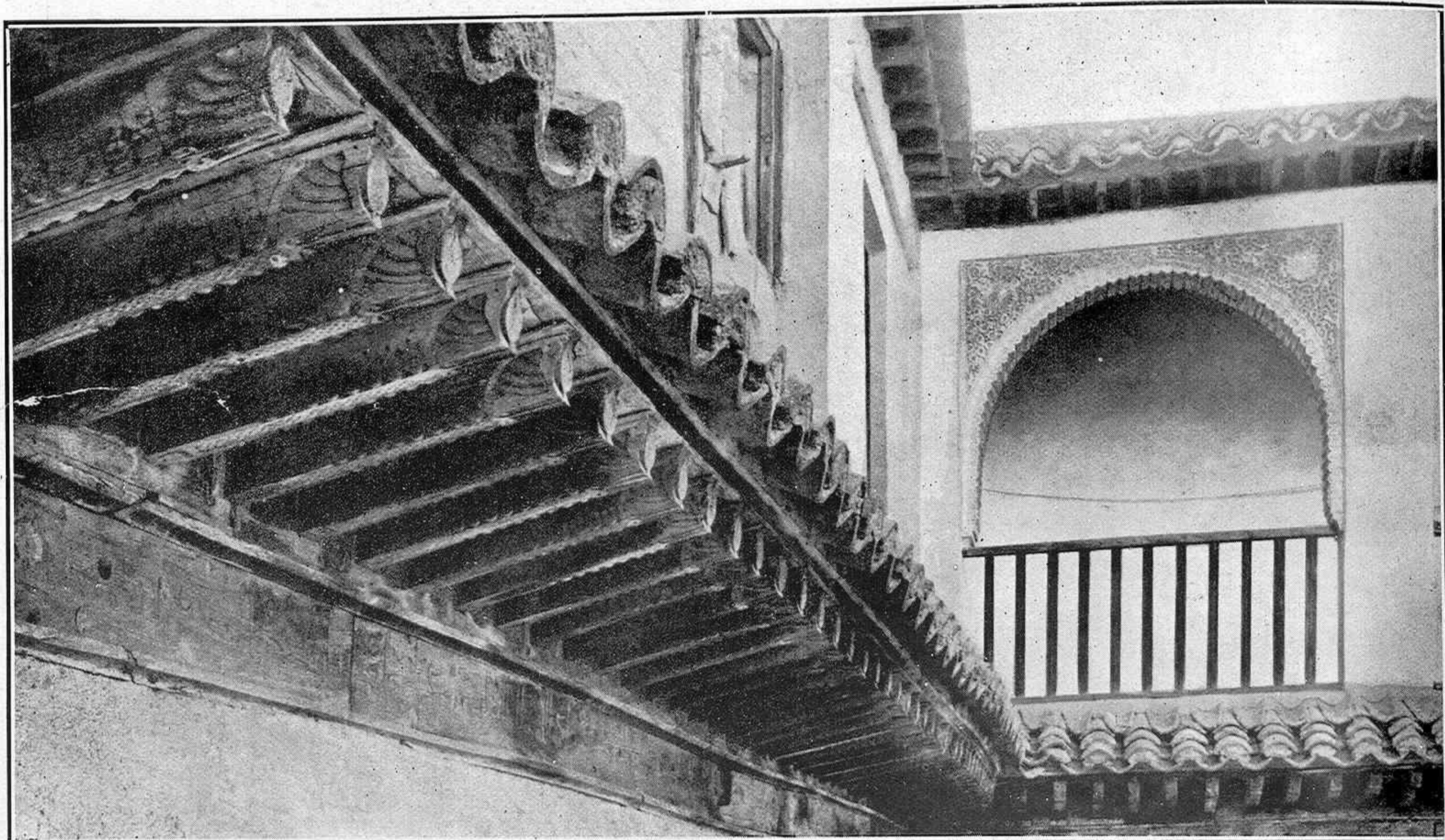
PEDRO ANTONIO DE ALARCON

(Dibujos de Aristo-Téllez)



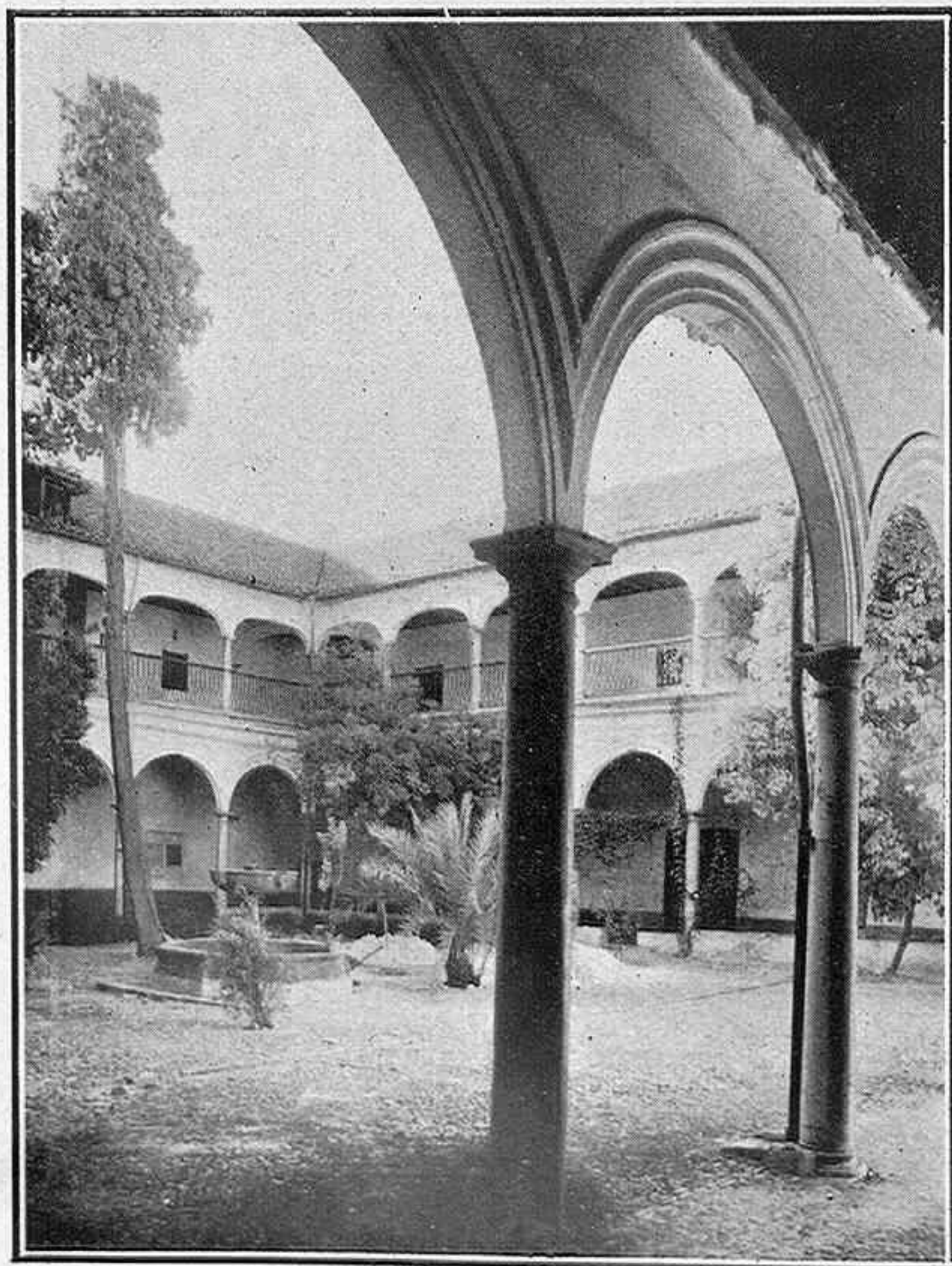
«Estanque de los mirtos en la Alhambra», cuadro original de Gustavo Bacarisas, que se conserva en el Museo de Arte Moderno

El convento de Santa Isabel la Real y el palacio de Daralhorra



Detalle de un rincón del patio de Daralhorra
(Fot. Torres Díaz)

HUBO en Granada un palacio real de los Nazaritas, muy nombrado en la historia de Boabdil, que los Reyes Católicos cedieron á su secretario, Hernando de Zafra, y éste reedificó á la castellana; pero la misma Reina Isabel hizo lo devolviera, estableciendo en él este convento de monjas franciscanas, que, por ciertos inconvenientes canónicos, no pudo establecerse en la Alhambra, como dispuso al fundarlo en 1501. En el año



Patio del convento de Santa Isabel

de su muerte le dotó de cuantiosas rentas, y vino á él por fundadora, Luisa de la Cruz, viuda del Condestable de Castilla, con otras veinte monjas de Córdoba, en 1507. El convento tiene un pintoresco patio con siete arcos en cada frente, sostenidos por columnas en ambos pisos; las enjutas contienen círculos con nombres de santos y las fechas en que se hizo, comprendidas entre 1574 y 1592. Los techos de los corredores tienen copetes de lazo mudéjar, y un alfarje del mismo estilo cubre la escalera; las naves altas son tres grandísimos dormitorios con armaduras mudéjares, como también lo es la de la antigua capilla de la enfermería.

Continuación de la Iglesia son los coros alto y bajo con preciosos alfarjes, y que, al parecer, fueron hechos en 1540.

En lo más septen-

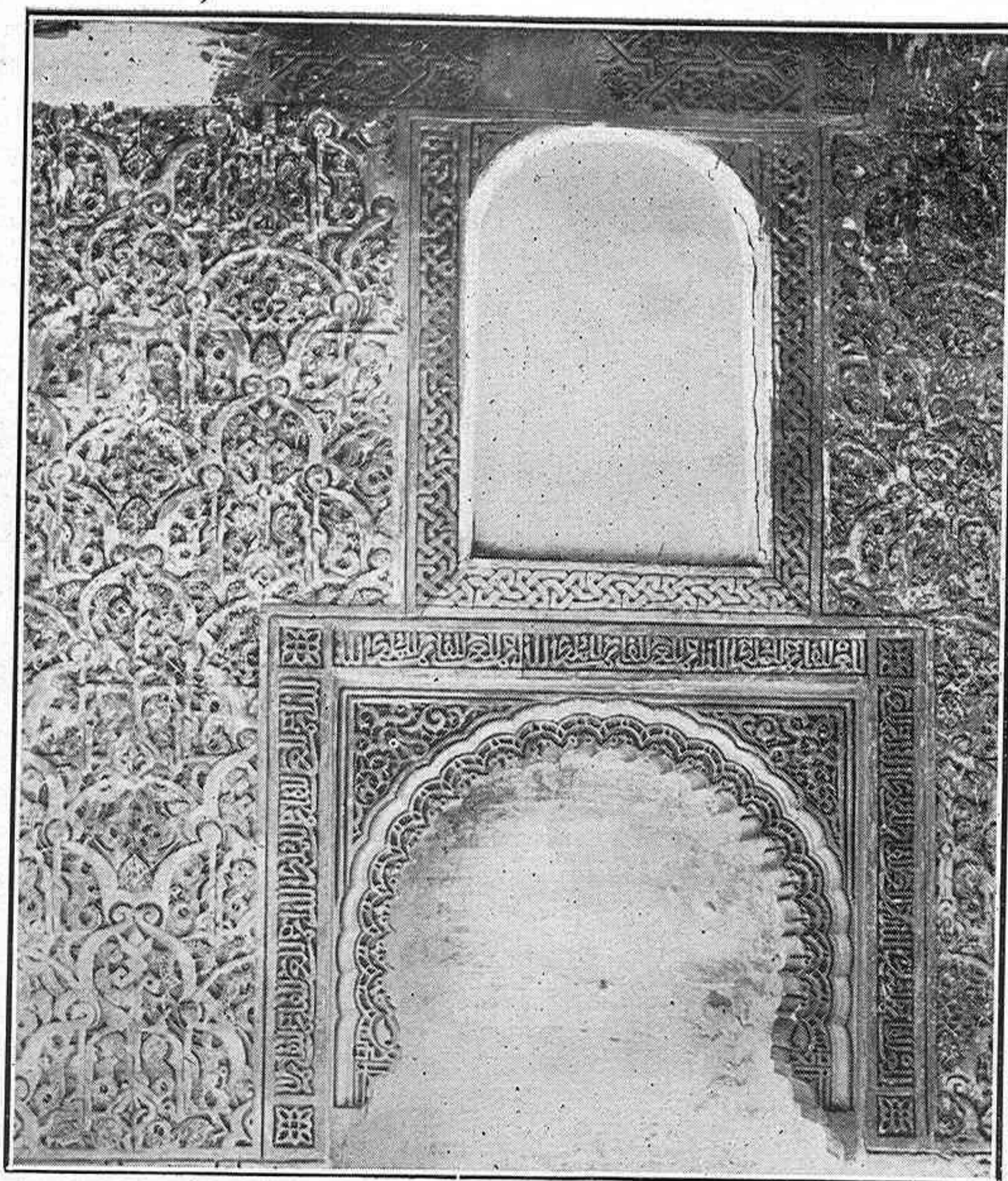


Coro alto del convento de Santa Isabel

trional del convento se conserva un interesante palacio árabe que perteneció a la Familia Real, y al que llamaban de «Daralhorra» ó casa de la reina. Contiene un patio de 10 metros por 8,20, con dos cuerpos de habitaciones en torno; pero el testero meridional solamente conserva las columnas de su cenador.

En el opuesto subsisten los pilares de ladrillos que descargan la techumbre, con sus dos columnas de mármol blanco, mas no los arcos, como tampoco la decoración de la puerta de la sala baja; el techo de ésta es sencillo, con pinturas, y á los extremos hay alcobas, una de las cuales ostenta su arco cubierto de adornos; en el frente se abre un pequeño mirador con artesonado de lazo y pinturas. Las naves laterales del patio tienen en sus techos inscripciones y adornos pintados en colores vivos, y, por último, guarneciendo por arriba este piso bajo, circunda el patio un alero con inscripción alcoránica pintada en su alicer, y en la actualidad bastante maltrecha. La escalera arranca á la derecha del testero boreal, y desemboca en el corredor, donde se ven tres arcos, entre pilares de ladrillos adornados interior y exteriormente con preciosos albamegas; el techo está pintado, y al frente hay una alacena cuyo arco es moderno. Al frente se abre el de la sala, entre cuyos adornos de yeso, que son de los mejores, se distinguen bellas inscripciones.

Mide la sala 7,24 metros por 2,52, y está cubierta por un alfarje de par y nudillos con tirantes hermanados; pero sin lazos que las unan ni zapatas; tampoco tienen lazo los paños enriquecidos por bellísimos adornos que destacan sobre fondo escarlata; á los extremos hay



Arco rodeado por el lema de los Nazaritas, del cual sólo queda este balconcito y, encima, una ventanilla

alcobas con arcos revestidos de adornos, y en la de la izquierda se descubre otro arco por donde se comunica con la nave lateral.

Según costumbre, á los lados de la puerta de esta sala hay alacenas, de las que solamente se conserva una adornada con fajas de inscripciones, y cuya traducción dice: «La dicha, la felicidad y el cumplimiento de los deseos», y, por último, enfrente hay otro arco rodeado por el lema de los Nazaritas, del cual únicamente queda un balconcito con este epigrafe: «La gloria eterna y el reino duradero», y encima una ventanilla.

La mencionada escalera llega hasta lo alto del edificio, terminando en una torrecilla renovada posteriormente.

Nada dicen las inscripciones respecto al monarca que realizó esta obra; pero teniendo en cuenta la gran analogía que se observa entre su ornamentación y la del piso bajo de la casa de las monjas, ha de creerse tiene su origen en el segundo tercio del siglo xv; la ejecución de los adornos es esmerada, y de buen gusto dentro de su género, que es mejor que el de los otros edificios hechos al mismo tiempo, notándose algunos copiados de los que sirvieron en la Casa Real en el siglo xiv.

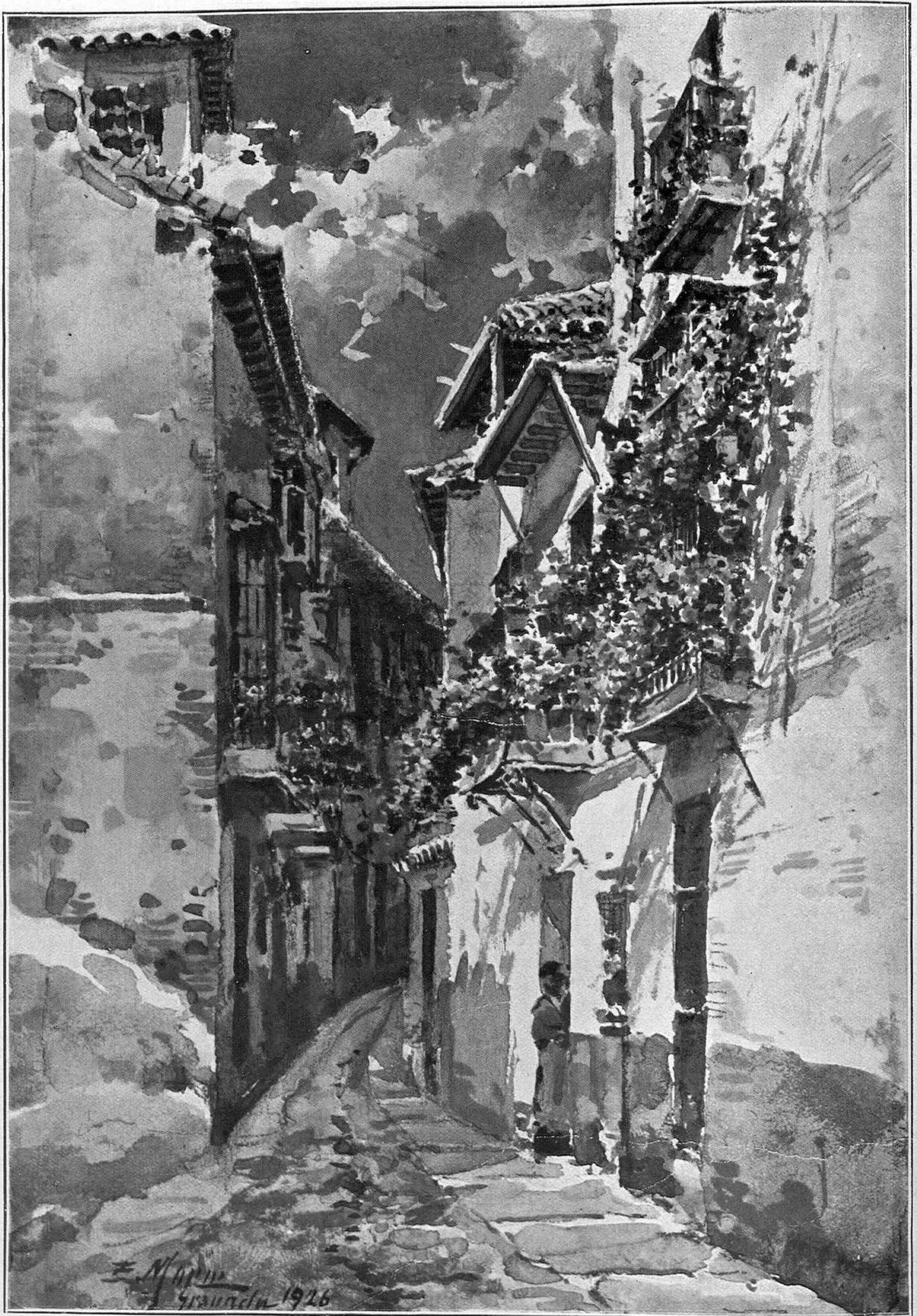
Grandes reparaciones se han efectuado para detener la ruina, descubriéndose también algunos arcos y restaurando otros que estaban deteriorados; pero hace tiempo, al fortificar con poco cuida-

do una pared, han destruído el arco del mirador y parte del alfarje. Como monumento nacional y de los más bellos, lo ha adquirido recientemente el Estado.



Extremo Sur del palacio árabe de Daralhorra





GRANADA TIPICA

«Una calle de la Almozara»,
dibujo original de E. Marín

GRANADA A VISTA DE PAJARO



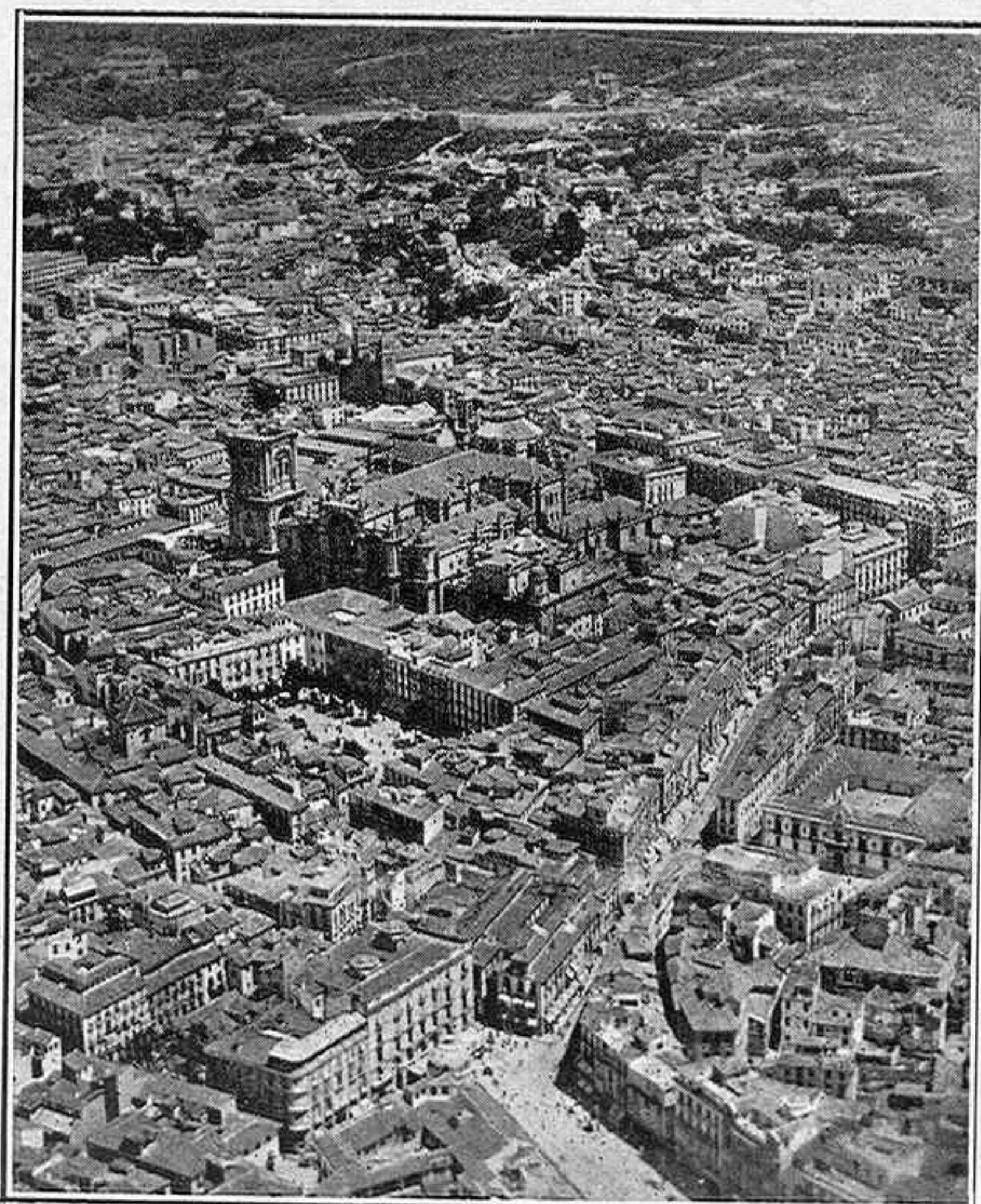
Vista general de la Alhambra y una parte de la ciudad de Granada, desde un aeroplano

HE aquí un aspecto de Granada que no pudieron presentir los árabes, ni fué dado imaginar á Isabel la Católica ni á sus damas, tan ganosas de ver la ciudad de la Alhambra antes de penetrar en ella. Granada vista desde un aeroplano es también, como las ilustraciones de esta página revelan, un espectáculo maravilloso.

El primero de nuestros grabados da la imagen «á vista de pájaro», como un poco imaginativamente se decía antes de la Granada árabe. Es, singularmente, la Alhambra y sus jardines con admirables frondas que cierran el paso al sol y á las miradas indiscretas de los aviadores, y hacen así los paseos, que aún lloran la ausencia del Boabdil y de su corte, propicios al misterio amoroso.

Se alzan en medio de los jardines los palacios, y muéstrase orgulloso entre todos el palacio de Carlos V, que parece haber atraído intensamente al objetivo fotográfico y revela ya en norma que no fué seguramente guía del arquitecto su espléndida belleza. En realidad, los granadinos pueden decir orgullosamente que su ciudad es bella, bellísima desde cualquier punto que se la mire.

Volar sobre ella, tras de otear desde la altura el tapiz en que sobre el fondo esmeralda de cálida intensidad, las flores parecen tejer dibujos que la imaginación menos caldeada por la historia y la leyenda puede



juzgar arabescos, admirable trasunto de los rótulos y las tracerías de aquellos maravillosos palacios de que fué expulsada por los Reyes Católicos la pomposa corte mora policroma como los muros alicatados de sus moradas.

Soñar en un avión imaginando como existente aún la vida que pasó, es algo intensamente emocional que forzosamente ha de convertir á los aviadores en poetas.

Otro grabado muestra la Granada moderna; pero apoyada aún sobre el viejo Albaicín. Granada aparece así gitana y monumental, y tras de soñar la vida mora con todas sus promesas irrealizables, los aviadores que así logren ver la ciudad de los cármenes estarán más próximos á una accesible realidad, fácil de conquistar para los que tengan fe y entusiasmo.

Granada, rendida á los Reyes Católicos, fué católica desde aquel día; pero nadie negará que como á las edificaciones modernas las dan, á pesar de todo, tono y carácter árabe la Alhambra y el Albaicín, á las mujeres granadinas las anima y caldea aún la sangre mora.

Vista desde lo alto, ó recorrida en peregrinación paso á paso por calles y jardines, Granada es Granada, ciudad de ilusión y de amor.

Granada y el Albaicín
vista desde un aeroplano



Lo árabe y lo español se funden graciosamente en este patio de una casa árabe, situada en una callejuela próxima a la carrera del Darro...

(Fot. Lladó)



ATENEON
BIBLIOTECA
MADRID

« ALBAICIN »

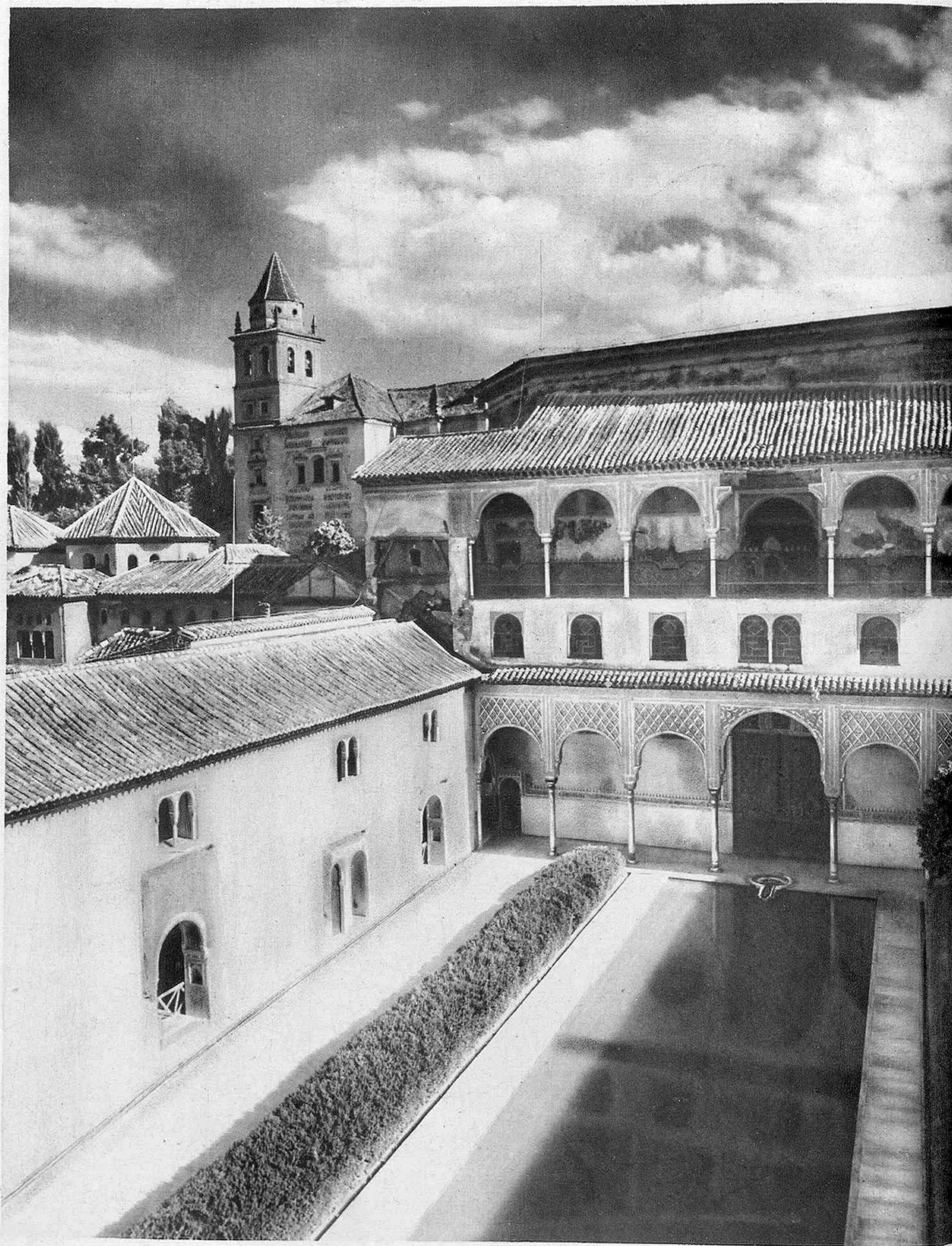
En este cuadro admirable de Gabriel Morcillo están recogidos, á la vez, el espíritu y la belleza de esta mujer, tan de Granada, que es reliquia y airón de una raza remota y misteriosa



LOS JARDINES DE LA ALHAMBRA

La magnificencia de color y de luz de estos jardines de Granada, fué elogiada y cantada mil veces. El poeta y el pintor deshojaron uno y otro día su admiración ante estas perspectivas multicolores, en que la luz granadina adquiere maravillosas gradaciones insospechadas. Ved aquí un detalle de los magníficos jardines de la Alhambra.

(Fot. Liadó)



EL PATIO DE LOS ARRAYANES EN LA ALHAMBRA

Uno de los patios más bellos y más famosos de la Alhambra, es este de los Arrayanes, en el que el arte moro ha dejado una de sus huellas más perdurables, más desafiantes de la acción del tiempo. Vedle aquí. Y tras él, al fondo, las torres de Santa María de la Alhambra

Fot. Torres Molina

DEL ALBAICIN (Danza)

Página escrita expresamente para LA ESFERA por el ilustre maestro granadino Francisco Alonso

FRANCISCO ALONSO

"Del Albaicín..." Danza.

allegretto.

F. Alonso *Marsolero-V. 25*

La Virgen de las Angustias

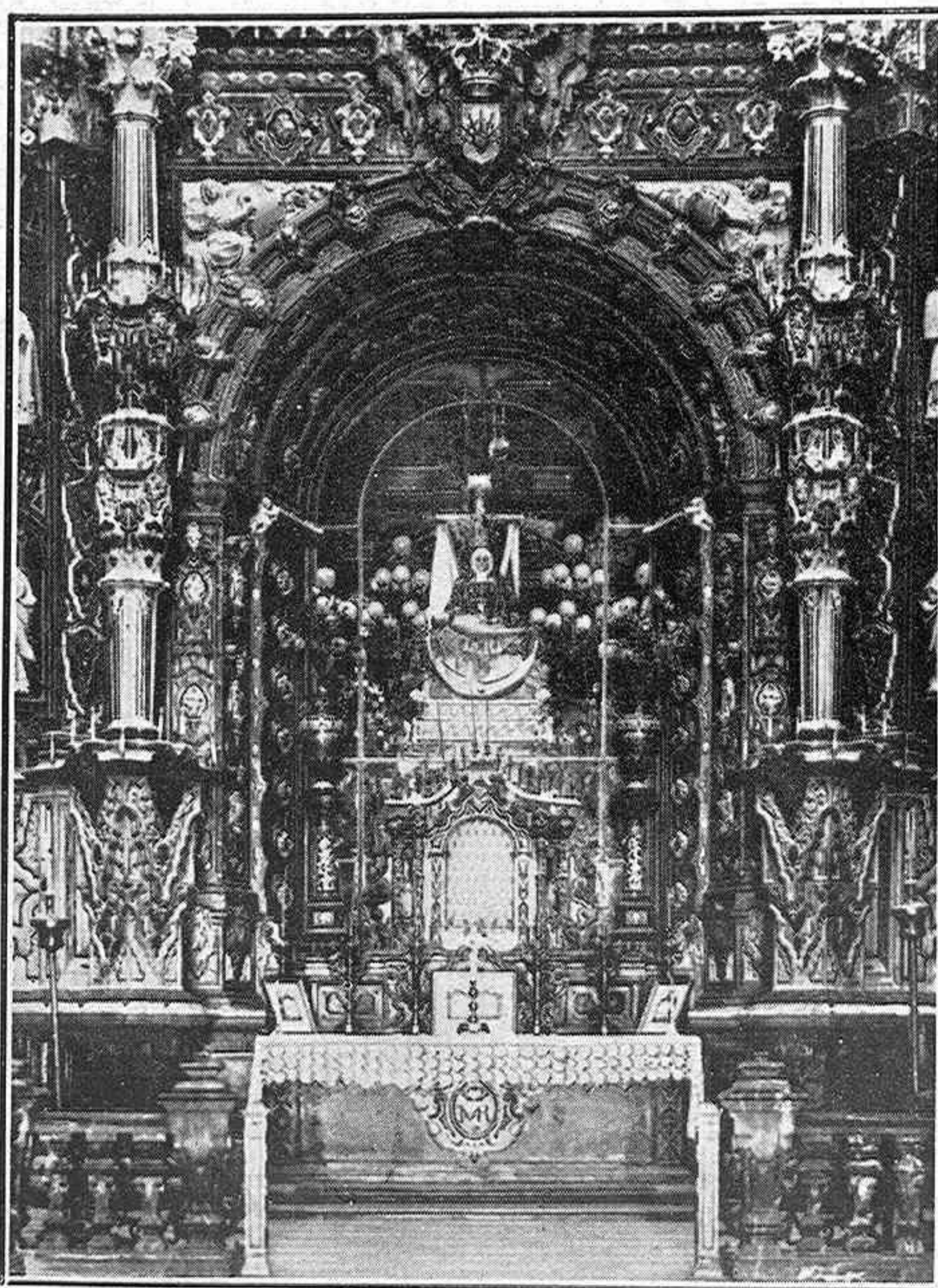
CONOCIDA es la gran devoción que el pueblo granadino siente hacia su Patrona, la Virgen famosa de las Angustias. La iglesia parroquial en que esta imagen se venera es un hermoso templo, que está decorado, sin embargo, con gusto dudoso.

El retablo del altar mayor y el camarín de la Virgen, obras costosísimas de ricos mármoles, pertenecen al estilo de Churriguera.

Hay en esta iglesia parroquial de las Angustias cuadros de algún valor, y catorce colosales estatuas de Cornejo, talladas con valentía.

Las alhajas que engalanan á la imagen de la Virgen de las Angustias son de un incalculable valor material y artístico.

La portada del templo y las torres son de proporciones irregulares, poco bellas. Posteriormente, costeadas por el distinguido granadino D. Miguel



El altar de la Virgen de las Angustias, hecho con jaspes y mármoles de Sierra Nevada
(Fot. Martínez Riobóo)

Patrona de Granada

Rodríguez Acosta, se colocaron una hermosa balaustrada y una verja de bronce en el altar mayor.

En el solar que actualmente ocupa el templo hubo, en los comienzos del siglo XVI, una ermita que estaba dedicada á las santas Ursula y Susana, y en la que se rendía culto á una imagen de la Virgen de las Angustias. Fué en esta ermita donde se fundó la hermandad que protegió Felipe II.

El templo actual consagrado á la Patrona de Granada fué edificado en la segunda mitad del siglo XVII, dirigiendo las obras de su construcción el maestro Ortega. La imagen de la Virgen de las Angustias, labrada en mármol, que está en la fachada, es de Bernardo de Mora y su hijo José. El retablo principal, de Rada y Valero. Y según una tradición, la imagen de la Virgen apareció en el siglo XVII.



La Plaza Nueva. Al fondo, la iglesia de Santa Ana
(Fot. Laurent)



Vista de la sacristía de la Cartuja de «La Asunción de Nuestra Señora», de Granada

Cartuja de Granada

La sacristía de la Cartuja de Granada es, quizás, lo más bello que se conserva del famoso Monasterio en que fué enterrado el Gran Capitán, porque en memoria de una de las batallas que ganó á los moros se alzó la fábrica. Fué trabajada esa pieza por un cartujo lego llamado fray Manuel Vázquez, hombre pacientísimo á juzgar por su minuciosa y complicada labor en que llevó al extremo la fantasía á que había llegado el plateresco ya en su período de decadencia. Toda la sacristía está hecha en mármoles magníficos de Sierra Nevada, trabajados con arte y combinados con buen gusto dentro del estilo á que la obra pertenece. Son de admirar, especialmente, las cajoneras y las puertas. La iglesia está bien conservada; en cambio, queda poco del Monasterio, que fué realmente magnífico.

EL PALACIO DE CARLOS V



Puerta del Palacio de Carlos V. Bello ejemplar de arquitectura del Renacimiento italiano
Fot. Lladó

PARA que las bellezas de ambos edificios resulten acrecentadas por el contraste, ningún medio mejor que unir al alcázar árabe el palacio de Carlos V. A la riqueza oriental, fantástica del palacio árabe, se contraponen la serenidad clásica en toda la pureza del renacimiento del edificio trazado por Pedro Machuca, por encargo del Emperador, para que fuera morada regia en la ciudad del Genil, una de las que Carlos V encontró más de su gusto en su reino de España.

Los emperadores no juzgaban habitable, en la vida de su época, el alcázar árabe; quisieron tener uno que se adaptase mejor á sus gustos y costumbres, y como no querían tampoco perder las delicias de aquellos magníficos jardines, hicieron edificar junto á ellos, en ellos sería mejor decir, la nueva residencia real: de ahí esa proximidad que avalora las dos magníficas construcciones.

□ Pedro Machuca no era, cuando Carlos V, por consejo del conde de Tendilla, á quien servía

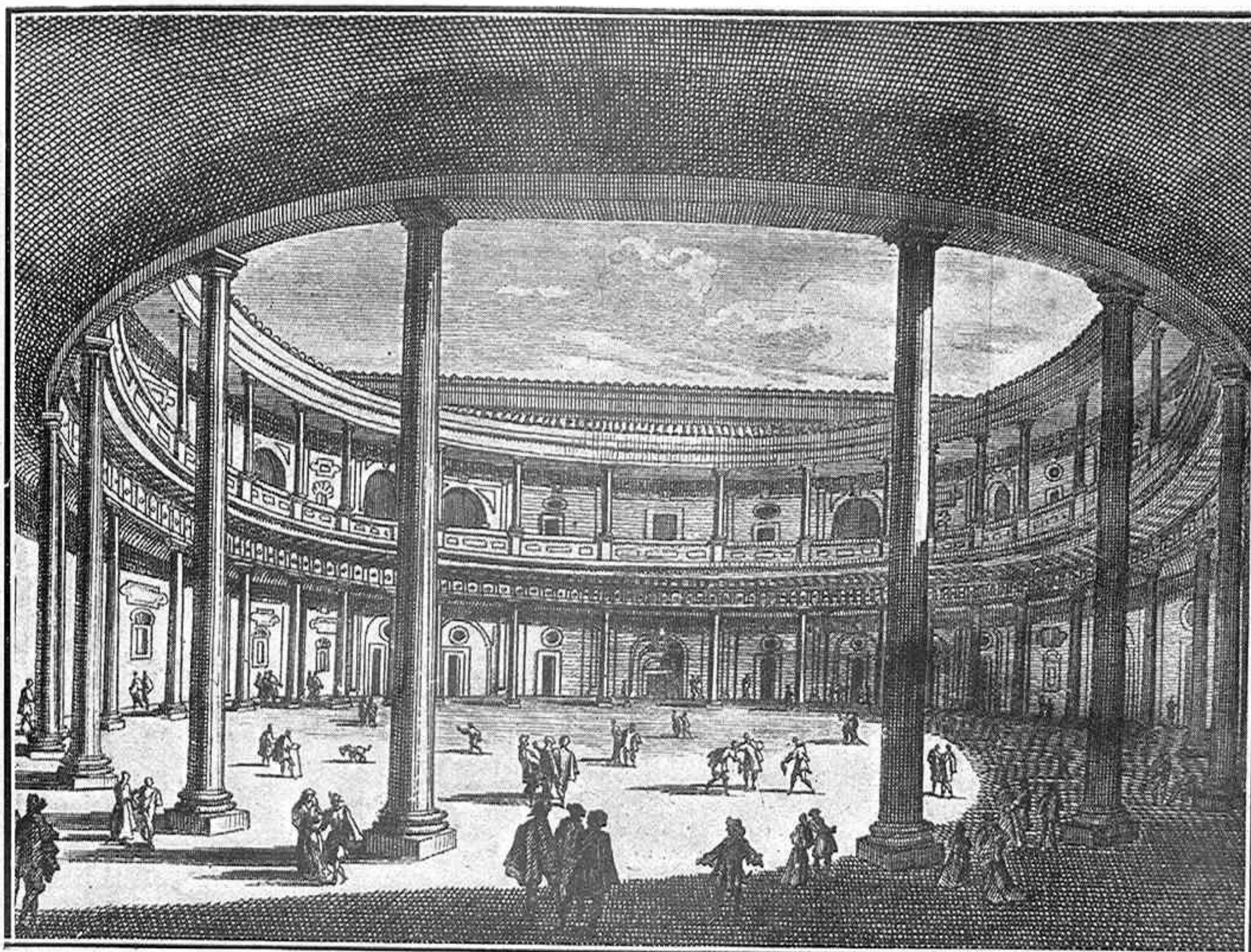
como escudero, más que un fabricante de imágenes que, cuando más, se elevaba hasta el trazado y ejecución de retablos. La elección de él para traza y construcción del palacio fué, sin embargo, como la obra demuestra, muy acertada; y había de ser así forzosamente, porque Machuca había educado su gusto en la mejor época del Renacimiento italiano y había sido discípulo de Rafael de Urbino.

Con semejante preparación y tal maestro, Machuca forzosamente había de hacer un pala-

ció tan libre de influencias góticas y platerescas como distinto, opuesto al gusto árabe, de que la Alhambra constituye la más acabada creación.

Pedro Machuca murió á los veinticuatro años de haber comenzado su obra, y cuando aun faltaba mucho para que estuviese terminada; fué fortuna, en aquella desgracia, que le sucediera en el encargo su hijo Luis, joven aún para tan grande empeño; pero tan impregnado del arte de su padre, con quien había trabajado desde niño, que en la obra concluída apenas se diferencia la obra del hijo de la del padre. Luis Machuca, además, no modificó en nada la traza primitiva.

Fué después, á la muerte de Luis, cuando Juan de Osea, y luego Juan de Mijares, discípulos ambos de Herrera y dirigidos por él, comenzaron las variaciones del plan primitivo, y fué en tiempos de Potes cuando faltó por completo el arte de cantería de los Machuca y de algunos de sus continuadores.

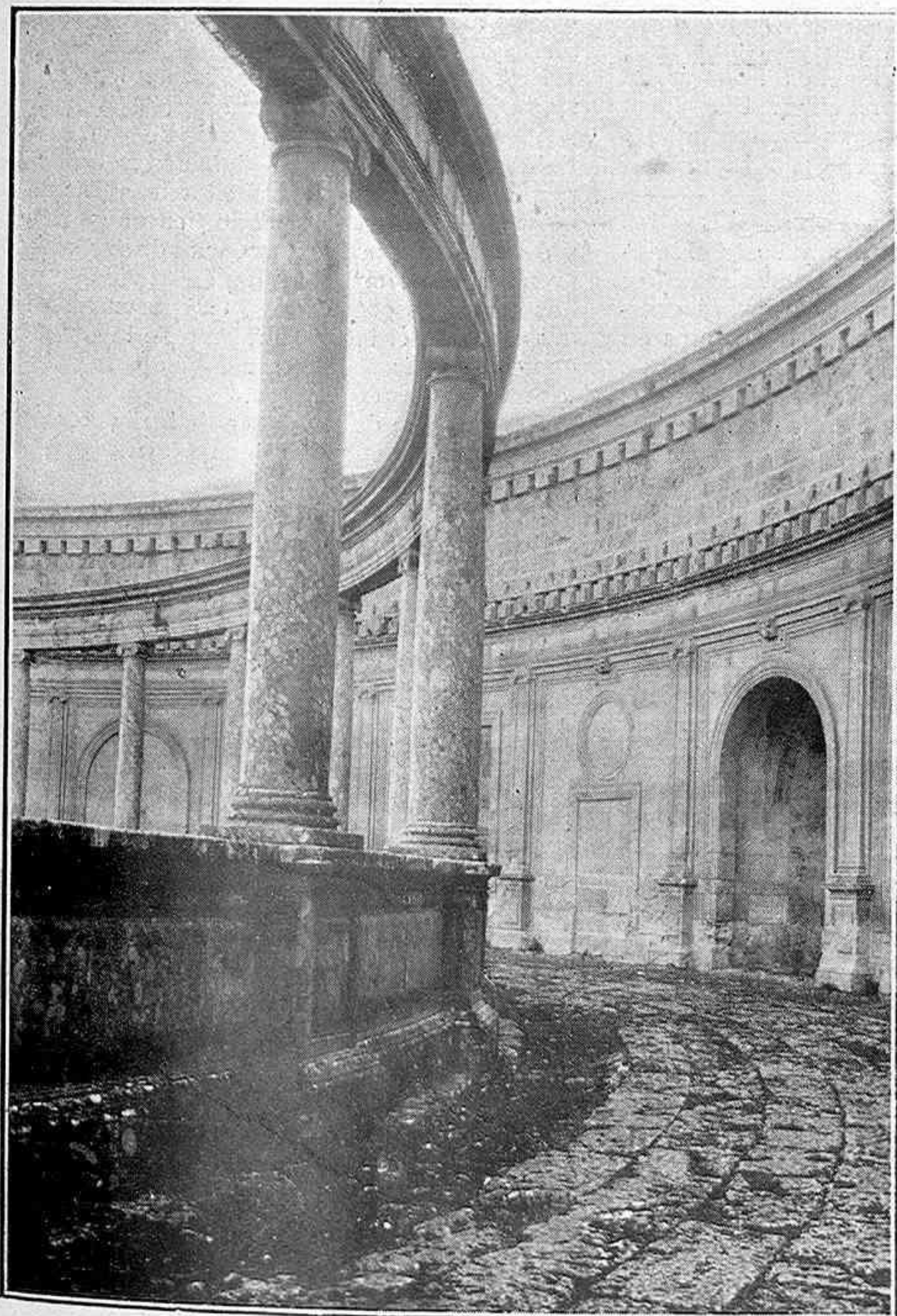


Vista del patio del Palacio de Carlos V. Según un grabado del siglo XVI

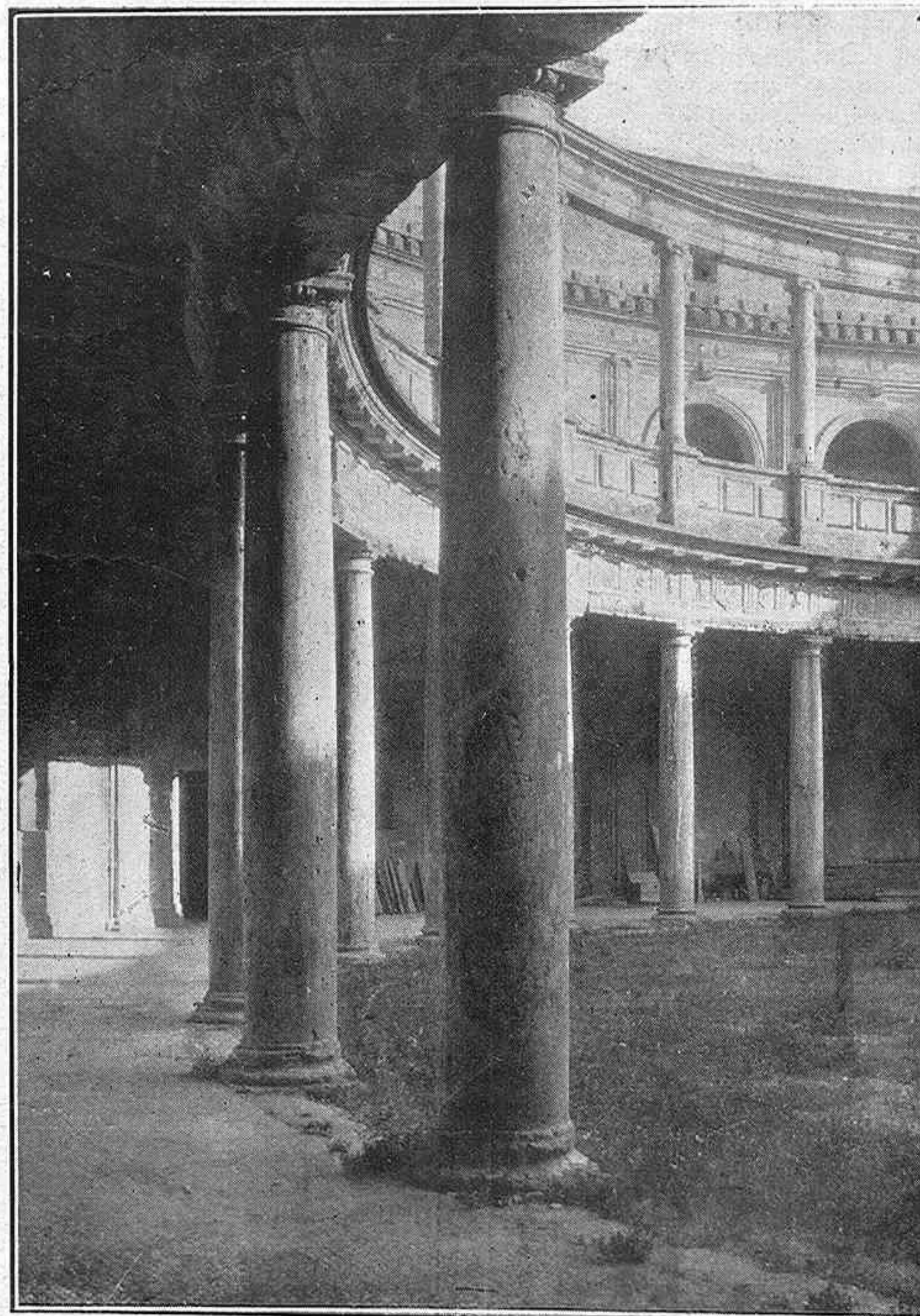
El palacio es cuadrado, con 63 metros de longitud y 17.40 de altura. El piso bajo es, por sus pilastras, de estilo toscano, y tiene, entre ellas, ventanas, cuadradas unas y redondas otras, pero todas construídas con un estilo admirable, el mismo que predomina en las construcciones de aquella época de atrevidas concepciones arquitectónicas.

El segundo cuerpo es de orden jónico, pero con entallamiento corinto, y los pedestales de las pilastras llevan los emblemas del Emperador. Entre ellas hay balcones con guirnaldas, cornisas sostenidas por ménsulas, y rematando en frontones, alternativamente, con granadas ó angelillos, y encima otras ventanas redondas, y el conjunto es de singular belleza.

El patio es circular, y al inscribirle en el cuadrado, quedaron tres espacios triangulares, destinados á las escaleras. El cuarto ángulo fué substituído por la entrada á la capilla, que es un octógono situado al nordeste.



El patio redondo del Palacio de Carlos V. Fragmento de la parte inferior



El patio redondo del Palacio de Carlos V. Vista de un fragmento de la galería alta

LA VIEJA GRANADA SEGÚN LA ICONOGRAFÍA ANTIGUA

La vieja Granada dejó sus mejores imágenes en la iconografía de su tiempo, tan bella en su rudeza que aun hoy, tras de tan múltiples progresos y refinamientos estéticos, aquel modo primitivo de grabar es grato á la vista educada.

Ante esos grabados parece revivir la historia de los agitados años de las sublevaciones de los moriscos en que fué vertida tanta sangre.

Fueron los primeros años de la conquista de paz y sosiego para todos. Los nobles árabes habían seguido á Boabdil, y en Africa sentían la nostalgia de la tierra granadina, tan admirablemente pintada por Chateaubriand en *El último atencerraje*; pero en Granada habían quedado muchos moros resignados á vivir sometidos entre sus vencedores, y que al principio pudieron hacerlo apaciblemente merced á la benevolencia del arzobispo Fr. Hernando de Talavera y del conde de Tendilla, que en nombre de los Reyes Católicos gobernaban la ciudad.

Pero al terminar el siglo xv, en 1499, el Cardenal Cisneros, perseverante en su campaña de cristianización, y que quería el dominio de la Cruz no sólo sobre la tierra sino sobre las almas, hizo que todos fueran bautizados.

Bautizados no fué en aquel caso sinónimo de convertidos; los moros, después del bautismo, siguieron practicando las costumbres y los ritos musulmanes. Vivían bajo un yugo que no lograba modificarles, y, por el contrario, los exasperaba. Había, además, en Granada muchos malos cristianos que se creían dueños y señores, y los moros, cansados de aquella ominosa servidumbre, se alzaron contra sus reyes, y más directamente contra el Cardenal.

Fué necesario el retorno del arzobispo Talavera, á quien llamaron el *Santo Alfaquí*, para que los granadinos, espiritualmente recon-



Panorama de Granada en 1565, según un grabado de la época

quistados, depusieran sus armas; pero fuera de la ciudad, en las Alpujarras, tan propicias para luchas inacabables, había muchos millares de moros que continuaron la rebeldía. Fué necesario derramar mucha sangre para lograr una paz ficticia que no trajo aparejada la unidad religiosa.

Para lograrla pretendióse entonces que los moros adoptasen las costumbres y hasta el idioma de los cristianos á que cada día odiaban ellos; resistieron ellos durante muchos años á cambiar; apremiaron cada vez más los decretos en que se ordenaba el cambio, y, al fin, estalló de nuevo y más violenta que antes la rebelión; los moros se alzaron nuevamente en armas para lograr mediante ellas el respeto á las capitulaciones pactadas con ellos; llamaron en su apoyo á todos los moriscos de Andalucía, y lograron reunir en las Alpujarras un ejército de 400.000 hombres, proclamando Rey de Granada á un

descendiente de los califas: Aben Hume-ya, y á la muerte de éste, á Aben Abóo.

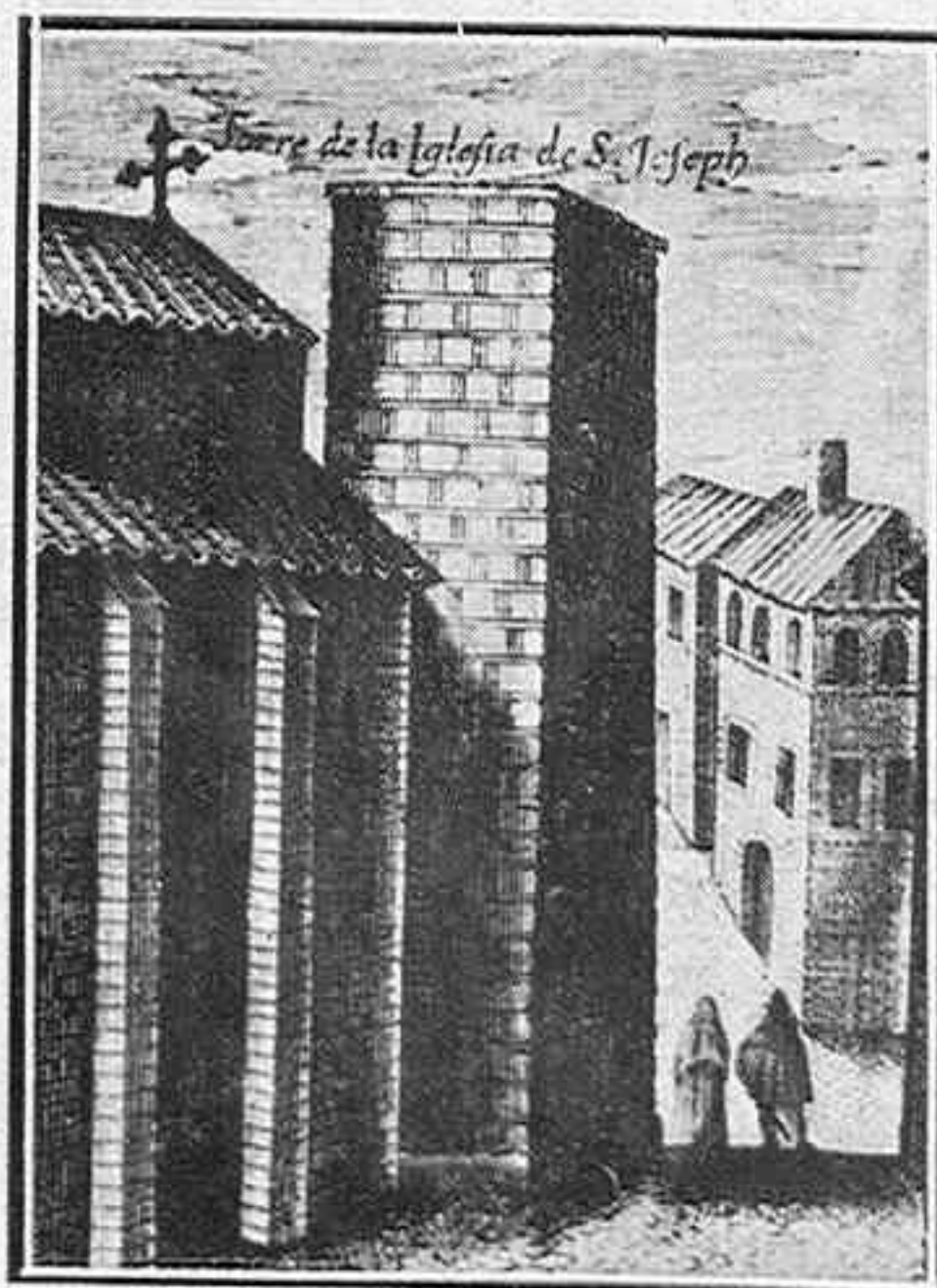
Contra ellos mandó Felipe II, percatado de lo gravísimo de la situación, á D. Juan de Austria, con poderoso ejército. La lucha hasta entonces había sido, más que encarnizada, feroz: caza de hombres más que lucha de ejércitos. Don Juan de Austria, tan prudente como valeroso, logró dulcificarla, y en un período de dos años la pacificación total. Para que lo fuese, no se consintió que los moriscos granadinos continuaran viviendo en su tierra: se los dispersó por toda Castilla para que no formasen un pueblo y para que al convivir aislados de los de su raza y religión, entre los cristianos, se asimilasen sus costumbres y adop-

tasen al fin su religión, como el Cardenal Cisneros había soñado.

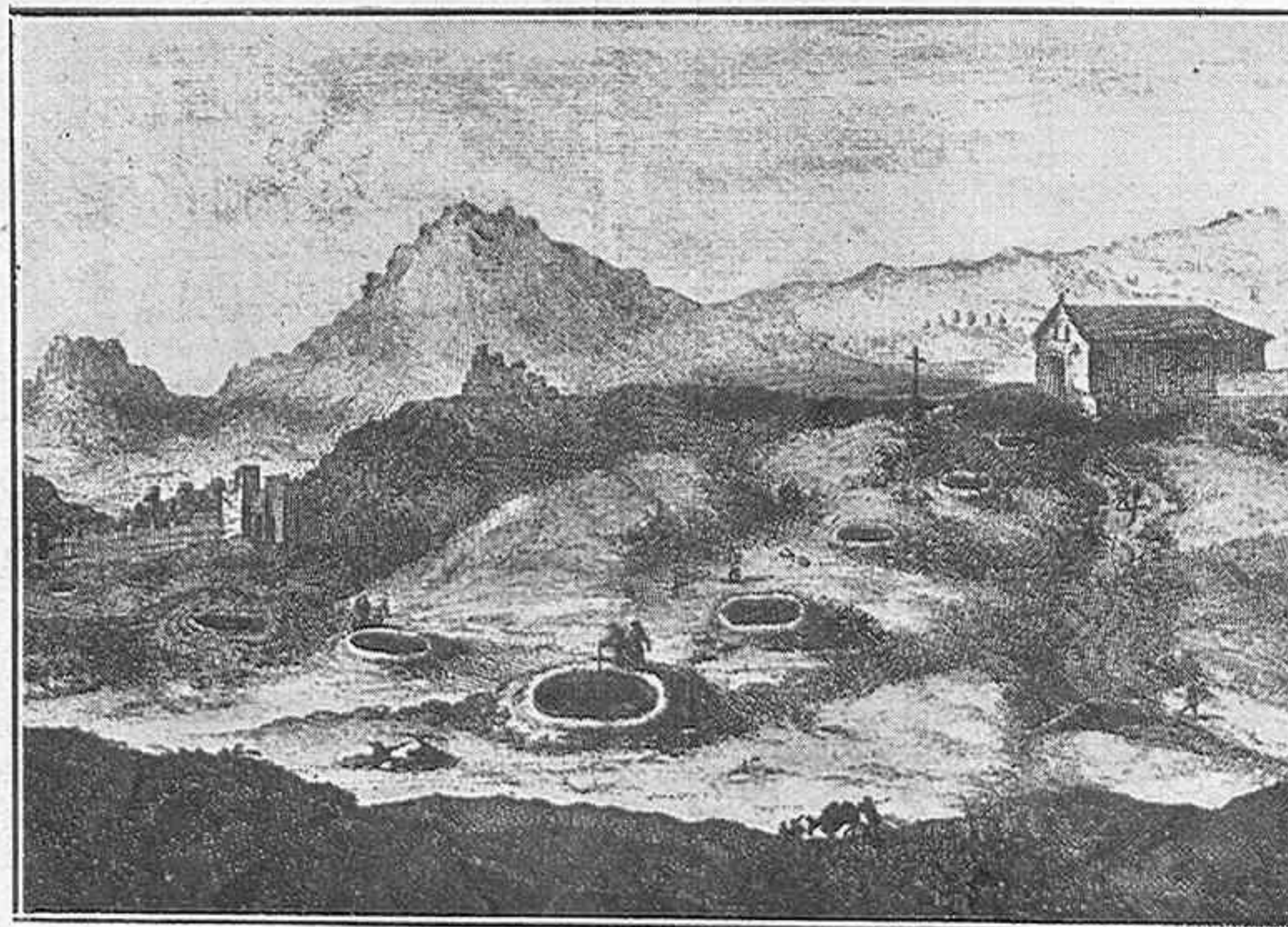
Empeño inútil: perdidos, sumergidos podríamos decir, entre los cristianos; perseguidos constantemente por la malquerencia de los más fanáticos y constantemente vigilados y castigados por la Inquisición, la inmensa mayoría de los moriscos continuaron siendo fieles á su religión y á su ley, y poco á poco, cuando fueron comprendiendo la imposibilidad de su vida en aquellas ominosas condiciones, emigraron al Africa, donde desde el instante mismo de la conquista, ó poco después, se habían refugiado, desde luego, los más nobles de su raza.

Al comienzo de esa época de lucha corresponden las imágenes granadinas que damos en esta plana. Fué en ese período cuando Carlos V mandó construir el histórico y monumental palacio que lleva su nombre.

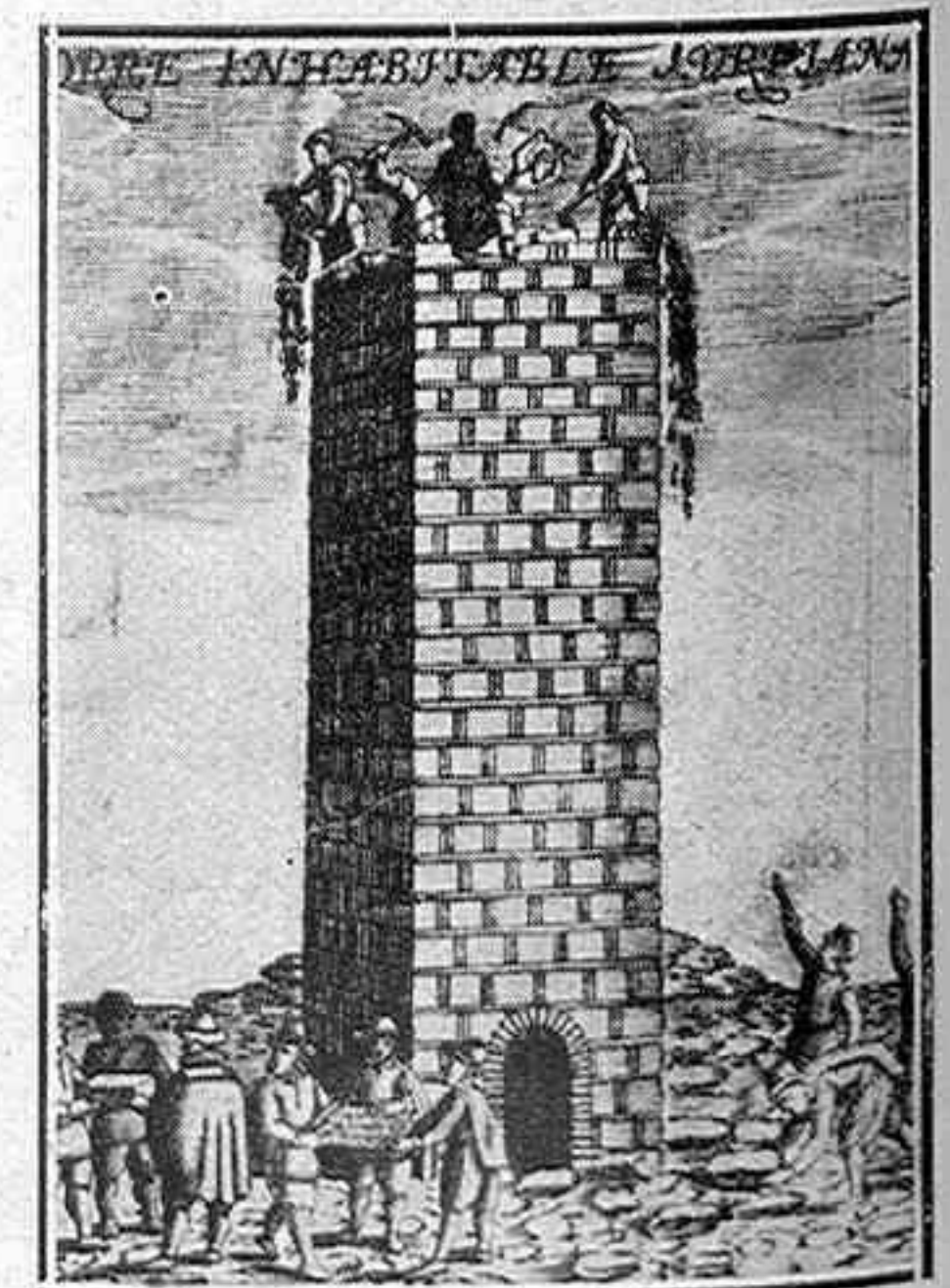
A costearle destinó el tributo que los moriscos estaban obligados á pagar y otros nuevos que con el mismo fin los impuso.



Torre de la Iglesia de San José en 1550



La montaña llamada de «Los Mártires» y en su falda las mazmorras en que eran encerrados los cristianos, según un grabado del siglo XVI

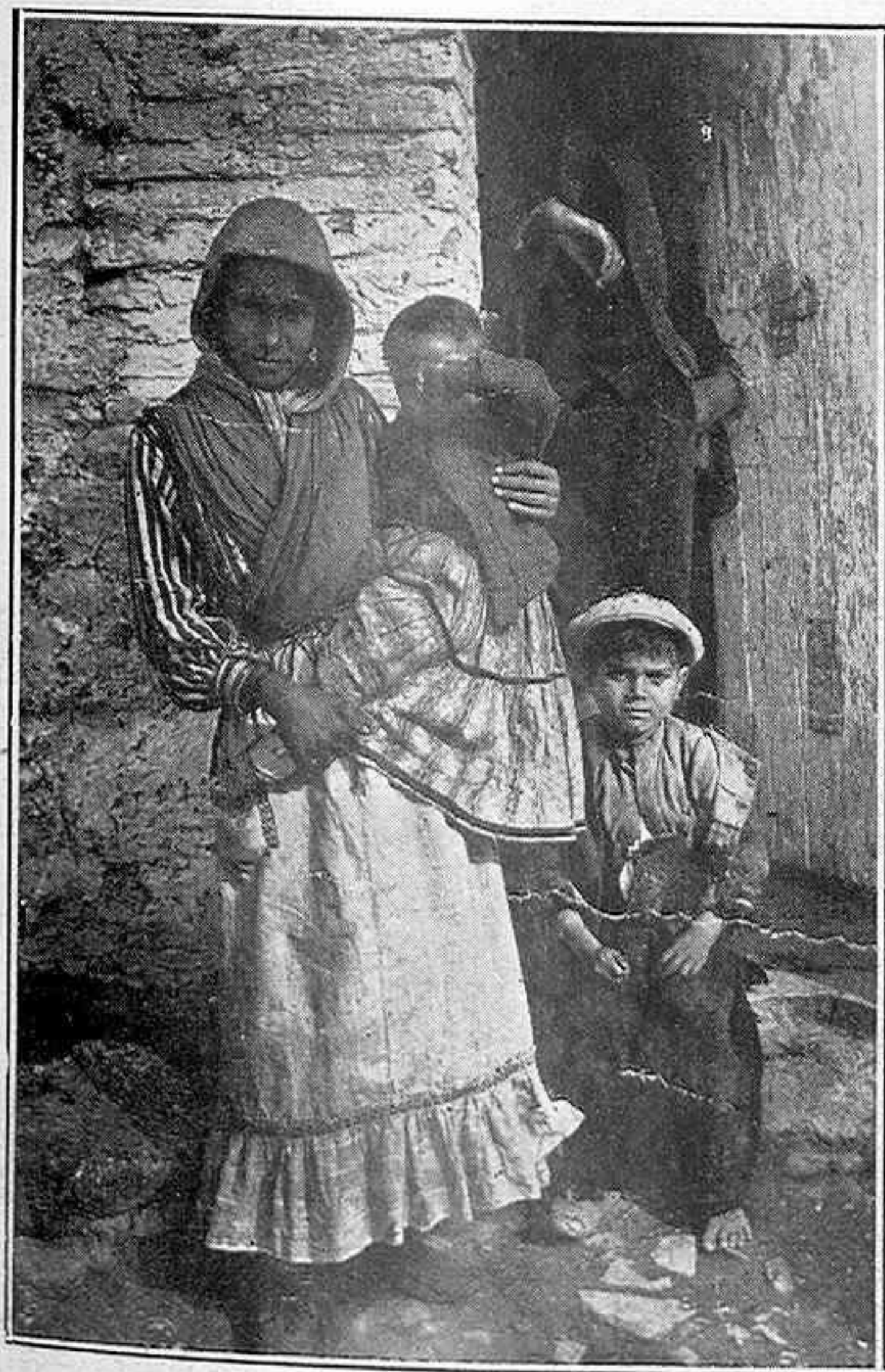


Construcción de una de las torres de Granada en el siglo XVI



Como en un poema, henchido de pasión, vibrante de luz y de color, están condensados en esta admirable fotografía de Torres Molina, todos los valores típicos que hacen único el Sacro-Monte granadino, con sus gitanos decidores y supersticiosos, sus cuevas misteriosas y sus zambras íntimas, llenas de litúrgica sensualidad...

GITANOS DEL SACRO-MONTE



Una gitana granadina, con sus «churumbeles», á la puerta de su cueva, esperando al turista curioso que escuche la «buenaventura»



Interior de una de las típicas cuevas de gitanos, que son uno de los más característicos atractivos del Sacro-Monte de Granada (Fots. Torres Molina y Francisco Vives)

GRANADA, CIUDAD DE HOY



Puerta Rea



La Gran Vía



D. Angel Barrios, prestigioso compositor, teniente alcalde del Ayuntamiento y presidente de la Comisión de Fiestas de este año



Excmo. Sr. Marqués de Casa Blanca, alcalde de la ciudad

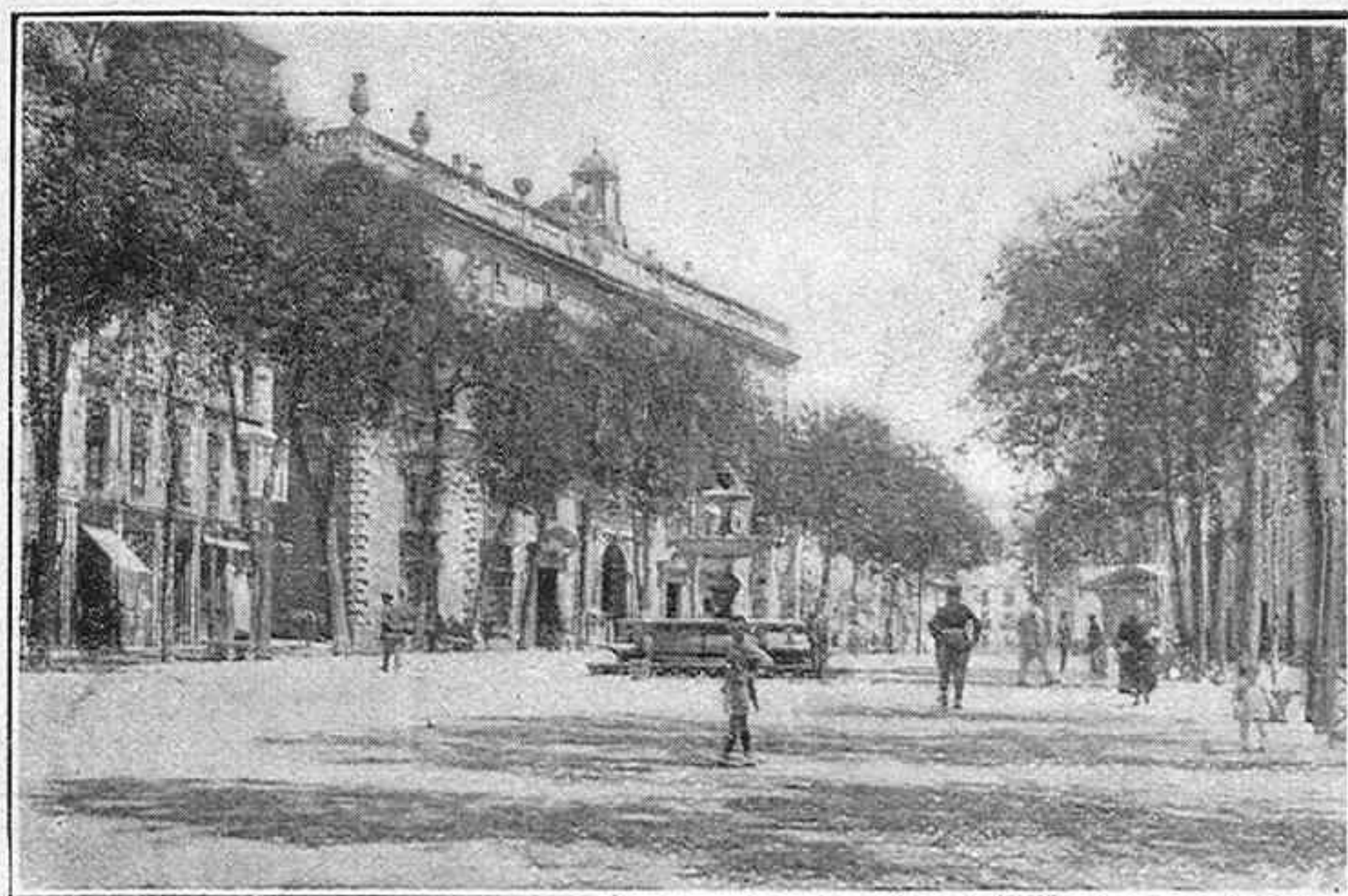


D. Miguel Horques, que viene realizando, desde su cargo de secretario del Ayuntamiento de Granada, una gran labor en pro de la ciudad

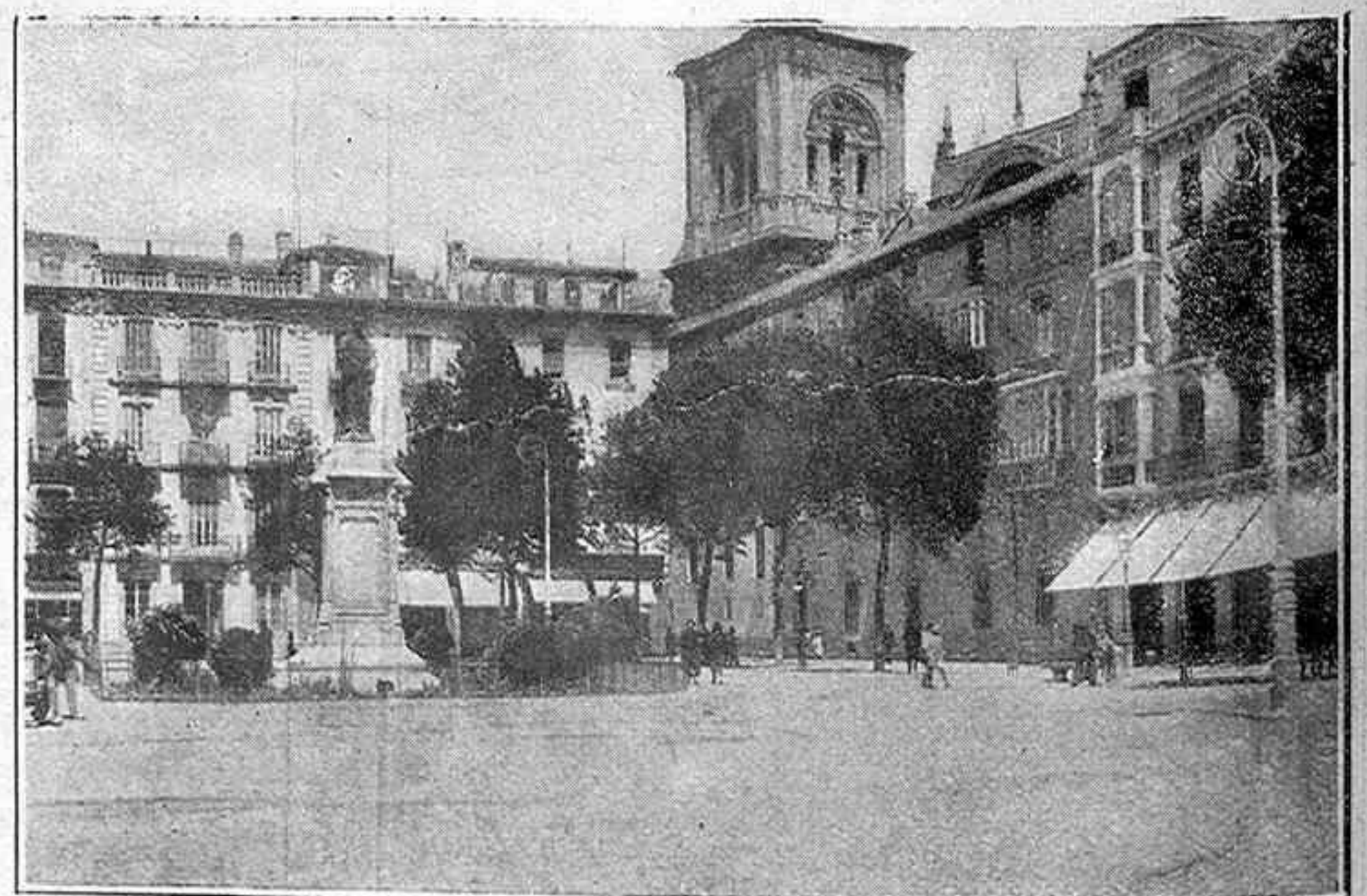
GRANADA no es sólo la ciudad relicario del pasado, la ciudad que guarda, entre sus piedras viejas, esplendores y nostalgias de ayer. Junto a su tradición, junto a su leyenda, ofrece también perspectivas y progresos de gran ciudad moderna, atenta a toda inquietud y a toda renovación de hoy. Sus

calles y sus plazas ofrecen unas veces el encanto de sus rincones de penumbra y de misterio, y otras veces presentan horizontes de capital modernísima.

Algunas de las fotografías que en esta página reproducimos, confirman este aspecto de la Granada actual.



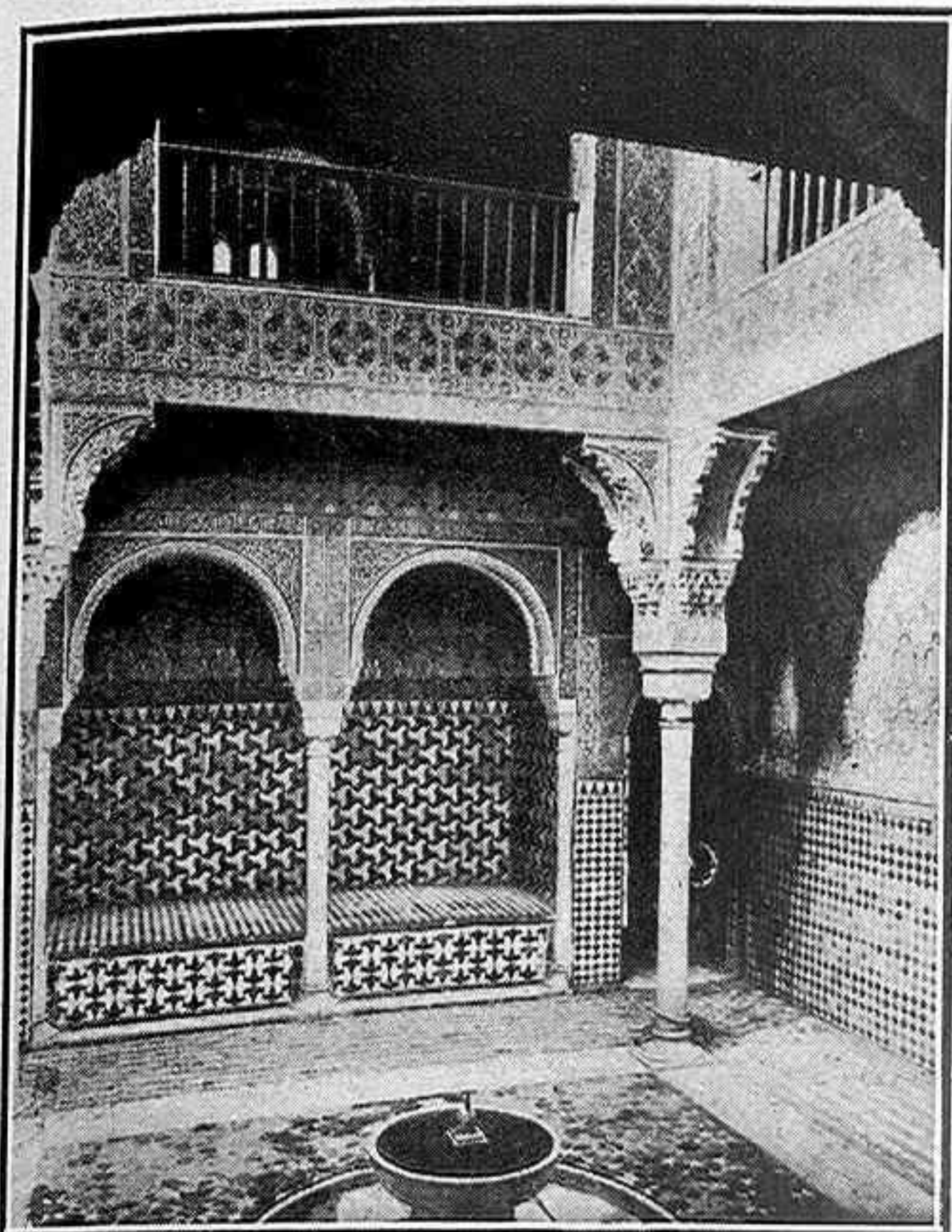
La Plaza Nueva



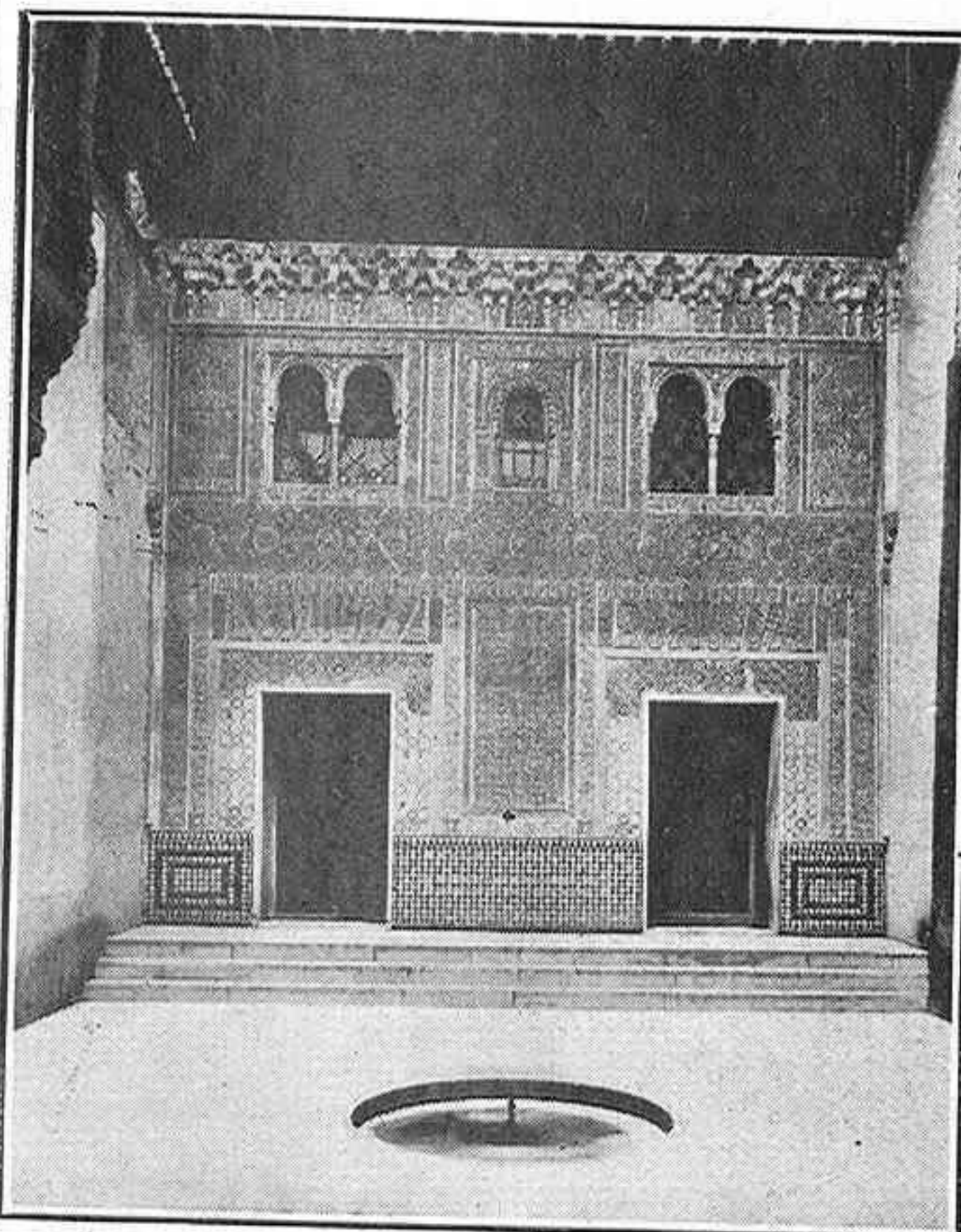
La Plaza de Vib-Rambla

Fots. Torres Molina

A C L A R A C I Ó N



El Cuarto de las Camas, en el Baño Real



El Patio del Cuarto Dorado

Se ha deslizado un error en este número, en el que aparecen cambiados los títulos y los epígrafes correspondientes á dos páginas. Las líneas correspondientes á la titulada «Un aposento de la Alhambra», aparecen al pie de la que lleva por título «El Patio del Cuarto Dorado», y viceversa. Hubiésemos querido hacer la debida enmienda en las dos páginas; pero no nos ha sido posible, por ir éstas impresas en huecograbado, procedimiento que impide, por su índole especial, toda clase de enmiendas

Libro nuevo

Historia de la civilización española.—Volumen de las obras de D. Rafael Altamira. Un interesante manual, breve y conciso, de la civilización española á través de los tiempos, en el

que su ilustre autor va recorriendo página á página, con su preclaro juicio y su vasta cultura, las costumbres, religiones, arte, inquietudes políticas, desde los más remotos pobladores de España hasta nuestros días.

Madrid. 1928. Editorial Arte y Ciencia.

BARCELONA - MAJESTIC HOTEL
PASEO DE GRACIA. Primer orden.
200 habitaciones. 150 baños. Orquesta.
Precios moderados. El más concurrido.

SOMBREROS
CARMEN DE PABLO



Modelos de París

Alcalá, 66
MADRID

NEW ENGLAND

29, Carrera de San Jerónimo

Joaquín G. Astudillo

Solicita atentamente de usted una visita á la
EXPOSICIÓN DE NOVEDADES

que presenta en la actualidad

Madrid, Junio de 1928.

BALNEARIO DE SIERRA ELVIRA (GRANADA)

Temporada oficial: 1 de Julio al 31 de Octubre

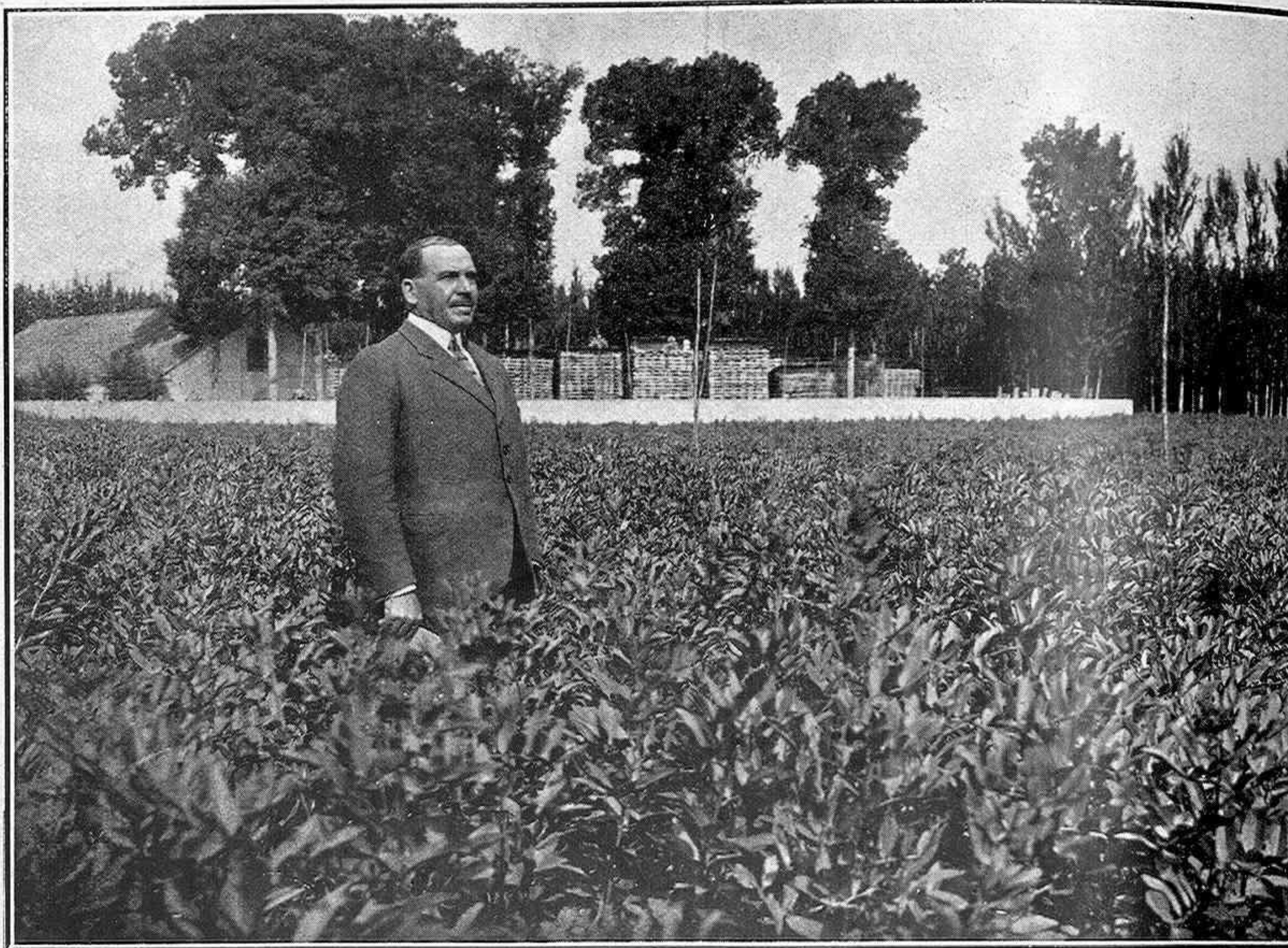
Es justa la fama de que goza este Balneario por el poder curativo de sus acreditadas aguas, y á ellas acuden los necesitados de salud, los *reumáticos*, *artríticos* y los que padecen *erupciones en la piel*, porque saben que recuperan la salud, que no es que se alivian, sino que curan radicalmente.

El poder curativo de las aguas de Sierra Elvira se ha divulgado de tal manera, que en pocos años se ha triplicado el número de enfermos, que sólo estas aguas han llevado á sus almas la alegría de una nueva vida.

Creemos, y es así, que influye mucho la situación topográfica del establecimiento, y en Sierra Elvira es la curación más provechosa, porque á la vez conforta el espíritu con un ambiente delicioso de aires purísimos y de panoramas ideales.

La mano del hombre, el activo é inteligente industrial D. Diego Liñán, conocido por el «Rey del chopo» (denominación que responde á su gran importancia en la explotación de la madera), actual y nuevo propietario del Balneario Sierra Elvira, ha sabido dotar de grandes comodidades á este refugio de alivio y curación.

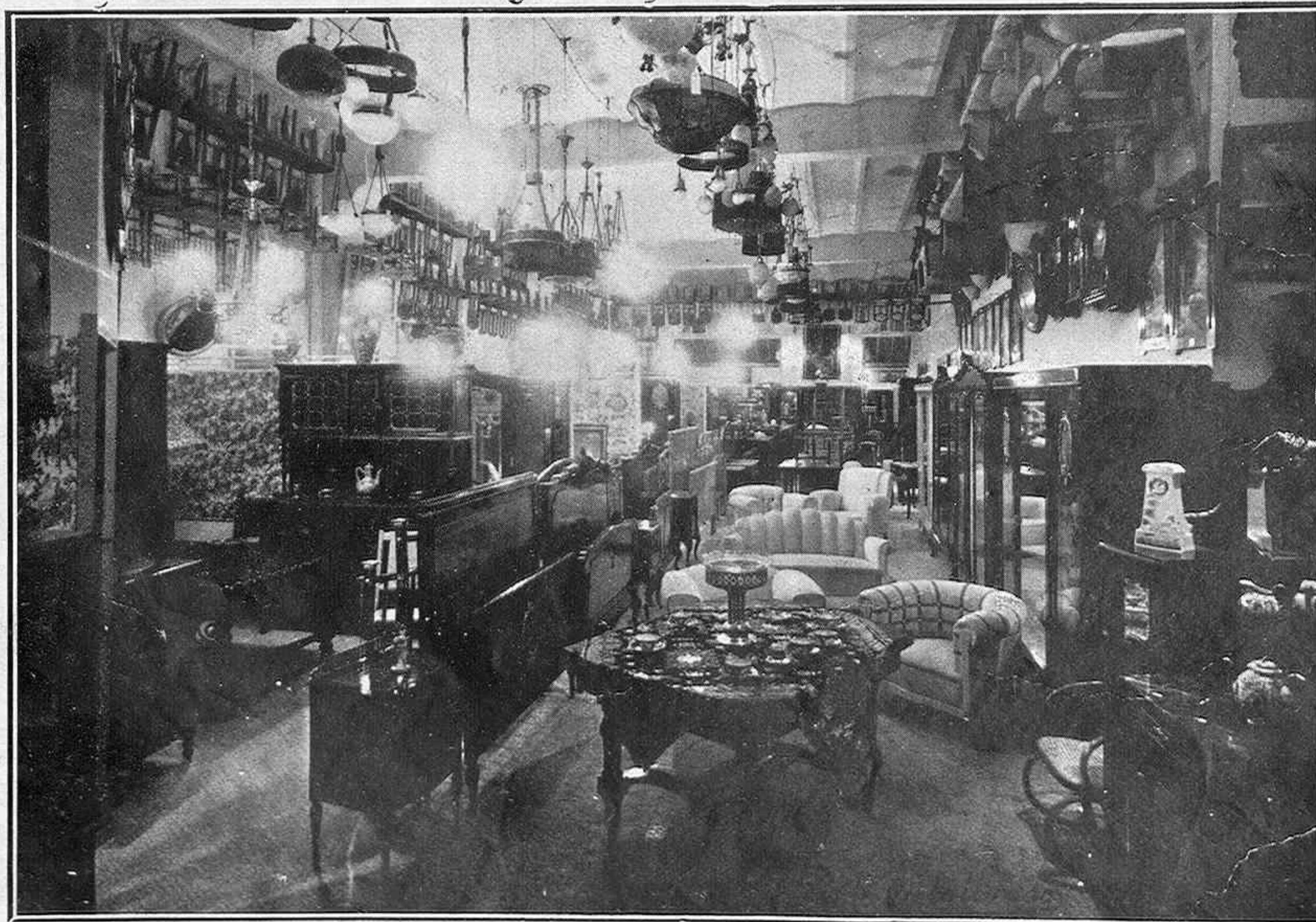
Los enfermos que acuden á este Balneario tienen la ventaja sobre sus similares del máximum de medios de locomoción: todos los trenes que salen y entran en Granada tienen su parada en el mismo Balneario, con gran rebaja de precios, como igualmente los tranvías: una peseta ida y vuelta á Granada, pues sólo dista el Balneario de la población nueve kilómetros.



Don Diego Liñán, actual propietario del Balneario Sierra Elvira, en una de sus magníficas fincas y Almacenes de Maderas.

GRANADA. - PRODUCCIÓN Y TRABAJO

LOS TALLERES DE MUEBLES "SOLER"



Vista interior de los nuevos Almacenes de Muebles «Olympia», situados en la Gran Vía (Fot. F. Valdivieso)

Uno de los establecimientos industriales que más honran á Granada y que indudablemente tiene mayor importancia, son los talleres de muebles de lujo y económicos que D. Eduardo Soler del Pino tiene en la calle de Reyes Católicos, en los que se construyen toda clase de muebles en inmejorables condiciones de solidez, elegancia y economía; muebles de estilo en cuya fabricación el Sr. Soler pone el máximum acierto y la predilección de los consumidores de refinado y exquisito gusto.

Aparte de la Exposición que tiene enclavada en la calle de Reyes Católicos, ha inaugurado otra muy superior en la Gran Vía, en magnífico y espacioso local titulado «Almacenes Olympia», y cuya instalación responde á un verdadero acierto y supera á todas sus similares.

El visitante, cliente y público en general no pueden menos de expresar su admiración hacia los magníficos muebles que presenta, todo de un gusto modernísimo y un refinamiento en la construcción verdaderamente maravilloso, de elegante y acabada perfección.

Don Eduardo Soler es un verdadero modelo de industrial activo, inteligente, honrado y formal, que tiene muy merecido el puesto de honor que ocupa entre los industriales españoles y que está llamado á ostentar sobre su pecho la honrosa medalla del trabajo.

B. ROMERO

Granada, Primavera 1928.